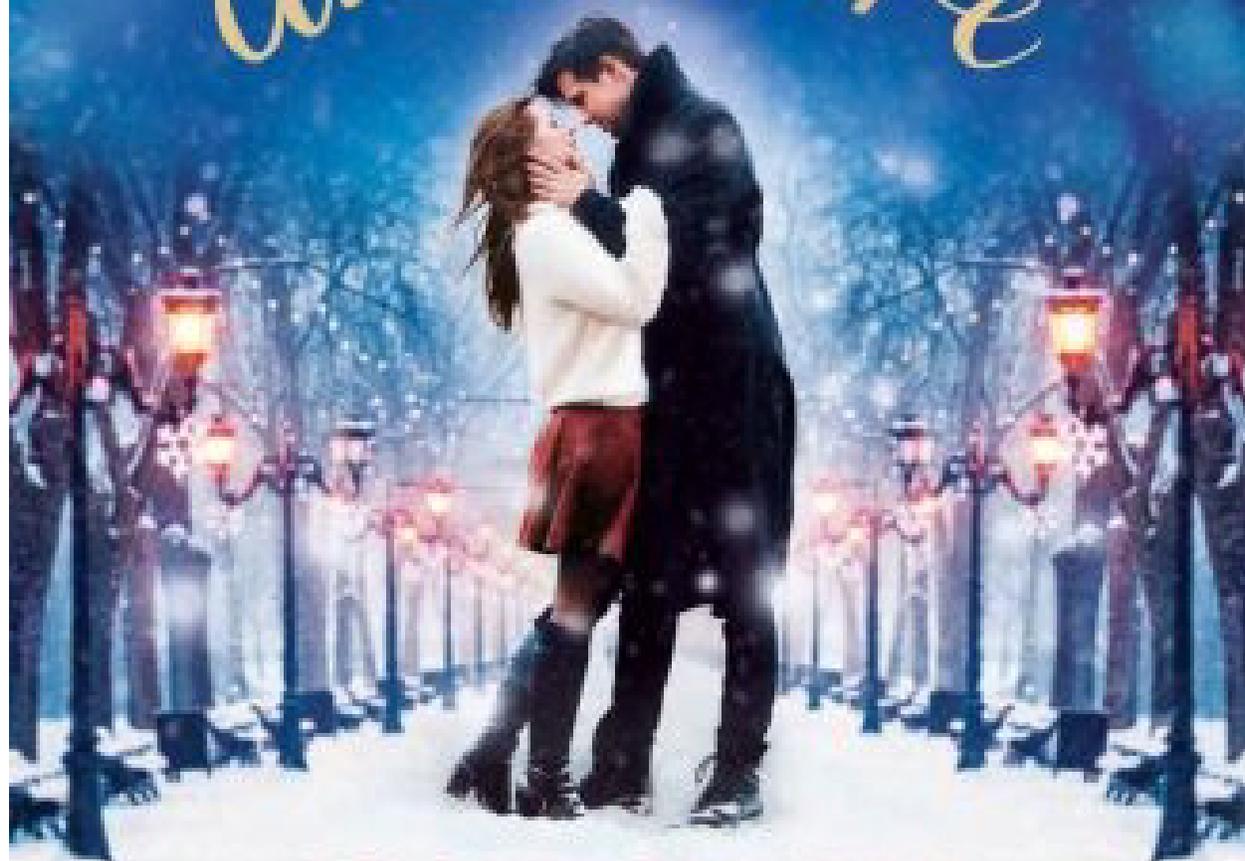


Dos personas. Diez oportunidades.  
Una historia de amor inolvidable.

# Un día de diciembre



JOSIE SILVER

PLAZA  JANÉS

D.J.57



Dos personas. Diez oportunidades.  
Una historia de amor inolvidable.

# Un día de diciembre



**JOSIE SILVER**

PLAZA  JANÉS

*A James, Ed y Alex con amor*

2008

21 de diciembre

*Laurie*

Me sorprende que las personas que utilizan el transporte público en invierno no se caigan redondas y mueran por una sobrecarga de gérmenes. En los últimos diez minutos me han tosido y estornudado encima, y si la mujer que tengo delante vuelve a sacudirse la caspa apuntando hacia mí, tal vez la bañe con los restos del café tibio que ya no puedo tomarme porque está lleno de trozos de su cuero cabelludo.

Estoy tan cansada que podría quedarme dormida aquí mismo, en el piso superior de este autobús bamboleante y lleno hasta la bandera. Gracias a Dios, por fin he cogido las vacaciones de Navidad en el trabajo, porque no creo que ni mi cerebro ni mi cuerpo fueran capaces de soportar ni un solo turno más detrás del mostrador de recepción de ese horrible hotel. Puede que del lado del cliente esté adornado con guirnaldas y luces bonitas, pero entre bambalinas es un cuchitril sin alma. Estoy prácticamente dormida, incluso estando despierta. En líneas generales, mis planes son hibernar hasta el año que viene en cuanto mañana llegue a la nostálgica familiaridad de la casa de mis padres. Salir de Londres para disfrutar de un interludio de vida sosegada en un pueblo de las Midlands en el que dormiré en mi habitación de la infancia tiene algo de relajante distorsión espacio-temporal, aunque no todos los recuerdos de mi infancia sean felices. Incluso en las familias más unidas hay tragedias, y la verdad es que la nuestra llegó pronto y dejó una huella profunda. Pero no pienso regodearme en ella, porque la Navidad debería ser

una época de esperanza, de amor y de sueños, que es lo que más me interesa en este momento. Sueños solo interrumpidos por las competiciones de «a ver quién come más» en las que me enfrentaré a mi hermano, Daryl, y a su novia, Anna, y por todo el espectro de películas navideñas empalagosas. Porque

¿quién podría estar demasiado cansado para ver a un tipo desgraciado y

muerto de frío sostener en mitad de la calle unos carteles con los que confiesa silenciosamente a la esposa de su mejor amigo que su corazón destrozado la amaré para siempre? Aunque... ¿eso es romántico? No estoy muy segura. A ver, podría decirse que lo es, de una manera un tanto sentimentaloides, pero también significa ser el amigo más capullo del planeta.

He dejado de preocuparme por los gérmenes del autobús, porque está claro que ya he ingerido suficientes para que me maten si es que van a hacerlo, así que apoyo la frente en la ventanilla empañada y veo pasar Camden High Street diluida en un resplandor de luces navideñas y escaparates brillantes y fugaces que venden de todo, desde chupas de cuero hasta recuerdos horteras de Londres. Apenas son las cuatro de la tarde, pero en Londres ya está anocheciendo; no creo que hoy haya llegado a iluminarse del todo en ningún momento.

Mi reflejo me dice que debería quitarme del pelo el halo de espumillón que el imbécil de mi jefe me ha obligado a ponerme, porque parece que vaya a presentarme a las audiciones para el papel de arcángel Gabriel en la obra de Navidad de un colegio. Sin embargo, reconozco que me da absolutamente igual. A ninguno de los pasajeros de este autobús le importa un bledo: ni al empapado hombre del anorak que viaja a mi lado ocupando más de la mitad de su asiento mientras dormita frente al periódico de ayer, ni al grupo de colegiales que se gritan unos a otros en los asientos de atrás ni, desde luego, a la mujer casposa sentada delante mío con sus brillantes copos de nieve en las orejas. No se me escapa la ironía de que haya elegido precisamente esos

pendientes; si fuera más arpía, le daría una palmadita en el hombro y le haría ver que con ellos llama la atención sobre la tormenta de nieve dermatológica que desata cada vez que mueve la cabeza. Pero no soy una arpía; o a lo mejor sí lo soy, pero en silencio y dentro de mi cabeza. Como todo el mundo, ¿no?

Madre mía, ¿cuántas paradas más va a hacer este autobús? Todavía estoy a unos tres kilómetros de mi piso y ya está más lleno que un camión de ganado en día de mercado.

«Vamos —pienso—. Arranca. Llévame a casa.» Aunque mi piso va a resultar un lugar bastante deprimente ahora que mi compañera, Sarah, se ha marchado con sus padres. Solo un día más y yo también me iré, me recuerdo.

El autobús traquetea hasta detenerse al final de la calle y me quedo mirando al grupo de personas que intenta bajarse dando empujones al mismo tiempo que otros intentan subir a empellones. Es como si pensarán que están en uno de esos concursos cuya finalidad es averiguar cuánta gente cabe en un espacio reducido.

Hay un tipo sentado en uno de los asientos plegables de la parada. Este no debe de ser su autobús, porque está absorto en el libro de tapa dura que sostiene en las manos. Me llama la atención porque parece ajeno a los empujones y codazos que tienen lugar justo delante de él; es como si fuera uno de esos elaborados efectos especiales de las películas en los que alguien permanece inmóvil por completo y el mundo gira a su alrededor como un caleidoscopio, ligeramente desenfocado.

No le veo la cara, solo atisbo una coronilla cubierta de pelo rubio, un poco largo y ligeramente ondulado en la parte baja, imagino. Está envuelto en un chaquetón de lana de color azul marino y una bufanda que se diría tejida a mano. Resulta *kitsch* e inesperada en comparación con lo moderno del resto de su atuendo —vaqueros ajustados y botas oscuros— y el libro absorbe toda su concentración. Aguzo la vista y, tras limpiar la ventanilla empañada con la manga del abrigo, trato de acercar la cabeza para intentar ver lo que está leyendo.

No sé si lo que irrumpe en su visión periférica es el movimiento de mi brazo sobre el cristal o el destello de los pendientes de la mujer casposa, pero el chico levanta la cabeza y parpadea unas cuantas veces para centrar su atención en mi ventanilla. En mí.

Nos miramos con fijeza y soy incapaz de apartar la vista. Siento que se me mueven los labios como si fuera a decir algo, solo Dios sabe qué, y de repente y sin motivo alguno necesito bajarme de este autobús. Me invade una necesidad abrumadora de salir de aquí, de llegar hasta él. Pero no lo hago. No muevo ni un músculo, porque sé que no existe la menor posibilidad de que consiga sortear al hombre-anorak que tengo al lado y abrirme paso por el autobús atestado antes de que este reanude la marcha. Así que, en una fracción de segundo, tomo la decisión de quedarme clavada en mi asiento y, sirviéndome solo del anhelo ardiente y desesperado de mi mirada, trato de

comunicarle que suba a bordo.

No es guapo tipo estrella de cine ni posee una belleza clásica, pero tiene un aire de pijo desaliñado a lo «¿quién, yo?» que me cautiva. No alcanzo a distinguir el color de sus ojos desde aquí. Verde, diría yo... ¿o tal vez azul?

Llámame ingenua, pero estoy segura de que a él lo ha alcanzado el mismo rayo; es como si un relámpago invisible nos hubiera unido de manera inexplicable. Reconocimiento; una descarga eléctrica y brutal en sus ojos abiertos como platos. Vuelve a mirarme con incredulidad, un gesto parecido al que cualquiera podría hacer cuando se encuentra por casualidad con un viejo amigo al que lleva años sin ver y no termina de creerse que lo tenga delante.

Es una mirada de «Eh, hola», «¡Ostras, eres tú!» y «Es increíble lo mucho que me alegro de verte» a la vez.

Desvía la vista a toda prisa hacia la cola menguante de los que todavía están esperando para subir y luego vuelve a centrarla en mí; es como si oyera los pensamientos que se le pasan por la cabeza. Está preguntándose si sería una locura subirse al autobús, qué me diría si no estuviéramos separados por el cristal y las hordas, si se sentiría estúpido subiendo los escalones de dos en dos para llegar hasta mí.

«No —intento comunicarle—. No, no te sentirías estúpido. Yo no te lo permitiría. ¡Súbete al maldito autobús de una vez!» No deja de mirarme, y entonces una sonrisa lenta se dibuja en su boca generosa, como si no pudiera contenerla. Y de pronto yo también estoy sonriendo, casi embelesada.

Tampoco puedo evitarlo.

«Por favor, súbete al autobús.» Entonces reacciona, toma una decisión repentina, cierra el libro de golpe y lo guarda en la mochila que tiene entre los tobillos. Empieza a caminar hacia delante, y yo contengo la respiración y pongo la palma de una mano en el cristal para meterle prisa pese a que ya oigo el silbido enfermizo de las puertas que se cierran y noto la sacudida del freno de mano que se suelta.

«¡No! ¡No! ¡Por Dios, no te atrevas a marcharte de esta parada! ¡Es Navidad!», me entran ganas de gritar cuando el autobús se incorpora al tráfico y coge velocidad, y fuera está él, sin aliento, de pie en la calzada, contemplando cómo nos alejamos. Veo que la derrota le apaga el brillo de los ojos y, como es Navidad y como además acabo de enamorarme hasta la médula de un extraño en una parada de autobús, le lanzo un beso desolado y apoyo la frente contra el cristal para mirarlo hasta que lo pierdo de vista.

Entonces caigo en la cuenta. Mierda. ¿Por qué no he recurrido a la estrategia del amigo capullo y he garabateado algo en una hoja para enseñárselo por la ventanilla? Podría haberlo hecho. Hasta podría haber escrito mi número de móvil en el cristal empañado de vaho. Podría haber

abierto la minúscula parte abatible y haberle gritado mi nombre y mi dirección o algo así. Se me ocurren muchas cosas que podría y debería haber hecho, pero en ese preciso instante no se me pasaron por la cabeza porque era totalmente incapaz de quitarle los ojos de encima.

Para los mirones, debió ser una película muda de sesenta segundos de duración digna de un Oscar. A partir de ahora, si alguien me pregunta si me he enamorado alguna vez a primera vista, diré que sí, durante un glorioso minuto del 21 de diciembre de 2008.

2009

Propósitos de Año Nuevo

Este año solo tengo dos propósitos, pero de los grandes, brillantes y resplandecientes.

- 1) Encontrarlo, a mi chico de la parada de autobús.
- 2) Encontrar mi primer trabajo decente en una revista.

Maldita sea. Ojalá los hubiera escrito a lápiz, porque los borraría y los cambiaría de orden. Lo que de verdad me gustaría sería encontrar primero ese puesto en una revista sofisticada a rabiarse y luego toparme con el chico del autobús en una cafetería mientras llevo en la mano algo saludable para

comer; él me lo tira sin querer y después levanta la mirada y dice: «Oh. Eres tú. Por fin».

Y entonces nos saltaríamos el almuerzo e iríamos a dar un paseo por el parque, porque habríamos perdido el apetito pero habríamos encontrado el amor de nuestra vida.

Pero bueno, esto es lo que hay. Deséame suerte.

20 de marzo

*Laurie*

—¿Es ese? Estoy convencida de que acabo de captar una vibración tipo bus en él.

Sigo la dirección que señala la cabeza de Sarah y paseo la mirada por el bar, que está tan abarrotado como solo podría estarlo un viernes por la noche.

Es una costumbre que hemos adoptado: en cada sitio al que vamos escudriñamos caras y multitudes en busca del «chico del autobús», como Sarah lo bautizó cuando comparamos nuestros apuntes navideños en enero.

Me dio la sensación de que sus celebraciones familiares en York habían sido mucho más bulliciosas que las mías en Birmingham, íntimas y con un montón de comida, pero ambas habíamos regresado a la realidad del invierno londinense con la tristeza de la cuesta de enero. Añadí el plato de mi trágica historia de «amor a primera vista» al banquete de la autocompasión, pero enseguida deseé no haberlo hecho. No es que no confíe en Sarah; es más bien que desde aquel mismo instante se ha obsesionado incluso más que yo con encontrarlo. Y yo estoy volviéndome loca por él en secreto.

—¿Cuál?

Frunzo el ceño y miro hacia el mar de gente, casi todo nuca de cabezas desconocidas. Sarah arruga la nariz y se calla para pensar en cómo podría diferenciar a su hombre para que yo lo someta a escrutinio.

—Ese de ahí, en el medio, al lado de la mujer del vestido azul.

A ella la identifico con más facilidad; su cortina de pelo rubio oxigenado y liso como una tabla refleja la luz cuando echa la cabeza hacia atrás y se ríe de algo que ha dicho el tipo que está junto a ella.

El chico es más o menos de la altura adecuada. Tiene el pelo parecido y la forma de sus hombros, cubiertos por una camisa oscura, me resulta sorprendentemente familiar. Podría ser cualquiera, pero también ser el chico del autobús. Cuanto más lo miro, más segura estoy de que la búsqueda ha terminado.

—No lo sé —digo conteniendo el aliento, porque es lo más cerca de él que he llegado a estar.

Se lo he descrito tantas veces que es probable que Sarah sepa mejor que yo qué aspecto tiene. Quiero acercarme a él. De hecho, creo que ya he empezado a hacerlo, pero Sarah me pone una mano en el brazo y me quedo quieta, porque el chico acaba de agachar la cabeza para comerse a besos la cara de la rubia, que al instante se convierte en mi persona menos favorita del planeta.

¡Ay, Dios, creo que es él! ¡No! Así no es como tiene que ocurrir. Todas las noches al cerrar los ojos he imaginado variantes de esta escena y nunca, repito, nunca, termina así. A veces está con un grupo de chicos en un bar, en otras ocasiones está solo en una cafetería leyendo, pero lo único que no sucede jamás es que tenga una novia con la que se besuquea a menos de dos centímetros de su reluciente melena rubia.

—Mierda —murmura Sarah, que me pone mi copa de vino en la mano.

El beso se alarga y nosotras no apartamos la mirada. Y aún siguen. Ostras,

¿es que esta gente no tiene límite? Ahora él le agarra el trasero con ganas, sobrepasando con creces lo admisible en un bar tan lleno.

—Un poco de decencia, por favor —gruñe Sarah—. Al final resulta que no es tu tipo, Lu.

Estoy hecha polvo. Tanto que me echo al gizonte toda la copa de vino frío

del tirón, y me estremezco.

—Creo que quiero ir —digo ridículamente al borde de las lágrimas.

Y entonces dejan de besarse y ella se alisa el vestido, él le murmura algo al oído y a continuación se da la vuelta y comienza a andar en línea recta hacia nosotras.

Me doy cuenta de inmediato. Pasa deprisa a nuestro lado y estoy a punto de echarme a reír, aturdida de alivio.

—No es él —susurro—. Ni siquiera se parece a él.

Sarah hace una mueca y suelta el aire que debía de estar conteniendo.

—Joder, menos mal. Qué asco de tío. ¿Sabes lo poco que me ha faltado para ponerle la zancadilla?

Tiene razón. El tipo que acaba de pasar junto a nosotras rebosaba prepotencia, iba limpiándose de la boca el carmín rojo de la chica con el dorso de la mano y esbozando una sonrisa engreída y satisfecha de camino a los aseos.

Madre mía, necesito otra copa. La búsqueda del chico del autobús dura ya tres meses. Más me vale encontrarlo pronto, porque si no terminaré en un centro de desintoxicación.

Más tarde, ya de vuelta a Delancey Street, nos quitamos los zapatos y nos dejamos caer en el sofá.

—He estado pensando... —dice Sarah, desplomada en el otro extremo—.

Hay un chico nuevo en mi trabajo, y creo que podría gustarte.

—Solo quiero al chico del autobús —digo con un suspiro en plan melodrama clásico.

—Pero ¿y si lo encuentras y es un imbécil? —alega Sarah.

Está claro que nuestra experiencia de hace un rato en el bar también la ha afectado.

—¿Crees que debería dejar de buscar? —pregunto, y alzo la cabeza espesa del brazo del sofá para mirarla a los ojos.

Extiende los brazos hacia los lados y ahí los deja.

—Solo digo que necesitas un plan para casos de emergencia.

—¿Por si es un imbécil?

Levanta los pulgares, seguro que porque alzar la cabeza le supone demasiado esfuerzo.

—Podría ser un gilipollas de campeonato —contesta—. O tener novia. O, joder, Lu, hasta podría estar casado.

Se me escapa un suspiro. Esta vez uno auténtico.

—¡Imposible! —farfullo—. Está soltero, y es guapísimo y está en algún lugar ahí fuera esperando a que lo encuentre. —Siento mis palabras con toda la convicción de una borracha—. Y hasta es posible que él esté buscándome.

Sarah se incorpora apoyándose en los codos y me mira fijamente; a estas horas de la noche, tiene los largos rizos de su melena pelirroja hechos una maraña y el rímel corrido.

—Lo único que digo es que tal vez tengamos, o mejor dicho, tengas expectativas poco realistas, y que debamos, o más bien, debas proceder con más cautela, eso es todo.

Sé que tiene razón. Hace un rato, en el bar, casi se me para el corazón.

Intercambiamos una mirada, y luego Sarah me da unas palmaditas en la pierna.

—Lo encontraremos —dice.

Es un simple gesto de solidaridad, pero, en mi estado de ebriedad, hace que se me forme un nudo en la garganta.

—¿Me lo prometes?

Ella asiente con la cabeza y se traza una cruz sobre el corazón, y entonces un gran sollozo cargado de mucosidad me brota del gañote, porque estoy

cansada y cabreada, y porque a veces no soy capaz de recordar bien la cara del chico del autobús y me da miedo olvidarme de cómo es.

Sarah se sienta y me seca las lágrimas con la manga de su camisa.

—No llores, Lu —susurra—. Seguiremos buscando hasta que lo encontremos.

Asiento y me tumbo de nuevo para mirar el estucado del techo que nuestro casero lleva prometiéndonos volver a pintar desde que nos mudamos aquí hace ya unos cuantos años.

—Daremos con él. Y será perfecto.

Sarah se queda callada, y después mueve el dedo índice distraídamente por encima de su cabeza.

—Más le vale. O le grabaré «imbécil» aquí mismo, en la frente.

Hago un gesto de asentimiento. Agradezco y comparto su lealtad.

—Con un bisturí oxidado —digo para adornar la espeluznante imagen.

—Y se le infectará y se le caerá la cabeza —masculla.

Cierro los ojos, riendo entre dientes. Hasta que encuentre al chico del autobús, el objeto de mi cariño es Sarah.

24 de octubre

*Laurie*

—Creo que lo hemos clavado —dice Sarah, que da un paso atrás para admirar nuestra obra.

Hemos dedicado todo el fin de semana a redecorar la diminuta sala de estar de nuestro apartamento, así que ambas estamos llenas de salpicaduras de pintura y de polvo. Estamos a punto de terminar y ya experimento una cálida sensación de satisfacción; ojalá esa mierda de empleo que tengo en el hotel me hiciera sentir aunque solo fuera la mitad de realizada.

—Espero que al casero le guste —digo.

En realidad no tenemos permiso para modificar el aspecto del piso, pero dudo que ponga reparos a nuestras mejoras.

—Debería pagarnos por hacer todo esto —dice Sarah con las manos apoyadas en las caderas. Lleva un pantalón con peto cortado encima de una camiseta de tirantes rosa fluorescente que desentona intensamente con su pelo

—. Acabamos de aumentar el valor de su piso. ¿Quién no preferiría este suelo de madera a esa moqueta vieja y raída?

Me río al recordar nuestra lucha de *sketch* cómico para arrastrar la moqueta enrollada escalera abajo desde nuestro apartamento de la última planta.

Cuando llegamos al vestíbulo, sudábamos como mineros y soltábamos tacos como marineros, las dos rebozadas en los fragmentos de espuma que se habían soltado del revestimiento inferior de la moqueta. Chocamos los cinco

después de tirarla al contenedor de un vecino; lleva ahí una eternidad, medio lleno de basura, así que no creo que se dé cuenta.

Los antiguos tablones de roble que había debajo son preciosos; está claro que hace años, antes de que el propietario actual los ocultara con esa monstruosidad estampada, alguien se había tomado la molestia de restaurarlos. Mientras contemplamos nuestra sala relajante y llena de luz gracias a las paredes blancas recién pintadas y a las viejas y enormes ventanas de guillotina, tengo la sensación de que tanto nuestros esfuerzos para pulirlos como el consiguiente dolor de brazos han valido la pena. Es un

edificio destartado con un esqueleto glamuroso, a pesar del estucado del techo. Le hemos puesto una alfombra barata y cubierto los muebles dispares con colchas de nuestras habitaciones, y en resumidas cuentas creo que hemos hecho un milagro con un presupuesto muy ajustado.

— *Boho chic* —afirma Sarah.

—Tienes pintura en el pelo —le digo, y me llevo una mano a la parte superior de la cabeza para señalarle dónde, aunque lo único que consigo así es añadirle un nuevo manchurrón al mío.

—Tú también —contesta ella entre risas, y luego echa un vistazo a su reloj de pulsera—. ¿Te apetece un *fish and chips*?

Sarah tiene el metabolismo de un caballo. Es una de las cosas que más me gustan de ella, porque me permite comer tarta sin sentirme culpable. Asiento, muerta de hambre.

—Ya voy yo.

Media hora más tarde, brindamos por nuestra ahora fabulosa sala de estar mientras comemos en el sofá nuestro *fish and chips* apoyado en las rodillas.

—Deberíamos pirarnos del trabajo y convertirnos en reinas televisivas de las renovaciones domésticas —dice Sarah.

—Triunfaríamos —añadió—. «Rediseña tu casa con Laurie y Sarah.»

Se queda quieta con el tenedor a medio camino de la boca.

—«Rediseña tu casa con Sarah y Lu.»

—«Laurie y Sarah» suena mejor. —Sonrío—. Y sabes que tengo razón.

Además, soy mayor que tú, es lógico que vaya la primera.

Es una broma habitual entre nosotras; le llevo unos meses a Sarah y jamás desperdicio una sola oportunidad de aprovechar esa ventaja. Espurrea la

cerveza que tenía en la boca cuando ve que me agacho para coger mi botellín del suelo.

—¡Cuidado con el parquet!

—He utilizado un posavasos —me jacto.

Se inclina hacia delante y observa mi posavasos improvisado: el folleto de las ofertas de este mes en el supermercado.

—Ostras, Lu —dice despacio—. Nos hemos convertido en personas de posavasos.

Trago saliva, muy seria.

—¿Esto significa que vamos a envejecer y a tener gatos juntas?

Responde que sí con la cabeza.

—Eso creo.

—Pues tampoco estaría tan mal —gruño—. Mi vida sentimental está oficialmente muerta.

Sarah arruga el papel del *fish and chips* que ya se ha terminado.

—Culpa tuya y de nadie más —replica.

Lo dice por el chico del autobús, desde luego. A estas alturas ya ha alcanzado un estatus casi mítico y estoy a puntísimo de renunciar a él. Diez meses es mucho tiempo de dedicación a la búsqueda de un completo extraño con la remota esperanza de que esté soltero, enamorado de mí y no sea un

asesino en serie. Sarah me ha dicho miles de veces que tengo que pasar página, con lo que en realidad se refiere a que debo encontrar a otra persona antes de que me convierta en monja. Sé que tiene razón, pero mi corazón todavía no está listo para dejarlo marchar. La emoción que experimenté cuando nos miramos a los ojos... nunca la había sentido, jamás.

—Podrías haber dado la vuelta al mundo desde que lo viste —dice—.

Piensa en cuántos hombres perfectos podrías haberte tirado en ese viaje.

Ahora tendrías anécdotas con Roberto en Italia y con Vlad en Rusia, y podrías contárselas a tus nietos cuando seas vieja.

—No voy a tener hijos ni nietos. Más bien voy a buscar en vano al chico del autobús durante el resto de mis días y a tener gatos contigo —digo—.

Montaremos un refugio de gatos, y la reina nos concederá una medalla por los servicios prestados.

Sarah se ríe, pero su mirada me advierte de que ha llegado el momento de dejar de aferrarme a mi sueño del chico del autobús y olvidarlo.

—Acabo de recordar que soy alérgica a los gatos —dice—. Aun así me quieres, ¿verdad?

Suspiro y cojo mi cerveza.

—Me temo que así no hay trato. Búscate a otra persona, Sarah, jamás podremos estar juntas.

Una sonrisa le ilumina la cara.

—Tengo una cita la semana que viene.

Me llevo las manos al corazón.

—Pues sí que has superado rápido lo nuestro.

—Lo conocí en un ascensor. Lo convertí en mi rehén con el botón de parada hasta que accedió a invitarme a salir.

En serio, necesito que Sarah me dé lecciones de vida: en cuanto ve lo que quiere se lanza a por ello de cabeza. Por enésima vez, pienso que ojalá

hubiera tenido ovarios para bajarme de aquel autobús. Pero la realidad es que

no lo hice. Tal vez haya llegado el momento de espabilar, de dejar de buscar a aquel chico y de lloriquear achispada cuando no lo consigo. Hay otros hombres. Tengo que convertir «¿Qué haría Sarah?» en mi lema vital... Y

estoy bastante convencida de que ella no se pasaría todo un año llorando por los rincones.

—¿Compramos un cuadro para esa pared? —pregunta mirando el espacio vacío que queda encima de la chimenea.

Asiento.

—Sí. ¡Por qué no! ¿Puede ser de gatos?

Se ríe y me lanza la bola del papel del *fish and chips* a la cabeza.

18 de diciembre

*Laurie*

—Trata de no tomar decisiones precipitadas cuando conozcas a David esta noche, ¿vale? Es probable que a primera vista pienses que no es tu tipo, pero, créeme, es muy gracioso. Y además educado, Laurie. Por ejemplo, el otro día me cedió su silla en una reunión. ¿A cuántos tipos capaces de hacer algo así conoces?

Sarah me da esta charla de rodillas en el suelo mientras saca todas las copas de vino llenas de polvo que encuentra al fondo del armario de la cocina de nuestro diminuto apartamento compartido.

Me estrujo las meninges en busca de una respuesta y, siendo sincera, no tengo mucho donde escoger.

—Esta mañana el chico del piso de abajo ha apartado su bicicleta para dejarme salir a la calle. ¿Eso cuenta?

—¿Te refieres al mismo chico que abre nuestro correo y deja restos de kebab frío en el suelo del portal todos los fines de semana?

Me río por lo bajo mientras sumerjo las copas de vino en agua caliente y jabonosa. Esta noche damos nuestra tradicional fiesta de Navidad, la que celebramos todos los años desde que nos mudamos a Delancey Street.

Aunque nos autoengañamos diciendo que, ahora que ya hemos salido de la universidad, la de este año será mucho más sofisticada, básicamente consistirá en que varios estudiantes y unos cuantos compañeros de trabajo a los que todavía no conocemos muy bien invadan nuestro piso para beber vino

barato, debatir sobre cosas que en realidad no entendemos del todo y, en mi caso, por lo que parece, enrollarse con un chico llamado David, que es mi hombre perfecto, según ha decidido Sarah. Ya hemos pasado por esto antes.

Mi mejor amiga se tiene por una celestina y ya me emparejó en un par de ocasiones cuando todavía estábamos en la universidad. La primera vez, Mark, o puede que fuera Mike, apareció vestido con unos pantalones cortos de deporte en pleno invierno y se pasó toda la cena tratando de impedirme elegir cualquier plato cuyo aporte calórico requiriera más de una hora de gimnasio para quemarse. Soy una chica de postre; para mí lo único inconveniente que el menú ofrecía era Mike. O Mark. Como fuera. En defensa de Sarah, debo decir que se parecía un poco a Brad Pitt si entornabas los párpados y lo mirabas con el rabillo del ojo en una habitación oscura. Y reconozco que lo hice. A ver, no suelo acostarme con un chico en la primera cita, pero sentí que tenía que darle una oportunidad en nombre de Sarah.

Su segunda opción, Fraser, solo resultó ser un pelín mejor; al menos recuerdo su nombre. Era, con mucho, el escocés más escocés que había conocido en mi vida, hasta el punto de que entendí únicamente alrededor del cincuenta por ciento de lo que me dijo. No creo que mencionara las gaitas en concreto, aunque no me habría sorprendido que llevara una debajo de la chaqueta. Su pajarita de tartán me pareció desconcertante. Sin embargo, nada de todo esto me habría importado; lo que realmente fue su perdición tuvo lugar al final de la cita: me acompañó hasta nuestro piso de Delancey Street y entonces me besó como lo haría quien efectúa una maniobra de reanimación cardiopulmonar. Una reanimación cardiopulmonar con una cantidad de saliva del todo impropio. En cuanto entré en casa, me fui corriendo al cuarto de baño y mi reflejo me confirmó que tenía la misma pinta que si me hubiera besuqueado un gran danés. Bajo la lluvia.

Tampoco es que yo tenga un historial impresionante en lo que a elegirme pareja se refiere. A excepción de Lewis, un novio que tuve durante mucho tiempo cuando aún vivía en Birmingham, es como si por alguna razón fuera incapaz de dar en el clavo. Tres citas, cuatro citas, a veces incluso cinco antes del fiasco inevitable. Empiezo a preguntarme si ser la mejor amiga de una persona tan deslumbrante como Sarah no será una espada de doble filo; ella hace que los hombres se creen expectativas poco realistas respecto a las mujeres. Si no la adorara, lo más probable sería que quisiera sacarle los ojos.

En cualquier caso, llámame tonta, pero sabía que ninguno de esos hombres era el adecuado para mí. Soy una chica dada al romanticismo; siempre que me preguntan con qué famoso me gustaría ir a cenar contesto que con Nora Ephron y me muero de ganas de saber de una puñetera vez si los buenos chicos besan así de verdad. Ya te haces una idea. Albergo la esperanza de que entre todas estas ranas algún día aparezca un príncipe. O algo parecido.

A saber cómo van las cosas con David, a lo mejor a la tercera va la vencida. No pienso hacerme ilusiones. Puede que sea el amor de mi vida o puede que sea abominable, pero en cualquier caso no niego que me pica la curiosidad y que estoy más que dispuesta a desmelenarme. No es algo que haya hecho muy a menudo a lo largo del último año; tanto Sarah como yo hemos pasado por ese período convulso en el que sales del cómodo mundo de la universidad a la realidad del trabajo, con más éxito en el caso de Sarah que en el mío. Ella encontró casi sin esfuerzo un puesto de auxiliar en una cadena de televisión regional, mientras que yo sigo en la recepción del hotel. Sí, a pesar de mi propósito de Año Nuevo, es evidente que aún no tengo el empleo de mis sueños. Pero era eso o volverme a Birmingham, y me temo que si me marcho de Londres no regresaré nunca más. Estaba claro que a Sarah iba a resultarle más fácil; ella tiene don de gentes, mientras que yo soy un poco torpe con las relaciones sociales, y eso significa que las entrevistas no suelen salirme muy bien.

Esta noche, no obstante, eso quedará a un lado. Estoy decidida a pillarme tal borrachera que mi torpeza social resulte imposible. A fin de cuentas, tendremos la excusa del Año Nuevo para olvidar el comportamiento imprudente que el alcohol favorece. Es que, venga ya, Lu, ¡eso ocurrió el año pasado, por el amor de Dios! ¡Supéralo de una vez!

También es la noche en la que por fin voy a conocer al nuevo novio de Sarah. Lleva ya varias semanas con él, pero por una u otra razón todavía no he podido verlo en una carne y unos huesos que, por lo que parece, son increíblemente sexis. Sin embargo, he oído hablar tanto de él que podría escribir un libro. Por desgracia para el pobre chico, ya sé que en la cama es un dios del sexo y que Sarah espera con ansia ser la madre de sus hijos y casarse con él en cuanto sea la celebridad mediática de altos vuelos en que sin duda va camino de convertirse. Casi me da pena que ya le hayan planeado el futuro de los próximos diez años a la edad de veinticuatro. Pero, oye, así es Sarah. Por muy guay que sea el chico, él es el afortunado.

No puede dejar de hablar de él. Ahora mismo está haciéndolo otra vez, contándome muchísimo más sobre su desenfadada vida sexual de lo que me gustaría saber.

Cuando levanto los dedos jabonosos para detener su cháchara, esparzo burbujas por el aire como si fuera una niña que agita un pompero.

—Vale, vale, para, por favor. Intentaré no correrme nada más ver por primera vez a tu futuro marido.

—Eso no se lo sueltes, ¿vale? —me pide con una gran sonrisa—. Lo de

«futuro marido», digo, porque él todavía no lo sabe y, bueno, compréndelo, podría llevarse una sorpresa.

—¿Tú crees? —bromeo.

—Es mucho mejor que dentro de unos años piense que ha sido idea suya y que es brillante.

Se sacude el polvo de las rodillas de los vaqueros en cuanto se pone de pie.

Hago un gesto de asentimiento. Si conozco a Sarah, y la conozco muy bien, lo tendrá comiendo de la palma de su mano y más que dispuesto a declararse de forma espontánea cuando ella decida que es el momento adecuado. ¿Sabes ese tipo de persona en torno a la que gravita todo el mundo? ¿Esa *rara avis* chispeante que irradia un aura que atrae a la gente hacia su órbita? Pues esa

es Sarah. Pero si piensas que eso la hace parecer insufrible, te equivocas.

La conocí aquí mismo, al empezar nuestro primer año como universitarias.

Yo había decidido optar por uno de los apartamentos en alquiler que ofrecía la universidad en lugar de por una habitación en una residencia, y escogí este lugar. Es una casa adosada, alta y antigua dividida en tres apartamentos: dos más grandes en las plantas inferiores y nuestro ático plantado encima, como una desenfadada idea de último momento. La primera vez que lo vi me encantó, se me iluminó la cara y todo se me antojó de color de rosa. ¿Te acuerdas de ese apartamentito *shabby chic* en el que vive Bridget Jones? Me recordó a algo así, solo que era más viejo y menos chic y que yo tendría que compartirlo con una completa extraña para poder pagar el alquiler. Ninguna de esas desventajas me impidió firmar sobre la línea de puntos; una extraña era más fácil de tolerar que una residencia ruidosa y atestada de desconocidos. Todavía recuerdo que, mientras subía los tramos de escalones de los tres pisos cargada con todas mis cosas el día de la mudanza, mi mayor anhelo era que mi nueva compañera no aniquilara mi fantasía a lo Bridget Jones.

Sarah había pegado una nota de bienvenida en la puerta, unas letras grandes, redondas y rojas garabateadas en el reverso de un sobre usado: Querida nueva compañera de casa:

He ido a comprar cerveza caliente y barata para inaugurar nuestro nuevo hogar. Quédate la habitación más grande si quieres, ¡yo prefiero estar más cerca del meadero y poder llegar dando tumbos sin caerme!

S x

Y eso bastó. Me tenía ganada por completo antes incluso de ponerle la vista encima. Es diferente a mí en muchos aspectos, pero compartimos los puntos en común justos y necesarios para ser como uña y carne. Ella posee una belleza imponente, tiene una melena ondulada y de un tono rojo camión de bomberos que le llega casi hasta el culo, y un tipazo increíble, aunque su aspecto le importa un bleo.

Lo normal sería que una persona tan guapa como ella me hiciera sentir como

el patito feo, pero Sarah tiene algo que logra que te sientas bien contigo misma. Lo primero que me dijo cuando volvió de la tienda aquel día fue:

—¡Me cago en la leche! Eres la viva imagen de Elizabeth Taylor. Vamos a tener que poner un candado en la puerta para evitar disturbios.

Estaba exagerando, por supuesto. No me parezco mucho a Elizabeth Taylor. El pelo oscuro y los ojos azules se los debo a mi abuela materna, que era francesa; fue una bailarina bastante célebre en su juventud, y guardamos como oro en paño varios programas y recortes de prensa granulados que lo demuestran. Pero yo siempre me he considerado más bien una parisina fracasada: he heredado la silueta de mi abuela, pero no su elegancia, y en mis manos su pulcro recogido moreno se ha convertido en un revoltijo de rizos permanentemente electrocutados. Además, es imposible que alguna vez llegue a tener la disciplina que exige el baile; me gustan demasiado las galletas con doble de chocolate. Cuando mi metabolismo empiece a pasarme factura, estaré perdida.

Sarah, en broma, se refiere a nosotras como «la puta y la princesa». En

realidad, ella no tiene nada de puta y yo no soy ni por asomo lo suficientemente delicada para ser una princesa. Como ya he dicho, buscamos el punto medio y nos hacemos reír. Ella es mi Thelma y yo su Louise, he ahí la razón por la que me desconcierta que de repente se haya enamorado hasta la médula de un tipo al que no conozco ni he dado el visto bueno.

—¿Crees que tenemos suficiente alcohol? —pregunta mientras observa con ojo crítico las botellas alineadas sobre la encimera de la cocina.

Nadie podría referirse a ellas como una selección sofisticada; parece uno de esos expositores de oferta especial de un supermercado, una montaña de botellas de vino y de vodka baratos que llevamos tres meses acumulando para asegurarnos de que nuestra fiesta sea de las que se recuerdan.

O de las que no se recuerdan, tal vez.

—Más que de sobra. La gente también traerá botellas —digo—. Va a ser genial.

Me rugen las tripas, y eso me recuerda que ninguna de las dos hemos comido nada desde la hora del desayuno.

—¿Has oído eso? —Me froto la barriga—. Mi panza acaba de pedirte que prepares un especial «Delancey Street».

Los sándwiches de Sarah son lo más de Delancey Street, míticos. Me ha enseñado la santa trinidad de su desayuno (tocino, remolacha y champiñones) y tardamos casi dos años en decidirnos por nuestro plato estrella, el especial DS, que lleva el nombre de nuestra calle.

Pone los ojos en blanco y se echa a reír.

—Puedes hacértelo tú, ya sabes.

—No tan bien como tú.

Fanfarronea un poco y abre la nevera.

—Eso es cierto.

La miro formar capas de pollo y queso azul con lechuga, mayonesa y arándanos, una ciencia exacta que yo aún no he logrado dominar. Sé que suena asqueroso, pero, créeme, no lo es. Puede que no sea una comida muy típica de estudiantes, pero desde que dimos con el combo ganador durante nuestra época universitaria nos aseguramos de tener siempre los ingredientes en el frigorífico. Es más o menos nuestra dieta básica. Eso, junto con helado y vino barato.

—La clave son los arándanos —digo después de mi primer bocado.

—Es una cuestión de cantidad —alega ella—. Demasiados arándanos y se convierte poco menos que en un sándwich de mermelada. Demasiado queso y estás lamiendo el calcetín sucio de un adolescente.

Levanto mi sándwich para darle otro bocado, pero Sarah se abalanza sobre mí y me obliga a bajar el brazo.

—Espera. Tenemos que acompañarlo de una copa para ir entrando en ambiente.

Protesto, porque en cuanto coge dos vasos de chupito me doy cuenta de lo que se propone hacer. Ya está riéndose entre dientes mientras busca la botella polvorienta al fondo del armario de la cocina, detrás de las cajas de cereales.

—El pis de los monjes —dice, y nos sirve un trago ceremonial a cada una.

O Bénédictine, para llamar con propiedad al licor de hierbas añejo que nos encontramos en el piso cuando llegamos. En la botella se lee que es una mezcla de hierbas y especias secretas, y cuando la probamos por primera vez, no mucho después de habernos mudado, decidimos que uno de esos ingredientes secretos era, casi seguro, pis de los monjes benedictinos. De vez en cuando, por lo general en Navidad, nos tomamos un chupito cada una, un ritual que hemos llegado a disfrutar y odiar a partes iguales.

—¡Al buche! —Sarah sonrío y desliza por la mesa un vasito en dirección a mí antes de sentarse de nuevo—. Feliz Navidad, Lu.

Brindamos, y luego nos bebemos el contenido de los vasos y los estampamos contra la mesa mientras esbozamos muecas de repugnancia.

—No mejora con la edad —susurro.

Me siento como si me hubieran arrancado la piel del paladar.

—Combustible para cohetes —dice con voz ronca y riéndose—. Cómete el sándwich, te lo has ganado.

Nos sumimos en un silencio de sándwich especial y cuando terminamos Sarah se pone a dar golpecitos al borde de su plato vacío.

—Creo que, como es Navidad, podríamos añadirle una salchicha.

Niego con la cabeza.

—No conviene mezclar nada con el especial DS.

—Hay pocas cosas en la vida que una salchicha no pueda mejorar, Laurie.

—Me mira con las cejas enarcadas—. Nunca se sabe, a lo mejor esta noche tienes suerte y se la ves a David.

Teniendo en cuenta las dos últimas citas a ciegas que Sarah me había preparado, no dejo que la perspectiva me sobreexcite.

—Vamos —digo tras dejar los platos en el fregadero—. Será mejor que nos preparemos, no tardarán en llegar.

Ya llevo encima tres copas de vino blanco, y no cabe la menor duda de que estoy muy relajada cuando Sarah viene a por mí y me saca casi a rastras de la cocina agarrándome de la mano.

—Ha llegado —susurra mientras me machaca los huesos de los dedos—.

Ven a saludarlo. Tienes que conocerlo ahora mismo.

Sonríó a David a modo de disculpa y me alejo con Sarah. Voy entendiendo a qué se refería Sarah con lo de que el chico mejoraba con el tiempo. Ya me ha hecho reír varias veces y me ha mantenido la copa llena; había empezado a plantearme un pequeño morreo exploratorio. Es bastante majo, se da un

ligero aire a Ross de *Friends*, pero descubro que siento más curiosidad por conocer al alma gemela de mi amiga, lo cual debe de significar que mañana me arrepentiría del besuqueo con el Ross de *Friends*. Es un barómetro tan bueno como cualquier otro.

Sarah tira de mí entre nuestros amigos risueños y borrachos y un montón de gente que no estoy segura de que ninguna de las dos conozcamos, hasta que por fin llegamos junto a su novio, que está de pie, algo titubeante, al lado de la puerta de entrada.

—Laurie... —Sarah está nerviosa y tiene los ojos brillantes—. Este es Jack. Jack, ella es Laurie. Mi Laurie —añade para enfatizar.

Abro la boca para saludar, pero entonces le veo la cara. Se me desboca el corazón y me siento como si alguien acabara de ponerme unos electrodos en

el pecho y los hubiera activado a la máxima potencia. Soy incapaz de conseguir articular ni una sola palabra.

Lo conozco.

Tengo la sensación de que no ha pasado más que una semana desde que lo vi por primera vez... y por última. Aquel momento de infarto en el segundo piso de un autobús lleno de gente hace doce meses.

—Laurie —dice mi nombre, y me entran ganas de llorar de puro alivio, porque por fin está aquí.

Va a parecer una locura, pero me he pasado el último año deseando, esperando toparme con él. Y ahora está aquí. He escrutado innumerables multitudes intentando dar con su cara y lo he buscado en bares y cafeterías.

Había renunciado por completo a encontrar al chico del autobús, aunque Sarah jura que le he dado tanto la brasa con él que incluso ella misma lo habría reconocido.

Pero por lo que se ve no ha sido así, ya que me lo ha presentado como el amor de su vida.

Verdes. Tiene los ojos verdes. De un color musgo de árbol brillante alrededor de los bordes del iris y de un dorado ambarino cálido que se filtra hacia las pupilas. Pero no es el color de sus ojos lo que más me impresiona, sino la expresión que adoptan en este preciso instante, cuando baja la mirada hacia mí: un destello de reconocimiento alarmado; una colisión vertiginosa y precipitada. Y entonces, en menos que canta un gallo, esa mirada desaparece y me deja sin saber si ha sido la intensidad de mi propio anhelo lo que me ha hecho imaginar que se ha producido.

—Jack —logro decir, y le tiendo la mano. «Se llama Jack.»—. Encantada de conocerte.

Él asiente con la cabeza, y una media sonrisa asustadiza y vacilante le curva los labios.

—Laurie.

Miro a Sarah, loca de culpa, segura de que debe de estar dándose cuenta de que algo no va bien, pero en realidad no hace sino sonreírnos a los dos como una boba. Menos mal que existe el vino barato.

Cuando me estrecha la mano, la suya, cálida y fuerte, me da un apretón firme, casi cortés, como si estuviéramos conociéndonos en el ambiente formal de una sala de juntas en vez de en una fiesta de Navidad.

No sé qué hacer, porque ninguna de las cosas que quiero hacer estaría bien.

Fiel a mi palabra, no me corro en el acto, pero es evidente que a mi corazón le pasa algo. ¿Cómo coño es posible que se haya producido este desastre descomunal? No puede ser de Sarah. Es mío. Ha sido mío durante todo un año.

—¿A que es fantástica?

Ahora Sarah me ha puesto una mano en la parte baja de la espalda y prácticamente me presenta a Jack como si fuera una ofrenda; de hecho, me empuja hacia él para que lo abrace, porque está desesperada por que nos convirtamos de inmediato en grandes amigos. Estoy destrozada.

Jack pone los ojos en blanco y se ríe con nerviosismo, como si la obviedad de Sarah lo incomodara.

—Tan maravillosa como me habías dicho que era —conviene mientras asiente con la cabeza como si estuviera admirando el coche nuevo de un amigo, y algo tan parecido a una disculpa que me horroriza se filtra en su expresión cuando me mira.

¿Está disculpándose porque me recuerda o porque Sarah se comporta como una tía excesivamente entusiasta en una boda?

—¿Laurie? —Sarah se vuelve hacia mí—. ¿No es tan guapísimo como te dije que era?

Se echa a reír, orgullosa de él, y no me extraña que lo esté.

Hago un gesto de asentimiento. Trago saliva con dificultad y, a pesar de eso, me fuerzo a reír a mi vez.

—Sí, desde luego.

Como Sarah está tan desesperadamente ansiosa por que nos llevemos bien, Jack se inclina hacia mí y me roza la mejilla con los labios solo un instante.

—Me alegro de conocerte —dice. Su voz encaja a la perfección con él: es intensa y transmite una seguridad calmada, una inteligencia sutil y perspicaz

—. Nunca deja de hablar de ti.

Cierro los dedos en torno a mi colgante morado en busca del consuelo de algo conocido y me obligo a soltar una risa temblorosa.

—Yo también me siento como si ya te conociera.

Y es cierto; me siento como si lo conociera de toda la vida. Quiero volver la cara y atrapar sus labios entre los míos. Quiero arrastrarlo a toda prisa hasta mi habitación, cerrar la puerta, decirle que lo amo, quitarme la ropa y

meterme en la cama con él, ahogarme en el olor amaderado, limpio y cálido de su piel.

Esto es un infierno. Me odio a mí misma. Me alejo un par de pasos de él por el bien de mi propia cordura y forcejeo con mi desgraciado corazón para que deje de latir por encima de la música.

—¿Una copa? —sugiere Sarah, alegre y vociferante.

Jack asiente, agradecido por el salvavidas que acaba de lanzarle.

—¿Laurie?

Sarah me mira para que los acompañe.

Me echo hacia atrás y miro por el pasillo en dirección al cuarto de baño, sacudiéndome como si me muriera de ganas de hacer pis.

—Luego os busco.

Necesito alejarme de él, de ellos, de esto.

Ya a salvo en el cuarto de baño, cierro la puerta de golpe y me deslizo de espaldas por ella hasta quedar sentada en el suelo. Entierro la cabeza entre las manos y engullo el aire a bocanadas para no llorar.

¡Joder, joder, joder! Adoro a Sarah, es mi hermana en todos los sentidos menos en el biológico. Pero esto... No sé cómo sortear esta tempestad sin hundir el barco con los tres a bordo. Un destello de esperanza me ilumina el pecho cuando fantaseo con salir corriendo ahí fuera y soltar la verdad sin más, porque tal vez entonces Sarah se dé cuenta de que la razón por la que se siente tan atraída por él es que, a nivel subconsciente, lo ha reconocido como el chico del autobús. Bien sabe Dios que lo único que me ha faltado ha sido dibujárselo. ¡Menudo malentendido! ¡Cómo nos reiremos de lo absurdo que es todo esto! Pero... ¿y después qué? ¿Sarah se hace amablemente a un lado y él se convierte en mi nuevo novio, así de fácil? ¡Ni siquiera creo que Jack sepa quién soy, por el amor de Dios!

Una derrota plomiza aplasta esa delicada y ridícula esperanza en cuanto la realidad se impone. No puedo hacer algo así. Por supuesto que no puedo.

Sarah no tiene ni idea y, joder, qué feliz es. Brilla más que la puñetera estrella de Belén. Puede que sea Navidad, pero esto es la vida real, no una mierda de película hollywoodiense. Es mi mejor amiga del mundo mundial, y por mucho que esto me duela, por más tiempo que me torture, jamás sostendré en silencio, en secreto, carteles que confiesen a Jack O'Mara, sin esperanza ni intenciones ocultas, que para mí él es perfecto y que mi corazón destrozado lo amará por siempre jamás.

19 de diciembre

*Jack*

Joder, qué guapa es cuando está dormida.

Tengo la garganta como si me hubiera tragado una palada de arena y creo que es posible que Sarah me haya roto la nariz del cabezazo que me dio en la cama anoche, pero ahora mismo le perdono cualquier cosa, porque tiene el pelo escarlata desparramado sobre los hombros y las almohadas, como si estuviera suspendida en el agua. Se parece a la Sirenita. Aunque soy consciente de que ese pensamiento hace que parezca un perverso.

Salgo de la cama y me pongo lo primero que encuentro: la bata de Sarah.

El estampado es de piñas, pero no tengo ni idea de adónde ha ido a parar mi ropa y necesito tomarme algo para el dolor de cabeza. Dado el estado de los rezagados de anoche, no me sorprendería encontrarme tirados por el suelo del salón todavía a un par de ellos, e imagino que las piñas los ofenderán menos que mi culo desnudo. Pero ¡qué corta es, mierda! Da igual, seré rápido.

—Agua —carraspea Sarah, y estira una mano hacia mí mientras rodeo la cama.

—Ya, lo sé —murmuro.

Mantiene los ojos cerrados cuando le levanto el brazo y vuelvo a ponérselo con mucho cuidado debajo del edredón. Emite un ruido que podría significar

«Gracias» o tal vez «Ayúdame, por el amor de Dios». Le doy un beso en la frente.

—Vuelvo enseguida —susurro, pero ella ya ha vuelto a sumirse en la neblina del sueño.

No la culpo. Yo tengo intención de volver a colarme ahí dentro y hacer lo mismo en menos de cinco minutos. Después de mirarla de nuevo durante un largo instante, salgo en silencio de la habitación y cierro la puerta sin hacer ruido.

—Si necesitas paracetamol, está en el armario de la izquierda.

Me quedo inmóvil un segundo y luego intento tragar saliva mientras abro la puerta del armario y rebusco hasta dar con la cajita azul.

—Me has leído la mente —digo al volverme hacia Laurie.

Me fuerzo a esbozar una sonrisa relajada, porque en realidad esto es incómodo de cojones. Ya la he visto antes; antes de anoche, quiero decir. Fue solo una vez, fugazmente, en persona, pero desde entonces ha aparecido otras veces en mi mente: sueños lúcidos, aleatorios y perturbadores, de madrugada, tras los que me despierto sobresaltado, duro como una piedra y frustrado. No sé si se acuerda de mí. Madre mía, espero que no. Sobre todo ahora que estoy plantado delante de ella con una ridícula bata de piñas que apenas me tapa las pelotas.

Esta mañana lleva la melena oscura recogida en la coronilla en un moño despeinado y tiene pinta de necesitar un analgésico tanto como yo, así que le ofrezco la caja.

Sarah me ha dado la lata tanto con su mejor amiga que ya me había construido una Laurie virtual en la cabeza, pero me había equivocado por completo. Como Sarah es tan despampanante, me había imaginado sin cuestionármelo demasiado que habría elegido a una amiga igual de colorida, como si fueran un par de loros exóticos en su jaula. Pero Laurie no es un loro.

Es más bien un... No sé, un petirrojo, tal vez. Transmite una especie de paz contenida, una tranquila y discreta sensación de encontrarse bien consigo misma, que hace que resulte fácil estar a su lado.

—Gracias.

Acepta los comprimidos y se pone un par en la mano.

Le sirvo un vaso de agua y ella lo levanta hacia mí, un sombrío «brindis» antes de tragarse los paracetamoles.

—Ten —me dice, y cuenta cuántos quedan en la caja antes de pasármela

—. A Sarah le gusta tomarse...

—Tres —la interrumpo, y Laurie asiente.

—Tres.

Me siento un poco como si estuviéramos compitiendo por demostrar quién conoce mejor a Sarah. Gana Laurie, por supuesto. Sarah y yo solo llevamos juntos alrededor de un mes, pero, joder, ha sido arrollador. Me paso la mayor parte del tiempo corriendo tras ella para intentar seguirle el ritmo. La conocí en el ascensor del trabajo; se quedó atascado en un momento en el que íbamos solos, y para cuando volvió a moverse quince minutos más tarde, ya sabía tres cosas. La primera, que puede que ahora sea una reportera de relleno en la emisora de televisión local, pero es probable que algún día llegue a dominar el mundo. La segunda, que iba a llevarla a comer en cuanto arreglaran el ascensor, porque ella me lo ordenó. Aunque iba a pedírselo de todos modos, que conste. Y la tercera y última, que estoy bastante seguro de que fue Sarah quien detuvo el ascensor y volvió a ponerlo en marcha una vez que consiguió lo que quería. Esa vena suya ligeramente despiadada me pone.

—Me ha hablado mucho de ti.

Lleno el hervidor de agua y lo enciendo.

—¿Te ha dicho cómo me gusta el café?

Laurie saca unas tazas del armario mientras habla, y odio el instinto que me hace recorrer su cuerpo con la mirada. Está en pijama, más que

respetablemente tapada, y aun así observo la fluidez de sus movimientos, la curva de sus caderas, el esmalte azul marino que lleva en las uñas de los pies.

—Eh...

Me concentro en la búsqueda de una cucharilla y ella se estira para abrir el cajón y mostrarme dónde están.

—Yo me encargo —digo, y meto la mano justo cuando ella lo hace, y entonces la aparta con brusquedad y se ríe para suavizar lo abrupto del gesto.

Cuando empiezo a coger cucharadas de café, Laurie se hace un ovillo sentándose sobre un pie en una silla con respaldo de lamas verticales.

—Para responder a tu pregunta, no, Sarah no me ha dicho cómo te gusta el café, pero si tuviera que adivinarlo, diría... —Me doy la vuelta y me apoyo en la encimera para observarla con detenimiento—. Diría que lo tomas cargado. Dos cucharadas. —Entorno los ojos mientras ella me mira sin darme ninguna pista—. Azúcar... —añado pasándome la mano por la nuca—. No.

Te gustaría echarte, pero no te lo permites.

¿Qué cojones estoy diciendo? Parece que esté tirándole los tejos. No es mi intención. De verdad que no. Lo último que deseo que piense es que soy un mujeriego. A ver, he tenido unas cuantas novias y con un par de ellas la cosa incluso se puso seria, pero, por alguna razón, lo que tengo ahora con Sarah me parece distinto. Más... no sé. Lo único que tengo claro es que no quiero que termine pronto. Laurie hace una mueca y niega con la cabeza.

—Dos de azúcar.

—Me tomas el pelo —digo riendo.

Ella se encoge de hombros.

—No. Me pongo dos de azúcar. A veces dos y media, según mi estado de ánimo.

¿Según su estado de ánimo?, me pregunto. ¿Qué la hace necesitar más de dos cucharadas de azúcar? De verdad, tengo que salir ya de esta cocina y volver a la cama. Creo que me he dejado el cerebro en la almohada.

—Ahora que lo pienso —dice Laurie mientras se pone de pie—, al final no me apetece tomarme un café.

Va retrocediendo hacia la puerta mientras habla, y no soy capaz de interpretar del todo la expresión de su mirada cansada. A lo mejor la he ofendido. No sé. Puede que solo esté hecha polvo, o quizá a punto de vomitar. No sería la

primera vez que provooco ese efecto en las mujeres.

*Laurie*

—¿Y bien...? ¿Qué opinas?

Acaban de dar las cuatro cuando me derrumbo junto a Sarah sobre la mesa de formica azul pálido de la cocina. Por fin hemos conseguido que el piso recupere un aspecto parecido al habitual y ahora las dos intentamos ahogar los restos de nuestra resaca en sendas tazas de café enormes. El árbol de Navidad que subimos por la escalera entre las dos hace un par de días está hecho una pena, como si una pandilla de gatos lo hubiera atacado, pero aparte de eso y de unas cuantas copas de vino rotas, podría decirse que hemos regresado a la normalidad. Oí que Jack se marchaba alrededor del mediodía... Vale, fracasé estrepitosamente en mi intento de mantener la calma respecto a la situación y me quedé mirando cómo se alejaba por la calle desde detrás de la cortina de mi dormitorio, como una de esas acosadoras de las películas de terror.

—Ha salido bien, ¿no? —digo malinterpretando a propósito la pregunta de Sarah con el objetivo de ganar tiempo para pensar.

Pone cara de hastío, como si creyera que le vacilo adrede.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué opinas de Jack?

Y así es como comienza. En nuestra relación se ha abierto una grieta finísima de la que Sarah ni siquiera es consciente, y tengo que averiguar cómo impedir que se ensanche, cómo evitar que se convierta en un abismo al que ambas caigamos de cabeza. Soy consciente de que esta es la única oportunidad que tendré de poner las cartas sobre la mesa; depende de mí aprovechar o no esta única y solitaria oportunidad. Pero como Sarah me mira llena de esperanza, y como a estas alturas ya ni siquiera sé si me lo habré imaginado todo, me comprometo en silencio a mantener la boca cerrada para siempre.

—Parece... agradable —digo, y elijo deliberadamente una palabra anodina y mundana para el hombre más excitante que he conocido.

—¿Agradable? —resopla Sarah—. Laurie, «agradable» es el adjetivo que usarías para describir unas zapatillas de peluche, o... no sé, un profiterol de chocolate o algo así.

Me río con descaro.

—Pues da la casualidad de que a mí me encantan las zapatillas de peluche.

—Y da la casualidad de que a mí me encantan los profiteroles de chocolate, pero Jack no es un profiterol de chocolate. Es... —Se queda callada, pensando.

Como tener copos de nieve en la lengua, me entran ganas de sugerirle, o como las burbujas de un champán añejo.

—¿Muy agradable? —Sonrío—. ¿Así te parece mejor?

—Ni de lejos. Es un... es un cuerno de crema.

Se ríe de su propio chiste pícaro, pero ha adoptado una expresión soñadora y creo que no estoy preparada para escucharla mientras intenta convencerme de las cualidades de Jack, así que me encojo de hombros y meto baza antes de que Sarah pueda volver a hablar.

—Vale, vale. Es... Bueno, parece divertido, resulta fácil hablar con él y está claro que lo tienes comiendo de tu mano.

Se le escapa una especie de risa rebuzno.

—¿A que sí?

Tiende la mano como para dar de comer a un animal y ambas asentimos por encima de nuestras tazas de café. Aparenta catorce años; tiene la cara limpia de maquillaje y el pelo recogido en dos largas trenzas que cuelgan sobre su camiseta de Mi Pequeño Pony.

—¿Es como te lo habías imaginado?

Ostras, Sarah, por favor, no me presiones. No creo que pueda mantener la boca cerrada para siempre si lo haces.

—Lo cierto es que no tengo claro qué esperaba —digo, y no estoy mintiendo.

—Venga ya, debías de haberte formado alguna imagen en la cabeza.

He tenido la imagen de Jack O'Mara en la cabeza durante doce meses enteros.

—Eh, sí. Supongo que es más o menos como me imaginaba que sería tu hombre perfecto.

Deja caer los hombros, como si el mero hecho de pensar en lo fabuloso que es Jack consumiera la escasa cantidad de energía que le quedaba en el depósito, y vuelve a sumirse en un estado de ojos vidriosos. Me alivia que las dos sigamos con resaca, es una buena excusa para no mostrar demasiado entusiasmo.

—Pero está bueno, ¿no?

Bajo la vista a toda prisa hacia mi taza de café con el propósito de disipar de mis ojos la verdad culpable y aterrorizada, y cuando vuelvo a levantar la cabeza Sarah está mirándome de hito en hito. Su expresión insegura me dice que está buscando mi aprobación, y entiendo sus motivos, pero a la vez me fastidia que lo haga. Sarah suele ser la mujer más impresionante de cualquier

lugar al que vaya, es una chica acostumbrada a ser el centro de atención. Eso podría haberla vuelto precoz, o presumida o pretenciosa; no se ha convertido en ninguna de esas cosas, pero a nadie se le escapa el hecho de que siempre ha vivido siendo la chica que puede tirarse al chico que le dé la gana. En la mayor parte de los casos eso ha significado que sus novios eran increíblemente guapos, porque, bueno, ¿qué se lo impide?

En general, es algo que me divierte, y hasta ahora había implicado que nuestros caminos amorosos no se cruzaran. Pero ahora...

¿Qué se supone que debo decir? No estaré a salvo con ninguna respuesta.

Si contesto que sí, que está bueno, no me libraré de parecer una perversa, y si digo que no, que no está bueno, entonces Sarah se sentirá ofendida.

—Es diferente a tu tipo habitual —me aventuro a decir.

Ella asiente despacio y se muerde el labio inferior.

—Lo sé. Puedes ser sincera, no me ofenderé. No es el tipo de guapo obvio que esperabas que fuera, ¿es eso lo que tratas de decir?

Hago un gesto de indiferencia.

—Supongo. No estoy diciendo que no sea guapo ni nada que se le parezca, solo que es distinto a lo que es habitual para ti. —Guardo silencio y le dedico una mirada cómplice—. ¡Por Dios, tu último novio se parecía más a Matt Damon que el propio Matt Damon!

Se echa a reír, porque es verdad. Una vez incluso lo llamé Matt a la cara por equivocación, pero no pasó nada ya que únicamente duró cuatro citas antes de que Sarah decidiera que, por muy guapo que fuera, eso no compensaba el hecho de que siguiera llamando a su madre tres veces al día.

—Es solo que Jack parece más maduro. —Suspira y rodea la taza con ambas manos—. Es como si todos los demás hubieran sido niños y él fuera un hombre. ¿Te parece ridículo?

Niego con la cabeza y sonrío a pesar de estar más que desolada.

—No. No me parece ridículo.

—Supongo que tuvo que madurar rápido —continúa Sarah—. Perdió a su padre hace unos cuantos años; de cáncer, creo. —Se interrumpe, reflexiva—.

Su madre y su hermano menor dependieron bastante de él durante un tiempo después de aquello.

Se me rompe un poco el corazón por él; no necesito que nadie me diga lo devastador que debió de ser.

—Parece un tipo bastante guay.

Sarah se ve aliviada después de oír mi valoración.

—Sí. Eso es. Es guay a su manera. No sigue a la multitud.

—Es mejor ser así.

Se sume en un silencio contemplativo durante unos segundos antes de volver a hablar.

—Le caes bien.

—¿Eso ha dicho?

Pretendo que suene desenfadado, pero me temo que podría haberse acercado bastante más de lo deseado a la desesperación. Si es así, Sarah no se inmuta.

—No, lo he notado. Os llevaréis genial. —Sonríe, echa su silla hacia atrás y se pone de pie—. Espera y verás. Te encantará cuando lo conozcas un poco mejor.

Se marcha de la cocina dándome un tirón cariñoso en el moño al pasar.

Lucho por contener el impulso de levantarme de un salto y estrecharla en un abrazo feroz no solo para disculparme, sino también para suplicarle que lo entienda. Pero, en vez de eso, arrastro el azucarero hacia mí y añado otra cucharada a mi café. Menos mal que pronto me iré a pasar la Navidad a casa de mis padres; está claro que necesito tiempo para mí y para pensar cómo demonios actuar en esta situación.

2010

Propósitos de Año Nuevo

El año pasado, me hice dos propósitos:

1) Encontrar mi primer trabajo decente en el mundo de las revistas. Bueno, puedo decir con total seguridad que he fracasado estrepitosamente en este

frente. Dos «por los pelos» y un par de artículos freelance que nunca han llegado a publicarse no pueden considerarse algo brillante ni fabuloso, ¿no? Es deprimente y aterrador al mismo tiempo que todavía siga trabajando en el hotel; soy consciente de lo fácil que resulta quedarse atascada en una rutina y renunciar a tus sueños. Pero no voy a rendirme, todavía no.

2) Encontrar al chico de la parada del autobús. En teoría, supongo que este propósito puedo tacharlo. He aprendido por mi cuenta y riesgo que cuando te haces propósitos de Año Nuevo has de ser superconcreto...

pero ¿cómo iba a saber que tenía que especificar que mi mejor amiga del mundo mundial no debía encontrar a mi alma gemela antes que yo y enamorarse también de él? Gracias por nada, Universo. Das más asco que las pelotas de un burro.

Así que ¿mi único propósito para este año?

Descubrir cómo desenamorarme.

18 de enero

*Laurie*

Ha pasado un mes desde que descubrí que Sarah y yo hemos sido tan torpes de enamorarnos del mismo chico y, a pesar de mi propósito, no me siento ni una pizca menos infeliz al respecto.

Era mucho más fácil cuando no sabía quién era el chico del autobús; me permitía el lujo de imaginármelo, de fantasear con toparme de nuevo con él en un bar lleno de gente o con vislumbrarlo tomándose un café en una cafetería, con que su mirada se cruzara con la mía y ambos recordáramos y nos alegráramos de que los astros por fin hubieran vuelto a alinearse.

Pero ahora sé muy bien quién es. Es Jack O'Mara, y es de Sarah.

Me pasé la Navidad entera repitiéndome que todo sería más fácil una vez que lo conociera mejor, que era inevitable que hubiera cosas de él que en realidad no me gustaran, que, de alguna manera, al verlo con Sarah mi mente lo

reconvertiría en un amigo platónico, en vez de en el hombre que me ha roto el corazón en mil pedazos. Me atiborré de comida, salí por ahí con Daryl y fingí que estaba bien delante de todo el mundo.

Pero desde que volvimos a Londres las cosas han ido a peor. Porque además de mentirme a mí misma, también estoy mintiendo a Sarah. No alcanzo a entender cómo es posible que la gente tenga aventuras; a mí, incluso este sutil engaño me tiene desquiciada. He sido mi propia abogada defensora. He sido la juez de mi propio caso, he escuchado mis propios gritos de inocencia e incompreensión, y aun así he emitido un veredicto

condenatorio: mentirosa. Me he convertido en una mentirosa por omisión, y ahora todos los días miro a Sarah con mis ojos de mentirosa y le hablo con mi lengua bífida y viperina. Ni siquiera quiero reconocerlo ante mí misma, pero de vez en cuando me abraso de celos mezquinos. Es una emoción fea; si tuviera algún tipo de inclinación religiosa, estaría pasando bastante más tiempo del habitual en el confesionario. Hay momentos en los que lo veo desde una perspectiva diferente, momentos en los que sé que no he hecho nada malo y me esfuerzo para seguir siendo una buena amiga a pesar de que me han arrinconado, pero esos momentos no duran mucho. Por cierto, también he descubierto que soy toda una actriz; estoy segura de que Sarah no tiene ni idea de que algo va mal, aunque lo más probable es que se deba a que en el par de ocasiones en que Jack ha venido al piso yo siempre he encontrado excusas para estar en otro sitio.

Esta noche, sin embargo, se me habrá acabado oficialmente la suerte. Sarah lo ha invitado a cenar pizza y a ver una película, pero el verdadero motivo es que tiene muchas ganas de que yo lo conozca mejor. De hecho, me lo dijo así de claro esta mañana cuando me dio un café para llevar justo antes de marcharme.

—Por favor, Lu, tengo muchas ganas de que lo conozcas para que podamos pasar más tiempo juntos.

En ese momento no se me ocurrió ninguna excusa improvisada decente y, además, sé que evitar a Jack no es una solución a largo plazo. Sin embargo, lo que más me preocupa es que, si bien el noventa y cinco por ciento de mí teme lo de esta noche, el otro cinco por ciento está entusiasmado ante la

perspectiva de estar cerca de él.

«Perdóname, Sarah, de verdad que lo siento.»

—Deja que me encargue de tu abrigo.

«“¿Deja que me encargue de tu abrigo?” ¿Quién coño soy, la criada? Me alegro de no haberlo llamado “señor”, al menos.» Jack ha entrado en nuestro piso hace treinta segundos y ya estoy comportándome como una imbécil.

Esboza una sonrisa nerviosa mientras se desenrolla del cuello la bufanda y se quita el abrigo grueso, y después me los da casi como si se disculpara, a pesar de que he sido yo quien se los ha pedido. He de esforzarme mucho para no enterrar la cara en la lana azul marina mientras cuelgo el abrigo en el perchero ya a rebosar que tenemos al lado de la puerta de entrada; me tiento ponerlo encima de mi chaqueta, aunque al final lo coloco deliberadamente lo más lejos posible de ella. Estoy intentándolo con todas mis fuerzas, de verdad. Pero ha llegado media hora antes de lo previsto, y justo después de que Sarah haya salido por la escalera de incendios de la cocina, como si fueran actores de teatro en una comedia.

—Sarah acaba de bajar a la tienda a por vino —digo titubeante—. Está a la vuelta de la esquina. Volverá pronto. Cinco minutos, diría yo, salvo que haya cola. O algo así. Está a la vuelta de la esquina.

Jack asiente sin perder la sonrisa pese a que me he repetido al menos tres veces.

—Pasa, pasa —digo excesivamente alegre y ansiosa mientras agito las manos en dirección a nuestra diminuta sala de estar—. ¿Cómo te ha ido la Navidad?

Se sienta en un extremo del sofá, y durante unos instantes dudo respecto a dónde acomodarme antes de optar por una silla. ¿Qué iba a hacer si no?

¿Ponerme a su lado en el sofá? ¿Rozarme contra él por accidente?

—Bueno, ya sabes. —Sonríe, casi vergonzoso—. Navideña. —Guarda silencio—. Pavo. Demasiada cerveza.

Sonrío también.

—Se parece mucho a la mía. Aunque yo soy más de vino.

Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Intento parecer sofisticada? Va a pensar que soy una idiota pretenciosa.

«Venga, Sarah —me digo—. Vuelve y sálvame de mí misma, todavía no estoy preparada para estar con él a solas.» Me horroriza darme cuenta de que ansío aprovechar esta oportunidad para preguntarle si me recuerda de lo del autobús. Noto que la pregunta me trepa por la tráquea, como si una colonia de decididas hormigas obreras la empujara. Trago con fuerza. Empiezan a sudarme las manos. No sé qué ganaría preguntándole si se acuerda, porque estoy convencida al noventa y nueve por ciento de que su respuesta sería que no. Jack vive en el mundo real y tiene una novia supersexy; seguro que ya se había olvidado de mí antes de que el autobús doblara la esquina de Camden High Street.

—Bueno, Laurie —dice, sin duda buscando desesperadamente cómo continuar. Me siento como a veces cuando voy a cortarme el pelo: como si al peluquero le resultara complicado trabajar conmigo y faltara poco tiempo para que me toque mentir sobre adónde me iré de vacaciones—. ¿Qué estudiaste?

—Comunicación audiovisual.

No parece sorprendido; debe de saber que Sarah y yo éramos compañeras de curso en Middlesex.

—Soy una persona de palabras —prosigo—. Revistas, con suerte, cuando consiga meter el pie en alguna parte. No tengo pensado desarrollar mi carrera frente a las cámaras. —Me abstengo de añadir «a diferencia de Sarah», porque estoy segura de que ya sabe que el plan vital de Sarah implica presentar el telediario local antes de ir ascendiendo hacia las emisoras nacionales. Hay una cita muy trillada que veo circular por Facebook de vez en cuando: «Algunas chicas nacen con brillantina en las venas», o algo parecido. Sarah es una de ellas, pero además de brillantina también tiene

agallas; no se detiene hasta conseguir lo que quiere, jamás—. ¿Y tú?

Levanta un hombro.

—Estudié periodismo en la universidad. Lo mío es la radio.

Ya lo sabía, porque Sarah ha sintonizado la radio de la cocina en la emisora en la que él trabaja, aunque Jack solo locuta si el presentador del programa nocturno no está, cosa que no ha ocurrido casi nunca. Pero todo el mundo tiene unos comienzos laborales, y ahora que he oído su voz, sé que es solo cuestión de tiempo que ascienda en el escalafón. Tengo una visión repentina y espantosa de Sarah y Jack formando la pareja de oro de la televisión destellando en mi televisor todos los días con sus bromas compartidas y terminando las frases el uno al otro. Es tan realista que me quedo sin aliento, así que me alivia oír el ruido de las llaves de Sarah en la cerradura.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —grita, y da tal portazo que hasta tiemblan los viejos marcos de madera de las ventanas de la sala de estar.

—Ya está aquí —digo innecesariamente, y a continuación me levanto de un salto—. Voy a ayudarla.

Intercepto a Sarah en la entrada y le quito el vino sin enfriar de las manos.

—Jack acaba de llegar. Ve a saludarlo, yo pondré esto en el congelador para que no esté tan caliente.

Me retiro a la cocina pensando que ojalá yo también pudiera meterme en el cajón del congelador, y embuto la botella debajo de la bolsa de bayas que usamos para hacer batidos cuando tenemos la impresión de que podríamos morir por falta de nutrientes.

Abro la botella de vino que ya hemos enfriado en el frigorífico y sirvo un par de copas generosas. Una para mí y otra para Sarah. A Jack no le sirvo, porque ya sé que él es más de beber cerveza. El hecho de saber qué prefiere

tomar sin tener que preguntárselo me produce una sensación cálida, como si este minúsculo detalle fuera una nueva puntada en el edredón de nuestra

intimidad. Es una idea extraña, pero me dejo llevar por ella e imagino ese edredón mientras saco un botellín de cerveza para Jack y le quito la chapa; luego cierro la nevera y apoyo la espalda en ella con mi copa de vino en la mano. Nuestra colcha está hecha a mano, cuidadosamente confeccionada con finas capas de conversaciones susurradas y miradas robadas, cosida con hebras de deseos y sueños que la convierten en un objeto magnífico, maravilloso e ingrátido que nos mantiene calientes y nos protege del dolor como si estuviera hecho de acero. «¿Nos?» ¿A quién estoy engañando?

Doy un segundo trago al vino mientras freno esa línea de pensamiento y trato de reconducirla hacia caminos más seguros. Me obligo a ver esa colcha en la enorme cama de Sarah y Jack, en la preciosa casa de Sarah y Jack, en la vida perfecta de Sarah y Jack. Es una técnica que llevo probando un tiempo: cada vez que pienso algo inapropiado sobre Jack, me fuerzo a contrarrestarlo con un pensamiento asquerosamente positivo sobre ellos como pareja. De momento, no puede decirse que funcione muy bien; aun así, no dejo de intentarlo.

—¡Venga, Lu, que estoy seca! —Una risa despreocupada aclara la voz a Sarah cuando añade—: Y no te molestes en servir una copa a Jack. Es demasiado poco sofisticado para nuestro vino peleón de cinco libras.

«Lo sé», quiero decir, pero no lo hago. Me limito a meterme la cerveza de Jack debajo del brazo y a rellenarme la copa antes de volver con ellos a la sala de estar.

—La pizza con piña es como comer, no sé, jamón con crema pastelera. No combinan, es así de sencillo.

Sarah simula que se mete dos dedos en la garganta y pone los ojos en blanco.

Jack coge el ofensivo trozo de piña que Sarah ha lanzado con desdén hacia la esquina de la caja.

—Pues yo comí hasta pizza con plátano una vez. Créeme, estaba buena. —

Incrusta el trozo de piña extra en su porción y me sonrío—. Tienes el voto decisivo, Laurie. ¿Piña sí o piña no?

Me siento una traidora, pero no puedo mentir porque Sarah ya sabe la respuesta.

—Sí. Por supuesto que sí.

Sarah resopla y, al instante, desearía haber mentido.

—Empiezo a pensar que juntaros ha sido una mala idea. Vais a confabularos contra mí.

—Equipo J-Lu.

Jack me guiña un ojo mientras se ríe, y eso le hace ganarse un buen puñetazo en el brazo por parte de Sarah; se pone a gruñir y a frotárselo como si se lo hubiera roto.

—Cuidado. Es mi brazo de beber.

—Eso es por intentar romper el equipo Sa-Lu.

Ahora es ella la que me guiña un ojo, y asiento con la cabeza, ansiosa por mostrar que estoy de su lado aunque me guste la pizza con piña.

—Lo siento, Jack —digo—. Somos hermanas de vino. Es un vínculo más fuerte que el de la pizza con piña.

Y tengo que reconocer que no cabe duda de que el vino está ayudándome a superar esta situación.

Sarah le lanza una mirada de «chúpate esa» y me choca los cinco por encima del abismo que separa el sofá y el sillón dispares. Está hecha un ovillo en un extremo, con los pies debajo del culo de Jack y la larga melena

rojiza trenzada alrededor de la cabeza, como si en cualquier momento fuera a escabullirse para salir a ordeñar su rebaño de cabras.

Yo he procurado cuidar un poco mi aspecto; he optado por una apariencia de «estoy haciendo un pequeño esfuerzo por ser sociable» sin que resulte evidente que este no es mi aspecto habitual. Voy vestida con ropa de calle, y

está claro que eso no es un requisito para pasar una noche delante del televisor. Pantalones vaqueros, jersey gris pálido suave y grandote, un poco de brillo labial y un toque de lápiz de ojos. No me enorgullece haber dedicado más de unos minutos a pensar en la ropa, pero también estoy intentando ser razonable conmigo misma al respecto. Tampoco es que tuviera en el armario un saco de arpillera hecho jirones que ponerme, y no quiero defraudar a Sarah. Además, ha sido ella la que me ha puesto su horquilla de margaritas plateadas en el flequillo porque no paraba de metérseme en los ojos y porque sabe que me encanta, así que imagino que está contenta de que tenga un aspecto presentable.

—¿Qué película vamos a ver? —pregunto, y me inclino hacia delante para coger una porción de pizza de la caja abierta sobre la mesita de café.

— *Crepúsculo* —contesta Sarah justo al mismo tiempo en que Jack dice:

— *Iron Man*.

Los miro por turnos, con la sensación de que están a punto de volver a pedirme que haga de árbitro.

—Recuerda en qué equipo estás, Lu —dice Sarah con los labios crispados.

En serio. No podría haberme inventado algo así. Todavía no he leído los libros ni visto las películas, pero me han hablado lo suficiente de *Crepúsculo* para saber que es la historia de un desgraciado triángulo amoroso.

Jack adopta una expresión dolida y luego me mira batiendo las pestañas como si fuera un niño de siete años pidiendo dinero para un helado. Por Dios, es guapísimo. Quiero decir: *Iron Man*. Quiero decir: «Bésame».

— *Crepúsculo*.

*Jack*

No me jodas, ¿*Crepúsculo*?

Todo en esta noche está resultando embarazoso. Y ahora estamos viendo una de las películas que más vergüenza ajena dan de todos los tiempos, sobre una

chica de expresión tristonera que es incapaz de elegir entre dos tipos con superpoderes. Sarah se recuesta sobre mí, así que le doy un beso en la coronilla y clavo la vista en la pantalla, sin permitirme lanzar siquiera una mirada ocasional hacia el sillón donde Laurie está sentada a no ser que ella me interpele directamente.

No quiero que Laurie y yo nos sintamos incómodos el uno con el otro, pero así son las cosas, y sé que es culpa mía. Lo más seguro es que piense que soy un bicho raro y muy aburrido, porque mis dotes de conversador desaparecen cuando estoy con ella. Es solo que intento reconvertirla en mi cabeza en la amiga de Sarah, en lugar de en la chica a la que vi una vez y en la que he pensado a menudo desde entonces. Me he pasado la Navidad entera —

horrorosa, por cierto; mi madre estaba muy triste y, como siempre, yo no sabía qué hacer, así que me limité a emborracharme— viendo a Laurie en pijama en la cocina, mirándome con esa expresión extraña en el rostro. Joder, qué idiota soy. Me consuelo pensando en que no es más que la manera que mi cerebro de tío tiene de almacenar una cara bonita, y en que ella no tiene un cerebro de tío y, por lo tanto, con un poco de suerte, no conserva ningún recuerdo inquietante de mí mirándola boquiabierto desde una parada de autobús. Hasta ahora me las he arreglado bastante bien con solo evitar pasar tiempo con ella, pero ayer Sarah me lo dijo a las claras y me preguntó si

Laurie no me caía bien, porque tenía la impresión de que le contestaba que no cada vez que me invitaba al piso. ¿Qué cojones iba a contestarle a eso? ¿Lo siento, Sarah, en estos momentos estoy tratando de cambiar el estatus de tu mejor amiga de «compañera sexual en mis fantasías eróticas» a «nueva amiga política platónica»? Ni siquiera sé si esta última expresión existe. Si no existe, debería, porque si Sarah y yo llegamos a romper, será ella quien se lleve a Laurie. Y solo de pensarlo se me revuelven las tripas.

Solo de pensar en perder a Sarah, quiero decir.

14 de febrero

*Laurie*

A todo esto, ¿quién narices era san Valentín y qué lo convirtió en experto en

relaciones? Me apuesto lo que quieras a que su nombre completo es san Maldito-Arrogante-Tres-Son-Multitud Valentín, y seguro que vive en una isla iluminada con velas donde todo viene de dos en dos, incluso los brotes de candidiasis.

¿Te has dado cuenta de que el 14 de febrero no es mi día favorito del calendario? No ayuda que este año Sarah sea miembro de pleno derecho de la brigada de los corazones y los globos. Para mi vergüenza, soy consciente de que tenía la esperanza de que terminara por aburrirse de Jack o algo así, pero es todo lo contrario. Ya le ha comprado tres tarjetas diferentes porque siempre ve una nueva que resume mejor lo feliz que Jack la hace o lo buenísimo que está, y cada vez que me enseña su última adquisición el corazón se me arruga como una ciruela pasa y tarda al menos un par de horas en volver a esponjarse.

Por suerte, van a ir al italiano del barrio, donde sin duda comerán solomillo en forma de corazón y luego se lamerán mutuamente la mousse de chocolate de la cara, pero al menos eso significa que esta noche podré apropiarme de la sala de estar para celebrar una fiesta de la autocompasión con una sola invitada. No tengo nada que envidiar a Bridget Jones. Mi plan es tumbarme en el sofá y engullir helado y vino al mismo tiempo.

—Lu, ¿tienes un segundo?

Cierro el portátil —otra solicitud de trabajo más—; me quito las gafas de lectura que en realidad no necesito, pero que me pongo para concentrarme sentada a la mesa, y me dirijo a la habitación de Sarah con la taza de café en la mano.

—¿Qué pasa?

Está de pie en vaqueros y sujetador, con las manos en las caderas.

—Intento decidir qué ponerme. —Se queda callada y coge la blusa de gasa de color rojo Coca-Cola que se compró para la cena de Navidad con sus viejos. Es bonita y sorprendentemente recatada, hasta que Sarah la pone en la cama junto a una microfalda negra—. ¿Esto?

Me mira y asiento con la cabeza, porque sin duda estará fabulosa con ese conjunto.

—¿O esto?

Saca del armario su atrevido vestidito negro y lo sostiene contra su cuerpo.

Miro primero un modelo y luego el otro.

—Me gustan los dos.

Mi amiga suspira.

—A mí también. ¿Cuál dice más «san Valentín fogoso»?

—¿Jack te ha visto la blusa roja?

Sarah hace un gesto de negación.

—Todavía no.

—Pues entonces ahí lo tienes. No hay nada más del día de San Valentín que el rojo pintalabios.

Una vez decidido el vestuario, vuelve a colgar el vestido en el armario.

—¿Estás segura de que no te importa quedarte sola esta noche?

Revuelvo los ojos.

—No. Llévame con vosotros. —Me apoyo en el marco de la puerta y bebo un trago de café demasiado caliente—. Porque no sería nada raro, ¿verdad?

—Seguro que a Jack le gustaba —dice riendo—. Así parecería un machote.

—¿Sabes qué?, pensándolo bien, habré de dejarlo para otro momento. Esta noche tengo una cita doble con Ben y Jerry, que son muy dulces. —Le guiño el ojo y retrocedo hacia el pasillo—. Vamos a hacernos el Karamel Sutra entero. Va a ser un no parar de emociones.

Estoy al corriente de que, de todos los helados del mundo, el Karamel Sutra de Ben & Jerry's es el favorito de Sarah.

—¿Sabes que en realidad me das envidia? —me dice en voz alta mientras se destrenza el pelo para meterse en la ducha.

«Y tú a mí», pienso, y me dejo caer pesadamente en el sillón, destrozada, antes de volver a abrir el portátil.

A quienquiera que esté a cargo de la programación televisiva hay que meterle una bala entre los ojos. No creo que les hubiera costado darse cuenta de que cualquier persona que necesite recurrir a mirar la tele durante la noche de San Valentín está soltera y potencialmente amargada, así que se me escapa por qué se les ocurrió pensar que *El diario de Noah* sería una buena opción. Salen un romántico paseo en barca por el lago y Ryan Gosling, empapado por completo, gritando y enamorado. Salen hasta cisnes, por el amor de Dios.

Espera, que ya puestos voy a echarme un poco de sal en las heridas, ¿vale?

Por suerte, han tenido la sensatez de programar *Con Air* después; necesitaré una buena dosis de Nicolas Cage salvando aviones vestido con un chaleco sucio para recuperarme de esto.

Me he abierto camino a través de dos tercios de Ryan Gosling, la mitad del bote de helado y tres cuartos de una botella de chardonnay cuando oigo las llaves de Sarah en la cerradura. Son solo las diez y media; esperaba que mi

fiesta para uno estuviera todavía en su apogeo a medianoche, así que, la verdad, esto me corta un poco el rollo.

Sentada con las piernas cruzadas en una esquina del sofá, miro expectante hacia la puerta, con la copa de vino en la mano. ¿Se han peleado y Sarah lo ha dejado comiéndose su tiramisú a solas? Trato de no hacerme esperanzas y grito:

—¡Coge una copa, Sar! ¡Si te das prisa, queda vino suficiente en la botella!

Aparece junto a la puerta tambaleándose, pero no está sola. Mi fiesta para

uno se ha transformado a toda prisa en un *ménage à trois*. Se trata de un pensamiento que no quiero procesar, así que lo abandono y me centro en desear no haberme puesto estas mallas de yoga negras y esta camiseta sin mangas de color verde menta.

Con gran optimismo, me había vestido para el entrenamiento de Davina McCall, la gurú televisiva del fitness, que sabía que, en realidad, no iba a hacer. Podría haber sido peor; podría haberme decidido por el pijama de franela a cuadros que mi madre me regaló porque le preocupa que en el piso de Delancey Street haya demasiadas corrientes.

—Llegáis temprano —digo, y estiro la columna vertebral con la intención de parecer una serena gurú del yoga, si es que eso es posible mientras te aferras a una copa de vino.

—Champán gratis —dice Sarah, o al menos esa es mi mejor suposición de lo que dice.

No para de reírse y prácticamente está apoyada en Jack; creo que la única razón por la que continúa en pie es el brazo que él le ha pasado por la cintura.

—Mucho champán gratis —añade Jack, y su sonrisa pesarosa me dice que, aunque Sarah ha bebido demasiado, él no lo ha hecho.

Lo miro a los ojos y por un momento él me sostiene la mirada.

—Estoy muuu... muuu cansada —balbucea Sarah, que parpadea a intervalos largos y exagerados.

Una de sus pestañas postizas está intentando escapar mejilla abajo; normalmente soy yo la que tiene ese problema. He intentado ponérmelas (sin éxito) dos veces a lo largo de los últimos meses; parezco una *drag queen*, para diversión de Sarah.

—Ya lo sé. —Jack se ríe y le da un beso en la frente—. Venga. Vamos a meterte en la cama.

Sarah finge estar sorprendida.

—No hasta que estemos casados, Jack O’Mara. ¿Por qué clase de chica me tomas?

—Por una muy borracha —contesta él, y la sujeta con fuerza cuando vuelve a tambalearse.

—Qué maleducado —murmura Sarah, pero no se resiste cuando Jack la agarra por detrás de las rodillas y la coge en brazos.

«Mierda.» Mira y aprende, Ryan Gosling. Este hombre no ha tenido que meterse en un lago para derretir el corazón de la bella dama.

Para que quede claro, me refiero al corazón de Sarah, no al mío.

—Se ha quedado frita.

Levanto la mirada cuando, un poco más tarde, Jack reaparece por la puerta del salón. A estas alturas Ryan Gosling ya ha cortejado a su chica y se ha alejado remando hacia la puesta de sol para ceder la pantalla a un Nicolas Cage de lo más íntegro y heroico. A Jack se le iluminan los ojos y se le curvan los labios en una amplia sonrisa.

—La mejor película de acción de la historia.

No puedo discutirse lo. *Con Air* es mi película de cabecera; cuando estoy hasta el cuello de mierda en la vida real, siempre recurro a ver a Cameron Poe

pasar un rato sin duda mucho peor y aun así salir victorioso. Por muy mal que me haya ido el día, en general puedo estar bastante segura de que no tendré que hacer aterrizar como sea un avión lleno de asesinos y violadores en el Strip de Las Vegas.

—Todo el mundo necesita un héroe —digo, desconcertada por el hecho de que Jack haya decidido desplomarse en el otro extremo del sofá en vez de dejármelo a mí.

—Esa frase no podría ser más de chica —murmura, y sus ojos verdes y dorados adoptan una expresión burlona.

—Vete a la mierda —le replico—. Estoy practicando para mi larga e ilustre carrera profesional como escritora de máximas de tarjetas de felicitación.

—Estarás muy solicitada —dice con una sonrisa—. Dime otra.

Me río con la copa pegada a los labios; está claro que el vino me ha desinhibido.

—Necesito saber la ocasión, al menos.

Jack se plantea las opciones. Espero que no vaya a lo obvio y diga: «El día de San Valentín».

—Se me ha muerto el perro. Anímame.

—Ah, Vale. Pues... —Me quedo callada y me estrujo las meninges en busca de una primera frase pegadiza—. Siento que la vida de tu perro se haya apagado, espero que siempre recuerdes cuánto habéis jugado. —Alargo la última palabra con una inflexión ascendente para darle énfasis, impresionada por mi propio ingenio, y luego continúo—: Y que también te acuerdes de cuánto le gustaba correr por el prado, lamento de verdad que tu querido perro la haya palmado —acelero hacia el final, y ambos nos echamos a reír.

—Creo que preferiría una cerveza a más rimas patéticas.

Vaya. De repente me siento grosera ya que estoy siendo una mala

anfitriona, pero en mi defensa debo decir que me ha pillado desprevenida. No esperaba que volviera a salir de la habitación de Sarah esta noche. Cuando ha reaparecido, acababa de volver a sentarme en el sofá tras ir a por los restos de helado que quedaban en el congelador para iniciar el segundo asalto.

—Ve a por ella, hay alguna en el frigorífico.

Lo observo mientras sale de la sala de estar, todo piernas largas embutidas en unos vaqueros oscuros y brazos esbeltos cubiertos por una camisa de color azul tinta. Está claro que se había esforzado arreglándose para Sarah, pero en algún momento de la noche se ha aflojado la corbata. Regresa y se sienta con una botella de cerveza abierta en la mano. Levanta una cuchara con aire

esperanzado.

—Ni siquiera llegamos al postre en el restaurante.

Bajo la mirada hacia el bote de helado y me pregunto si le dará un pasmo al ver que ya me he comido dos tercios del contenido.

—¿De qué sabor es? —me pregunta mientras se lo paso con aire vacilante.

—Karamel Sutra.

¿Por qué no he contestado «caramelo», sin más?

—¿En serio? —Me mira a los ojos, divertido—. ¿Tengo que pasarme una pierna por detrás de la cabeza para comérmelo?

Si estuviera flirteando con él, le habría sugerido que adoptara la postura del perrito o algo así, pero como no estoy flirteando con él, me limito a poner los ojos en blanco y suspirar como si fuera terriblemente madura.

—Solo si consideras que podría ayudarte a hacer la digestión.

—Puede que sí, pero también tengo bastante claro que me rompería los vaqueros.

—Mejor no lo hagas, entonces —digo con la vista clavada en el televisor

—. Esta parte es de mis favoritas.

Ambos vemos a Nicolas Cage ponerse en modo ultravarónil para proteger

a la guardia femenina en un avión lleno de convictos, Jack comiendo helado y yo sujetando la copa que contiene las últimas gotas de vino de la botella.

Estoy más relajada y a gusto que borracha, porque un práctico efecto secundario de la vida estudiantil es que me ha proporcionado la tolerancia al alcohol de un jugador de rugby. A Sarah también, por lo general.

—Debía de haber una barbaridad de champán gratis para que Sarah se haya

puesto así —digo al recordar cómo se tambaleaba cuando han llegado al piso.

—No soy muy fan de las burbujas, así que se ha tomado el mío —aclarar Jack—. No paraban de rellenarnos la copa. Ha bebido por dos para ahorrarme la vergüenza de tener que decir que no.

Me río.

—¡Esa chica es todo corazón!

—Mañana va a dolerle un montón la cabeza.

Volvemos a sumirnos en el silencio. Me esfuerzo en encontrar algo que decir para llenar el vacío, porque de lo contrario haré lo impensable y le preguntaré si me recuerda de la parada del autobús. Espero con todas mis fuerzas que en algún momento deje de tener que luchar de forma consciente contra ese impulso en particular, que deje de ser importante, o incluso relevante, para mí. Estoy trabajando en ello.

—Le gustas mucho —digo sin pensar.

Jack da un trago largo y lento a su cerveza.

—Ella también me gusta mucho. —Me mira de reojo—. ¿Estás a punto de advertirme que si alguna vez le hago daño vendrás a por mí y me pondrás los ojos morados?

—No creas que no podría hacerlo —digo, y luego hago un ridículo movimiento de kárate, porque soy toda bravuconería aunque no doy el pego,

y lo que en realidad estaba pensando era que a mí me gustan mucho los dos y que eso está ocasionándome un problemón.

Mi lealtad es para Sarah, por supuesto; sé dónde está la línea y nunca la cruzaré. Lo que ocurre es que a veces me da la impresión de que la línea estuviera dibujada con tiza en el césped, como en un día de partido en el colegio, y fuera muy fácil borrarla y volver a dibujarla, pero nunca justo en el mismo lugar que antes. En noches como esta, por ejemplo, se ha adelantado unos centímetros, y después en las mañanas como la de mañana, volveré a

moverla diligentemente hacia atrás.

—He tomado buena nota de tus habilidades secretas de ninja —dice Jack, y asiento con la cabeza—. Aunque no es que vayas a tener que usarlas conmigo —continúa—. Sarah me gusta demasiado para querer hacerle daño.

Vuelvo a asentir y me alegro por Sarah porque Jack es buen tipo, me entristezco por mí porque Jack es de Sarah y me cabreo con el mundo por ser tan cabrón para ponerme en esta mierda de posición.

—Bien. Entonces nos entendemos.

—Hablas como una verdadera mafiosa. —Se inclina hacia delante para dejar la botella de cerveza vacía sobre la mesa—. Una ninja de la mafia. Al final resultará que es peligroso estar cerca de una mujer como tú, Laurie.

«Sobre todo cuando me he bebido una botella de vino y creo que estoy medio enamorada de ti», pienso. De verdad, debería irme ya a la cama, antes de que borre la línea de tiza y la mueva hacia delante otra vez.

*Jack*

«Al final resultará que es peligroso estar cerca de una mujer como tú, Laurie.»

¿A qué cojones ha venido soltarle eso? Parece una frase cutre para ligar sacada de un telefilme hortera, cuando lo único que intentaba decirle es que somos amigos. «Estúpido, Jackass», me reprendo usando el apodo que lucí durante todos mis años en el instituto como si fuera una medalla de honor.

Mis informes académicos estaban llenos de variaciones de ese mismo comentario, aunque expresado de manera más educada: «Si Jack se esforzara tanto en sus estudios como en hacer el payaso, llegaría muy lejos».

Me gusta pensar que les he demostrado que se equivocaban; cuando llegó la hora de la verdad, mis notas fueron lo bastante decentes para que pudiera entrar, si bien por los pelos, en la universidad que había elegido en primer lugar. La verdad es que tuve suerte; he sido dotado con una memoria casi

fotográfica, así que solo tuve que meterme aquellos libros de texto y aquellas teorías en la cabeza una vez y allí se quedaron. Con eso y mi facilidad para hablar de lo que sea con cualquiera, no me ha ido mal. Aunque, por alguna razón, mi capacidad conversadora no parece incluir a Laurie.

—Y bien, Laurie, ¿qué más debo saber de ti, aparte de que me darás una paliza si le hago daño a tu mejor amiga?

Parece alarmada por mi pregunta. No la culpo. La última vez que se la planteé a alguien fue en la única y horrible ocasión en que acudí a un evento de citas rápidas. ¿Qué estoy haciendo? ¿Entrevistarla?

—Hummm... —Se ríe, un sonido como una caja de música—. Bueno, no hay mucho que contar.

Trato de recuperar la normalidad lanzándole una mirada de «esfuézzate un poco».

—Venga, échame una mano. Sarah quiere que seamos buenos amigos.

Cuéntame tus tres momentos más embarazosos y después yo te contaré los míos.

Entorna los ojos y levanta un poco la barbilla.

—¿Podemos hacerlo por turnos?

—Trato hecho. Siempre y cuando empieces tú.

Me digo que le he propuesto esto porque Sarah está empeñada en que Laurie y yo nos hagamos amigos, y, sinceramente, en parte ese es el motivo.

En parte . Pero la otra parte del motivo es que quiero saber más de ella, porque me intriga, porque me siento cómodo aquí, en el otro extremo del sofá, y porque me siento relajado en su compañía. A lo mejor se debe al vino que ha bebido, y probablemente se deba a la cerveza que me he trincado, pero creo que esta chica podría convertirse en buena amiga mía. No pasa nada,

¿verdad? Sé que hay gente que no cree que puedan existir amistades

platónicas entre hombres y mujeres.

Voy a intercambiar verdades con Laurie, y nos convertiremos en magníficos amigos. Ese, damas y caballeros, es mi gran plan.

Tamborilea con las uñas sobre el borde de la copa mientras piensa, y me sorprende lo interesado que estoy en escuchar lo que va a decir. Baja la mirada hacia los posos del vino, y cuando vuelve a levantarla, se echa a reír.

—Vale, tenía catorce años, puede que quince... —Se interrumpe y se lleva una mano a la mejilla colorada, negando con la cabeza—. Me cuesta creer que vaya a contarte esto.

Otra vez esa risa atolondrada, y entonces baja las pestañas y tengo que agacharme para mirarla a los ojos.

—Venga, ahora tienes que contármelo —digo para tratar de engatusarla.

Suspira con resignación.

—Estaba con Alana, mi mejor amiga en ese momento, en la discoteca del instituto intentando aparentar que éramos superguays. Es posible que hasta tuviéramos un paquete de tabaco, aunque ninguna de los dos fumaba.

Asiento, deseoso de escuchar más.

—Y había un chico, como no podía ser de otra manera, que me gustaba mucho. De hecho, le gustaba a la mitad de las chicas del instituto, pero milagrosamente parecía que yo también le gustaba a él.

Quiero interrumpirla y decirle que no es ningún milagro, ni siquiera una sorpresa, pero no lo hago.

—Así que hacia el final se decide a pedirme bailar, y acepto como si no pasara nada, y todo va muy bien hasta que de pronto miro hacia arriba justo en el momento en el que él mira hacia abajo, y le doy un cabezazo en toda la cara y le parto la nariz. —Laurie me mira, con los ojos como platos, y luego una carcajada le brota de la garganta—. Había sangre por todas partes.

Tuvieron que llamar a una ambulancia.

—Venga ya. —Muevo la cabeza a uno y otro lado, despacio—. Vaya, pues sí que eres una mala cita, Laurie.

—Ni siquiera estaba saliendo con él —protesta—. Me habría encantado, pero no llegó a cuajar después de aquello. No me sorprende, la verdad. —Se golpea el cráneo con los nudillos y se encoge de hombros—. Dura como una piedra, por lo que parece.

—Vale, o sea, que ahora eres una mafiosa ninja con un cráneo excepcionalmente duro. Ya entiendo lo que Sarah ve en ti.

Laurie me suelta muy seria:

—Supongo que se sentirá segura conmigo.

—Y que lo digas. Deberías pensar en cobrar a cambio de tu protección.

Terminarías de pagar tus préstamos estudiantiles enseguida.

Laurie deja la copa de vino en la mesa y se recuesta sobre el respaldo; luego se recoge la melena oscura detrás de las orejas y se sienta con las piernas cruzadas mirando hacia mí. Cuando era pequeño, todos los años me iba de vacaciones a Cornwall con mi familia, y mi madre tenía debilidad por unos duendecillos que vendían allí, por norma general sentados en una seta o en algo igual de hortera. Ahora, hay algo en la pulcritud de la posición del

loto de Laurie y en la línea de su barbilla cuando se coloca el pelo detrás de las orejas que me recuerda a esos duendecillos, y por un segundo experimento una repentina punzada de nostalgia hogareña. Siento como si formara parte de mi familia, aunque no es así.

—Te toca —dice sonriendo.

—No creo que tenga nada que esté a la altura —digo—. A ver, es que nunca le he dado un cabezazo a una mujer.

—Pero ¿qué clase de hombre eres?

Finge decepción y, aunque está de broma, me planteo su pregunta seriamente.

—Un buen hombre, espero.

Se le apaga la risa de golpe.

—Yo también lo espero.

Sé que lo dice por el bien de Sarah.

—A ver qué te parece esta... —digo para cambiar de tema enseguida—.

Deja que te cuente la fiesta de mi sexto cumpleaños. Imagínate a un niño pequeño que se hundió en la piscina de bolas y se asustó tanto que su padre tuvo que superar una selva de toboganes y trepar por mil redes para sacarlo.

Tenía un metro de bolas encima y lloré tantísimo que al final vomité.

Tuvieron que desalojar el castillo. —Me viene a la cabeza un recuerdo vívido de las caras de los horrorizados padres del niño cuyo traje de fiesta terminó rociado de mi vómito de pastel de chocolate—. Lo curioso es que la tasa de asistentes a mis fiestas descendió de forma drástica después de aquello.

—Ostras, qué historia tan triste —dice Laurie, y no creo que esté tomándome el pelo.

Me encojo de hombros.

—Soy un hombre. Estoy hecho de un material duro.

Laurie vuelve a golpearse el cráneo con los nudillos.

—Te olvidas de con quién estás hablando.

Asiento con la cabeza, solemne.

—Ironwoman.

—La misma que viste y calza.

Nos quedamos callados y asimilamos lo que ahora sabemos el uno del otro.

Por mi parte, sé que ella es torpe con los hombres y que puede causar lesiones. Por la suya, sabe que me asusto con facilidad y que es probable que le vomite encima. Me quita la cuchara y el tarro de helado vacío de las manos y se inclina hacia un lado para dejarlos en la mesita de café, y a pesar de lo mucho que me esfuerzo, mi cerebro de tío no le quita ojo al movimiento de sus extremidades, a la redondez del pecho que le atisbo por debajo del brazo, a la curva cóncava de la base de la espalda. ¿Por qué tienen que tener todo eso las mujeres? No está nada bien. Quiero ser amigo platónico de Laurie, pero mi cerebro continúa archivando hasta el último de sus movimientos, almacenándola, construyendo un mapa de su cuerpo en mi cabeza para poder visitarla de vez en cuando en sueños. No quiero hacerlo. Cuando estoy despierto, lo cierto es que no pienso en Laurie de esa manera, pero al parecer mi cerebro dormido no ha recibido la orden.

En sueños, me he fijado en que su piel es de un tono pálido y cremoso y en que sus ojos son del color de los nomeolvides. Los ojos de Laurie son un puto seto en verano. Y ahora puedo añadir esa pronunciada curva en la parte baja de su espalda, y que el vino la atolondra y que se muerde el labio inferior cuando piensa. En momentos así, mi memoria fotográfica se convierte más en un inconveniente que en una ventaja. Por supuesto, Laurie no es la única mujer con la que sueño, pero parece merecer un papel de figurante más frecuente que la mayoría. Aunque tampoco es que me pase la vida soñando con otras mujeres. Y ahora mejor me callo, porque lo único que estoy consiguiendo es parecer un cerdo perverso.

—Vale, supongo que entonces vuelve a tocarme —dice.

Asiento, contento de que haya interrumpido mi línea de pensamiento.

—Vas a tener que esforzarte mucho para superar la historia del cabezazo.

—He empezado demasiado fuerte —conviene, y se muerde el labio otra vez mientras pugna por encontrar algo a la altura.

Para ayudarla, le lanzo unos cuantos ejemplos.

—¿Aquel embarazoso incidente de cuando saliste sin bragas un día de ventoleras? —propongo, y Laurie sonrío con picardía. Pero niega con la cabeza—. ¿Has intoxicado a alguien con la comida? ¿Aquella vez que te morreaste por accidente con el novio de tu hermana?

Sus rasgos se suavizan, de repente su cara es la viva imagen de la nostalgia y otras emociones que me cuesta descifrar mientras pasan por su cara.

«Joder.» Debo de haber dicho algo muy malo, porque ha empezado a parpadear con fuerza, como si tuviera algo en los ojos. Lágrimas, por ejemplo.

—Dios. Mierda, lo siento —murmura, y se frota los ojos furiosamente con el dorso de las manos.

—No, no, soy yo quien lo siente —me apresuro a decir a pesar de que no tengo claro con qué le he provocado esa reacción.

Quiero cogerle la mano, acariciarle la rodilla, algo, cualquier cosa con tal de expresarle que lo siento, pero soy incapaz de obligar a mi brazo a moverse.

Hace un gesto de negación.

—En realidad no es culpa tuya.

Espero a que se recupere.

—¿Quieres hablar de ello?

Baja la mirada y se pellizca la piel del dorso de la mano, movimientos pequeños y repetitivos; un mecanismo de afrontamiento, usar el dolor físico

para desviar la atención del malestar emocional. Mi hermano, Albie, que es un grano en el culo, lleva alrededor de la muñeca una goma elástica de la que tira y tira por la misma razón.

—Mi hermana pequeña murió cuando tenía seis años. Yo acababa de cumplir ocho.

Mierda. Retiro la descripción de mi hermano. Es cuatro años más pequeño que yo, y es cierto que puede ser un verdadero tocapelotas, pero lo quiero con todas mis jodidas ganas. Ni siquiera soporto imaginarme el mundo sin él.

—Dios, Laurie.

Esta vez no me lo pienso dos veces. Cuando una lágrima le rueda por la mejilla, tiendo la mano hacia ella y se la enjugo con el pulgar. Y entonces empieza a llorar de verdad, y le acaricio el pelo y la arrullo como una madre arrulla a un niño.

—Lo siento, no debería habértelo soltado así —resuella tras un par de minutos en los que ambos permanecemos callados, y a continuación se lleva el pulpejo de las manos a los ojos—. Me ha pillado totalmente por sorpresa.

Hacía años que no lloraba por eso. Debe de ser el vino.

Asiento con la cabeza y bajo la mano, incapaz de dejar de sentirme fatal por haber sido tan inconscientemente insensible.

—Cuando me preguntan, siempre digo que solo tengo un hermano. Siento que la traiciono al no mencionarla, pero es más fácil que contar la verdad a la gente.

Ahora ya está más tranquila e inspira el aire a bocanadas lentas y entrecortadas.

No tengo ni idea de qué debe decirse en una situación así, pero lo intento; al menos me hago una ligera idea de cómo debe de sentirse.

—¿Cómo se llamaba?

La cara de Laurie se llena de calor, y su vulnerabilidad me atraviesa de

plano. Una añoranza penetrante y aguda, agrisada, como si hubiera algo que llevara faltándole demasiado tiempo. Suspira con pesadez y se da la vuelta para recostarse en el sofá a mi lado, y después levanta las rodillas y se las abraza. Cuando vuelve a hablar, lo hace en voz baja y mesurada, como la de una persona que da un discurso ensayado en el funeral de un ser querido.

—Ginny nació con un problema cardíaco, pero era una niña alegre y, madre mía, inteligentísima. Me daba mil vueltas. Era mi mejor amiga. —

Guarda silencio durante un breve instante mientras se prepara para el impacto, como si supiera que contar la siguiente parte de la historia va a provocarle dolor físico—. Neumonía. Estaba aquí, y un instante después ya no. No creo que ninguno de nosotros haya llegado a superar su pérdida. Mis pobres padres...

Se interrumpe, porque lo cierto es que no es algo que pueda expresarse con palabras; unos padres jamás deberían verse obligados a enterrar a un hijo. Ya no se pellizca la piel; no creo que exista ningún mecanismo de afrontamiento capaz de distraerte de algo así.

En la tele, Nicolas Cage no para de dar tumbos en una motocicleta, todo acción y fuerza muscular, y aquí, en esta pequeña sala de estar, paso un brazo por encima de los hombros a Laurie y la estrecho contra mí. Las respiraciones profundas le sacuden el cuerpo, y apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. No puedo precisar el momento exacto en que se queda dormida, pero me alegro de que lo haga porque ahora mismo es lo que necesita. No me muevo, aunque probablemente debería hacerlo. No me levanto y me voy a la cama, aunque un hombre más listo lo haría. Me quedo donde estoy y le hago compañía mientras duerme, y me siento... Ni siquiera sé cómo me siento. En paz.

No hundo mi cara en su pelo.

15 de febrero

*Laurie*

Cuando me despierto, sé que hay algo que tengo que recordar, pero me siento como si tuviera el cerebro envuelto en una mullida capa de fieltro. «Es por el vino», pienso adormilada, y entonces abro los ojos y me doy cuenta de que no estoy en la cama. Sigo en el sofá, aunque con mi almohada debajo de la cabeza y acurrucada debajo de mi edredón. Una larga mirada a mi reloj de pulsera me informa de que pasan pocos minutos de las seis de la mañana, así

que vuelvo a tumbarme y cierro los ojos para repasar toda la noche desde la parte que recuerdo con mayor facilidad.

Helado. Vino. Ryan Gosling remando en un bote. Cisnes. Está claro que había cisnes. Y, ostras, ¡Sarah se había pillado un buen pedal! Iré a verla dentro de un minuto, menos mal que Jack la trajo a casa. Jack. Oh, mierda...

Jack

Mi mente entra directamente en modo pánico y me convence de que debo de haber dicho o hecho algo terrible y desleal y de que Sarah va a odiarme.

Jack estuvo hablando conmigo, nos reímos, vimos la película y luego... Ah.

Ahora lo recuerdo. «Ginny.» Vuelvo a deslizarme hacia el interior del refugio de mi edredón, cierro los ojos con fuerza y me permito recordar a mi dulce y preciosa hermanita. Los dedos finos, las uñas tan frágiles que eran casi traslúcidas, la única persona del mundo que tenía los ojos igual que los míos.

Tengo que concentrarme muchísimo para rescatar su voz infantil de entre mis recuerdos, la alegría emocionada de sus risas, el brillo de su pelo rubio y liso

bajo la luz del sol. Son recuerdos fracturados, desvaídos como fotografías dañadas por el sol. No me permito pensar en Ginny muy a menudo en el día a día; mejor dicho, no me lo permito nunca, porque después tardo mucho tiempo en aceptar el hecho de que simplemente ya no está aquí, en dejar de estar furiosa con todos los demás por respirar cuando ella ya no puede hacerlo.

Ahora recuerdo lo de anoche con claridad. No hice nada malo desde el punto de vista moral con Jack, al menos nada por lo que esta mañana deba sentirme culpable en el sentido tradicional; tengo claro que no le enseñé las tetas ni le confesé mi amor verdadero. Aun así, no puedo considerarme inocente por completo, porque la verdad es que sí crucé una línea, aunque fuera muy fina, casi invisible. La siento enredada alrededor de los tobillos como un sedal de pesca, dispuesta a hacerme tropezar y convertirme en una mentirosa en cualquier momento. Me permití acercarme demasiado. Solo necesité una botella de vino barato para bajar la guardia; un comentario inconscientemente

dañino para desmoronarme como un castillo de arena abandonado cuando sube la marea.

5 de junio

*Laurie*

—¡Feliz cumpleaños, vejestorio!

Sarah me despierta haciendo sonar un matasuegras junto a mi cara y, con un gran esfuerzo, me incorporo hasta apoyarme en los codos cuando rompe a cantar el «Cumpleaños feliz».

—¡Gracias! —Le doy un aplauso tibio—. Y ahora, ¿puedo volver a dormir, por favor? Son las ocho de la mañana de un sábado.

Sarah frunce el ceño.

—Estás de broma, ¿no? Si te duermes otra vez, te perderás valiosas horas de cumpleaños.

Habla como uno de sus personajes favoritos de Disney.

—La última vez que lo comprobé, no éramos adolescentes estadounidenses en una serie de televisión cursi —gruño.

—Para de quejarte y sal de la cama ahora mismo. Tengo un montón de planes para ti.

Me dejo caer de nuevo sobre la almohada.

—Ya tengo plan: quedarme aquí hasta el mediodía.

—Eso puedes hacerlo mañana. —Señala con la cabeza la taza que ha dejado a un lado—. Te he preparado café. Te doy diez minutos, luego volveré y te despertaré de verdad y a lo bruto.

—Eres demasiado mandona —protesto, y me cubro los ojos con un brazo

—. Yo ya tengo veintitrés años y tú sigues teniendo veintidós. Soy tan mayor que podría ser tu madre. Ve a adecentar tu habitación y a hacer los deberes.

Sarah vuelve a hacer sonar el matasuegras mientras sale, riéndose, y yo meto la cabeza debajo de la almohada. Cómo quiero a esa chica.

Hay dos fundas de ropa colgadas en el salón cuando salgo de mi habitación justo nueve minutos y medio más tarde, y Sarah está prácticamente dando saltitos a su lado. Lo que resulta aún más preocupante es que las fundas llevan estampado el logotipo de una empresa de alquiler de disfraces.

—Esto... ¿Sar...?

Empiezo a darme cuenta de que no estaba de broma cuando me ha dicho que tenía un plan.

—Te vas a quedar muerta cuando lo veas —dice con los puños apretados de la emoción, como un niño en un día de excursión con el colegio.

Dejo mi taza de café muy despacio.

—¿Lo miro ya?

—Sí. Pero primero tienes que prometerme que durante las próximas horas harás todo lo que te pida, sin hacer preguntas.

—Pareces una espía infiltrada. ¿Has vuelto a ver demasiadas películas de James Bond con Jack?

Me tiende una de las fundas, pero se aferra a ella cuando hago ademán de cogerla.

—Antes, prométemelo.

Me río y sacudo la cabeza, intrigada.

—Vale, te lo prometo.

Me cede la funda y da un pequeño aplauso, pero enseguida agita las manos

para que me dé prisa y mire lo que contiene. Sosteniéndola en alto, la sacudo y luego abro la cremallera central unos centímetros para echar un vistazo a lo que hay dentro.

—Es rosa... —digo, y Sarah asiente deprisa.

Bajo la cremallera del todo y aparto la cubierta de plástico para dejar a la vista una chaqueta bomber de color rosa algodón de azúcar que reconozco al instante y unas mallas negras, todo ello de raso.

—¿Quieres que me disfrace de Pink Lady de *Grease* el día de mi cumpleaños?

Sarah sonríe y saca su propio disfraz.

—Pero no sola.

—Las dos somos Pink Ladies. —Hablo despacio, porque estoy algo confusa—. Es decir, podría afirmarse que ya me tiene prácticamente enamorada como tema de cumpleaños, pero ¿qué haremos una vez que estemos disfrazadas? Porque en The Castle vamos a dar un montón la nota.

—No iremos al pub.

A Sarah le brillan los ojos de la emoción.

—¿Puedo preguntar adónde iremos?

Se echa a reír.

—Puedes preguntarlo, pero no te lo diré.

—¿Por qué sabía que ibas a responder algo así?

Baja la cremallera de su chaqueta y mete los brazos en las mangas.

—Has visto la película, ¿verdad?

—Una o dos veces.

Pongo los ojos en blanco, porque hasta el último habitante del planeta ha visto *Grease* al menos diez veces, por lo general porque la echan por televisión el día de Año Nuevo y eres físicamente incapaz de moverte y buscar el mando a distancia.

Levanto mis mallas de raso con expresión dubitativa. La cinturilla mide unos quince centímetros de ancho.

—Espero que cedan —digo.

—Sí, ceden. Me las he probado a eso de las seis de la mañana.

Sus palabras hacen que sea consciente de lo mucho que se está esforzando por prepararme un cumpleaños divertido, así que la parte de mi mente que se siente constantemente culpable en estos momentos me da una buena colleja.

Haya planeado lo que haya planeado para hoy, tengo que darle lo mejor de mí.

—Pues entonces, ¡vamos a disfrazarnos de Pink Ladies! —digo entre risas.

Mira su reloj de pulsera.

—Tenemos que marcharnos a las once. Ve a ducharte, que yo ya lo he hecho. Cuando salgas, yo me encargo de pintarte la raya del ojo.

Es mediodía, estamos en un tren que sale de la estación de Waterloo y no exagero si digo que nos estamos llevando un montón de miradas extrañas. No me sorprende, ya que hoy somos las únicas Pink Ladies que viajan a bordo, y sin duda lucimos el peinado y el maquillaje más llamativos. Sarah ha optado por una coleta alta y saltarina que parece moverse de forma independiente respecto de su cabeza, y entre las dos hemos ondulado la mía en unos rizos ensortijados que serían la envidia de la propia Olivia Newton-John. Sarah ha pensado en todo: vamos masticando chicle, llevamos pañuelos negros y desenfadados al cuello, unas gafas de sol de plástico y con el borde blanco puestas en la cabeza, y una lata de ginebra para el tren, para ir entrando en el ambiente de adondequiera que vayamos.

—¿No deberíamos ponernos un nombre falso?

Sarah se plantea mi pregunta muy en serio.

—¿Cuál te pondrías tú?

—Hummm... Es difícil. Creo que tiene que sonar *kitsch* y estadounidense, y de los años cincuenta, así que ¿qué te parece... Lula-May?

Me mira con aire pensativo.

—Me gusta cómo lo has resuelto. Bueno, pues si tú eres Lula-May, eso debe de convertirme en Sara-Belle.

—Encantada de conocerte.

—Un placer conocerte a ti también, Lula-May.

Inclinamos la cabeza la una hacia la otra con elegancia y luego entrechocamos las latas y bebemos ginebra para cimentar nuestra nueva amistad.

—¿Me dices ya adónde vamos?

—Tú confía en mí, jovencita. Te encantará.

Intenta imitar el acento del Sur Profundo, pero le sale fatal.

—Hablas más como John Wayne que como Sara-Belle —digo entre risas

—. Creo que me pones.

Sarah mete nuestras latas vacías en los bolsillos traseros de los asientos de delante.

—Es mi energía sexual. No puedo contenerla. —Levanta la vista cuando la voz en off electrónica nos informa de que estamos llegando a Barnes—.

Vamos. Esta es nuestra parada.

Lo primero que noto cuando salimos de la estación es que no somos las únicas personas que parecen extras de un remake de *Grease*. Los vestidos de *pin-up* y los trajes Teddy Boy se entremezclan con los habituales compradores de un sábado soleado a la hora de comer, y los esporádicos destellos de raso rosa me dicen que va a haber una buena cantidad de Pink Ladies.

—¡Sarah!

La voz de Jack resuena y el corazón me da un vuelco. He hecho todo lo posible por evitar pasar mucho tiempo con Sarah y con él últimamente, y por suerte ambos han estado tan liados con el trabajo que creo que se han alegrado bastante de no tener una tercera en discordia las noches que han pasado juntos. Y la verdad es que tengo la sensación de que empiezo a pensar menos en él. Puede que mis esfuerzos de control mental estén funcionando.

Entonces me fijo en quién está con Jack: Billy, uno de sus amigos, con el que he coincidido en varias fiestas. Ay Dios, por favor, que esto no sea otra cita a ciegas. Los chicos se acercan a nosotros y esbozan sonrisas un poco tímidas cuando prorrumpimos en exclamaciones sobre sus pantalones de pitillo negros y sus camisetas negras ajustadas de los T-Birds. Se han remangado hasta los hombros para acentuar sus bíceps y, a juzgar por sus respectivos tupés, han debido de dejar seco el tubo de gomina.

No sé adónde vamos, pero parece que, sea donde sea, iremos como un cuarteto. No es que me importe; es solo que no me esperaba que aparecieran los chicos, y Sarah y yo habíamos tenido hasta ahora la mejor mañana desde hacía mucho tiempo.

—Vaya, pero si no son nuestras citas para el baile de fin de curso.

Sarah se echa a reír y planta a Jack un beso en los labios que le deja rastros de carmín rojo en la boca. Él lleva unas gafas de sol de espejo que le ocultan los ojos; se parece más a James Dean que a John Travolta.

—Billy, estás... genial —digo, y él marca músculos, solícito.

Tiene uno de esos cuerpos que parecen cuidadosamente esculpidos en el gimnasio durante dos horas al día. De esos que no puedes dejar de admirar, al mismo tiempo que te provocan un desprecio absoluto.

—Popeye no me llega ni a la suela de los zapatos. —Se saca de la boca el palo de chupachups que va mordisqueando como complemento del disfraz y se agacha para darme un beso rápido en la mejilla—. Feliz cumpleaños.

Reparo en que Sarah está mirándonos y revuelvo los ojos. Típico de ella intentar que me líe con alguien que está clarísimo que no es mi tipo. Seguro

que a Billy le gustan las mujeres rubias, tonificadas y dóciles. Me pregunto qué habrá tenido que prometerle Jack para que venga.

—¿Vamos, señoritas?

Jack ofrece el brazo a Sarah para que se agarre, y tras un momento de duda incómoda, Billy hace lo mismo conmigo.

—Vamos. —Sarah sonrío y entrelaza un brazo con el de Jack—. Laurie todavía no sabe qué vamos a hacer, así que no digáis nada.

Me río, un poco cohibida mientras me agarro del brazo de Billy.

—Creo que empiezo a hacerme una idea.

—Uf, qué va, ni de lejos. —Echamos a andar entre la multitud y a Sarah le brillan los ojos cuando me mira volviendo la cabeza hacia atrás por encima del hombro—. Pero ya te la harás.

No doy crédito a lo que estoy viendo.

—¿Qué es este sitio? —pregunto fascinada.

Estamos en una fila en zigzag formada por personas ataviadas con diversos disfraces de *Grease*, todas ellas entusiasmadas y sobreexcitadas. Una afectada voz de radio de instituto estadounidense restalla por los altavoces diciéndonos que no corramos por los pasillos y que si nos metemos mano en la cola terminaremos en el aula de castigo. Cuando llegamos a la entrada,

pasamos por debajo de un enorme letrero arqueado que nos da la bienvenida al instituto de secundaria Rydell High; es de color rojo amapola y está iluminado con bombillas anticuadas.

—¿Te gusta?

Ahora Sarah está agarrada a mi brazo en lugar de al de Jack, y medio sonrío medio tensa el rictus con la respiración contenida mientras espera mi veredicto respecto a mi gran sorpresa de cumpleaños.

—¿Que si me gusta? —Sonrío, pasmada ante la envergadura de la actividad que se desarrolla delante mío—. No tengo ni idea de qué está pasando, pero, ¡joder, me encanta!

La reserva natural local de Barnes Common, por lo general sede de paseadores de perros y de partidos de críquet domingueros, se ha transformado hasta donde alcanza la vista en el maravilloso mundo mágico del *kitsch* de los años cincuenta estadounidenses. Hay camareras con patines sirviendo Coca-Cola con helado a las mesas situadas en la carpa al aire libre, y el campo está rodeado de puestos ambulantes de comida. Hay gente sentada sobre mantas de picnic, chicas con vestidos de volantes y gafas oscuras disfrutando del sol apoyadas sobre los codos mientras hacen pompas de chicle. Hay música por todas partes; una banda toca rock and roll de los años cincuenta para las enérgicas parejas que ocupan la pista de baile de madera de la carpa, y en todos los demás sitios las conocidas canciones de la banda sonora de *Grease* brotan de altavoces altos colocados por todo el perímetro.

Alcanzo a ver hasta una academia de estética en la que unas chicas vestidas con un mono rosa ajustado y una peluca a juego pueden pintarte las uñas o retocarte la raya de los ojos. La gente grita y se da empujones en los coches de choque de color rojo cereza, y una noria enorme y reluciente preside todo el conjunto, con sus destellantes asientos rosas y blancos meciéndose suavemente con la brisa cálida.

—Aunque no hagamos nada más, quiero montar en esa noria —digo con un suspiro.

Es la mayor y más loca sorpresa de cumpleaños que me han dado en la vida.

Me noto el corazón ligero como una pluma, igual que si estuviera atado a un globo de helio.

*Jack*

Este sitio es la leche de raro. No sé cómo se lo monta Sarah; la mayoría de la gente compra una tarta para el cumpleaños o se lo lleva a tomar una copa.

Sarah no. Ella se las ha ingeniado para encontrar esta extravagancia, y no sé muy bien cómo nos ha liado a Billy y a mí para que seamos sus T-Birds de compañía durante todo el día. No hay muchas mujeres por las que haría algo así; protesté y estuve a punto de echarme atrás, porque, sinceramente, sonaba un poco a pesadilla, pero la verdad es que ahora que estamos aquí me mola bastante. «Cine Secreto», me dijo que se llama. Me esperaba un cine al aire libre y un par de camionetas de hamburguesas, y, en efecto, hay una pantalla gigante preparada para más tarde, pero, caray, este sitio es la caña. Me siento como si estuviera dentro de la película en lugar de viéndola, y creo que nos hemos buscado a las dos Pink Ladies más guapas de todo el sarao.

Sarah... Madre mía. Nunca hace nada a medias. Va caminando unos pasos por delante de mí y, con esas mallas negras tan ajustadas, sus piernas parecen el doble de largas de lo habitual. Siempre me ha encantado la sensación de tener que correr tras ella para seguirle el ritmo porque me mantiene alerta, pero últimamente va tan rápido que a veces me siento como si la perdiera de vista por completo. Es desconcertante, una ligera molestia que pisoteo cada vez que la alcanzo de nuevo.

Laurie también está guapa; es como un artículo de revista acerca de cómo el mismo conjunto puede quedar completamente distinto en dos chicas distintas. Los tacones altos y la coleta de Sarah revelan que es la chica más popular de la clase, mientras que las Converse y los rizos de muelle de Laurie son más típicos de la chica mona y discreta. Si fuéramos chavales de instituto, Sarah me daría un miedo que te cagas y Laurie sería la hermana de mi mejor amigo. Ni siquiera sé a qué viene este pensamiento. Son diferentes, tampoco hay que darle más vueltas.

—¿Qué opinas? ¿Crees que la cumpleañosera y yo terminaremos

enrollándonos? —me pregunta Billy, que pasea a mi lado—. Supongo que probaré suerte en lo alto de esa cosa.

Hace un gesto con la cabeza en dirección a la noria.

Desvío un instante la mirada hacia Laurie y siento un repentino deseo de protegerla. Billy es uno de esos tipos capaces de hacer cualquier cosa con tal de aumentar su lista de conquistas. La verdad es que no sé por qué le he pedido que venga, aparte de porque es el único de mis amigos lo bastante egocéntrico para pasarse todo un día jugando a los disfraces.

—Nada de meterse mano, Bill. Ya has oído las reglas.

—Esto es el instituto, donde las reglas están hechas para romperse, amigo mío.

Billy me guiña un ojo justo cuando Sarah se vuelve hacia nosotros, señala hacia el otro lado del campo y nos interrumpe antes de que pueda añadir nada más.

—Vamos, parejita. Quiero montarme en los coches de choque.

Empiezo a desear haber invitado a cualquier otra persona que no fuera Billy a venir hoy. Hasta el momento, ha hecho sonar tres veces la campana de esa atracción en la que golpeas una plataforma con un martillo para medir tus fuerzas, a pesar de que ninguna otra persona de todo el recinto ha logrado hacerlo ni una sola vez, y ahora le ha pasado un brazo sobre los hombros a Laurie mientras maneja el coche de choque que comparten con la maestría de un piloto de Fórmula 1.

Lo imito y rodeo a Sarah con un brazo al mismo tiempo que vuelvo la cabeza y doy marcha atrás para impactar de plano con ellos, que salen despedidos dando vueltas entre una lluvia de chispas eléctricas. Sarah grita y se ríe a mi lado cuando Billy nos devuelve el golpe y empuja nuestro coche

violentamente contra la pared de neumáticos, además de hacerme un sutil gesto obsceno con el dedo por encima de los hombros de Laurie mientras se alejan. ¿Qué haría John Travolta ahora mismo?, me pregunto. ¿Y quién es

Sandra Dee en esta situación? Sarah es demasiado atrevida, es Frenchy hasta la médula. No es que esté diciendo que Laurie sea la Sandy de mi Danny, porque eso sería jodido. De todas formas, puede que Billy sea más Danny que yo, con esos músculos de Popeye y esa mentalidad de líder de la manada. Lo veo ayudar a Laurie a salir de su coche cuando los motores se apagan, aferrarse a su mano y hacerla girar hacia él, un vendaval borroso de rizos oscuros vestido de raso rosa. Espero que no se deje engañar por Billy.

A ver, que es cosa suya, pero Billy puede ser bastante tío: todo es juerga y risas. Quizá sea eso lo que le gusta a Laurie. Joder, ¿y si Billy decide volver a Camden con nosotros? ¡Ja! A Laurie está sonándole el móvil en el bolsillo de la chaqueta rosa. *Telephonus Interruptus*, amigo.

*Laurie*

Este va camino de convertirse en uno de los días favoritos de mi vida.

Me he achispado a base de cócteles Pink Lady, me he reído hasta tener dolor de costados, Billy es más divertido de lo que había imaginado y todo el mundo está de un humor gracioso y carnavalesco. Hasta el tiempo ha cooperado y nos ha bañado en el mejor tipo de perezoso calor inglés, ese que siempre hace que me salgan pecas en el puente de la nariz.

Si a la luz del día ya pensaba que este evento era genial, ahora que empieza a caer la noche me parece aún más alucinante. En el stand de los T-Birds están representando un espectáculo; una compañía de flexibles bailarines masculinos vestidos de cuero negro va dando saltos por toda la impresionante

hilera de *muscle cars* importados mientras canta en micrófonos de pie cromados y baila sobre los capós. Por todas partes hay gente bailando y recostada bajo la neblina arcoíris que proyectan las relucientes luces en tonalidad pastel de las atracciones de feria, y el entusiasmo por la proyección de la película, que empezará alrededor de las diez, no para de crecer.

Sarah acaba de descubrir que posee un talento natural para bailar rock and roll (cómo no) y, dado que Jack se ha echado atrás alegando entre risas que carece de ritmo, ha convencido a Billy para que sea su pareja en el concurso que se celebrará después de la clase magistral.

Jack y yo nos situamos en los márgenes de la multitud que los observa, y veo que Sarah rezuma esa mezcla de brillantina y agallas que tanto la caracteriza; está ahí, en el balanceo extrapícaro de su coleta y en la posición elevada de su barbilla. Menos mal que Billy parece tener unos cuantos buenos pasos escondidos en la recámara. No sé si es por la cantidad de cócteles que me he tomado, pero empieza a parecerme mucho más atractivo que al principio del día. Cuando estábamos en la cola de los coches de choque, me ha enseñado fotos de su hermano pequeño, Robin, una sorpresa muy inesperada para su madre de cuarenta y tantos años. No puede decirse que a Billy le haya importado pasar de ser hijo único a ser hermano mayor a estas alturas de la vida; me ha mostrado con gran orgullo una foto de Robin soplando las velas de cumpleaños en la tarta que Billy le había hecho con sus propias manos. No era una obra maestra, pero cualquier chica que tuviera curiosidad por saber si Billy podría llegar a ser un buen padre algún día no necesitaría más que oírle hablar de Robin para saber que debajo de esos músculos no hay más que algodón de azúcar. Lo observo ahí arriba, con Sarah, ambos con una expresión de concentración absoluta en el rostro.

Seguro que tienen preparada su mejor jugada; casi me dan lástima los demás concursantes.

—A Sarah le encantan estas cosas —digo, y sorbo limonada por una pajita de rayas rojas y blancas porque me estoy tomando un descanso de los cócteles.

—Solo espero que ganen —dice Jack riendo.

Sé a qué se refiere. Una Sarah feliz implica que todos estemos felices.

Me vibra el teléfono; es la segunda vez que mi madre me llama hoy. Ya le he dicho que iba a estar fuera todo el día, pero creo que está pasándolo un poquito mal ahora que tanto Daryl como yo nos hemos ido de casa. Me planteo devolverle la llamada, pero no quiero interrumpir este momento.

Desvío la mirada hacia la noria. Parece aún más grande ahora que está iluminada.

—Confío en que nos dé tiempo a montar en la noria antes de que empiece la película —digo.

Jack frunce el ceño y mira el reloj.

—Vamos bastante justos.

Asiento.

—Sobre todo si consiguen llegar a la final.

—Y llegarán.

Tiene razón. No me cabe la menor duda de que el espíritu danzarín de Sarah los catapultará hasta el último duelo.

Jack se queda callado un momento, mira hacia otro lado y luego de nuevo hacia mí.

—Si quieres, puedo llevarte a montar ahora. —Se ríe a medias, avergonzado—. Considéralo mi regalo de cumpleaños, ya que me he olvidado de comprarte otra cosa.

Resulta curiosamente anticuado por su parte ofrecerse «a llevarme a montar» en la noria, como si necesitara que me acompañaran, pero la pregunta encaja a la perfección en este entorno igual de curiosamente

anticuado. Me pongo de puntillas para llamar la atención de Sarah y advertirle que volveremos dentro de diez minutos, pero toda su concentración está volcada en escuchar al profesor de la clase magistral. Vuelvo a mirar a mi espalda, hacia la hermosísima noria.

—Sería un verdadero placer, Jack. Gracias.

Un chico vestido con unos pantalones chinos blancos y un jersey del instituto Rydell High anudado de manera informal alrededor de los hombros baja la barra cromada sobre nuestras rodillas y nos mira con las cejas enarcadas mientras le da unos tirones para asegurarse de que está bien sujeta.

—A lo mejor te interesa abrazar a tu chica, amigo. Las cosas pueden dar un poco de miedo ahí arriba.

Estoy convencida de que dice variaciones de ese mismo comentario a todas las parejas que suben a la atracción; aun así, ambos nos apresuramos a corregirlo.

—Uy, no somos... —tartamudeo al mismo tiempo que Jack se lanza con:

—Ella no es mi... Solo somos amigos.

El chico del jersey nos guiña un ojo con complicidad.

—Es una pena. Hacéis buena pareja.

La noria se tambalea un poco para avanzar un puesto y que se llene la siguiente cabina. Cierro los ojos durante un segundo porque no tengo ni idea de qué decir ahora.

—No serás una cagona, Laurie...

—¡Para nada! —contesto riendo. Curvo los dedos en torno a la barra y me acomodo en el asiento acolchado de vinilo de color frambuesa de la cabina, con los pies apoyados en el reposapiés cromado—. No tienes miedo a las alturas, ¿verdad?

Jack se asoma por el borde de la cabina y me mira de reojo, con los brazos extendidos por encima del asiento y las palmas de las manos hacia arriba, como si le hubiera hecho una pregunta estúpida.

—¿Parezco alguien que se asusta con facilidad?

«Muérete de envidia, Danny Zuko», pienso. Sin embargo, su forma de tamborilear con los dedos en la parte superior de la cabina, cerca de mi hombro, me lleva a considerar que no está tan relajado como podría sugerir su apariencia externa. No sé qué es lo que lo hace estar tenso; montarse en la noria sin Sarah, o simplemente estar montado en la noria... o estar montado en la noria conmigo. Suspiro, y cuando estoy a punto de preguntárselo, se oyen los compases iniciales de «Hopelessly Devoted To You» y la noria comienza a girar.

Decido olvidarme de mi pregunta. A fin de cuentas, es mi cumpleaños, y me

encantan las norias y estoy con Jack, que no puedo evitar que me guste más cada vez que lo veo. Y eso es bueno. Lo digo en serio, con la mano en el corazón, de verdad. Es bueno porque está claro que a Sarah y a él les va genial juntos, y a ella la quiero como a una hermana.

En general, tengo bastante aceptada la situación. Es lo que hay. Si las cosas hubieran sido distintas, si yo lo hubiera encontrado antes, tal vez ahora mismo me tendría abrazada y estaría a punto de besarme hasta el atontamiento mientras ascendemos hacia la cima de la noria. Quizá estuviéramos locamente enamorados. O puede que no hubiéramos encajado para nada como pareja romántica y que el mejor resultado para todos haya sido precisamente el que se ha dado. Jack forma parte de mi vida y me alegro por ello. Con eso basta.

—Uau —murmuro distraída por las vistas cuando ganamos altura.

Barnes Common está adornado con banderitas y luces: las letras de neón de los puestos ambulantes de comida, los destellos discotequeros de la carpa de baile, las velas de las mesas de caballete a las que ya empiezan a sentarse los primeros ocupantes para coger sitio en el césped cerca de la gran pantalla.

Subimos aún más y alcanzamos a ver más allá del recinto, hasta las calles estrechas del sudoeste de Londres, resaltadas por farolas lechosas.

—Estrellas —dice Jack, que echa la cabeza hacia atrás para mirar al cielo cuando nos acercamos a la cima.

Lo imito y contemplo las estrellas a su lado, y durante unos segundos permanecemos ahí colgados, casi en lo más alto de la noria, como si fuéramos las dos únicas personas del mundo.

—Feliz cumpleaños, Laurie —susurra Jack con el semblante serio cuando me doy la vuelta para mirarlo.

Asiento con la cabeza y trato de sonreír, pero descubro que los músculos de mi cara son incapaces de hacerlo, porque me tiembla la boca como si estuviera a punto de echarme a llorar.

—Gracias, Jack —digo—. Me alegro de pasarlo contigo... —Me interrumpo, y luego, para ser más clara, añado—: Contigo y con los demás.

—Yo también.

Nuestra cabina corona la cima, da una sacudida al detenerse y además comienza a balancearse con la brisa, así que se me escapa un chillido y me agarro a la barra con las dos manos. Jack se ríe con ganas y me pasa un brazo por los hombros; noto la cálida presión de su costado contra el mío.

—Tranquila, estoy aquí.

Me da un apretón breve y alentador, agarrándome firmemente con los dedos, y después se arrellana de nuevo y vuelve a colocar el brazo a lo largo del respaldo del asiento.

El estómago se me encoge despacio cuando yo también me recuesto, y me avergüenza decir que no guarda ninguna relación con el hecho de que estemos suspendidos en lo alto del cielo del Barnes Common y sí mucha con la sensación de estar a solas en esta vieja y preciosa noria con Jack O'Mara.

Bombillas antiguas, de color rosa y verde menta, iluminan los radios de la noria mientras gira y proyectan sombras sobre los rasgos de Jack cuando volvemos a movernos lentamente.

Olivia Newton-John sigue cantando sobre su desesperadamente entregado corazón. Sé cómo se siente.

Me llevo la mano al colgante, acaricio con los dedos la forma familiar de la piedra plana y morada para tranquilizarme. Esta mañana he tenido una crisis de cinco minutos porque era incapaz de encontrarlo; me he puesto a llorar cuando por fin Sarah la ha visto incrustada entre las grietas de los tablones del suelo de mi habitación. De todas mis posesiones, este colgante es la más preciada. Ginny tenía uno igual; sé que es una tontería, pero creo estar más conectada a ella cuando me lo pongo.

Mierda. Otra llamada perdida de mi madre. Me siento la peor hija del mundo

cuando abro el mensaje que acaba de enviarme en vista de que no le contesto.

Laurie, cariño, siento mucho decírtelo en un mensaje, y más sabiendo que es tu cumpleaños, pero sé que querrías enterarte cuanto antes. Es papá, está en el hospital, cielo, le ha dado un ataque al corazón. Llámame lo antes posible. Te quiero. Mamá xx

Y sin más, uno de los mejores días de mi vida acaba de convertirse en uno de los peores.

12 de diciembre

*Laurie*

Me siento como si alguien me hubiera forrado las botas con plomo. El trabajo ha sido un caos absoluto, llevamos varias semanas sin parar de atender una reserva de fiesta de Navidad detrás de otra y tengo tal dolor de pies que parece que hubiera corrido un maratón. Estoy hecha un puñetero guiñapo. La recuperación de mi padre ha sido más lenta de lo que los médicos esperaban, y desde entonces no ha parado de acumular problemas de salud. Ha pasado de ser mi robusto y despreocupado padre a tener un aspecto débil y pálido, y todo indica que mi madre ha seguido el mismo camino, porque está preocupadísima por él. Siempre han sido una pareja bastante glamurosa; papá le saca diez años a mamá, pero hasta ahora nunca se había notado.

Últimamente no puede decirse lo mismo. Mi padre cumplió sesenta años el año pasado, pero ahora aparenta diez más; cada vez que lo veo, quiero meterlo en un avión con destino a un clima más soleado y dedicarme a alimentarlo. No es que mi madre no esté haciendo cuanto está en su mano, pero da la sensación de que su vida es una larga sucesión de citas con especialistas y restricciones dietéticas, y eso está pasando factura a ambos.

Voy a casa tan a menudo como puedo, pero es inevitable que mi madre sea la que soporta la mayor parte de la carga.

La Navidad me ofende la vista mire a donde mire; hace ya unas cuantas horas que estoy de compras y he llegado a ese punto en el que te entran ganas de apalea a Rudolph, asesinar a Mariah Carey y estrangular con la tira de

espumillón más cercana a la siguiente persona que te empuje. Llevo veinte minutos esperando en una cola interminable y que apenas avanza junto a la caja de una tienda de música, aferrada a un cofre de películas que ni siquiera estoy segura de que mi hermano vaya a ver en su vida, y la verdad es que podría quedarme dormida de pie. Teniendo en cuenta que es una tienda de música, cualquiera pensaría que podrían poner algo más vanguardista que a Noddy Holder gritando «It's Christmas!» a pleno pulmón. ¿Y qué clase de nombre es Noddy? Me sorprende preguntándome si nacería con las orejas grandes y si su madre estaría demasiado puesta de óxido nitroso para que se le ocurriera otra cosa.

—¡Laurie!

Me doy la vuelta al oír que alguien me llama y descubro a Jack agitando un brazo sobre las cabezas de la cola que serpentea a mi alrededor. Sonrío, aliviada ante la visión de un rostro familiar, y luego pongo los ojos en blanco para transmitirle cómo me siento estando aquí atrapada. Bajo la mirada hacia el cofre y reconozco que, al fin y al cabo, mi hermano preferiría una botella de Jack Daniels, así que me doy la vuelta y me abro camino hacia el final de la cola molestando a casi todo el mundo yendo a contracorriente. Jack me espera al lado del expositor de los CD más vendidos, envuelto en su voluminoso abrigo de invierno y su bufanda, y suspiro porque de pronto me invade el recuerdo de cuando lo vi en la parada del autobús. Ya han pasado un par de años, y no suelo pensar ya en aquel día; mi disciplina en la misión de reemplazar todos mis pensamientos díscolos sobre Jack por otros más convenientes ha dado fruto. Dicen que al cerebro humano le gusta seguir patrones repetitivos, y me he dado cuenta de que es muy cierto. Ahora Jack ocupa un lugar apropiado en mi vida, como amigo y como el novio de mi mejor amiga, y a cambio me permito disfrutar de su compañía, que me encanta. La verdad es que me cae muy bien. Es gracioso, e increíblemente

cariñoso y atento con Sarah. Y el día de mi cumpleaños me salvó la vida al hacerse cargo de la situación cuando me desmoroné por completo en medio del Barnes Common. En un abrir y cerrar de ojos estábamos en el asiento trasero de un taxi, con el billete de tren a casa reservado antes incluso de que llegáramos a Delancey Street. A veces solo necesitas a alguien que te diga lo que tienes que hacer, y ese día Jack estuvo más que a la altura.

—Pareces tan impresionada como yo con esta chorrada de las compras navideñas —dice mientras vuelve a guardar en el estante el CD que estaba mirando sin mucho interés. Ambos echamos a andar hacia la salida de la tienda—. Aunque está claro que has tenido más éxito que yo. —Echa un vistazo a mis bolsas—. Trae, dámelas.

No protesto cuando me libera del peso. Las asas se me han clavado en la palma de la mano y la tengo llena de marcas rojas, así que flexiono los dedos doloridos con alivio. Cuando salimos a Oxford Street el suelo está cubierto de nieve pisoteada, pues los restos de la nevada de hace unos días todavía no han desaparecido porque el viento ártico sopla directamente desde el norte. Jack se saca un gorro de lana del bolsillo y se lo encasqueta en la cabeza fingiendo un escalofrío.

—¿Te quedan muchas cosas por comprar? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Solo lo de Sarah. ¿Alguna idea brillante? —Me mira de soslayo mientras caminamos acompasando nuestros pasos a los de la bulliciosa multitud—. Por favor, dime que sí.

Me devano los sesos. No es una persona a la que resulte difícil hacerle regalos, pero lo que Jack le compre debería ser algo especialmente personal.

—¿Una pulsera o un colgante?

Pasamos junto a una joyería de High Street y nos detenemos para mirar el escaparate, pero nada de lo que hay en él lleva escrito el nombre de Sarah.

Frunzo la nariz y suspiro cuando nos refugiamos en la entrada.

—Es todo un poco demasiado... No sé. No hay nada lo bastante único.

Jack asiente, luego entorna los ojos y mira el reloj.

—¿Tienes prisa?

—No mucha —contesto con muy pocas ganas de afrontar la caminata de

vuelta a casa.

—Genial. —Sonríe y entrelaza su brazo con el mío—. Ven conmigo, sé justo adonde ir.

*Jack*

Ir de compras con Laurie es mucho más fácil que hacerlo solo. Acabamos de doblar la esquina de Oxford Street en dirección al bazar de antigüedades de Chester, un lugar del que conservo un recuerdo vago y que espero que siga ahí.

—¡Uau! —murmura Laurie, y cuando entramos en el alto edificio de ladrillos de terracota abre mucho los ojos azules violáceos.

Vine aquí hace años, cuando era niño, para ayudar a mi padre a buscar un regalo especial para el cumpleaños de mi madre. Es un recuerdo vívido; puede que se tratara de un cumpleaños señalado, uno de los que dejan huella.

Encontramos un conjunto de brazaletes de plata muy finos, con piedras de ámbar, y mi padre pidió que les grabaran los nombres de toda la familia en la cara interior. Mi madre se lo ponía a veces cuando él aún vivía, en Navidad y en otras fechas especiales. También lo llevó el día de su funeral, y no recuerdo haberla visto sin los brazaletes desde entonces.

Me alegra comprobar que el bazar no ha cambiado mucho en los años transcurridos desde entonces, que sigue siendo la misma cueva de Aladino de puestos retro.

—¡Este sitio es alucinante! No tenía ni idea de que estaba aquí.

—La verdadera Londres. —Me guardo el gorro en el bolsillo del abrigo y me paso la mano por el pelo porque se me ha quedado pegado a la cabeza—.

¿Por dónde quieres empezar?

Laurie se echa a reír y le brillan los ojos mientras lo observa todo encantada.

—No lo sé. Quiero verlo entero.

—No te pases. Estaremos aquí hasta Navidad.

Comienza a caminar entre los puestos y la sigo; acaricia con los dedos la cabeza de un leopardo tallado, suelta exclamaciones ante vitrinas cerradas y llenas de preciosos diamantes de primera calidad y después se entusiasma de la misma forma con la bisutería de *strass* de la tienda de al lado. Sonríe, tímida, cuando el dueño de un puesto de sombreros retro la mira y le ofrece una boina con visera, hecha de tweed de la isla de Harris en tonos violáceos, para que se la pruebe. Está claro que el vendedor sabe de sombreros, porque Laurie se transforma en una granujilla de los sesenta en cuanto se coloca la boina encima de los rizos rebeldes. Solo consigue dominar el sesenta por ciento de su pelo, y eso en el mejor de los casos, así que ahora mismo parece una huérfana de la calle sacada de *Oliver Twist*. Los tonos lavanda del tweed resaltan el color de sus ojos, pero también hacen destacar las ojeras oscuras y amoratadas que los rodean. Me sobresalto al reparar en lo agotada que está, y no se trata de un agotamiento nivel «necesito acostarme pronto», sino nivel

«he pasado los meses más asquerosos de mi vida». Son los ojos de una persona que está preocupada y que lleva bastante tiempo estándolo. Caigo en la cuenta de que ni siquiera le he preguntado cómo lo lleva.

Se quita la boina tras examinarse desde todos los ángulos en el espejo de mano dorado que el vendedor sostiene amablemente ante ella y da la vuelta a la pequeña etiqueta para mirar el precio. Se la devuelve con un gesto de negación melancólico. Es una pena. Le quedaba muy bien.

—¿Y ahí? —pregunta un poco más tarde.

Hemos considerado y después descartado la idea de comprar a Sarah una acuarela pequeñita, y catalogado un colgante de turquesa de la década de 1920 como una clarísima posibilidad, pero en cuanto entramos en una tiendecita de perfumería sé que es aquí donde encontraremos el regalo perfecto. Laurie parece una niña con zapatos nuevos, no para de soltar «¡oh!»

y «¡ah!» mientras señala los elaborados frascos bruñidos y los aromas

exóticos. Pero de repente esboza una sonrisa tan radiante como un rayo de sol.

—Jack, ven aquí —me dice a la vez que hace gestos para que acuda a su lado a ver lo que acaba de desenterrar de la parte trasera de una estantería.

Me asomo por encima de su hombro para mirar lo que atesora, y doy gracias al cielo por no haber comprado aún el colgante de turquesa. La polvera dorada en forma de concha que descansa en la mano de Laurie es tan Sarah que sería un error que perteneciera a cualquier otra mujer del mundo.

Basándome en mi amplia experiencia como espectador de programas televisivos de antigüedades, diría que es *art déco*; es lo bastante grande para llenar con holgura la palma de Laurie y tiene una sirena esmaltada incrustada en la tapa. Se parece a Sarah en las olas caoba que le caen por encima del hombro como una cascada y en el valle pronunciado y coqueto de la cintura.

Laurie me la entrega con una sonrisa de ojos relucientes.

—Misión cumplida.

Me siento satisfecho por el peso del regalo. Es digno de Sarah, algo que dice: «Me fijo en todo lo tuyo y eres muy valiosa para mí».

—Suspende la búsqueda —digo mientras rezo para que no cueste más que una hipoteca pequeña. Cuando doy la vuelta a la etiqueta, suelto un suspiro de alivio: parece que podré seguir permitiéndome la cerveza—. Me alegro de haberme encontrado contigo.

Curioseamos por la tienda mientras la dueña envuelve la polvera, pues tarda un rato en encontrar una funda de terciopelo que le vaya bien y en recubrir el paquete con papel de seda y lazos. Creo que lo más probable es que me haya echado un vistazo y haya llegado a la conclusión de que, si lo dejaba en mis manos, lo envolvería en papel de aluminio o algo así. Se equivoca, pero no por mucho, y me alegro un montón de no ser yo quien tenga que pelearse con la cinta adhesiva.

Ya es casi de noche, a pesar de que apenas son las cuatro de la tarde, cuando Laurie y yo salimos de nuevo a la calle.

—¿Una cerveza para celebrarlo? Te la debo por haberme ayudado —le digo. Tiene pinta de necesitar un rato de tranquilidad y una buena charla—. A saber con qué habría terminado Sarah sin ti. Con un ramo de flores de gasolinera y unas bragas chungas de *sex shop*. O algo así.

Laurie se ríe y se sube un poco la manga del abrigo para mirar la hora como si tuviera que ir a algún sitio.

—Vale —contesta.

Me sorprende, porque estaba seguro de que se largaría a toda prisa.

—Buena chica. Conozco un sitio que está justo a la vuelta de la esquina.

Un pub como es debido, no uno de esos bares de moda donde nunca puedes sentarte.

Agacho la cabeza para protegerme de los primeros copos de nieve con los que me azota el viento cortante y le pongo una mano en la espalda para guiarla hacia una pequeña bocacalle.

*Laurie*

En cuanto cruzamos las puertas con vidrieras del pub me alegro de no haber rechazado la invitación. Capto los tranquilizadores aromas del fuego de carbón y de la madera pulida con cera de abeja; los reservados con asientos capitoné de cuero verde oscuro son hondos y cómodos, pensados para largas y relajadas sesiones de copas. Un viejo y su adormilado jack russell son los otros dos únicos clientes. Es uno de esos pubs sin pretensiones que sabes que llevan décadas sin cambiar, con un suelo de baldosas rojizas sin esmaltar y un marco de latón a lo largo de toda la barra bien surtida.

—¿Una copa de tinto? —me pregunta Jack, y asiento, agradecida, mientras recupero las bolsas que me tiende—. Ve a coger sitio junto al fuego, ahora llevo las bebidas.

Me hago con el mejor reservado de la casa, el más cercano a la fuente de calor. Me dejo caer en el banco y pongo mis compras debajo de la mesa; luego me retuerzo para quitarme el abrigo empapado y lo cuelgo en la barandilla de madera que hay en el extremo del reservado para que más tarde esté calentito. Los abrigos calentitos me recuerdan a mi casa; cuando éramos pequeños, mi padre instaló un radiador extra detrás del perchero para que en invierno siempre tuviéramos el abrigo caliente antes de marcharnos al colegio por la mañana.

—Un tinto para la señorita —bromea Jack cuando aparece con una copa de vino de color rubí y una pinta.

Me imita y cuelga su abrigo en la otra barandilla, como si hubiéramos marcado nuestro territorio, conquistado esta diminuta sala para dos.

—Es lo mejor del invierno —dice, y se frota las manos con ganas delante del fuego antes de deslizarse por el banco de cuero que tengo enfrente y acercarse la pinta—. Dios, cómo la necesitaba.

Da un trago largo y se relame con gusto.

El vino está templado, tiene un intenso regusto a pimienta y grosellas negras.

—Gracias por ayudarme hoy —añade—. Jamás habría encontrado algo tan perfecto sin ti.

Sonrío, porque sé que a Sarah va a encantarle la polvera.

—La dejarás superimpresionada.

—Juraré que todo ha sido cosa mía, por supuesto.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Bebo un poco más y noto que el alcohol comienza a obrar su magia.

—¿Has sabido algo de Sarah?

—Hoy no. —Jack niega con la cabeza—. Me llamó ayer. Desde luego,

parece que se lo está pasando en grande. Apenas pude oírla.

A mí también me llamó ayer desde un bar y, por lo que Jack acaba de contarme, diría que justo después de hablar con él. Hace unos días que mi amiga se marchó a casa de sus padres para celebrar el decimoctavo cumpleaños de su hermana.

—Me puso a Allie al teléfono y me pareció que iba como una cuba. —Jack se echa a reír; ya se ha bebido la mitad de la pinta—. ¿Conoces a su hermana? Son como dos gotas de agua cuando están juntas. ¡Vaya par!

Miro hacia el fuego un segundo y asiento con la cabeza.

—Ya. Han debido de dar muchísima guerra a sus padres.

Jack se queda callado y se aclara la garganta.

—Lo siento, Laurie. No era mi intención... Bueno, ya sabes.

No pronuncia el nombre de Ginny, pero sé que esa es la razón por la que está disculpándose y, por enésima vez, desearía no habérselo contado. Este es precisamente el motivo por el que nunca hablo de ella; la gente se siente obligada a ofrecer sus condolencias o a recurrir a tópicos cuando en realidad

no es capaz de aportar nada útil. No es una crítica. Es solo una realidad vital de mierda.

—¿Irás a pasar la Navidad con tu madre?

Desvió la conversación hacia un tema más seguro y noto que se relaja.

—Sí, pero cuando termine mi último turno en Nochebuena. —Se encoge de hombros—. Me tocará cerrar temas, atar cabos sueltos, ya sabes, esas cosas.

Un par de tintos más tarde, por fin empiezo a relajarme. Me había olvidado de lo agradable que es sentarse a charlar con Jack.

—¿Crees que seguirás en la radio toda tu vida?

—Desde luego. Me encanta. —Un destello de interés le ilumina los ojos—.

Además, allí a nadie le importa si te has peinado o si llevas puesta la misma camiseta del día anterior.

Me río en voz baja, porque sé que a pesar de sus esfuerzos por parecer pasota Jack es ambicioso en extremo. Siempre que no está con Sarah, está haciendo bolos o trabajando, sobre todo en producción, aunque de vez en cuando sigue sustituyendo al DJ habitual del programa nocturno, curtiéndose como presentador. No me cabe ninguna duda de que dentro de unos años su voz me llegará desde algún sitio a través de las ondas mientras me tomo los cereales del desayuno o concilio el sueño en mi cama. Esa idea me resulta extrañamente reconfortante. Yo, por otro lado, no he avanzado ni un paso en mi carrera en el mundo de las revistas. No puede decirse que haya sido mi principal prioridad a lo largo de los últimos meses.

Pedimos otra ronda, y siento el calor del alcohol y del fuego en las mejillas.

—Qué bien se está aquí —digo, y apoyo la barbilla en una mano para mirarlo—. El fuego, el vino. Es justo lo que necesitaba. Gracias por traerme.

Jack asiente.

—¿Cómo estás, Lu? De verdad, quiero decir. Sé que estos últimos meses no han sido fáciles para ti.

«Por favor, no te pongas intuitivo, me desarmarás.» Que me haya llamado Lu tampoco ayuda; Sarah es la única que me llama así, y ella no lo sabe, pero solo ha habido otra persona en el mundo que me acertara el nombre a Lu: Ginny. Cuando era muy pequeña no sabía pronunciar «Laurie»; Lu le resultaba más fácil y después siguió utilizándolo.

—Estoy bien —contesto con un gesto de indiferencia a pesar de que dista mucho de ser cierto—. Casi siempre. A veces. —Clavo la mirada en el fuego e intento mantener a raya el nudo que se me ha formado en la garganta—. Es como si mi familia estuviera gafada, ¿sabes? Mi padre es nuestra piedra angular, siempre lo ha sido.

—¿Va mejorando?

Aprieto los labios hasta convertirlos en una línea fina, porque la verdad es que no lo tenemos muy claro.

—Un poco —respondo—. Ahora ya ha superado casi por completo lo del ataque al corazón, pero, en retrospectiva, parece que eso no fue más que el principio. Toma tantas pastillas que si lo agitáramos parecería un sonajero, y encima mi pobre madre ha tenido que hacerse cargo de todo: citas con terapeutas, dietistas, especialistas, y eso por no hablar de la gestión de todas las cuentas y facturas del hogar. Es como si no se acabara nunca.

Bebo un gran trago de vino. ¿Te has fijado alguna vez en que hay acontecimientos vitales que terminan convirtiéndose en los grandes pasos que separan una etapa de tu vida de la siguiente? Y no me refiero solo a esos pasos que tienes intención de dar, como independizarte, buscar un trabajo nuevo o casarte con la persona a la que amas en una tarde de verano. Me

refiero a los pasos inesperados: a las llamadas en mitad de la noche, a los accidentes, a los riesgos que no compensan. Mi vigésimo tercer cumpleaños resultó ser uno de mis pasos inesperados; me apartó de los sólidos cimientos que mis denodados padres habían construido y me empujó hacia unas arenas movedizas en las que ellos son frágiles y demasiado humanos, en las que ellos me necesitan a mí tanto como yo a ellos. Ha puesto mi mundo patas arriba; los nervios me atenazan cada vez que suena el teléfono, y en el fondo del estómago tengo una fosa séptica que rezuma miedo sin parar. Si tuviera que resumirlo en una sola frase, diría que me siento acechada. Estoy en el punto de mira, esperando una bala que tal vez llegue o tal vez no, corriendo, mirando hacia atrás por encima del hombro, preparada para el impacto.

Sueño con mi hermana la mayor parte de las noches: Ginny subida a hombros de mi padre, animándome en el día de los deportes de mi colegio de primaria; Ginny agarrada con fuerza a su mano mientras cruzan una calle muy transitada y me dejan atrás; Ginny dormida en brazos de papá en el jardín del pub al que íbamos de vez en cuando en verano cuando éramos pequeños, con el pelo rubio tapándole la mitad de la delicada cara.

—Solo quiero que mi padre vuelva a ser el hombre grande y fuerte de

siempre, ¿sabes?

Odio captar el espesor de las lágrimas en mi voz. Y que Jack también deba de ser capaz de oírlo.

—Uf, Laurie —dice en voz baja y consoladora, y después rodea el reservado para sentarse junto a mí y pasarme un brazo por los hombros—.

Pobrecita, últimamente pareces agotada.

Ni siquiera me queda energía para molestarme por su comentario. No puedo negarlo. Estoy hecha polvo. Creo que ni siquiera era consciente de lo mal que estaba porque, bueno, la vida sigue, ¿no? Pero aquí, sentada en este pub, sintiéndome aislada de todo lo demás, el peso de los últimos meses me

cae encima como una losa. Estoy tan exhausta que tengo la sensación de desintegrarme bajo la ropa.

—A veces la vida puede ser una verdadera mierda —dice Jack, que aún mantiene un brazo cálido y tranquilizador sobre mis hombros—. Todo volverá a ir bien. Siempre sucede.

—¿Tú crees? Suena estúpido, pero me siento como si estuviera fracasando en todo. En mi vida en Londres, sin un trabajo decente. A lo mejor debería volver a casa. Estar con mis padres, echar una mano a mi madre.

—No digas eso, Laurie. Estás en horas bajas, pero no acabada. Tus padres se las arreglarán, y no querrían que renunciases a tus sueños. Lo conseguirás, estoy seguro.

—¿Eso piensas?

—Vamos... ¡Mírate! Eres inteligente y divertida; no te quedarás atrapada detrás de ese mostrador de recepción para siempre. He leído algunas de tus cosas de freelance, ¿recuerdas? Tu oportunidad no tardará en llegar, lo tengo claro.

Agradezco la generosidad de sus elogios, pero sé que lo que en realidad quiere decir es que ha leído los escasos artículos que he publicado porque

Sarah se los ha puesto delante de las narices. Es peor que mi madre cada vez que coloco algo, cosa que casi nunca sucede.

Ahora Jack está mirándome fijamente, observándome de verdad, como si lo que está a punto de decirme fuera importante.

—No creo que en mi vida haya conocido a nadie con tanto... Ni siquiera sé qué es lo que tienes. Calidez, supongo, aunque tampoco es exactamente eso.  
—Parece cabreado consigo mismo por ser incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. Es solo que tienes algo especial, Laurie. Estar contigo hace que la gente se sienta bien.

Me sorprende lo suficiente para que deje de autocompadecerme y levante la mirada.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Esboza una sonrisa lenta, torcida—. Por supuesto que sí. Lo pienso desde el mismo momento en que nos conocimos.

Contengo el aliento para intentar impedir que mis pensamientos abandonen mi cabeza, pero se me escapan como el agua entre los dedos.

—¿Desde el momento en que nos conocimos o desde que nos vimos por primera vez?

«Joder. Joder. Joder.»

*Jack*

«Joder. Joder. Joder.» Se acuerda.

—¿Quieres decir... en Navidad?

Estamos sentados más cerca que antes, casi muslo con muslo, y a esta distancia distingo a la perfección los estragos que los últimos meses le han causado. Las ojeras, los hombros en tensión, como si siempre tuviera los dientes apretados. Tiene aspecto de necesitar un baño caliente, sopa de pollo

y dormir durante una semana.

—¿En el autobús? —resuella. Tiene las mejillas sonrosadas por el vino, y los ojos más animados de lo que lo han estado desde el verano—. ¿Te acuerdas?

Frunzo el ceño y dispongo mis rasgos en una expresión que espero que sugiera desconcierto. Si hay algo de lo que estoy seguro es que admitir que recuerdo aquellos pocos instantes de la parada del autobús sería una cagada monumental. Toda nuestra amistad se basa en la dinámica de mi posición como novio de su mejor amiga. Espero en silencio y Laurie va apagándose

delante de mí. El brillo vacilante de sus ojos se atenúa, y sé que desearía poder tragarse las palabras que han quedado suspendidas en el aire entre nosotros y volver a encerrarlas en su cuerpo. Si pudiera, yo mismo volvería a guardárselas dentro para no tener que herirla con una mentira.

—En vuestra fiesta —respondo con cautela.

—No. Antes de eso —dice para presionarme—. Creo que te vi sentado en una parada de autobús. Meses antes. Un año antes.

«Joder, Laurie —pienso—, ¿por qué nunca eliges la salida de los cobardes? Créeme, es un camino más sencillo. Hasta que te plantan cara, claro.» Finjo completa ignorancia, mi mejor imitación de Hugh Grant perplejo.

—Creo que el vino se te ha subido a la cabeza, Lu. Nos conocimos en vuestra fiesta de Navidad.

Me sostiene la mirada, silenciosa e inquebrantable, y ahí mismo, delante de mí, la veo alcanzar su límite e izar la bandera blanca de la derrota muy despacio. Son diez segundos. Quince, tal vez. Parece más tiempo, y me siento el tío más gilipollas del mundo. Mierda, creo que intenta no llorar. Soy un puto cabrón de mierda. ¿Debería haber dicho que me acordaba? ¿Habría sido mejor? Es probable que para la Laurie de este momento hubiera sido más agradable, pero ¿y para la Laurie de la próxima semana, el próximo mes o el próximo año? No lo creo.

—Lo siento —dice, lo cual no hace sino acentuar mi papel de gran lobo feroz

—. Ignórame.

—Jamás te ignoraría.

Me he bebido tres pintas y parece que a mí también está costándome mantener la mentira.

Laurie parpadea unas cuantas veces y las lágrimas le humedecen las pestañas.

—Pues tal vez deberías.

La miro, la observo de verdad, y ya no quiero decirle más mentiras hoy.

Está vulnerable en muchos aspectos, y los dos hemos bebido un poco más de la cuenta.

—Tal vez debería —reconozco—. Pero no quiero. Me gusta demasiado estar contigo.

«Por Dios.» Ya lo sé, ¿vale? No tendría que haber dicho algo así. Raya en lo inapropiado, y es egoísta.

—A mí también me gusta demasiado estar contigo —susurra, y una única lágrima de desolación le rueda por la mejilla.

—No —jadeo, y mi voz me resulta áspera incluso a mí—. Por favor, no llores.

Solo un cabrón caradura dejaría que una chica llorara así sin consolarla, y a pesar de que le he mentado, no soy un cabrón caradura, así que le seco las lágrimas con las yemas de los dedos, todavía rodeándola con el otro brazo.

—No pasa nada, de verdad que no —murmuro junto a su sien.

¿Cómo es posible que huelga a flores silvestres de verano incluso en invierno? Siento la delicadeza de su piel debajo de los dedos, y aunque hasta el último átomo de mi ser sabe que debería apartar la mano, le sostengo la cara y le acaricio la línea de la mandíbula con el pulgar. Permanecemos así durante un instante, hasta que Laurie se mueve de manera casi imperceptible para

mirarme y de repente su boca está peligrosamente cerca de la mía.

Creo que no está respirando. Y creo que yo tampoco. Joder, a esta distancia tiene una boca preciosa. Carnosa y trémula. Noto el sabor del vino en el calor abrasador de su aliento. Avanza hacia mí, creo, y juro que ya no hay aire entre nuestros labios. El dolor me atormenta. Me desgarras.

—No puedo besarte, Laurie. No puedo.

*Laurie*

He bebido demasiado vino y soy la persona más mezquina del mundo, pero ahora mismo no podría alejarme de Jack ni aunque este pub estuviera en llamas. Estamos atrapados en una minúscula cápsula del tiempo en este imprevisto reservado del fin del mundo, y no existe nada más que su boca generosa, y sus ojos tiernos, y sus manos cálidas y reconfortantes. Si esto fuera una serie de televisión, como espectadora estaría gritando «¡Parad!», porque sabría que por muy bien que estos dos parecieran estar juntos, la mierda no tardaría en llegarles hasta el cuello. Pero esto no es una ficción, es la vida real, y en la vida real la gente comete errores. Levanto la cabeza, y si me besa no tendré fuerzas para impedirle devolverle el beso, porque para mí está exactamente igual que aquel día en la parada de bus. Durante un instante, vuelvo a ser aquella chica del autobús en 2008: mi padre no está enfermo, Jack no es el novio de Sarah y llevo espumillón en el pelo. Casi oigo la espiral del tiempo que retrocede dando vueltas, que zumba junto a mis oídos como un antiguo casete al rebobinarse o un vinilo reproducido hacia atrás.

Madre mía, no creo que pueda evitar que esto suceda.

—No puedo besarte, Laurie. No puedo.

Sus palabras aterrizan en mi corazón como piedras de granizo. Mierda.

¿Qué narices estoy haciendo? ¿Qué clase de escoria despreciable soy? Tengo que alejarme de él.

—Por Dios —susurro presa del pánico, y me llevo los dedos temblorosos a los labios.

Antes de saber siquiera lo que voy a hacer, ya estoy de pie, cogiendo mis bolsas y saliendo del pub a toda prisa, y hasta que el aire frío y cortante me golpea en la cara no me doy cuenta de que me he dejado el abrigo y de que está nevando con ganas.

—¡Laurie! Laurie, espera.

Jack está sin aliento, lleva mi abrigo en las manos y me agarra de una manga.

—Por favor, para un segundo, ¿quieres?

Me zafo de él con tanto ímpetu que el contenido de una de mis bolsas se desparrama por el suelo de la callejuela tranquila. Me ayuda a guardarlo todo de nuevo y me pone el abrigo por encima de los hombros temblorosos; después me rodea con los brazos y me estrecha entre ellos hasta que el calor penetra a través de mi ropa hasta calarme los huesos. El abrigo está muy muy caliente gracias al fuego, y cierro los ojos porque, inexplicablemente, estoy otra vez al borde de las lágrimas. Por lo general no soy llorona, pero hoy mis conductos lagrimales parecen haberse desbordado.

—Laurie —susurra, bronco, con los ojos brillantes como estrellas a la luz de las farolas—. Hacerte daño sería lo último que querría.

—Soy idiota —susurro—. Ni siquiera sé por qué estoy llorando.

Jack suspira, exasperado, bondadoso.

—Porque estás cansada, y estás preocupada y te sientes como si siempre nadaras a contracorriente.

Me frota la espalda mientras me habla en voz baja y serena al oído, protegiéndome de la nieve con su cuerpo. Estoy de espaldas a la pared, y mi resistencia se desvanece porque está diciéndome cosas increíblemente reconfortantes y me abraza con fuerza. Estoy muy cansada de nadar. Durante la mayor parte del tiempo tengo la sensación de que la marea está a punto de hundirme, pero aquí, entre los brazos de Jack, es como si me hubiera tendido la mano desde un bote salvavidas y, después de subirme a bordo, me hubiera llevado a un lugar seguro. Me doy cuenta, desesperada, de que dudo que

jamás llegue a no sentir nada hacia este hombre.

—Quería que me besaras, Jack —digo en tono desolado. Es evidente que a él le ha quedado claro lo que yo quería ahí dentro, así que no tendría sentido andarme con evasivas—. Y no me gusto por ello.

Me acaricia el pelo, me levanta la barbilla, me mira a los ojos.

—Si te cuento una cosa, ¿prometes no explicársela a nadie, ni siquiera a un pez de colores?

Trago saliva con dificultad, lo miro a los ojos mientras asiento y él me sujeta la cara con las dos manos. No sé qué es lo que está a punto de decir, pero creo que es algo que recordaré para siempre.

—Yo también quería besarte en el pub, Laurie, y ahora mismo tengo aún más ganas de hacerlo. Eres una de las personas más adorables que he conocido en mi vida. —Desvía la mirada hacia el final de la calle desierta y luego la clava en mí de nuevo—. Eres preciosa y simpática, y me haces reír, y cuando me miras así con esos ojos de seto de verano... habría que ser un maldito santo para no besarte.

Entonces me recuesta contra la pared con el peso de su cuerpo, y como no es un puto santo, me besa. Jack O'Mara agacha la cabeza y me besa bajo la nieve, con los labios trémulos y luego cálidos y seguros, y yo lloro y le devuelvo el beso, abro la boca para dejar que su lengua se deslice sobre la mía mientras emite un sonido grave, herido, animal desde el fondo de la garganta. Siento su alivio hasta en el último folículo de mi pelo, en todas y cada una de las células de mi cuerpo y en la sangre que me corre por las venas. Tiene la respiración tan entrecortada como yo, y es mucho más de lo que jamás habría sido capaz de imaginarme, y, créeme, antes dejaba que mi imaginación se desbocara en todo lo relacionado con Jack O'Mara.

Me acaricia la cara como si tuviera un valor incalculable, y luego entierra los dedos en mi pelo y me sujeta la cabeza entre las manos cuando la echo hacia atrás.

Este será el único beso. Él lo sabe, yo lo sé, y es tan terriblemente melancólico y sexy a la vez que vuelvo a sentir la amenaza de las lágrimas.

Me aferro a las solapas de su abrigo, noto el sabor salado de mis lágrimas en el beso y abro los ojos para mirarlo porque quiero recordar este momento hasta el día de mi muerte. Jack tiene los ojos cerrados y las pestañas, humedecidas por la nieve, le proyectan una sombra oscura en la mejilla. Toda su atención está centrada en el único beso que compartiremos en la vida.

Por fin nos separamos, cuando el motor de un coche que circula muy despacio debido a las inclemencias del tiempo rompe la magia. El aliento que abandona nuestro cuerpo en ráfagas ásperas y dolorosas está a punto de cristalizarse en el aire gélido.

—No nos hagamos reproches sobre esto —me dice. Supongo que le gustaría que su voz sonara más firme—. Ambos sabemos que no debería haber pasado, pero no tiene por qué significar nada, no debería cambiar las cosas.

Es un eufemismo tan descarado que casi me entra la risa; el suspiro que se me escapa al apartar la mirada de Jack está a medio camino entre la nostalgia, el autodesprecio y una angustia silenciosa porque sé que nadie volverá a besarme así.

—Tal vez si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias... —digo tras volver a mirarlo al cabo de un rato, y él asiente con la cabeza.

—Sin dudarlo.

En ese preciso instante, un taxi avanza por la callejuela hacia nosotros, muy despacio, y Jack levanta la mano para llamarlo. Es una buena decisión.

—A nadie —me recuerda en voz baja cuando abre la puerta y pone mis bolsas dentro.

—Ni siquiera a un pez de colores —susurro al subirme.

No sonrío para quitar hierro a la situación, porque no tiene ni pizca de gracia. Jack entrega un billete al conductor.

—Déjela en su casa sana y salva —le dice.

Me mira a los ojos durante varios segundos y después cierra la portezuela de golpe. Me recuerda a la última vez que lo vi desaparecer en la oscuridad de la noche. Entonces no lo conocía; no tenía ningún tipo de control sobre los acontecimientos. Esta noche no es así. Sé quién es, y cómo sabe, y durante una décima de segundo ansío abrir la puerta del taxi, evitar que la historia no se repita.

No lo hago. Por supuesto que no. A pesar de la tormenta de nieve de cuento de hadas que está cayendo, esto no es Narnia. Esto es Londres, la vida real, donde los corazones terminan pisoteados, magullados y rotos, pero por alguna razón continúan latiendo. Lo veo empequeñecer a medida que el taxi va alejándose con prudencia, y Jack también me mira, con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados para resguardarse del viento. Cuando doblamos la esquina, apoyo la cabeza contra el cristal frío y siento el peso de mi corazón y de mi conciencia en el pecho.

Ojalá nunca hubiera puesto los ojos en Jack O'Mara.

2011

Propósitos de Año Nuevo

No tengo claro si debería escribir esto, no vaya a ser que lo encuentre alguien, aunque sea un pez de colores.

1) Me propongo no volver a besar nunca al novio de mi mejor amiga. De hecho, no dejaré que se me pase por la cabeza ni un solo pensamiento inadecuado acerca de él.

2) Meteré todos los pensamientos no platónicos sobre Jack O'Mara en un contenedor, lo sellaré con pegatinas de color amarillo fluorescente con la palabra «tóxico» y lo lanzaré a los confines del fondo de mi cabeza.

1 de enero

*Jack*

—Feliz Año Nuevo, sirena mía.

Sarah se ríe mientras la atraigo hacia mis brazos.

—Lo siento —susurro enterrado entre su pelo, y me hago el propósito silencioso de que este año no besaré a nadie que no sea Sarah.

—¿Por qué?

Se aparta de mí, con los ojos ligeramente entornados.

Mierda.

—Por haber comido tanto ajo anoche. No entiendo cómo eres capaz de acercarte a esta peste, la huelo cada vez que bostezo.

Adopta una expresión entre divertida y un poco confusa. Menos mal que ambos estamos a medio camino de pillarnos un buen pedo, porque ese es justo el tipo de comentario que podría causarme un montón de problemas.

Sinceramente, es como si la verdad tratara de escapar de mí. Soy una lata de gasolina acribillada de agujeros, un accidente a punto de ocurrir.

*Laurie*

¡Feliz Año Nuevo, Lu! ¡Tq!

Tumbada en la cama, acaricio las letras del mensaje de Sarah con un dedo.

El Año Nuevo tiene menos de dos horas de vida, y aun así besé a Jack el año pasado, no este. Este es una página en blanco.

Yo también te quiero, Sar, ¡espero que no estés demasiado borracha!

Feliz Año xx

Presiono «enviar», luego apago el teléfono y me tumbo mirando hacia el techo en la oscuridad. Agradezco que mis padres no decidieran convertir mi habitación en un estudio o en un cuarto de invitados en cuanto me marché a la universidad; está más o menos igual que cuando la dejé, sigue resultándome reconfortante y familiar. Nunca he sido de las que ponen pósteres en las paredes, pero los libros de mi infancia continúan alineados en el estante que hay sobre el escritorio, y el vestido lila que me puse para el baile de graduación del instituto todavía está colgado en mi armario. No puedo calcular el valor de lo que significan estas cosas para mí en este momento. Estar aquí es como entrar en una cápsula del tiempo, o en mi propia TARDIS protectora, tal vez. Me pregunto adónde le pediría a mi TARDIS personal que me llevara. Sé la respuesta. Volvería al 21 de diciembre de 2008 y me obligaría a perder aquel puñetero autobús. Así nunca habría visto a Jack O'Mara antes de que Sarah nos presentara y todo habría ido bien. No pienso ni por un segundo que en ese caso me hubiera permitido el lujo de experimentar algo más que sentimientos platónicos hacia él, así que ahora no estaría aquí tirada sintiéndome más rastrera que una víbora. Antes del beso, había sido capaz de ajustar cuentas conmigo misma. Había tenido que luchar contra mis sentimientos por Jack y me había sentido una amiga de mierda por ese motivo, pero me había mantenido en el lado correcto de la línea.

Lo que he hecho ahora es inadmisibile; ni siquiera trato de justificármelo.

No he vuelto a ver ni a Sarah ni a Jack desde aquella tarde en Londres. Sé

que me hizo prometer que guardaría el secreto, pero no tenía derecho a pedírmelo. No lo culpo solo a él, la carga está repartida por igual entre los dos. Y no sé si contárselo a Sarah sería lo más noble o solo una forma de hacer que yo me sienta mejor y ella se sienta peor. La perdería. Eso lo tengo

claro. Y seguro que Sarah dejaba a Jack; no habría ganadores. Si él fuera un infiel con todas las letras que no para de engañarla a sus espaldas, no dudaría en contárselo a mi mejor amiga, pero no es el caso. A lo mejor pecho de arrogante, pero lo que pasó me pareció algo más personal, unos minutos de locura que siempre pesarán enormemente sobre nuestras conciencias.

No se lo contaré a Sarah. Me prometí callar para siempre mis sentimientos hacia Jack O'Mara, y una promesa así jamás ha sido más importante que ahora.

28 de enero

*Jack*

Sarah está durmiendo, Laurie trabaja hasta tarde en el hotel y yo estoy sentado a la mesa de su cocina bebiendo vodka a palo seco a las dos y media de la madrugada. Nunca he sido de mucho beber, pero de repente empiezo a comprender sus ventajas. Han pasado semanas desde que besé a Laurie.

Semanas, y lo de fingir que no sucedió se me está dando como el puto culo.

Literalmente, cada vez que miro a Sarah me pregunto si será hoy el día en que debo confesar. Todos. Los. Puñeteros. Días. Le he dado una y mil vueltas para tratar de determinar el momento exacto en que fui infiel. ¿Fue cuando invité a Laurie a tomar una cerveza? ¿Cuando la abracé mientras lloraba? ¿O

fue hace mucho más tiempo, en cuanto Sarah nos presentó y ambos decidimos no mencionar que en realidad ya nos habíamos visto antes? No sería exacto decir que nos conocíamos, pero tampoco éramos extraños. Eso lo tengo claro. Era más fácil cuando podía decirme que Laurie no recordaba aquellos escasos instantes de la parada del autobús, pero ahora sé que no es verdad. Sé a ciencia cierta que se acordaba de mí, y teniendo en cuenta que seguía acordándose nada más y nada menos que doce meses después, también sé que eso significa algo más. Tal vez sea solo que, como yo, tenga la bendición y la maldición de disponer de una memoria excelente; pero no estoy seguro. Me he dedicado a diseccionar todos los momentos que hemos pasado juntos, a examinar fragmentos de conversaciones recordadas, a tratar de ver si me he perdido alguna emoción subyacente. No es que piense que

está enamorada de mí en secreto ni nada semejante. Joder. No pretendo ser vanidoso, es solo que tengo la sensación de que en todo esto hay algo que se me escapa.

Bueno, a ver, que solo fue un beso. Tampoco es lo mismo que si me hubiera tirado a alguien, ¿no? Pero a quien besé fue a Laurie, y por alguna razón eso es peor que si me hubiese cepillado a toda la maldita mansión de Playboy, porque en ese caso habrían sido extrañas de las que olvidarme al día siguiente. Pero Laurie no es una extraña, y no la besé por ningún motivo tan primario y fácil de justificar como una lujuria estúpida y sin sentido. Pero tampoco la besé para devolverle la dignidad o porque estuviera frágil y necesitase que yo la hiciera sentirse mejor. No soy tan noble. La besé porque tenía un aspecto etéreo del carajo bajo la luz de la farola, con los copos de nieve enganchados al pelo. La besé porque le había mentado al decirle que no la vi en aquel autobús y me sentía como un gilipollas, y la besé porque la necesidad de saber qué sensación provocaría su boca suave y vulnerable en la mía me arrolló como un puñetero tren exprés. Y ahora lo sé, y ojalá no lo supiera, porque es imposible dejar de recordar algo tan grandioso.

«No nos hagamos reproches sobre esto —le dije después—. Ambos sabemos que no debería haber pasado, pero no tiene por qué significar nada.»

De todas las frases que he dicho en mi vida, esa se encuentra entre las de peor gusto. Pero ¿qué otra cosa podía decir? ¿Que me sentía como si con un puto beso acabara de inocularme polvo de estrellas en la boca? ¿Que en realidad sí que la había visto en aquel autobús?

Me bebo de un trago lo que me queda en el vaso y lo relleno. Esto no va bien. Tengo que hablar con Laurie.

*Laurie*

Sabía que no podría evitar a Jack para siempre. Solo Dios sabe cuánto me gustaría, pero esta es mi complicada y desastrosa vida, y acabo de llegar del turno de noche y me lo he encontrado sentado a oscuras a la mesa de mi cocina.

—¿Dónde está Sarah? —digo prescindiendo de cualquier forma de saludo,

pues estoy hecha polvo y además he perdido la capacidad de hablar con él de banalidades.

—En la cama.

Sostiene un vaso entre las manos; agua o vodka, no estoy segura.

—¿Y tú no deberías estar también acostado?

Levanto la mirada hacia el reloj de la cocina. Las tres de la madrugada no es una hora saludable para estar bebiendo solo.

—No podía dormir.

No me lo creo del todo. Es solo la tercera vez que lo veo desde aquella tarde en que... no me gusta repetir lo que hicimos ni siquiera mentalmente; y la primera que estoy a solas con él desde entonces, por decisión de ambos, me parece. Se frota la barba incipiente con una mano, hacia atrás y de nuevo hacia delante a lo largo de la línea de la mandíbula, un tic nervioso. Si yo tuviera barba, seguro que me ponía a hacer lo mismo.

Me sirvo un vaso de agua.

—Voy a acostarme.

Me coge de la muñeca cuando paso junto a él.

—Por favor, Laurie. Necesito hablar contigo.

Quiero decirle que no servirá de nada, pero la expresión lúgubre de sus ojos ablanda mi determinación. Agotada, me siento a la mesa y me fijo en su rostro cansado y su camiseta arrugada.

—¿Eso hacías...? ¿Esperar a que llegara?

No me hace el flaco favor de mentir.

—Me siento como el mayor mierda del mundo, Lu. No sé cómo superarlo.

Rodeo mi vaso con las manos. No se me ocurre de qué modo ayudarlo.

¿Qué se supone que debo decirle, que el tiempo lo hace más fácil?

Demasiado manido, y ni siquiera particularmente cierto. Además, ¿a qué viene ahora esto? ¿A que cree que soy la mentirosa con más experiencia y quiere que lo aconseje? Le he dado mil vueltas en la cabeza a nuestra conversación de aquel día. Jack no se acuerda de lo de la parada del autobús.

No tiene ningún recuerdo mío anterior al momento en que Sarah nos presentó. Es devastador, porque ese instante me ha definido durante meses, años, pero también es liberador, porque es como si él hubiera rubricado que tengo que olvidarlo de una vez. Y eso es lo que trato de hacer con todas mis fuerzas.

—Fue un error terrible, Jack —susurro con la mirada clavada en mis manos—. Más culpa mía que tuya, si eso te sirve de ayuda.

—Y una mierda —dice con brusquedad, lo bastante alto para que tenga que lanzar una mirada de advertencia hacia la puerta—. No se te ocurra hacerte eso. El que ha sido infiel soy yo.

—Sarah es mi mejor amiga —digo sin rodeos—. Es como una hermana para mí. Por muy infiel que te sientas, créeme, no eres el único que se considera una auténtica bazofia. —Bebo un buen trago de agua—. Aquí no existe un orden jerárquico de culpabilidad. Ambos nos equivocamos.

Se queda callado y da un sorbo a su bebida. Por el tufo que me llega, deduzco que no es agua.

—¿Sabes qué es lo que más odio de todo lo que pasó, Laurie?

No quiero que me lo diga, porque si es lo mismo que odio yo, solo nos sentiremos peor por reconocerlo.

—Odio no poder olvidarlo —confiesa—. Se suponía que no iba a significar nada, ¿no? —Me alegra que no levante la vista del vaso mientras

habla con una voz hueca, demasiado emocional—. ¿Para ti... para ti significó

algo?

Su pregunta, suave y explosiva a la vez, queda suspendida en el aire, y trago saliva con dificultad. No puedo mirarlo durante un rato, porque entonces verá toda la verdad en mi cara. Sé lo que tengo que hacer. Llevo dos años seguidos mintiendo a Sarah. Mentir a Jack debería resultarme más sencillo. Debería, pero no es así. Es tan difícil que casi no puedo soportarlo.

—Escucha —digo cuando al fin lo miro de pleno a los ojos afligidos y bellos —, yo estaba disgustada y muy deprimida, y tú te mostraste amable y encantador por el mero hecho de que tú eres así. Somos amigos, ¿no? —

Guardo silencio para tragarme las lágrimas lacerantes que noto en la garganta y Jack asiente con la cabeza, cubriéndose la boca con una mano mientras hablo—. Somos muy buenos amigos, bebimos demasiado y era Navidad, así que fuimos tan estúpidos como para desdibujar la línea que separa la amistad de otra cosa. Pero nos contuvimos, y tuvimos claro que aquello era horrible, y ahora ya está hecho y no puede deshacerse. ¿Qué bien puede hacer que esto destroce también a Sarah? Tú estás arrepentido, Dios sabe que yo estoy más arrepentida que de cualquier otra cosa que haya hecho en la vida, y no volverá a ocurrir jamás. No pienso en ti en ese sentido y estoy más que segura de que tú tampoco tienes fantasías secretas conmigo. Si se lo contamos a Sarah, será solo para aliviar nuestra culpa. ¿Y crees que ese es motivo suficiente para hacerlo?

No ha parado de mover la cabeza, despacio, durante todo el tiempo que he estado hablando, con la mano aún sobre la boca como si tuviera náuseas.

—No es suficiente ni de lejos.

Asiento.

—Vete a la cama, Jack. Vete a la cama, duérmete y, cuando nos levantemos por la mañana, los dos seguiremos adelante con el resto de

nuestra vida sin volver a mencionar esto. Ni a Sarah ni entre nosotros. —Cojo aire—. Ni siquiera a un pez de colores.

Aparta la mirada de mí y se pasa la mano por el pelo ya alborotado de por sí. Me he regodeado tanto en mi propia culpa que no me he detenido a pensar en cómo estaría gestionándola Jack. No muy bien, según parece, y casi me molesta que necesite que yo le enseñe a soportar el peso de su culpa.

Permanezco sentada a la mesa mucho tiempo después de que él se vaya.

Me preparo un café y dejo que se me quede frío mientras miro por la ventana de la cocina oscura hacia los tejados de Delancey Street. Pienso en Sarah y en Jack dormidos al final del pasillo, y en mis padres en casa, y en mi hermano y en Anna, su recién estrenada esposa, acurrucados en la elegante casa nueva que se compraron después de casarse en primavera.

Dos, y dos, y dos, y dos, y yo. A lo mejor me compro un pez de colores.

3 de mayo

*Laurie*

—Ha pasado demasiado rápido.

Estamos repantigadas la una junto a la otra en el sofá, Sarah y yo, con los pies encima de la mesita de café rayada y una copa de vino en las manos. Ya lo tenemos todo empaquetado y listo para trasladar, casi preparadas para entregar nuestro refugio de Delancey Street a sus próximos y afortunados habitantes.

—Cinco años... —Suspiro—. Tienes razón. No sé adónde han ido a parar.

Sarah da un trago enorme al vino y frunce el ceño.

—No quiero dejar este piso. Ojalá pudiéramos quedarnos para siempre.

Continuamos sentadas en silencio y paseamos la mirada por la sala de estar, el escenario de nuestras fiestas de estudiantes, nuestras noches de borrachera, nuestros secretos compartidos, nuestras risas nocturnas. Ambas sabemos que no podemos quedarnos; esta etapa de nuestras vidas ha llegado a su fin. Sarah ha conseguido un trabajo de mayor prestigio en un nuevo canal de televisión por cable en el extremo opuesto de la ciudad, y le resultaría imposible

desplazarse a diario desde aquí hasta allí. Yo me lo he tomado como una señal para dar a mi vida también un cambio radical. No puedo permitirme mantener este piso yo sola, y tampoco es que mi carrera profesional esté avanzando hacia ninguna parte. El hotel es transitorio, el mundo editorial duradero. Me voy a casa para estar con mi familia durante unas semanas, y luego me marcho a Tailandia un tiempo. Lo sé. ¿A que

suenan genial? Me intimida la idea de ir sola, pero el renovado entusiasmo de mi padre por salir ahí fuera y agarrar la vida por los huevos me sirve de acicate. Mi madre no se sintió en absoluto impresionada cuando él mismo utilizó esa frase; en Navidad nos regalaron algo de dinero a Daryl y a mí. No es algo que hubieran hecho en condiciones normales, pero nos dijeron que el ataque al corazón de papá les ha proporcionado una nueva perspectiva de las cosas. Ellos lloraron, así que nosotros también, y ambos acordamos hacer algo especial con el regalo. Daryl y Anna van a gastárselo en comprar una cama de matrimonio para su casa nueva, y yo me gastaré el mío en agarrar la vida por los huevos en Tailandia. Ojalá pudiera meter a Sarah en mi maleta; no tengo ni idea de cómo se vive sin ella al lado. Al menos podré tomarme un respiro de la culpa exagerada.

—Eres la mejor amiga que he tenido —digo.

—Vete a cagar —murmura, y empieza a llorar—. Te había pedido que no dijeras eso.

—Y yo te pedí que no lloraras, joder —protesto mientras me paso el extremo de la manga por los ojos—. Y ahora mira lo que has hecho.

Nos cogemos de la mano, con mucha fuerza.

—Seguiremos siendo amigas para siempre, ¿verdad? —Su voz suena pequeña y está empapada de vulnerabilidad—. Incluso cuando te vayas a Tailandia y te unas a una comuna hippy, o lo que sea que vayas a hacer allí.

—Incluso entonces —digo apretándole los dedos—. ¿Y cuando tú te conviertas en una importante presentadora de televisión? ¿Me dejarás por tus amigos famosos?

Se ríe y finge que necesita pensárselo un segundo. Fue a ver el nuevo canal porque estaba interesada en el puesto que ofrecían detrás de las cámaras, y terminaron preguntándole qué le parecería cubrir la baja por maternidad de su reportera itinerante. Es obvio que la miraron y vieron en ella lo que todos vemos: madera de estrella.

—Bueno... Creo que Amanda Holden sabe beber.

Le doy un manotazo en el brazo y suspira fingiendo decepción.

—Vale. No te abandonaré, ni siquiera por Amanda Holden. —Se queda callada un segundo—. Nos hemos reído un montón, ¿no? —dice, y se recuesta sobre mí.

Cierro los ojos, con las pestañas húmedas, y apoyo la cabeza en la suya.

—Sí, es verdad.

—¿Sabes cuál es mi recuerdo favorito de ti?

No le respondo, porque las lágrimas me ruedan por las mejillas y siento una punzada de dolor en la garganta.

—Es un recuerdo recurrente, en realidad —dice—. Me gusta cómo me cuidas cuando tengo resaca. Nadie me sujetará el pelo tan bien como tú cuando vomito.

Me río a pesar de las lágrimas.

—Y eso que tienes un montonazo de pelo. No es nada fácil.

—Y que por la mañana me preparas el café justo como me gusta —continúa—. Nadie más acertada. Ni siquiera mi madre.

—Te tomas cuatro granos de café, Sar. Ni siquiera puede considerarse café.

—Ya lo sé. Pero tú sí lo consideras así. Me preguntas si quiero café, y luego

lo haces justo como me gusta. Cuatro granos.

Suspiro.

—Seguro que tú me has hecho más tazas de café a mí que yo a ti. Y desde luego has hecho la mayoría de los sándwiches.

—Siempre te olvidas de la mayonesa. Ya sabes que es fundamental. —Se

hunde en el sofá—. ¿Cómo vas a sobrevivir en la inmensidad del mundo sin mí, Lu?

—Tampoco es que vayamos a dejar de vernos —digo mientras me limpio la cara—. Como mínimo podré verte en la tele. Estaré esperando el día en que hagan que te deslices por una barra de bomberos.

—Pero no podré verte cuando estés en el otro extremo del mundo.

Le paso un brazo por los hombros.

—No me voy para siempre.

—Joder, más te vale —resopla—. No se te ocurra arrejuntarte con un monje yogui y fabricar una docena de bebés tailandeses o algo así, ¿vale? Te quiero de vuelta en Londres para Navidad.

—No creo que a los monjes se les permita tener bebés. —Dejo escapar una risa entrecortada—. Solo estaré fuera unos meses. Volveré a tiempo para que pasemos el Año Nuevo juntas.

—¿Me lo prometes?

Entrelaza su dedo meñique con el mío como si fuera una niña pequeña, y mis puñeteras lágrimas amenazan con desbordarse de nuevo porque me recuerda a otra niña pequeña de hace mucho tiempo.

—Te prometo que volveré, Sarah. Te lo prometo.

20 de septiembre

*Laurie*

—¿Estás segura de que lo llevas todo? ¿Repelente para insectos?

¿Desinfectante en espray?

Asiento, sin dejar de abrazar a mi madre mientras mi padre y ella se preparan para dejarme en el aeropuerto. Su perfume y el tintineo de la pulsera que siempre lleva puesta me resultan tan queridos y familiares que se me forma un nudo en la garganta ante la idea de estar tan lejos de casa.

—¿Linterna? —pregunta papá, siempre tan práctico.

—La tengo —contesto, y entonces es él quien nos envuelve a las dos en un abrazo.

—Venga, tontorronas. Esta tiene que ser una despedida feliz. Es una aventura.

Me desembarazo de ellos y me enjugo los ojos, medio riendo y medio llorando al mismo tiempo que mi padre me ayuda a colgarme la mochila de los hombros.

—¡Ya lo sé!

—Adelante, entonces —dice, y me da un beso en la mejilla—. Largo de aquí.

Me agacho y le doy también un beso a mi madre, luego retrocedo un paso y respiro hondo.

—Me voy ya —anuncio con los labios temblorosos.

Se colocan el uno al lado del otro, mi padre le pasa un brazo por los

hombros a mi madre y ambos asienten con la cabeza. Estoy segura de que no me parecería tanta tortura si no me marchara sola; cuando me doy la vuelta en la puerta de embarque para decirles adiós por última vez antes de perderlos de vista, me siento como si tuviera catorce años. Mamá me lanza un beso y papá levanta la mano; después me vuelvo y camino con decisión hacia la

puerta. Tailandia me espera.

12 de octubre

*Laurie*

— *Sawatdee kha.*

Levanto la mano para saludar a Nakul, y él sonríe y levanta los pulgares en dirección a mí mientras ocupo un asiento desvencijado a una mesa igual de desvencijada en su cafetería de Sunrise Beach. Suena extraño decir que el tiempo que llevo aquí ha consistido en una amalgama frenética de templos budistas, pero esa es la sensación que tengo: una peculiar yuxtaposición de serenidad absoluta en medio de un caos feliz y ruidoso. Nadie podría tildar Tailandia de aburrida; la cabeza no para de darme vueltas y tengo músculos donde nunca los había tenido. Me dirigí hacia el norte después de llegar a Bangkok, con la intención de meterme pronto el primer chute de cultura; temía que, si me dirigía directamente hacia el sur, me pasaría todo el viaje en una hamaca en la playa.

Pero ahora he visto lo suficiente para permitirme el lujo de descansar, y he llegado a las playas desiertas del sur de Tailandia, tan perfectas que hacen que se te salten las lágrimas. Me he establecido temporalmente en una baratísima cabaña en la playa; solo tiene una habitación, pero es mi habitación, y también hay un porche para sentarse y leer con vistas a la playa.

No creo que fuera consciente de lo mucho que necesitaba este descanso de la realidad. Cuando llegué a Tailandia me pasé casi toda una semana llorando mientras exploraba la selva a pie con un pequeño grupo de viajeros. No lloraba porque las caminatas fueran agotadoras, aunque la verdad es que lo

fueron. Lloraba de puro alivio, lágrimas calientes y saladas que liberaban mis pesadas cargas y las vertían en la tierra mientras caminaba. Unas semanas antes de venirme a Tailandia, mi madre y yo fuimos al cine a ver *Come, reza, ama*, y aunque no me he acercado ni de lejos a encontrar el amor, estoy teniendo una especie de miniepifanía. Soy como una paciente hospitalizada en recuperación, estoy aprendiendo a perdonarme por los errores que he cometido y a reconocer que sigo siendo yo, que sigo siendo una buena

persona y una verdadera amiga para Sarah a pesar de lo que pasó con Jack.

Tal vez algún día incluso me merezca ser feliz.

—¿Café, Lau-Lau?

Sonrío, complacida por cómo Nakul adultera mi nombre mientras se abre camino por la arena caliente y suave hasta mi mesa. He venido aquí todas y cada una de las cuatro mañanas que han transcurrido desde que llegué a Koh Lipe, y la magia de la isla está contagiándome la piel y los huesos de su actitud relajada. Es como si por fin hubiera dejado de moverme por primera vez en años.

— *Khop khun kha* —digo cuando Nakul deja una tacita blanca frente a mí, todavía titubeante respecto a mis modales tailandeses.

Sin embargo, él sonrío, agradecido porque mi torpe intento de hablar en su idioma es mejor que nada.

—¿Tu plan para hoy, Lau-Lau?

Me ha hecho la misma pregunta todas las mañanas, y en cada ocasión mi respuesta ha sido la misma:

—No tengo ningún plan para hoy.

Koh Lipe no es un lugar para gente con grandes planes. El único objetivo de la isla es la relajación. Nakul se aleja riéndose para hablar con otros clientes que acaban de llegar de la playa.

—¿No tienes ningún plan en un día tan bonito como este?

Me vuelvo hacia la voz sin duda inglesa que acaba de pronunciar la frase, y un tipo toma asiento a la mesita que hay frente a mí. Llama la atención de Nakul y levanta la mano para saludarlo, después esboza una sonrisa tranquila y relajada mientras estira las largas piernas sobre la arena. El sol tailandés me ha tostado la piel hasta conferirle el color de la miel dorada, pero este tipo se ha tomado mucho más en serio el asunto de la adoración al astro rey. Tiene un tono marrón castaño, y el pelo casi negro azulado le cae sobre los ojos

oscuros y divertidos.

Sonrío y me encojo un poco de hombros.

—Ninguno aparte de flotar en el mar y leer un libro.

—Un buen plan —dice—. ¿Qué estás leyendo? Por favor, no me digas que *La playa*.

—Es un buen libro —bromeo. No es que no lo sea, pero ningún viajero que se precie puede reconocer una elección tan obvia—. *El gran Gatsby*, en verdad.

No le doy más explicaciones ni le digo que mi material de lectura viene completamente determinado por el pequeño montón de libros que alguien se había dejado en mi choza. Prefiero que piense que soy lo bastante culta para pasear a F. Scott Fitzgerald por el mundo dentro de mi mochila.

—¿Un hallazgo de cabaña?

Pongo los ojos en blanco y me río.

—Pillada.

—Podrías haber mentido y te habría creído.

—Las mentiras me resultan agobiantes.

Me mira con fijeza, y no me extraña. Es como si *El gran Gatsby* se me hubiera subido a la cabeza.

—Me llamo Oscar —dice, y me tiende la mano con formalidad a través del espacio que separa nuestras respectivas mesas—. Y mi plan para este día es pasarlo contigo.

—Pareces una estrella de mar.

Oscar me empuja perezosamente con el remo del kayak y dejo que me haga

girar despacio, bocarriba, con los ojos entornados para protegerme del resplandor de la luz del sol. Hay un azul brillante por encima de mí, y también por debajo; el agua tibia como la de una bañera me recorre la piel, que se derrite de gusto, cuando me vierte agua de mar sobre el vientre con la pala del remo.

—Es que me siento como una estrella de mar.

Fiel a su palabra, Oscar ha pasado el día conmigo. Por lo general, no me habría caído bien una persona que pareciera tan espantosamente segura de sí misma, pero en mi interior hay algo que está decidido a hacer todo lo contrario de lo que haría en condiciones normales. Él lleva en Tailandia un par de meses más que yo, pues decidió quedarse en Koh Lipe una temporada después de que sus compañeros de viaje regresaran a Reino Unido. Al menos eso explica su bronceado a lo nativo.

—¿Las has probado alguna vez? Las venden ensartadas en palos, como piruletas, en Walking Street.

Abro los ojos, horrorizada, y me lo encuentro muerto de risa.

—Muy gracioso.

Está tumbado en el bote del kayak, con la barbilla apoyada en el antebrazo para mirarme por encima del costado mientras acaricia la superficie del mar con las yemas de los dedos. Lo salpico con un poco de agua salada y le dejo un reguero de gotitas brillantes sobre el puente de la nariz recta. Tengo que reconocerlo: es guapo con ganas. Posee una belleza clásica, como la de las

esculturas de los antiguos dioses griegos. Está rodeado del aura confiada de la riqueza, disoluto y gallardo. «Lo sé, ya lo sé.» ¿Quién usa esas palabras? Yo, por lo que se ve, después de pasar un día bebiendo cerveza local y leyendo *El gran Gatsby* en una hamaca. Vivir en un lugar diferente tiene algo que te permite ser quien quieras ser.

—¿Puedo invitarte a cenar esta noche?

Vuelvo a bajar la cabeza hacia el agua y cierro los ojos de nuevo para flotar.

—Siempre que no nos sirvan estrella de mar.

—Creo que eso sí puedo prometértelo.

Me doy la vuelta, nado las pocas brazadas que me separan del kayak y me agarro al borde con las puntas de los dedos mojados. Su cara está a centímetros de la mía.

—Es mejor que no nos hagamos promesas —digo.

Me dedica la misma mirada perpleja que cuando nos hemos conocido en la cafetería de la playa esta mañana; luego se inclina sobre mí y me roza los labios con los suyos, calientes y con sabor a sal marina.

—Me gustas, Estrella de Mar. Eres interesante.

13 de octubre

*Laurie*

Oscar Ogilvy-Black. Menudo trabalenguas, ¿verdad? Dudo que nos hubiéramos cruzado en Londres si los acontecimientos hubieran seguido su curso habitual, pero aquí, en Tailandia, las reglas de las citas han quedado reducidas a pedazos. Me dice que trabaja en la banca, pero que no es de esos a los que el dinero se les sube a la cabeza, y le confío mi esperanza de no tardar mucho en introducirme en el mundo del periodismo de revistas. Tengo que admitir que lo juzgué mal cuando nos conocimos, pero por debajo del innegable pijaerío, es un tipo divertido y con capacidad de autocrítica, y cuando me mira advierto en sus ojos una bondad que me derrite.

—No irás a convertirte en una de esas horribles reinas de las columnas de cotilleo, ¿verdad?

Contengo una exclamación, me finjo ofendida, y luego suspiro, un poco aturrida porque entrelaza sus dedos con los míos mientras caminamos por la arena fresca después de cenar.

—¿Tengo pinta de que me importen los famosos mejor y peor vestidos?

Se queda mirando mis vaqueros cortados y mi camiseta negra sin mangas, y luego las tiras de color limón de la parte de arriba de mi bikini, visibles alrededor de mi cuello.

—Eh... Puede que no —reconoce, y se echa a reír.

—Qué caradura, ni que tú fueras de punta en blanco.

Enarco una ceja y Oscar baja la mirada cómicamente hacia sus pantalones cortos y rasgados y sus sandalias.

Entre risas, llegamos a mi cabaña y me quito los zapatos en el porche.

—¿Cerveza?

Asiente y deja sus zapatos fuera, junto a los míos, antes de dejarse caer sobre mi enorme puf con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Siéntete como en tu casa —digo, y me desplomo a su lado con las cervezas frías.

—¿Estás segura? —pregunta, y se vuelve de costado, apoyado en un codo, para mirarme.

—¿Por qué? ¿Qué harías si estuvieras en tu casa?

Estira las manos y se quita la camiseta por la cabeza, de manera que se queda solo en pantalones cortos. La luz de la luna proporciona a su piel un tono marrón cáscara de coco.

—Me pondría más cómodo.

Me quedo callada un segundo mientras me planteo la posibilidad de reírme de él en su cara —porque vaya frasecita—, pero luego sigo su ejemplo y me quito la camiseta. ¿Por qué no? Oscar es todo lo que mi vida no es: desenfadado, directo.

—Yo también.

Extiende un brazo para que me recueste a su lado, y cuando lo hago siento su cuerpo cálido y vital. Soy tan libre como uno de esos pajaritos rosados que revolotean por el cielo, sobre mi cabaña, al amanecer.

A través de la ventana, veo los contornos negros y puntiagudos de los botes de cola larga varados en la orilla, listos para la mañana, y más arriba el cielo oscurísimo, tachonado con una miríada de estrellas diamantinas.

—No recuerdo la última vez que me sentí así de tranquila.

Oscar bebe un trago largo y luego deja su botellín de cerveza en el suelo antes de responder:

—Creo que me siento ultrajado. Esperaba que estuvieras intolerablemente excitada.

Me río en voz baja junto a su pecho y me incorporo para mirarlo.

—Creo que podría estarlo.

Con un brazo todavía doblado detrás de la cabeza, me pasa la mano libre por la nuca y tira despacio de las tiras de mi biquini. Se cae cuando las suelta, pero él no aparta la mirada de mis ojos mientras desliza la mano entre mis omóplatos para terminar el trabajo.

—Ahora soy yo quien está intolerablemente excitado —dice, y recorre con la punta de un dedo la distancia que separa el valle que se forma entre mis clavículas del botón de mis vaqueros.

Traga saliva cuando me mira los pechos desnudos. La brisa agita las campanas de viento que cuelgan de una esquina de mi cabaña, un suave tintineo de cascabeles mientras Oscar cambia ligeramente de postura y me presiona contra el puf para atrapar uno de mis pezones en el calor de su boca.

Madre mía. Una lujuria torturadora, cada vez más intensa, se despliega como un pulpo en el interior de mi cuerpo, sus tentáculos me lamen las extremidades a toda prisa, me pesan en el abdomen, se desbocan en mi pecho cuando introduzco las manos en el espesor de su pelo y lo atraigo hacia mí.

Nunca pensé que pudiera experimentar algo así con alguien que no fuera Jack, pero, por alguna razón, estar aquí con Oscar me ha liberado.

Baja la mano hacia el botón de mis pantalones y levanta la cabeza para mirarme antes de seguir adelante. Me alivia que sea ese tipo de hombre; aunque tiene la respiración agitada y su mirada me suplica que no le pida que pare, sé que lo haría, y eso es suficiente.

—¿Tienes un condón? —susurro mientras le acaricio el pelo y rezo para que conteste que sí.

Se tumba sobre mí, su pecho sobre el mío, y me da un beso tan pausado y exquisito que lo abrazo por los hombros y lo aprieto contra mí.

—Creo que sí —jadea, y emite una risa temblorosa—. Solo espero que no esté caducado.

Se lleva la mano al bolsillo trasero y vuelve a besarme. Deja su billetera en el suelo, al lado del puf, y acto seguido la abre y saca un envoltorio de aluminio que revisa antes de ponérmelo en la palma de la mano para que lo guarde.

Se incorpora hasta quedar sentado y esta vez no pierde el tiempo intentando desabrocharme los vaqueros. Con dedos seguros y firmes, me los baja por las caderas hasta que la única prenda que me queda puesta es la braguita amarilla del biquini.

Me separa los muslos y se arrodilla entre ellos; después me separa los brazos y me sujeta suavemente para que no me mueva.

—¿Sabes lo que eres?

Lo miro con fijeza, sin tener claro lo que va a decir.

—Una estrella de mar la hostia de sexy.

Cierro los ojos y me echo a reír, y al instante jadeo porque ha hundido la cara entre mis piernas y siento la calidez de su boca moviéndose sobre la tela sedosa de mi biquini.

Ni un solo átomo de mi ser quiere que se detenga cuando se quita la ropa que le queda. Durante un segundo mantenemos una conversación silenciosa solo con la mirada. Le digo que sé que está huyendo de la responsabilidad y el estrés de la vida urbana que lo espera en Londres, y él me dice que puede taparme las grietas del corazón y conseguir que vuelva a sentirme mejor. Nos hacemos promesas mutuas a pesar de que habíamos pactado no hacérselas, y a continuación Oscar se coloca encima de mí y me olvido de todo salvo el ahora.

Más tarde, me despierto y lo encuentro sentado en los escalones de mi cabaña, contemplando el inicio de otro amanecer rosado y púrpura.

Me siento a su lado con una colcha con estampado de elefantes echada sobre los hombros, y me mira de reojo.

—Cásate conmigo, Estrella de Mar.

Me río en voz baja y me levanto para preparar café.

29 de noviembre

*Laurie*

Tenía pensado volver a casa hace unas semanas, pero aquí estoy, todavía en Tailandia, todavía con Oscar.

«Oscar, Oscar, Oscar.» ¿Quién iba a saberlo? Creo que ambos vivimos instalados en la negación, sin ningún tipo de preparación ni de ganas de regresar al mundo al que pertenecemos. Pero, a todo esto, ¿quién dice que hay que pertenecer al mismo lugar para siempre? ¿Por qué tengo que pertenecer a Inglaterra, cuando allí todo es gris y confuso y difícil? Si no fuera por la gente a la que quiero y por la promesa que hice a Sarah, me quedaría aquí, en esta playa, y tendría una docena de bebés, aunque no con un monje tailandés. En Inglaterra, según me informa mi madre, la lluvia ha llegado para quedarse, como un pariente inoportuno en Navidad; sin embargo, aquí la lluvia llega rápida y furiosa y luego se va en un abrir y cerrar de ojos, barrida por el sol. No creo que nunca haya sentido más frío que el día en que Jack me besó en un callejón de Londres hace casi doce

meses, y no creo que jamás haya sentido más calor que aquí, en Koh Lipe, con Oscar. Tengo la sangre caliente, los huesos calientes y la piel caliente.

A veces, cuando estamos tumbados de espaldas en una playa, o leyendo en una hamaca o a punto de dejarnos vencer por el sueño en la cama, me quedo inmóvil, escucho el suave vaivén del mar al encontrarse con la orilla e imagino que somos unos náufragos arrastrados por el agua hasta una isla desierta, abandonados a nuestra suerte para pasar el resto de nuestros días

comiendo los peces que hemos pescado y haciendo el amor recubiertos de una película de sudor. De vez en cuando oiríamos el estruendo del motor de gasolina de un avión en el cielo de color azul aciano y nos ocultaríamos al abrigo de los árboles en lugar de escribir SOS en la arena.

12 de diciembre

¡Muy buenas desde el culo del mundo, tortolitos!

Espero que no os estéis congelando demasiado las tetas ahí arriba, ¡ja, ja!

Australia es el paraíso en la tierra. Jack se ha vuelto nativo por completo, voy a comprarle un sombrero con corchos y a llamarlo Cocodrilo Dundee. Hasta visitó una emisora de radio en Melbourne; en serio, si le ofrecieran un trabajo aquí, no creo que volviera a casa nunca más.

Aunque, ¡ja, al dato!, las serpientes LE DAN UN MIEDO TERRIBLE. No lo supe hasta que la semana pasada encontramos una pequeñita en nuestro balcón y gritó tanto que el piso estuvo a punto de venirse abajo. Tuve que recurrir al brandy para convencerlo de que se bajara de la silla. Menos mal que me tiene a mí para protegerlo.

¡Oscar! ¡Cuida de mi chica, tengo muchas ganas de conocerte!

Laurie, debemos juntarnos todos en cuanto podamos, me muero por verte.

Mucho cariño y besos, Sarah xx

.D.: ¡Jack te manda saludos! : )

2012

## Propósitos de Año Nuevo

1) Por las buenas o por las malas, este año me vuelvo a Londres para empezar mi trabajo soñado en el mundo de las revistas.

He dejado mis ambiciones aparcadas durante demasiado tiempo debido a Tailandia y a Oscar, y sobre todo a que quería pasar una buena temporada en casa y estar cerca de mis padres. Hay muchas razones y explicaciones, excusas todas ellas; lo que de verdad he estado haciendo ha sido evitar a Jack.

He decidido no continuar haciéndolo. Echo mucho de menos a Sarah, y también echo de menos el ajetreo y el ruido de la vida londinense. Entregaré mi carta de dimisión en el hotel en el que he trabajado a temporadas últimamente; hasta ahora, todo mi currículum está basado en la hostelería, en trabajos temporales y puestos transitorios para seguir teniendo dinero en el bolsillo mientras espero a que llegue el resto de mi vida. Bueno, pues la espera ha terminado. Voy a ponerme en marcha y a ser yo quien persiga esa vida.

2) Y luego está Oscar. Oscar Ogilvy-Black, el hombre que me encontró en una playa de Tailandia y al amanecer de la mañana siguiente me pidió entre risas que me casara con él. Desde entonces ha vuelto a pedirme que me case con él decenas de veces, sobre todo después de que nos hayamos acostado o nos hayamos tomado unas cuantas copas; se ha convertido en nuestra broma privada. Al menos yo creo que es una broma.

En realidad, no sé cuál es mi propósito de Año Nuevo respecto a Oscar.

Solo intentar aferrarme a él, creo, y aferrarme a lo que siento por él ahora que vamos a volver a la realidad.

3) Ah, y he decidido que estoy lista para dar otra oportunidad a las pestañas postizas. Porque pegarse los párpados una sola vez en la vida no es suficiente para una mujer como yo.

3 de enero

*Laurie*

—Estoy muy nerviosa —murmuro, y me aliso el cuello del abrigo de lana mientras caminamos de la mano por la acera. Llevo puesto un broche. Ya lo sé, ¿quién lleva broches? Nadie menor de treinta años y que esté en su sano juicio. Pero estoy desesperada por causar una buena impresión—. ¿Es excesivo?

Acaricio la pequeña margarita de bisutería y levanto la mirada hacia Oscar, quien se limita a reírse.

—No seas ridícula. Es mi madre, Laurie, no la reina.

No puedo evitarlo. Todo parecía mucho más sencillo en Tailandia; nos conocimos en un momento en que nuestras respectivas existencias se reducían a los elementos básicos que pudiéramos cargar en una mochila.

Aquí, entre la parafernalia de nuestra vida cotidiana, nuestras diferencias parecen más marcadas. Vuelvo a mostrarme socialmente torpe, hoy el doble que de costumbre, y Oscar tiene mucho más mundo de lo que imaginaba.

—Ya estamos aquí —dice, y me guía hacia una puerta de color negro nacarado en una elegante hilera de casas adosadas—. Quieta de una vez, que estás bien así.

Intento tragar saliva mientras aguardamos a que abran la puerta. Espero que a la madre de Oscar le guste el ramo de rosas blancas que le he comprado de camino... Ostras, ¿y si es alérgica? No, Oscar me lo habría dicho. Doy unos golpecitos con el pie en el suelo, nerviosa, y por fin la puerta se abre.

—Oscar, cariño.

Puede que Lucille Ogilvy-Black no pertenezca del todo a la realeza, pero

no cabe duda de que la espalda recta y el pelo blanco y perfectamente peinado le confieren un aire majestuoso. Va vestida de negro de la cabeza a los pies, un contraste evidente con la lustrosa gargantilla de perlas que le rodea el cuello.

—Mamá, esta es Laurel —dice Oscar cuando rompen su abrazo, y me pone una mano en la parte baja de la espalda para animarme a dar un paso al frente.

Será más tarde cuando me dé cuenta de que debería haber inferido algo más del hecho de que me presentara como Laurel y no como Laurie.

Esbozo mi mejor sonrisa y le entrego las flores, que Lucille acepta con una elegante inclinación del mentón. No se parece en nada a Oscar, y desde luego no rezuma ni una pizca de la calidez natural de su hijo. Los sigo hasta el immaculado vestíbulo, sintiéndome incómoda mientras colgamos los abrigos.

Hago a Lucille un cumplido referente a lo bonita que es su casa, y luego empiezo a inquietarme, porque con eso he gastado todo mi repertorio de charla trivial.

Nos sirve el té en su salón formal, y me siento, a mi pesar, como si estuvieran entrevistándome para un trabajo que no tengo ni la más mínima posibilidad de conseguir; como si fuera la sustituta de los sábados optando a un puesto de gerente.

—¿A qué se dedica tu padre, Laurel?

—Se ha jubilado hace poco —digo, sin querer tocar el tema de sus problemas de salud—. Era dueño de una empresa de limpieza, y ahora la dirige mi hermano, Daryl. —No estoy segura, pero creo que Lucille se ha estremecido—. Mi madre también trabaja allí, lleva la contabilidad.

La expresión de la cara de la madre de Oscar es más transparente que el agua: piensa que somos un puñado de limpiadores paletos. Me llevo la mano al colgante y acaricio el contorno de la piedra púrpura con la yema de un

dedo en busca de confianza. Mis padres crearon su empresa hace más de veinticinco años y ahora dan trabajo a más de cincuenta personas, pero no me apetece justificar a mi familia. Cuanto más me mira Lucille Ogilvy-Black por encima del hombro, menos ganas tengo de impresionarla.

Se excusa y sale de la habitación durante un instante, y no me extrañaría que

hubiera ido a esconder la cubertería buena por si me la llevo en el bolso.

La tapa del piano de cola que hay junto al ventanal está cubierta de fotografías, y no puedo por menos de fijarme (seguro que porque la han colocado en primera línea) en la enorme imagen de Oscar y una rubia; llevan puesto el equipo de esquí, están bronceados y ríen ante la cámara. Lo entiendo como lo que es: un guante que la madre de Oscar me arroja en silencio.

Hablamos de su familia cuando estuvimos en Tailandia, una de nuestras muchas conversaciones hasta las tantas de la madrugada en la cabaña. En consecuencia, es probable que sepa mucho más de lo que a Lucille le gustaría pensar que sé.

Sé que el padre de Oscar era un sinvergüenza, haragán y, de vez en cuando y a puerta cerrada, tendente a mostrar su habilidad con los puños a su rica esposa. Se me rompió un poco el corazón cuando Oscar me contó lo mucho que ha tratado de proteger a su madre y lo unidos que han estado en los años transcurridos desde la separación de sus padres; él pasaba mucho más tiempo con ella que su hermano mayor, y como resultado Lucille y él son uña y carne. Me impresionó, y sigue impresionándome, que fuera el mayor apoyo de su madre, e ingenuamente esperaba que fuera una mujer afectuosa y, bueno, maternal. Pensé que se alegraría de ver a Oscar con alguien que lo hace feliz, pero, si acaso, parece hostil a mi intromisión. Tal vez me coja cariño con el tiempo.

10 de marzo

*Laurie*

—Dios, cómo te echaba de menos, Estrella de Mar. Entra y deja que te haga cosas pecaminosas.

Ahora que estoy viviendo en casa de mis padres, nos vemos solo cada varias semanas; han pasado siglos desde la última vez que estuve aquí. Oscar tira de mí para que cruce el umbral de su piso, me coge la maleta de fin de semana y la pone a un lado para poder estrecharme entre sus brazos. Sí, nos hemos convertido en una de esas parejas empalagosas que se llaman por nombres

ridículos como cari y bomboncito.

«Nos hemos convertido.» Por fin hay un «nosotros». Y es increíble. Nunca me he sentido tan deseada ni cuidada en la vida. Oscar no oculta ni por asomo lo mucho que le gusto. Tiene una forma tan intensa de mirarme que hace que sienta la necesidad de volverme para comprobar si Jennifer Lawrence está a mi espalda.

—¡Deja que me quite el abrigo! —exclamó riendo, y él me lo desabrocha y me lo saca por los brazos.

—Tenía la esperanza de que estuvieras desnuda debajo.

Se detiene a mirar mis prácticos vaqueros y mi jersey calentito.

—Me lo planteé, pero no quería asustar al taxista.

—Esto es Londres, ¿recuerdas? —dice con una sonrisa enorme—. Ahora no estás en mitad del campo, Laurie. Podrías haber estado desnuda y tener

cuatro piernas y nadie se habría inmutado. —Le brillan los ojos—. Excepto yo, claro. Yo me daría cuenta si estuvieras desnuda.

—No vivo en mitad del campo —le replico, molesta porque siempre se refiere a mi casa de Birmingham como si fuera una especie de páramo perdido.

Está justo en los límites de las afueras, en un típico pueblo de cinturón verde. Lo entiendo. Oscar es londinense de pies a cabeza; los espacios abiertos y la ausencia de taxis negros lo pillaron por sorpresa cuando lo llevé a casa en Navidad para que conociera a mi familia.

Para serte sincera, no fue la más sencilla de las visitas de «conocer a los padres». Él se mostró perfectamente encantador y los demás estuvieron supereducados, y aun así costó encontrar puntos en común. Mi padre lo intentó con el fútbol, pero Oscar es más de rugby, y Oscar lo intentó con el whisky, pero mi padre es más de cerveza. Aunque todavía es pronto para decirlo, creo que todos nos sentimos aliviados cuando terminó.

—Hay muchísimo verde —masculló, y no sonó como un cumplido.

Alejo de mi mente esos recuerdos; este es nuestro gran reencuentro después de seis semanas separados, no quiero sentirme mal con Oscar sin ningún motivo.

—¿Puedo al menos ir al cuarto de baño? —pregunto, y él estira una mano por detrás de mí y empuja una puerta para abrirla.

— *Voilà*.

—No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida.

Dentro de un cuarto de baño digno de revista, echo el pestillo, me desnudo y acto seguido vuelvo a ponerme el abrigo. El forro sedoso resbala sobre mi piel y de repente hace que me sienta sexy y lista para que Oscar se porte todo lo mal que quiera.

—Venga, Laurie —me apremia, y entonces abro la puerta de par en par y lo miro con la cabeza inclinada hacia un lado.

Sin decir ni una palabra atravieso el vestíbulo y salgo por la puerta de entrada; luego, después de cerrarla, la golpeo ligeramente con los nudillos.

—¿Quién es?

Su voz me llega baja y divertida, entreverada de malas intenciones.

—Soy yo, Laurie —respondo en un tono que pretende ser ronco—. Abre la puerta, quiero demostrarte cuánto te he echado de menos.

Se toma su tiempo y se apoya en el marco con los brazos cruzados a pesar de que advierto en sus ojos que está de todo menos tranquilo. Derramo la mirada sobre él, lo escudriño, me fijo en sus vaqueros oscuros y en su camisa cara, en sus pies descalzos y, no sé muy bien cómo, todavía bronceados.

—Vas demasiado vestido —digo—. ¿Puedo pasar?

No se hace a un lado, se limita a estirar la mano y desembarazarse del cinturón de mi abrigo. No hago nada por detenerlo; poco después, me lo desabrocha con lenta meticulosidad y la lengua le serpentea por el labio superior, una forma inconsciente de delatarse.

—Prométeme que siempre vendrás a verme así.

Sonrío.

—Nosotros no nos hacemos promesas, ¿recuerdas?

Me arrastra hacia el vestíbulo tirando de las solapas del abrigo y me aprisiona contra la puerta tras cerrarla de golpe; sus manos calientes, escrutadoras, se deslizan por dentro de mi abrigo.

—Lo recuerdo —susurra medio riendo medio gimiendo cuando me acaricia un pecho—. Ahora deja de hablar y ven a la cama.

*Jack*

—Venga, Sar, que a este paso llegaremos tarde.

Sarah siempre hace lo mismo. Se rige por un horario elástico, como si considerara que el tiempo se expande para ajustarse al rato que ella considera necesario para arreglarse antes de salir.

—¿Qué tal estoy?

Cuando aparece en la puerta del salón, alzo la vista del periódico que su compañera de piso debe de haberse dejado sobre la mesa y le presto toda mi atención. Cualquiera lo haría; está increíble.

—¿Vestido nuevo?

Me levanto y cruzo la habitación para acariciar con las manos el suave cuero de color carmesí. Se adapta al contorno de su cuerpo como una segunda piel, hasta la mitad del muslo. Dejo que mis dedos se entretengan ahí, a la altura de su pierna desnuda, y que le suban la falda despacio hasta rozar la seda de su ropa interior.

Una sonrisa minúscula y cómplice se dibuja en su boca.

—Me lo tomaré como que me das el visto bueno, ¿te parece?

Le beso el cuello.

—Hazlo.

Cuando le paso una mano por la nuca y hundo la boca en el valle que se le forma entre las clavículas, suspira y da un paso atrás para apartarse de mí.

—No, Jack. Ya llegamos bastante tarde.

La miro a los ojos ahumados y maquillados a la perfección.

—Podría ser muy rápido.

—Lo sé.

Su voz tiene un dejo cortante.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

Sarah también se queda inmóvil, con la mirada clavada en los tacones de vértigo negros, y luego me mira de nuevo.

—Solo que... Nada. —Suspira mientras niega con la cabeza—. No quiero discutir. Los dos estamos muy liados. Vámonos ya.

No ha dicho ninguna mentira. Mi vida va a todo trapo, y la de Sarah también, tiran de nosotros en tres direcciones a la vez, y por lo general en sentido opuesto. Este fin de semana he tenido que hacer cambios en el trabajo para que por fin podamos quedar con Laurie y el tan aclamado, pero aún desconocido, Oscar Farquhar-Percival-McDougall. O algo así. ¿Y dónde nos reuniremos con ellos? En el maldito club privado de Oscar, cómo no.

—¿Vas a ir así?

Me miro la ropa, ignoro a qué se refiere. Puede que mis vaqueros se vean

destrozados, pero es intencionado; me ha costado mucho dinero tener un aspecto tan informal. A lo mejor es mi camiseta, que lleva «Star Fucker» —

Folladora de estrellas — estampado en el pecho, lo que le ha tocado las narices... Pretendo que sea una ironía sutil. Por fin empiezo a hacerme un nombre como prometedora DJ radiofónica y debo vestirme como tal, aunque la línea que separa lo hípster de lo hortera es muy fina.

—Sí, Sarah. Voy a ir así.

Cojo la cazadora retro de cuero desgastado que Sarah me regaló la Navidad pasada y me la pongo enseguida solo para enfatizar el hecho de que no pienso cambiarme.

Ella se retoca el inmaculado pintalabios en el espejo del vestíbulo, coge su bolso y su abrigo y después se encoge de hombros.

—Vale.

La sigo escalera abajo y, mientras la veo avanzar con seguridad a pesar de llevar unos tacones con los que nadie debería parecer tan cómodo, agito los hombros para sacudirme el mal humor.

—Eh. —La agarro de la mano para frenarla cuando llega a la acera—. No quiero que nos enfademos. Te he echado de menos esta semana. —Le

acaricio la suave mejilla con el dorso de la mano y le sujeto el delicado mentón. Le pasaría el pulgar por la boca carnosa si eso no le fastidiara el maquillaje—. Estás realmente preciosa con este vestido. Ya estoy pensando en arrancártelo más tarde.

Se ablanda, como sabía que haría.

—Engatusador.

—Sabes que sí.

—Sí. —Vuelve la cara hacia mi mano y me araña el pulgar con los dientes

—. Y ahora pídenos un taxi, tontorrón. Estoy quedándome helada.

*Laurie*

¿Suena disparatado si digo que estoy nerviosa? Por el amor de Dios, no son más que Sarah y Jack, mis mejores y más antiguos amigos. Solo deseo que quieran a Oscar tanto como yo, eso es todo. Ha pasado demasiado tiempo desde que nos vimos por última vez; nuestro pacto de reunirnos en Año Nuevo se quedó en simples palabras debido a la aparición de Oscar. Esta es la primera fecha desde la entrada del año en la que los cuatro hemos podido coincidir; al parecer, la vida tira de todos en direcciones distintas. Sarah y Jack todavía no han llegado, y Oscar está enfrascado en una conversación con el barman al otro lado de la sala, porque quiere que tenga lista la primera ronda de bebidas perfectas para cuando lleguen. Me sonrío cuando me sorprende observándolo. Su mirada se detiene en mí más tiempo del que se considera educado, con una expresión que transmite que está acordándose de nuestra tarde en la cama.

Soy la primera en romper el contacto visual, pues la llegada de Sarah y Jack atrae mi mirada hacia la puerta. La alegría me estalla con fuerza en el pecho al atisbar la familiar melena rojiza de Sarah, aunque se ha oscurecido

el tono del bermellón camión de bomberos a un caoba intenso y cálido, y lo lleva peinado con unas ondas brillantes y amplias en lugar de con las trenzas de princesa Leia de Delancey Street. Me llevo la mano al moño despeinado, avergonzada por un instante, pero entonces su cara resplandece con una gran sonrisa en cuanto me ve y su paso se transforma de incierto en casi una carrera a través del bar para llegar hasta mí.

En realidad, me alegro de que Oscar no esté a mi lado en este preciso momento; eso me permite un par de segundos para ser yo misma, para que seamos Sarah y yo, como en los viejos tiempos. Me abraza con una fuerza feroz.

—Cómo me alegro de verte —digo, al mismo tiempo que ella suelta:

—Me cago en todo, Lu. Ha pasado demasiado tiempo.

Nos separamos un poco y nos examinamos la una a la otra. Me fijo en su escandalosamente sexy vestido de cuero y ella en mi vestido negro comodín que ya ha visto en incontables ocasiones; creo que hasta es posible que ella misma se lo haya puesto una o dos veces. Le he dado un poco de vida con un cinturón estrecho de piel de serpiente y con el pequeño colgante de estrella de mar de oro con un diamante que Oscar me regaló en Navidad, y hasta el momento de la entrada de Sarah me sentía bastante glamurosa, aunque fuera de una manera sutil. Sarah parece ella misma después de haber pasado por un cambio de imagen en televisión, que supongo que es exactamente lo que le han hecho. El trabajo parece haberla transformado de mi querida y malhablada amiga en alguien que bien podría haber salido ahora mismo de una revista. Hasta que abre la boca, y entonces, gracias a Dios, sigue siendo la de siempre.

—Joder —dice mientras se pasa un dedo por debajo de cada ojo para que no se le corra el rímel—. No me pongo así ni por mi propia hermana. Te quiero un huevo, Laurie James.

Me río y le aprieto la mano.

—Yo también te quiero. Estoy muy contenta de que estés aquí.

En ese momento Jack aparece por detrás de ella y me preparo para el impacto. No tengo ni idea de si seré capaz de actuar con normalidad estando a su lado. He pospuesto incluso el pensar en volver a verlo, una táctica que ha funcionado hasta este mismo instante, cuando de pronto me doy cuenta de que no estoy preparada en absoluto.

Me mira directamente a los ojos, nada de echar un vistazo titubeante hacia algún punto indefinido situado a mi espalda, y durante unos segundos ese anhelo doloroso, familiar, me deja descolocada. Por lo que se ve, el zorro pierde el pelo pero no las mañas.

—Me alegro de verte, Laurie —dice.

Hay un momento horrible en el que parece que va a estrecharme la mano, pero luego la agarra y me atrae hacia él para abrazarme. Su olor inunda mis sentidos, un aroma a especias calientes y limón que seguro que proviene de

algún perfume caro que Sarah le ha regalado y que esa inimitable esencia suya enfatiza, una fragancia que no puedo describir ni recordar cuando Jack no está presente. Pero ahora sí está, así que cierro los ojos un segundo y siento el calor de su cuerpo a través de su camiseta con eslogan malsonante mientras me besa la frente. Es un abrazo trivial, me digo. No significa nada para mí ahora que estoy con Oscar.

—Feliz Año Nuevo —dice pegado a mi pelo.

Parece cohibido, y dejo escapar una risa breve al apartarme.

—Vas tres meses tarde, idiota.

—Bueno, ¿y dónde está él?

Sarah recorre el bar medio lleno con mirada entusiasta, y Jack se sitúa a su lado y con una mano le rodea la cintura. Me sorprende lo mucho que han cambiado en un tiempo relativamente corto, o quizá cuánto parecen haber

madurado sin mí. Es algo sutil: un brillo nuevo en Sarah, una capa de autoconfianza en Jack. Oscar también la tiene, hasta cierto punto; ahora está volcado por completo en su puesto en el banco, junto con su hermano, y aunque hablamos casi todos los días, he cobrado conciencia de que algo empieza a distanciarnos. Es una consecuencia inevitable de llevar vidas separadas, supongo. Él está aquí, en Londres, haciendo nuevos amigos, comiendo en lugares de moda, y yo he vuelto a vivir con mis padres en Birmingham. Es posible que sean imaginaciones mías porque estoy angustiada por mi falta de trabajo. O tal vez solo sea envidia pura y dura. No todo el mundo puede cumplir sus sueños, ¿verdad? Algunos lo consiguen, y otros se conforman con menos. Pienso en todo esto en la fracción de segundo que transcurre entre saludar a Sarah y a Jack e intercambiar una mirada con Oscar mientras cruza el bar en dirección a nosotros cargado con una bandeja de cócteles con un aspecto impresionante. Le guiño un ojo con sutileza y me hago a un lado para que pueda depositarlos en la mesa; Sarah me mira y me dedica un disimulado gesto de aprobación a espaldas de Oscar. Cuando Oscar se endereza y da un paso atrás, lo agarro de la mano sin mirar a Jack. Me encanta que Sarah no se ande con ceremonias; se abalanza sobre él y lo besa en la mejilla al mismo tiempo que lo agarra de la otra mano.

—Tú debes de ser Sarah —dice Oscar entre risas, y durante unos instantes se observan en silencio.

Me pregunto si ella es lo que él se esperaba; si él está a la altura de la idea que Sarah se había hecho de él. Todos guardamos silencio un segundo. Creo que Sarah, Jack y yo estamos intentando decidir dónde encaja Oscar en nuestro trío. ¿Se le concederá el mismo estatus? ¿O debe asignársele un rinconcito temporal, un lugar pasajero mientras se lo evalúa para la permanencia definitiva?

—Y tú debes de ser Oscar —dice Sarah, aún aferrada a su mano—. A ver, deja que te eche un buen vistazo.

Ella finge examinarlo y él le sigue el juego conteniendo el aliento y esperando su veredicto con expresión solemne, como un colegial ante la directora.

—Lo apruebo.

Sonríe, desvía la mirada hacia mí, luego la clava de nuevo en él y por fin la vuelve otra vez hacia mí. Algo tarde, se da la vuelta para atraer a Jack hacia el círculo.

—Este es Jack —dice para presentarlos, y ahora me toca a mí contener la respiración.

Veo que Oscar es el primero en tender la mano, y también me doy cuenta de que, intencionadamente, Jack deja pasar un segundo antes de imitarlo.

—¡Fíjate! Menuda pose de hermano mayor. —Sarah da un golpecito a Jack en el hombro para relajar el ambiente—. Laurie ya tiene un hermano de verdad para que se encargue de todo eso, así que puedes retirarte, soldado.

—No irás a preguntarme sobre mis intenciones para con Laurie, ¿verdad?

—dice Oscar en tono socarrón—. Porque son todas muy muy malas.

—Ay, ya me caes bien.

Sarah ríe, encantada, y Oscar la recompensa con un cóctel de champán, igual que a mí. Jack olisquea el vaso relleno de cubitos y de un líquido ambarino que le ha dado a él y se diría que pone cara de asco.

—Penicilina lo llaman —explica Oscar—. Whisky. Jengibre. Miel. —

Sonríe a Jack—. Una bebida casi medicinal.

Jack enarca las cejas.

—Soy más de cerveza, si te soy sincero, pero siempre le doy una oportunidad a todo.

A Oscar le falla un instante la sonrisa mientras levanta la copa. Todos hacemos lo mismo.

—¿Por qué brindamos? —pregunta.

—Por los viejos amigos —responde Jack.

—Y por los nuevos —añade Sarah con toda la intención, y su sonrisa de megavatios va dirigida a Oscar en exclusiva.

Entrechocamos las copas y lanzo a Jack una micromirada que espero que transmita un macromensaje. «Ni se te pase por la puta cabeza, Jack O'Mara.»

Parece que lo recibe, porque se vuelve hacia Oscar y le hace una pregunta sobre Tailandia, lo cual nos deja libres a Sarah y a mí para ponernos al día.

—Qué sofisticado —susurra, y su mirada entusiasmada revolotea por el bar del club privado.

Sonrío, porque sabía que fliparía.

—Un poco, ¿verdad? Oscar quería causaros buena impresión.

—Cualquier hombre que pide cócteles de champán y hace sonreír a mi mejor amiga cuenta con mi visto bueno.

Miro de soslayo a Jack y a Oscar mientras Sarah habla. Comparten cierto parecido en cuanto a la altura, pero poco más. El pelo rubio de Jack siempre está como si acabara de alborotárselo con las manos, mientras que las ondas azabaches de Oscar, recién cortadas, le caen perfectamente sobre las cejas.

Ha dedicado más tiempo que yo a pensar qué ponerse esta noche, pues dudaba si su camisa a rayas era demasiado de banquero y si su chaqueta de tweed era demasiado de director de instituto. Al final se ha decidido por una camisa de lino azul chambray que me recuerda a nuestros días en Tailandia.

La verdad es que da igual lo que se ponga. Oscar procede de una familia adinerada y tiene un indiscutible tufillo a clase alta que se le notaría aunque llevara una sudadera con capucha. Me sorprende preguntándome de nuevo si habría hablado con él de haberlo conocido en un lugar que no fuera una playa, donde todos los cuerpos son más o menos iguales. Desde luego, me supuso todo un choque cultural verlo con este aspecto cuando quedamos por

primera vez ya de vuelta en Inglaterra; nos hizo darnos cuenta de golpe de que provenimos de dos mundos distintos. Espero que Jack sea capaz de ver más allá del exterior refinado. Jack ha optado por un aspecto «acabo de caerme de la cama después de tirarme a una modelo sexy» que resulta un poco arrogante. Si no quisiera tenerlo en mejor estima, me preguntaría si no habrá sido una jugada deliberada para menoscabar a Oscar. Pero como sí quiero tenerlo en mejor estima, lo dejo pasar y me limito a absorber la imagen de los dos juntos. Tan distintos. Ambos muy importantes para mí.

Bebo un gran trago de champán frío y vuelvo a centrarme en Sarah.

—Bueno, entonces ¿es posible que vaya a verte deslizándote por la barra de bomberos en un futuro cercano?

Ella se echa a reír.

—Que sepas que me ven como una reportera seria. Solamente me envían a cubrir las noticias más importantes. —Da un sorbo a su copa—. La semana pasada conocí a Gok Wan, el asesor de moda.

—¡No puede ser!

—Claro que puede ser. ¡Y me dijo que le gustaban mis zapatos!

—¿Fuiste a entrevistarlo?

Asiente, pero luego se derrumba y niega con la cabeza, entre risas.

—Coincidí detrás de él en la cola de una sandwichería en Covent Garden.

Pero lo de que le gustaron mucho mis zapatos sí es cierto.

Sonrío.

—Hablemos de... Oscar. —Se acerca a mí y, con la mirada clavada en él, que se ha puesto de perfil para oír algo que Jack está diciéndole, baja la voz

—: ¿Vais muy en serio?

—Bueno, aún es pronto —digo, porque aunque parece más tiempo, solo llevamos juntos cinco meses—. Aun así me gusta un montón, Sar. No habría dicho que fuera mi tipo, pero por alguna razón parece que nos va bien juntos.

Ella asiente, sin dejar de observarlo junto a Jack.

—¿Tendrán algo en común? —pregunta—. ¿Aparte de ti?

Durante unos instantes me quedo de piedra al pensar que sabe lo del beso.

Rompe a reír.

—¿Me lo tomo como un no?

Sonrío, titubeante.

—No, por supuesto que no. Es decir, son bastante distintos, pero me resulta inimaginable que alguien no se lleve bien con Oscar. Es... Bueno, tiene facilidad para caer bien.

La sonrisa de Sarah se hace aún más amplia, me pasa un brazo por los hombros y me achucha, su brazalete rígido y frío contra mi piel.

—¡Me siento muy feliz por ti, Lu! Ahora ya solo tienes que conseguir el trabajo de tus sueños y así podrás volver a la ciudad a la que perteneces. —Le brillan los ojos—. Vas a volver, ¿verdad? Porque ahora somos cuatro y podemos darnos a toda esa mierda de las citas dobles.

Se ríe y pone los ojos en blanco, pero sé que le encantaría.

—No estoy segura. Espero que sí —contesto—. Pero ya sabes... —Me encojo de hombros—. El alquiler y todo eso. Está carísimo. Tengo que quedarme en casa hasta que consiga un trabajo decente, no perder el tiempo ganándome la vida con un empleo de mierda que no me deja tiempo para buscar otro.

Pienso de nuevo en la más que repetida propuesta de Oscar de que me vaya a vivir con él, aunque solo sea como solución práctica y provisional hasta que encuentre otra cosa. El piso en el que vive es de su madre y, por supuesto, no paga alquiler. Pero algo me empuja a hacerlo sola. No deseo depender demasiado de nadie. Mis padres siempre nos han inculcado la importancia de forjarnos nuestro propio camino en la vida.

—Ojalá pudiéramos volver a Delancey Street —dice Sarah con nostalgia

—. Estoy compartiendo piso con una compañera de trabajo y es una arpía de campeonato. Está obsesionada con mantenerlo todo separado, hasta los rollos de papel higiénico. Ha preparado una lista para que utilicemos la sala de estar por turnos. ¿No te parece increíble? Dice que no le apetece sentir que la veo mientras mira la tele.

Ahora soy yo quien pasa un brazo por los hombros a Sarah para apoyarla.

—¿Y qué tal Jack y tú? ¿Crees que tardaréis mucho en iros a vivir juntos?

Sarah desvía la mirada un instante, es un gesto casi imperceptible, pero no se me escapa.

—Probablemente sí. Está superocupado con el trabajo, y comparte piso con Billy y Phil, uno de los chicos con los que trabaja.

—¿Billy el Rompecaderas?

Ese ha sido su apodo no oficial desde el día en que nos descubrió su destreza para bailar «Greased Lightnin'». Aunque el mero hecho de pensar en ello me trae intensos recuerdos de lo mal que terminó aquella jornada.

Sarah asiente con la cabeza.

—No creo que a Jack le guste demasiado vivir allí, pero el piso está cerca de la emisora y es asequible, así que lleva un tiempo ahí atascado.

Observa a Jack agacharse para mirar algo en el móvil de Oscar.

—Estoy empezando a preocuparme, Lu. Últimamente no parece él.

Noto una punzada de miedo en el estómago.

—¿En qué sentido?

Sarah se pasa un brazo por su perfecto vientre cubierto de cuero y se acerca más a mí para que no nos oigan.

—No sabría describírtelo con exactitud. Está... ¿distante? —Lo pronuncia como una duda, como si estuviera planteandoselo a sí misma en lugar de contándomelo a mí, y después levanta un hombro y se muerde el labio inferior—. O puede que sea yo. No lo sé, Lu, le he preguntado si es feliz y me manda a paseo, como si estuviera volviéndome loca o algo así. —Se ríe sin ganas y da la sensación de que le parece de todo menos gracioso—. Será solo que está ocupado, imagino.

Asiento, deseando que se me ocurra algo apropiado que decirle. La idea de que haya problemas en su paraíso me altera muchísimo. Al principio de su relación albergaba la egoísta esperanza de que su relación fuera efímera, pero con el tiempo su amor se ha convertido en una parte fundamental del mapa de mi vida; una isla grande de pelotas que me ha obligado a recalculiar mi trayectoria para rodearla, pero de la que, aun así, dependo por completo para ubicarme.

—¿Has enseñado esto a Sarah, Laurie? —dice Oscar, y se vuelve hacia nosotras con el móvil en la mano.

Enfoca la pantalla en nuestra dirección mientras se acerca y va pasando imágenes de la perfecta y destartalada cabaña que compartíamos en la playa, del interminable océano azul y del amanecer a franjas rosas y púrpuras que tan bien llegué a conocer en Tailandia.

—Algunas —digo en voz baja, y detecto ternura en los ojos de Oscar cuando levanto la vista hacia él.

¿Será capaz de ver que deseo con todo mi ser que estuviéramos allí ahora mismo, sentados en los escalones de la cabaña de la playa, enterrando los dedos de los pies en la arena fresca? Son mis recuerdos favoritos, las horas que pasamos hombro con hombro, las conversaciones susurradas y los besos lánguidos. Este aguijonazo de añoranza que me atraviesa el costado me resulta inesperado, más aún teniendo en cuenta que estoy con Sarah y Jack, de quienes nunca había querido huir hasta ahora.

Me sorprende la intensidad de mi rabia hacia Jack. Quiero sacarlo del bar tirándole de la manga de la chaqueta de cuero y decirle: «Sé feliz, pedazo de estúpido. Y deja que yo también lo sea».

—Ostras, es alucinante... —Sarah suspira—. Me encantaría ir a Tailandia.

Jack se termina el cóctel sin ocultar un ligero estremecimiento.

—Yo traeré las cervezas.

Sarah parece estar a punto de decir algo, pero al final esboza una sonrisa tensa y coge a Jack de la mano mientras se ofrece a ayudarlo. Los vemos abrirse paso a través del bar concurrido y Oscar me rodea la cintura con un brazo, con la copa todavía medio llena en la otra mano.

—¿Todo bien? —pregunto con la esperanza de que Jack y él hayan hecho buenas migas.

Asiente.

—Sarah es justo como me la imaginaba.

De sus palabras deduzco que le había transmitido la impresión de que Jack era amable y despreocupado, y que hasta el momento está mostrándose receloso y estirado.

—¿He metido la pata? —Una mirada de consternación empaña los ojos oscuros de Oscar mientras estudia su vaso—. Podríamos haber quedado en otro sitio, solo tendrías que habérmelo dicho.

De repente me siento furiosa con Jack por ser tan antipático. ¿Qué demonios pretende demostrar con su camiseta ofensiva y su apenas disimulado desprecio por lo exclusivo del bar y del cóctel que Oscar ha elegido? ¿Que lo gana a guay, a pesar de que Oscar sea más rico?

Dejo mi copa vacía y lo abrazo, aliviada cuando la expresión afligida de sus ojos se desvanece.

—No has metido la pata en absoluto, Oscar. Tú eres así. —Recorro el bar con la mirada—. Y eres maravilloso —añado—. Así que quiero que te vean tal como eres. Seguro que vas a encantarles, y ellos a ti cuando los conozcas mejor. —Me acaricia el brazo con la mano mientras hablo—. Relájate y disfruta de la noche.

Jack y Sarah ya regresan hacia nosotros, él con dos cervezas en una mano y ella con más cócteles de champán en las suyas.

—La verdad es que su aspecto no deja duda de que lo suyo es la televisión

—observa Oscar.

Trato de ver a Sarah a través de sus ojos mientras mi amiga avanza hacia nosotros, todo piernas bronceadas y ondas hollywoodienses.

—¿Estás seguro que has elegido a la chica correcta? —bromeo.

Lo odio, pero siempre hay una parte de mí que se pregunta por qué, ¿por qué iba a querer estar con alguien como yo este hombre tan atractivo?

Esboza una breve mueca de enfado, y enseguida pienso que ojalá hubiera mantenido la boca cerrada.

—Estás tan equivocada que no sé qué decir. —Se ablanda y sube la mano para ponérmela en la nuca—. Siempre eres la mujer más espectacular para mí, Laurie. En cualquier habitación, en cualquier bar o en cualquier playa.

Baja la cabeza y me besa, con suavidad pero también con firmeza. Cierro los ojos y durante esos segundos me siento como la mujer más espectacular del mundo.

—Idos a un hotel, chicos.

La risa de Sarah llega hasta mí ligera y brillante, así que vuelvo a abrir los ojos y sonrío.

—La culpa es mía —dice Oscar sonriendo también—. No puedo quitarle las manos de encima.

Desliza la palma por mi brazo y acaba entrelazando sus dedos con los míos.

Detrás de Sarah, Jack se las ingenia para echarse a reír a la vez que frunce el ceño, toda una proeza de la ingeniería facial.

—Un trago de verdad para que te bajen las revoluciones, colega.

Oscar acepta la cerveza entre risas, afable a pesar de que de las palabras de

Jack se infiere que el cóctel de Oscar no había sido para él «un trago de verdad».

Sarah me pasa una copa de champán, con expresión de felicidad por lo mío con Oscar.

Jack se apoya contra la pared, cerveza en mano.

—¿Y a qué te dedicas, Oscar? Además de a holgazanear por las playas tailandesas ligando con chicas, quiero decir.

A pesar de que suaviza su comentario con un guiño, da la sensación de que está buscando pelea.

—Parece que de tanto vivir con Billy se te están pegando ciertas cosas, Jack —digo con un guiño a mi vez, si bien no podría describirse como amistoso.

Me dedica un ligero gesto de «me da exactamente igual» encogiéndose de hombros y acto seguido desvía la mirada hacia otro lado.

—A la banca —contesta Oscar con una sonrisa autocrítica—. Ya lo sé. El típico pijo gilipollas, ¿no?

—Tú lo has dicho, tío.

Vale, esto ya es el colmo de la mala educación. Sarah le lanza una mirada de reproche, y la verdad es que a mí me entran ganas de quitarle la cerveza y vaciársela sobre su insufrible cabeza. Oscar, sin embargo, está muy acostumbrado a las pullas sobre la banca y pasa de él.

—Un aburrimiento, ya lo sé. No como lo tuyo, por lo que tengo entendido.

Radio, ¿no?

Crisis evitada. Jack por fin encuentra la cortesía necesaria para tomar el testigo conversacional que Oscar le ha pasado, y nos entretiene con anécdotas de la emisora de radio y contándonos más detalles del puesto de mayor categoría para el que está convencido al noventa y cinco por ciento de que lo seleccionarán en verano. Se ilumina como una bengala cuando habla de

trabajo, es más él mismo, se muestra más relajado, y finalmente yo también puedo relajarme. Después de todo, quizá la noche no sea un desastre.

*Jack*

Esta noche va de dejar las cosas claras, ¿no? Oscar es un pijo de apellido con guion y cara de gilipollas. Deja que te invite a cócteles caros en mi club privado, deja que, como quien no quiere la cosa, suelte en medio de la conversación que trabajo en la banca, deja que le meta la lengua a Laurie hasta la garganta cuando sé que ambos estáis mirando. Bueno, ya te he visto

el plumero, niño pijo, con tu pelo negro y desenfadado y tus zapatos náuticos (porque quién sabe cuándo podrías necesitar subirte a bordo del yate de alguien sin previo aviso).

Pienso en todo esto mientras me sujeto la polla con la mano en el urinario.

Llevo ya cinco minutos aquí escondido, sobre todo porque sé que estoy comportándome como un imbécil y, al parecer, soy incapaz de dar marcha atrás. Sarah no para de lanzarme miradas como puñales. No creo que vaya a arrancarle ese vestido en un futuro próximo, es más probable que ella me arranque a mí el cuero cabelludo, y no puedo culparla por ello. No sé quién está tocándome más las pelotas esta noche, si Oscar con su inquebrantable buen humor y su negativa a dejarse chincar o Sarah por estar prácticamente dando saltitos a su alrededor suplicándole ser su nueva mejor amiga. Me pregunto si lo que pretende es tener con él la misma relación que yo tengo con Laurie, y me entran ganas de decirle que lo siento, pero que ese tipo de cosas no se fingen. A Lu y a mí nos costó años. Mientras me lavo las manos me miro en el espejo que hay sobre los lavabos y lo pienso un instante. No es que a Laurie y a mí nos quede mucha amistad hoy en día. No he vuelto a

estar a solas con ella desde aquella noche en la cocina de Delancey Street, hace ya más de un año. Sarah me ha acusado de actuar como un hermano mayor sobreprotector, pero se equivoca. No puedo decir que mis sentimientos hacia Laurie sean fraternales, eso se acabó cuando... No, no voy a pensar en eso ahora.

Salgo de los aseos de caballeros con la firme intención de mantener el pico cerrado y me topo de bruces con Laurie. No desperdicia ni un segundo.

—¿Qué coño estás haciendo, Jack?

Creo que nunca la había visto así de enfadada. Tiene las mejillas sonrosadas y los hombros erguidos.

Vuelvo la mirada por encima de mi hombro hacia la puerta por la que acabo de salir.

—Mear.

Los ojos violáceos le brillan de rabia.

—Más bien mear fuera del tiesto.

—Yo también me alegro de verte —digo poniéndome a la defensiva.

—No se te ocurra —sisea—. No se te ocurra hacer eso, Jack O'Mara. —

Estamos en un pasillo del piso de arriba, rodeados de gente que viene y va, así que se inclina hacia mí para que la oiga bien—. ¿Qué estás intentando demostrar exactamente? ¿Que eres más guay, mejor, más divertido? ¿Es demasiado pedir que te limites a alegrarte por mí?

Me encojo de hombros.

—Me alegraría si Oscar no fuera imbécil.

—No es imbécil. Es bueno y amable, y creo que hasta podría estar enamorado de mí.

Oigo un resoplido burlón, y soy consciente, demasiado tarde, de que ha salido de mí.

—¿Qué? —Niega con la cabeza, con los ojos destellantes de furia—. ¿Tan improbable es que alguien pueda amarme de verdad, Jack?

—Apenas lo conoces.

Laurie tambalea como si la hubiera golpeado.

—¿Y a ti quién te ha convertido en experto de repente? —replica—.

¿Quién eres tú para decirme si puedo enamorarme en un minuto, en un mes o en un año?

Nos quedamos mirándonos fijamente, y entonces me doy cuenta con sobresalto de que ya no es la chica de Delancey Street. Es una mujer con una vida de la que ya no formo parte en líneas generales.

—¿Tú lo quieres?

Aparta la mirada, negando con la cabeza porque no tengo derecho a preguntárselo. Y menos de esta manera.

—Él es importante para mí, Jack —responde, ahora en tono más suave, y la vulnerabilidad de su mirada hace que me sienta como un idiota.

—De acuerdo —acepto, y lo digo en serio.

Ojalá pudiera abrazarla y devolver nuestra amistad al lugar que le correspondería ocupar. Pero hay algo en mí que sabe que abrazar a Laurie no es la decisión correcta. Así que la agarro de la mano y la miro a los ojos tempestuosos.

—Lo siento, lo siento mucho, ¿vale?

Y tengo la sensación de que estoy disculpándome con ella no solo por lo de esta noche, sino por todo lo que ha pasado antes. Por mentirle al decir que no la vi hace años en aquel puto autobús, por besarla bajo una tormenta de nieve, por haberlo hecho siempre tan rematadamente mal.

Al final, después de lo que parecen diez minutos pero han debido de ser diez segundos, asiente con la cabeza y me suelta la mano.

Sonrío.

—Vuelve abajo. Iré dentro de un momento.

Laurie vuelve a asentir y se aleja sin mirar atrás.

Ha madurado sin que yo me diera cuenta. Ya es hora de que yo haga lo mismo.

14 de mayo

*Laurie*

—Cógelo, Oscar, cógelo —murmuro sin dejar de releer la carta que tengo en

la mano mientras escucho los tonos de su móvil.

«Este es el buzón de voz del...» ¡Mierda! Cuelgo y pruebo de nuevo, pero una vez más vuelvo a oír a esa puñetera e irritante mujer robot diciéndome que lo siente muchísimo, pero que Oscar Ogilvy-Black no puede ponerse al teléfono ahora mismo. Estoy plantada en mitad del silencioso pasillo de mis padres, acariciando distraídamente mi colgante púrpura con los dedos. Me lo puse para la entrevista de trabajo de la semana pasada y no me lo he quitado desde entonces para intentar atraer la buena suerte. ¡Y ha funcionado!

Desesperada por contar a alguien la buena noticia, deslizo un dedo por la pantalla en busca del número de Sarah. No la llamo porque sé que nunca puede contestar cuando está trabajando, así que me conformo con enviarle un mensaje de texto:

Adivina quién han conseguido POR FIN un trabajo como es debido.

¡Yo! ¡Prepárate, Sar, vuelvo a Londres!

Presiono «enviar» y no pasan ni treinta segundos antes de que me vibre el móvil.

¡ESPERA! Voy al aseo para llamarte. ¡No llames a nadie más!

Un instante después, mi teléfono empieza a sonar. Pasan otros treinta segundos antes de que pueda decir algo, porque Sarah se pone a chillar y aplaudir; me la imagino perfectamente en estos momentos, encerrada en el cubículo haciendo su baile de la felicidad mientras unas cuantas colegas desconcertadas la oyen desde fuera.

—Vamos, ¡quiero saberlo todo! —exclama, y al fin puedo contar a alguien mi noticia de manera oficial.

—Es ese puesto del que te hablé; ya sabes, el de la revista para adolescentes.

—¿Te refieres al que era tipo consultorio sentimental?

—¡Sí! ¡A ese! ¡Dentro de tres semanas seré la mujer a la que los adolescentes del país recurran en busca de consejos sobre planchas para el pelo, granos y

citas arriesgadas!

Estoy riéndome a carcajadas, al borde de la histeria ante la perspectiva de empezar a trabajar por fin en una revista. No serán todos los adolescentes del país, por supuesto, solo el pequeño porcentaje que lee una revista no tan popular que digamos, pero es algo, ¿no?, es real. Es mi deseadísimos primer paso hacia la siguiente etapa de mi vida. No estaba para nada segura de que fueran a ofrecerme el puesto. La entrevista no fue precisamente convencional: dos mujeres que no podían tener más de veintiún años disparándome preguntas sobre problemas inventados para ver qué respuestas se me ocurría dar.

—A Emma le sale un grano horrible la noche antes de su baile de graduación —propuso una de ellas señalándose la barbilla inmaculada para enfatizar sus palabras—. ¿Qué sugerirías?

Por suerte, incluso en el momento de la entrevista, Sarah fue mi salvación; nuestra estantería del cuarto de baño de Delancey Street fue lo primero que me vino a la mente.

—Sudocrem. La venden para el culito de los bebés, pero también es un arma secreta para los granos.

Las dos lo anotaron a la velocidad del rayo; me dio la clara impresión de que ambas irían a toda prisa a una farmacia en cuanto terminara la entrevista.

—¿Una carrera en las medias en una fecha señalada? —me preguntó la otra entrevistadora con los ojos entornados.

—Esmalte de uñas de un color claro para evitar que se haga más grande — le contesté de inmediato.

El típico consejo de instituto. Para cuando terminaron me sentía como si, en vez de entrevistarme para un posible trabajo en una revista, me hubiera interrogado la Stasi.

—Joder, espero que nadie te pida consejo sobre pestañas postizas —se mofa

Sarah—. Te demandarán.

—Y que lo digas. Confío en que tú seas mi principal asesora.

—Bueno, ya me conoces, ¡soy la mejor fuente de conocimiento sobre todas las cosas falsas y relucientes! —Parece ilusionada—. No puedo creerme que por fin vayas a volver, Lu. Es la mejor noticia que me han dado en todo el año. ¡Ya verás cuando se lo diga a Jack!

Sarah cuelga, y me siento en el último peldaño de la escalera y sonrío como una boba. ¿Las diez de la mañana es demasiado pronto para tomarse una ginebra?

9 de junio

*Laurie*

Oscar estira el brazo por detrás del sofá y coge una caja con un lazo.

—Tengo algo para ti.

Deposita el enorme regalo cuadrado sobre mi regazo y le lanzo una mirada de sorpresa.

—Oscar, mi cumpleaños ha sido hace nada.

—Ya lo sé. Esto es diferente. Es para el trabajo nuevo.

Es sábado por la noche, estamos atiborrados de comida china para llevar y ya vamos por la mitad de la botella de champán... Y cuando llegue el lunes, tendré un empleo remunerado en Skylark, la casa editorial que publica la revista *GlitterGirl*.

—Venga, ábrelo —dice al mismo tiempo que da unos golpecitos a la caja

—. Puedes cambiarlo, si no he acertado.

Desvió la mirada desde sus ojos emocionados hacia la caja y tiro muy despacio de las cintas de color verde lima para desatarlas. Ya me malcrió un

montón por mi cumpleaños, así que esto me parece una auténtica extravagancia. Quito la tapa de la elegante caja de regalo, retiro hacia atrás el papel de seda a rayas y admiro el bolso de mano negro de Kate Spade, uno de esos preciosos y sofisticados bolsos en los que cabe de todo, que hay dentro.

—¡Ay, Oscar! Es perfecto. —Sonrío y acaricio con un dedo el discreto logo dorado. Intuyo que Sarah ha tenido algo que ver, porque elogí uno muy similar que ella llevó colgado del brazo al restaurante donde celebramos mi cumpleaños—. Pero ya sabes que no tenías que regalarme nada. Es demasiado.

—Hacerte feliz me hace feliz. —Se encoge de hombros, como si fuera algo obvio—. Mira en el bolsillo interior, hay otra cosa.

Metó la mano en el bolso, llena de curiosidad, y abro la cremallera del bolsillo.

—¿Qué es?

Me río mientras hurgo con los dedos hasta tocar metal frío. Y entonces lo sé, y saco el juego de llaves que cuelgan de un llavero plateado de Tiffany.

—¿Cómo vas a entrar y salir a tu antojo si no tienes tu propio juego de llaves? —pregunta, haciendo cuanto está en su mano por quitar hierro al hecho de que está dándome las llaves de su casa.

O de nuestra casa, pues eso es lo que será al menos durante un tiempo. Fue casi lo primero que me dijo después de «¡Enhorabuena!» cuando le conté lo de mi nuevo empleo: «Te quedarás conmigo una temporada, ¿verdad?».

Tengo que reconocer que albergaba la esperanza de que me lo ofreciera, ya que el salario con el que voy a empezar es poco menos que miserable. Ambos estamos de acuerdo en que es una medida provisional hasta que se me ocurra otra cosa. Pero al mirar el brillante juego de llaves, veo el enorme conjunto de expectativas que conllevan y titubeo. Me pregunto si no estaré equivocándome. Solo llevamos juntos ocho meses, a fin de cuentas, y siempre he tenido claro que haría todo esto a mi manera.

—No quiero que pienses que estoy aprovechándome de tu generosidad, Oscar. Y ya me conoces... Soy doña Independencia —digo.

Sus ojos oscuros rebosan diversión.

—Créeme, yo también tengo intención de aprovecharme de ti. —Me quita las llaves de las manos y me mira con las cejas enarcadas—. Además, ¿de

qué otra manera ibas a poder entrar para tenerme la cena lista y esperándome?

Le doy un puñetazo en el brazo.

—Espero que te gusten las alubias de lata.

Deja caer las llaves dentro de mi nuevo y sofisticado bolso y después lo deposita en el suelo; a continuación me recuesta contra el hondo sofá de cuero y me besa.

—¿Y si dejamos de hablar de cosas aburridas? Se me ocurren otras mejores que hacer.

4 de agosto

*Jack*

Preferiría darme un puñetazo en la cara a ir esta noche a una cena en casa de Laurie y Oscar, sobre todo porque también han invitado al hermano de este.

Otro banquero chulito. Mira por dónde.

A Sarah solo le ha faltado tatuarme en la frente la hora a la que tengo que llegar. «Lleva flores —me dijo—. Yo llevaré vino.» Creo que ha buscado en Google el protocolo que rige estos acontecimientos.

Acaba de enviarme un mensaje de texto:

Piensa en varias buenas preguntas que hacer esta noche al hermano de Oscar.

Siento la tentación de enviarle una respuesta borde, pero me limito a apagar el teléfono. Estoy en el trabajo, no tengo tiempo para estas mierdas.

Agradezco tener que preparar listas de reproducción para los próximos siete días y una reunión con el productor agendada para esta tarde para hablar de un nuevo concurso que planeamos hacer.

Cojo un bolígrafo y me anoto en la mano la hora más tardía posible a la que puedo salir y aun así llegar a tiempo por los pelos. Si algo tengo claro es que no quiero llegar pronto.

*Laurie*

—¿Estás seguro de que ha quedado bien?

Doy un paso atrás, con las manos en las caderas, y observo la mesa del comedor. Oscar me pasa un brazo por los hombros.

—A mí me parece que sí —dice.

Esperaba un elogio más efusivo que ese; es la primera cena de tres platos para adultos que ofrezco, algo que está a años luz de la pizza en el sofá que cenábamos en Delancey Street. Ojalá hubiera tenido oportunidad de invitar solo a Sarah y Jack, de hacer una prueba antes de extender la invitación fuera del círculo. En realidad, no he sido yo quien la ha extendido; se suponía que seríamos solo nosotros cuatro, pero el fin de semana pasado Oscar invitó a su hermano, Gerry, y a su esposa, Fliss, cuando nos los encontramos en Borough Market mientras comprábamos chocolate artesanal para la mousse.

Ya lo sé. No podría parecerme más a una maruja ni aunque lo intentara. Sé compasivo conmigo: es mi primera cena y, para prepararme, llevo semanas mirando un programa tras otro de la chef Nigella Lawson partiendo chocolate artesanal para echarlo a una cazuela mientras bate las pestañas ante la cámara.

Solo he visto al hermano de Oscar una vez, y lo único que recuerdo es que Gerry no da la impresión de parecerse mucho a su encantador hermano menor, y que su esposa, Felicity, que está como un palillo, tiene aspecto de

sobrevivir a base de aire y Chanel n.º 5. Me recuerda a alguien famoso, pero no soy capaz de caer en quién. Pero bueno, así es como mi agradable cena para cuatro se convirtió en una aterradora cena para seis, y me he pasado todo el día en la cocina siguiendo con gran meticulosidad una complicada receta de *coq au vin*. Y tampoco es que sea un *coq* cualquiera. Esta afortunada ave ha sido alimentada con maíz, mimada y envuelta en papel marrón encerado por un carnicero, así que espero con todas mis fuerzas que eso se refleje en el sabor, porque me costó el triple de lo que cuestan sus hermanos envueltos en plástico en el supermercado. He batido la mousse de chocolate hasta dejarla esponjosa, he preparado la ensalada y ahora me muero por una copa de vino.

—¿Te molestaría que te quitara el pintalabios a besos?

—Sí.

Una de las ventajas de trabajar en una revista para adolescentes es la plétora de muestras de productos de belleza que inunda la oficina; es evidente que las adolescentes de hoy en día gastan mucho más dinero en cosméticos que yo hace una década. Esta noche estoy probando una nueva marca de lápices labiales que se ha puesto de moda; el estuche se parece más a un consolador de la era espacial que a un carmín, y aunque no confiere a mis labios más volumen, el prometido aspecto «picadura de abeja», el producto es cremoso e intenso y hace que me sienta un pelín más segura.

Oscar pone cara de desilusión durante unos segundos, pero el ruido del timbre interrumpe la conversación.

—Llega alguien —susurro con la mirada clavada en él.

—Sí, suele pasar cuando das una cena —dice—. ¿Voy yo a abrir o quieres hacerlo tú?

Me acerco a la puerta a hurtadillas y miro por la mirilla con la esperanza de que Sarah y Jack sean los primeros. No tengo suerte.

—Es tu hermano —digo sin voz mientras regreso junto a Oscar de puntillas.

—¿Debo deducir que eso significa que abro yo? —pregunta.

—Me voy a la cocina, tú llámame cuando estén dentro, como si no lo supiera —digo mientras me dirijo a ella.

—¿Puedo preguntar por qué? —dice con suavidad Oscar.

Me quedo parada en la puerta.

—¿Para que no parezca demasiado ansiosa?

La verdadera razón es que necesito echarme al colete una copa de vino

para que me dé valor; de repente, mi característica torpeza social vuelve a estar vivita y coleando.

Cojo el móvil mientras saco el vino de la nevera y envío un mensaje rápido a Sarah:

¡Daos prisa! G. y F. ya están aquí. ¡Necesito refuerzos!

Echo un vistazo al *coq au vin*, y me complace informar de que se parece bastante a la foto del libro de recetas. Eh, Jamie Oliver, mi polla es mejor que la tuya. Estoy riéndome para mis adentros cuando me vibra el teléfono; en cuanto oigo que Oscar me llama, lo cojo enseguida.

De camino, 5 minutos máx. A Jack se le ha hecho tarde, llegará cuando pueda. Lo siento. ¡No os bebáis todo el vino sin mí!

Cinco minutos. Puedo aguantar. Puto Jack, la semana pasada Sarah prácticamente se echó a llorar aquí mismo, en nuestra cocina, después de que volviera a dejarla tirada porque tenía que trabajar hasta tarde. Y la cosa no hará más que empeorar cuando empiece su nuevo trabajo de presentador dentro de un par de semanas. De aquí a nada, la única manera de saber algo de Jack será sintonizar su programa de radio. Me sacudo el enfado y pongo en la cubitera la botella de vino; después me planto una sonrisa en los labios casi picados por una abeja y me dirijo hacia el salón.

—No creo que aguante mucho más sin secarse —digo.

Sarah y yo bajamos la mirada hacia el ya ligeramente menos impresionante *coq au vin* y luego mira el reloj y niega con la cabeza.

—Lo siento mucho, Lu, de un tiempo a esta parte se comporta como un completo idiota. Sabe lo importante que esto es para ti.

De momento, Jack lleva más de una hora y media de retraso, y salvo por el mensaje que envió justo después de que Sarah apareciera para anunciarnos que ya no tardaría en llegar, no ha dicho ni mu.

—¿Y si le mando yo un mensaje? A lo mejor le da miedo abrir los tuyos

—propongo mientras le relleno la copa.

Hace un gesto de negación.

—No te molestes. Venga, saquemos esto y cenemos. Él se lo pierde.

Tal vez sea mejor que Jack decida no presentarse esta noche al final; ya llega lo bastante tarde para quedar como un maleducado de tomo y lomo, y hay muchísimas posibilidades de que Sarah le arranque la cabeza si aparece.

Son más de las diez, el *coq au vin* ha sido un éxito y Gerry no está tan mal después de un par de copas. Fliss es horrible: abstemia y vegetariana, manda huevos... Me habría dado igual, ¡pero es que no me había dicho ni una puñetera palabra al respecto hasta que le puse delante un muslo de pollo enorme! (Por cierto: ya he caído en a quién me recuerda: a Wallis Simpson, la duquesa de Windsor, toda una avispa.) Y Jack sigue sin aparecer. Por si fuera poco, ni siquiera ha llamado. Sarah está tan enfadada que ha empezado a referirse a él únicamente como «cara de culo» y a beber más vino del que es habitual en ella; el pobre Oscar está haciendo todo lo posible por defenderlo a pesar de que Jack no ha hecho nada para ganarse esa lealtad.

—¿A quién le apetece un poco de mousse de chocolate? —pregunto en voz alta para cambiar de tema.

—Uf, sí —gime Gerry como si acabara de ofrecerle una mamada, pero al mismo tiempo Fliss emite un siseo similar al grito de la Bruja Mala del Oeste

cuando Dorothy le lanza el agua.

Miro primero al uno y luego a la otra, sin saber qué hacer, pero el móvil de Sarah se ha puesto a vibrar y todos lo miramos expectantes. Durante el transcurso de la cena, Sarah ha pasado de tenerlo escondido debajo del trasero para echarle un vistazo furtivo de vez en cuando a dejarlo a plena vista sobre el plato vacío de Jack. Creo que podría ir con segundas.

—Ahí lo tienes. —Oscar respira aliviado—. Dile que no pasa nada, Sarah, que queda comida si no ha cenado.

El móvil se agita y traquetea sobre el plato de porcelana blanca de Jack.

—Personalmente, a mí no se me ocurriría cogerle el teléfono. —Fliss mira a Sarah con desprecio, llena de arrogante desdén—. Menudo caradura.

Sarah me mira, vacilante e insegura.

—¿Qué hago?

—Contéstale —digo más que nada para tocar las narices a Fliss, y un segundo después Sarah coge el móvil y poco menos que hincó un dedo en la tecla.

—Mierda. Ya había colgado —dice. La decepción reluce en sus ojos a pesar de que añade—: Le está bien empleado, por caraculo. —Vuelve a dejar el teléfono en el plato de Jack—. Tomemos el postre.

Cuando empujo mi silla hacia atrás, el teléfono de Sarah vibra de nuevo para avisarla de que Jack le ha dejado un mensaje.

—Seguro que está por ahí, en algún bar —dice Fliss pese a que no tiene derecho a opinar, pues ni siquiera conoce a Jack.

—Estará liado en el trabajo.

Gerry batea a favor del Equipo Jack vete tú a saber por qué, tal vez porque su esposa le cae tan mal como a mí.

Sarah coge el teléfono.

—Enseguida lo sabremos.

Se hace el silencio en torno a la mesa y todos oímos la voz metálica que informa a Sarah de que tiene un nuevo mensaje en el buzón de voz. Mi amiga resopla y pulsa la tecla de nuevo, y yo cruzo los dedos bajo la mesa para que Gerry gane la apuesta.

«Hola, este es un mensaje para Sarah —dice un tipo que habla a toda pastilla con cierto dejo australiano. Sarah alza la vista hacia mí, con el ceño fruncido ante la desconocida voz masculina—. Llamo porque este teléfono se le ha caído del bolsillo a un hombre que acaba de sufrir un grave accidente de tráfico en Vauxhall Bridge Road. Su número aparece como el que marca más a menudo; ahora mismo estamos esperando con él a que llegue la ambulancia. Pensé que querría saberlo lo antes posible. Me llamo Luke, por cierto. Ya me dirá, cuando pueda, qué debo hacer con este teléfono.»

Sarah comienza a derramar lágrimas abrasadoras y aterradas antes de que termine el mensaje, y me arrodillo junto a su silla y le quito el teléfono de entre las manos temblorosas antes de que se le caiga.

—¿Qué hago, Laurie?

Respira demasiado deprisa, aferrada a mi mano. Ha perdido todo el color de la cara; no puede mantener ni un solo dedo quieto.

—Vamos a donde está —digo intentando mantener la voz firme—. Pediré un taxi, llegaremos en unos minutos.

—¿Y si está...?

Tiembla con tanta fuerza que le castañetean los dientes.

—No digas eso —la interrumpo mirándola a los ojos de hito en hito, pues necesito que me escuche—. No lo digas. Ni siquiera lo pienses. Todo va a salir bien. Lo primero es llegar allí, las dos juntas, tenemos que ir paso a paso.

Sarah asiente, aún titubeante, tratando de recuperar la compostura.

—Las dos juntas. Paso a paso.

La abrazo con fuerza, y la mirada desolada de Oscar se cruza con la mía por encima del hombro de Sarah. Miro hacia otro lado.

5 de agosto

*Laurie*

Está vivo. Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios.

Estamos acurrucados en unas sillas de metal clavadas al suelo, bebiendo un líquido tibio que Oscar ha sacado de la máquina expendedora. No sé si es té o café. La médica vino a hablar con nosotros hace un par de horas; aún no podemos ver a Jack. «Está en el quirófano», nos dijo con una voz serena y tranquilizadora que, aun así, hizo que se me pusieran los pelos de punta.

Traumatismo craneoencefálico. Costillas fracturadas. Hombro izquierdo fracturado. Lo de los huesos rotos puedo sobrellevarlo, porque sé que los huesos se arreglan. Es el traumatismo craneoencefálico lo que me aterra; van a hacerle un escáner, o como quiera que se llame lo que le hagan, y después deberían saber algo más. No asimilé todo lo que nos dijo porque la sirena de mi botón del pánico empezó a ulularme en el cerebro. Traumatismo craneoencefálico. La gente muere de traumatismo craneoencefálico. «No te mueras, Jack. No te atrevas a dejarnos. A dejarme.»

Estamos sentadas una a cada lado de su cama, Sarah y yo. Intentamos ponernos en contacto con su madre en los confusos minutos posteriores a que lo localizáramos en el hospital Saint Pancras, pero entonces Sarah se acordó de que está en España con Albie, el hermano de Jack. Fui yo quien le dejó el mensaje, y no Sarah, para no darle un susto de muerte.

Así que lo cuidamos juntas, y esperamos, porque nos han dicho que por ahora es lo único que podemos hacer. Ha salido del quirófano, está fuera de peligro inmediato, pero no podrán determinar el alcance de las lesiones cerebrales

hasta que recupere la conciencia. Está pálido e inmóvil por completo, salvo por el movimiento ascendente y descendente de su pecho desnudo. Está cubierto por una maraña de vendas y tubos, conectado a todo tipo de máquinas y goteros. Nunca había estado tan asustada. Tiene una apariencia demasiado frágil, y me ha dado por preocuparme por qué ocurrirá si se va la luz. Tienen generador, ¿no? Porque no creo que Jack se mantenga vivo por sí mismo en este momento, depende de la red eléctrica nacional.

Qué ridículo. A lo largo y ancho de Londres la gente está poniendo a calentar el hervidor de agua y cargando el móvil como si nada, consumiendo una energía preciosa que debería guardarse y enviarse aquí para mantener a Jack con vida. «Por favor, no te mueras, mi querido Jack. No nos dejes. No me dejes.»

Cuidados Intensivos es un lugar extraño de laboriosidad silenciosa entreverada de pánico; las pisadas constantes y delicadas de las enfermeras, el ruido metálico de los informes de los pacientes contra los extremos metálicos de las camas, una sinfonía de pitidos y alarmas de fondo.

Observo a Sarah recolocar a Jack en el dedo la pinza de plástico que monitoriza los niveles de oxígeno mientras una enfermera escribe su nombre en una pizarra sobre la mesilla de noche en mayúsculas azules y brillantes.

Cierro los ojos y, aunque nunca he sido ni remotamente creyente, rezo.

10 de agosto

*Laurie*

—No intentes moverte, llamaré a la enfermera.

Vuelvo la cabeza para pedir ayuda mientras Jack lucha por incorporarse en la cama a pesar de que la enfermera jefe de la unidad le ha dicho en términos inequívocos que presione el timbre si necesita ayuda.

—Me cago en todo, Lu, deja de armar revuelo. Puedo hacerlo solo.

No correría el riesgo de hacer estas tonterías si Sarah estuviera aquí, porque

ella le daría una patada en el culo. Solo se la está jugando hoy porque es viernes y he salido temprano del trabajo para visitarlo sola. Hace un par de días que ha recuperado el conocimiento y los médicos, gracias a Dios, han podido confirmar que no le ha quedado ninguna secuela cerebral permanente, aunque todavía están haciéndole pruebas porque tiene problemas de audición en un oído. Desde entonces ha quedado claro que Jack es el peor paciente del mundo. Su carácter independiente es, por lo general, una de sus mejores cualidades, pero que se niegue a pedir ayuda raya en lo peligroso teniendo en cuenta su estado. Está sondado y tiene una vía en la mano para administrarle analgésicos; cada vez que se enrabieta e intenta hacer las cosas solo activa una furiosa serie de alarmas y pitidos agudos que hacen que las enfermeras acudan corriendo.

Me siento cuando la auxiliar de enfermería cruza la sala a grandes zancadas y lo acomoda entre las almohadas.

—Tu cara bonita está empezando a ponerme de los nervios, O’Mara —le

espeta la mujer en ese tono de «tonterías las justas» que emplea el personal médico experimentado.

Jack sonrío a modo de disculpa.

—Gracias, Eva. Lo siento. ¿Puedo ofrecerte una uva?

Señala con la cabeza la cesta de frutas que tiene al lado, un regalo de sus compañeros de trabajo.

—¿Te haces una idea de la cantidad de uvas que me ofrecen aquí dentro?

—Lo mira por encima de las gafas—. Si quieres hacer algo por mí, pulsa el timbre la próxima vez que necesites ayuda.

No tiene tiempo que perder, así que se marcha y nos deja solos otra vez.

Estoy sentada en uno de esos sillones de escay fáciles de limpiar junto a la cama de Jack, en un rincón de una sala con seis camas ocupadas sobre todo por ancianos. Es la hora de visitas de la tarde, aunque nadie lo diría teniendo

en cuenta que la mayor parte de ellos dormita en pijama encima de las sábanas blancas y arrugadas, sin un solo familiar a la vista. La ventana que tengo detrás está abierta de par en par y hay ventiladores encendidos sobre algunas de las mesillas de noche, y aun así apenas corre el aire.

—Hoy hace mucho calor ahí fuera —digo.

He tenido la prudencia de sentarme en el lado por el que Jack todavía oye bien.

Suspira.

—¿A eso ha quedado reducida nuestra amistad? ¿Ya solo podemos hablar del tiempo?

—¿De qué otra cosa quieres hablar?

Encoge el hombro que no tiene roto y luego esboza una mueca de dolor.

—Das consejos en una revista. Cuéntame qué preocupaciones tienen los jóvenes de hoy en día.

Me desenrollo un coletero de la muñeca y me echo el pelo hacia atrás para recogermelo.

—Vale. Bueno, la mayoría de los jóvenes que escriben son chicas, así que me hacen muchas preguntas relacionadas con la regla.

Pone cara de aburrimiento.

—¿Y sobre qué más?

—Los granos. Tienen muchos problemas con los granos. La semana pasada alguien me preguntó si la saliva de perro era buena para el acné.

La absurdidad le ilumina la cara.

—¿Qué le contestaste?

—Que la saliva de gato es mejor.

—No me creo que le dijeras eso.

—Joder, pues claro que no se lo dije.

—Deberías habérselo dicho.

Le sirvo un vaso de agua helada de la jarra que un celador acaba de depositar en su mesita auxiliar y le pongo una pajita nueva.

—Toma, bebe un poco.

Le cuesta sujetar la taza con un hombro roto y la mano del otro brazo impedida por la vía, así que le sostengo el vaso en alto mientras él succiona por la pajita.

—Gracias —dice, y vuelve a recostar la cabeza sobre la almohada. Cierra los ojos y suelta un bufido de fastidio por el esfuerzo y por el hecho de tener que pedir ayuda para algo tan básico como beber agua—. Cuéntame más cosas.

Intento pensar en algo que pueda estimular su imaginación.

—Ah, ya sé. Hace un par de semanas me escribió un chico porque está loco por una chica que se va a vivir a Irlanda. Él tiene quince años y ella pertenece a una estricta familia católica que no aprueba su relación. Quería

saber cuántos años debía tener para poder mudarse legalmente a Irlanda él solo.

—El apasionado amor juvenil... —dice Jack con los ojos aún cerrados—.

¿Qué le dijiste?

Me fijo en la extrema palidez de su cara, en lo hundidos que tiene los pómulos. Nunca le había sobrado ni un solo gramo, y las consecuencias de llevar casi una semana sin apenas comer nada sólido son evidentes.

—Le dije que sé lo doloroso que puede resultar dejar marchar a alguien a

quien piensas que amas, pero que no creo que haya una única persona en el mundo para cada uno de nosotros. Sería demasiado caprichoso, demasiado limitante. También le dije que debería dejar pasar un poco de tiempo para apreciar cómo se siente entonces, y que lo más seguro es que se dé cuenta de que ya no piensa tanto en ella, porque así son las cosas, sobre todo cuando tienes quince años. Le dije que llega un momento en el que tienes que tomar la decisión de ser feliz, porque estar triste durante tanto tiempo es agotador. Y

que ese día miras atrás y ya no consigues recordar qué era exactamente lo que tanto amabas de aquella persona.

Jack asiente, con los ojos cerrados.

—Pero también le dije que, a veces, en muy pocas ocasiones, la gente vuelve a tu vida. Y que si eso sucede, deberías mantener a esa persona a tu lado para siempre.

Me sumo en el silencio. Se ha quedado dormido. Espero que sueñe con cosas bonitas.

15 de septiembre

*Jack*

«Cabrones.» Lanzo el móvil contra el revoltijo de tazas sucias y restos de comida que hay encima de la mesita de café y vuelvo a hundirme en el sofá lleno de bultos. El clima también puede irse a tomar por el culo, el puto sol está dándome justo en los ojos. Me levantaría a echar las cortinas si tuviera las más mínimas ganas, pero no las tengo, así que me limito a cerrar los ojos.

Teniendo en cuenta que ahora estoy oficialmente en el paro, tampoco pasa nada si vuelvo a quedarme dormido. Eso es lo que ocurre cuando te pones demasiado gallito y entregas la carta de dimisión en tu trabajo anterior antes de empezar en el nuevo, y encima te atropella un tipo que sufre un derrame cerebral al volante de su Volvo. Al menos estoy vivo, eso es lo que me dice todo el mundo; que mire el lado bueno de las cosas o alguna otra gilipollez igual de trillada. ¿Dónde está el lado positivo de no poder incorporarte al puesto por el que llevas luchando toda tu puñetera carrera profesional? Pasé

por infinidad de reuniones y entrevistas, llegué al apretón de manos, lo único que me faltó fue firmar sobre la línea punteada; el nombramiento iba a anunciarse en la prensa al cabo de unos días. Me habían enviado por correo el contrato de mis sueños para que lo firmara, y de pronto, ¡pam!, estoy postrado en una cama de hospital y un puto don nadie no tarda ni un segundo en ocupar mi lugar. Han pasado de mí, y ahora el don nadie soy yo y, según van las cosas, dentro de un par de meses ni siquiera podré pagar mi parte del alquiler. Los médicos no son capaces de decirme si recuperaré la audición del

oído derecho, y no creo que nadie venga a hacer cola a la puerta de mi casa para contratar a un DJ que no oye una puta mierda. ¿Y entonces qué hago?

¿Me voy a vivir con Sarah y esa arpía de su trabajo? Esa posibilidad ni siquiera existe. La arpía le iría enseguida al casero con el cuento del subalquiler ilegal; ya le fastidia tener que compartir apartamento con una persona, y además parece que yo le resulto especialmente odioso. Estoy seguro de que nada la haría más feliz que verme en una caja de cartón junto al Támesis. No creo ni que me tirara dinero para una taza de té.

Vaya, qué alegría, oigo el tintineo de unas llaves en la puerta de entrada.

Ojalá hubiera tenido la previsión de quedarme en la cama y echar el pestillo de la habitación. Billy está en una boda familiar en algún punto del norte del país, y Phil, que es técnico de sonido en mi ahora antiguo lugar de trabajo, está en Goa, lo cual significa que solo puede ser una persona. Sarah. Sarah, con su eterna sonrisa y su entusiasmo por la vida, cuando lo único que a mí me apetece es zamparme un plato precocinado caducado y ver el partido del sábado por la tarde. Y eso que ni siquiera me gusta el fútbol.

—¿Jack? Ya he vuelto. ¿Dónde estás?

—Aquí —contesto lo más malhumoradamente posible.

Sarah aparece en la puerta, toda piernas con ese vestido de tirantes rosa, y en algún recoveco del fondo de mi mente me siento avergonzado por estar repantingado en el sofá con los mismos pantalones de chándal manchados de curri desde hace tres días. Ha estado un par de días en Exeter o en no sé dónde por un reportaje; si te soy sincero, creía que no volvería a casa hasta

mañana. Los puñeteros analgésicos me han frito el cerebro. Me habría cambiado de pantalones, al menos.

—Tienes pinta de haberte pasado toda la noche poniéndote hasta arriba de drogas —dice intentando ser graciosa—. Es eso o que estás reviviendo tus días de estudiante. ¿Cuál de las dos cosas?

«Genial, recuérdame lo que me estoy perdiendo, Sarah.»

—Ninguna. Aquí solo estamos el mando a distancia, un pollo *vindaloo* y yo —contesto sin mirarla.

—Parece el título de una película con pretensiones artísticas —dice Sarah, y se echa a reír en voz baja mientras recoge las tazas sucias.

—Deja eso, ya lo haré yo.

—No es molestia.

—Aun así, déjalo.

Me mira y su deslumbrante sonrisa se desvanece a toda prisa.

—¿Y si me permites cuidarte de vez en cuando? Por favor.

Resignado, cierro los ojos y apoyo la cabeza en el sofá mientras ordena mi caos; me siento como un adolescente rencoroso cuya madre acaba de presentarse en su habitación cuando estaba a punto de cascársela. Por Dios, soy gilipollas. Huelo el perfume de Sarah, intenso y exótico, y me recuerda a las noches de juerga por la ciudad, e incluso esas mismas noches más tarde, en la cama. No hemos vuelto a acostarnos desde el accidente. La verdad es que tampoco nos acostábamos muy a menudo ya antes de que ocurriera. Abro los ojos cuando la oigo soltar los platos y las tazas en el fregadero de la cocina. Su perfume aún flota en el aire, y se superpone al olor del curri de anoche y de mi sudor rancio. No es una buena combinación.

—Había pensado que podríamos salir dentro de un rato —dice casi a gritos tras encender la radio de la cocina—. Hoy hace un día precioso.

Suspiro, aunque no lo bastante alto para que me oiga. Me siento asqueroso, y demasiado cansado para tomarme la molestia de hacer algo al respecto. No creo que me queden calzoncillos limpios. El hombro sigue doliéndome y las costillas todavía me molestan, seguramente porque he pasado de hacer los ejercicios que me han ido dando en las sesiones semanales de fisioterapia a las que a veces voy. Solo Dios sabe por qué. Se me rompieron los huesos. Ya

se arreglarán. Pero no hay fisioterapeuta que valga para el oído; lo único que de verdad me importa que me arreglen es lo único que ha quedado dañado para siempre. Bueno, me hablan de audífonos y cosas por el estilo, pero siendo sinceros, ¿qué puñetero sentido tiene? El auténtico problema es que mi carrera se ha ido al garete, y los médicos no pueden hacer nada para solucionarlo.

—¿Qué opinas?

Sarah aparece de nuevo en la puerta ataviada con los guantes de goma verde menta que compró hace unas semanas.

—¿Que pareces un ama de casa de los años cincuenta?

Pone los ojos en blanco.

—Me refiero a lo de salir, Jack. Solo a dar un paseo por el parque o algo así, a comer en esa cafetería nueva de Broadway, quizá. Me han comentado que es muy californiana.

¿Qué cojones se supone que significa eso? ¿Que sirven zumo de hierba de trigo y kale?

—Tal vez.

—¿Te preparo la ducha?

Siento un estallido de ira.

—¿Quién coño eres, mi madre?

No me contesta, pero atisbo el dolor que le invade sus ojos y vuelvo a

sentirme como un capullo. Es que estoy harto de que todo el mundo se preocupe por mí. Cuando no es Sarah, es mi madre, que aparece dos veces a la semana con comida que no me apetece comer.

—Lo siento —mascullo—. Tengo un mal día.

Asiente despacio. Si pudiera ver el interior de su cabeza, supongo que me la encontraría despotricando a saco, dedicándome toda clase de insultos bien

merecidos. A pesar de que no ha abierto la boca, la oigo gritar «cabrón egoísta».

—Tú ve a ducharte —dice al final, y regresa a los cacharros por limpiar.

Me levanto para hacer lo que me ha pedido y, al pasar por la cocina, me planteo abrazarla junto al fregadero, besarle el cuello y pedirle perdón como es debido. Luego oigo la alegre musiquilla publicitaria de la radio, la presentación de alguien a quien antes consideraba un rival, y el ardor acre de la envidia arrasa con cualquier deseo pasajero de mostrarme educado.

«Cabrones.»

24 de octubre

*Laurie*

—No sé qué hacer, Laurie.

Sarah hace girar el vino en la copa con una expresión de lo más desgraciada en la cara. Me envió un mensaje de texto hace un rato para ver si era posible que tomásemos algo después del trabajo; aunque todavía tenía un montón de correos electrónicos pendientes de revisar, por el tono del mensaje deduje que necesitaba desahogarse, así que pasé de los emails y nos vimos.

No me equivocaba. Sabía que la vida con Jack no había sido un camino de rosas desde el accidente, pero por lo que Sarah ha estado contándome a lo largo de la última hora parece que últimamente está llevando las cosas a un límite que pronto será intolerable.

—Y ahora ha decidido que ya no va a tomar más analgésicos —me explica —. Anoche los tiró todos al váter. Me dijo que lo atontan, pero yo creo que prefiere sentir dolor para poder quejarse.

Si te parece un poco insensible, no la juzgues con dureza. Ha hecho todo lo posible por poner buena cara en todo momento desde el accidente, y sé con certeza que ha recibido muy poco agradecimiento por parte de Jack. Ya han pasado casi tres meses, y cada vez que lo he visto desde que salió del hospital su actitud ha rozado la grosería, sobre todo con Oscar. Ha llegado a un punto en el que casi prefiero no verlo.

—Supongo que no ha tenido ninguna buena noticia profesional, ¿no?

Conozco la respuesta a la pregunta antes de hacerla. Aunque ahora ya está bastante bien a nivel físico, a nivel emocional dista mucho de haberlo superado. De todas las lesiones que podría haber sufrido, la pérdida parcial de la audición resulta especialmente cruel dada su profesión.

Sarah niega con la cabeza.

—No sé si está buscando y de lo que estoy más que segura es de que no ha contactado con ninguna emisora. —Se come un anacardo de la bolsa abierta que hay en la mesa entre ambas—. Estoy preocupada, Lu. Está enfadadísimo todo el puñetero rato. Y nunca quiere hacer nada; el mero hecho de conseguir que salga de casa es un verdadero tira y afloja verbal. —Suspira—. Me preocupa que esté convirtiéndose en un ermitaño o algo así.

Trato de escoger bien mis palabras:

—Ha pasado por un gran trauma. Puede que sea una estrategia de afrontamiento, ¿no?

—Pero es que ese es justo el problema: no está afrontándolo. Está sentado mirando a la pared y dejándose crecer una barba que le queda como el puto culo.

Relleno nuestras respectivas copas con la botella de vino blanco semivacía de

la cubitera que hay al lado de nuestra mesa.

—¿Y si intentas hablar con su médico?

—Jack dice que lo asfixio. —Frunce el ceño con la mirada fija en la copa

—. Tendrá suerte si no lo hago, según está comportándose. Ya no me llama ni me escribe. He recibido más mensajes de Luke que de Jack desde el accidente. Así de mal se han puesto las cosas.

Sarah se ha mantenido en contacto esporádico con Luke, el amable australiano que encontró el teléfono de Jack la noche del accidente.

—¿Está mal que me muera de ganas de marcharme la semana que viene?

Hago un gesto de negación.

—No está mal en absoluto. Debes de estar desesperada por tomarte un

respiro. —La celebración de la despedida de soltera de su hermana en las islas Canarias no podría haber llegado en un momento más oportuno—.

Puede que a Jack le vaya bien rumiar las cosas sin que estés tú para animarlo.

Tendrá que arreglárselas solito.

Suspira de nuevo y se encoge de hombros.

—Tú tienes mucha suerte con Oscar. Creo que nunca lo he visto de mal humor.

He de esforzarme mucho para recordar la última vez que discutimos.

—Sí. Es un tipo bastante estable.

—No me harías el enorme favor de ir a ver a Jack mientras estoy fuera,

¿verdad? —Me mira como si fuese su última esperanza—. A lo mejor contigo sí se abre. Bien sabe Dios que conmigo no quiere hablar.

¿Qué se supone que debo contestarle? No puedo decirle que no.

—¿Crees que hablaría con Oscar? Tal vez funcione mejor con un hombre.

Ni siquiera he terminado de decirlo y ya sé que es una idea ridícula.

Sarah niega con la cabeza, abatida.

—Por favor, no te ofendas, Lu, y no se lo cuentes a Oscar, pero no sé si Jack y él están en la misma onda. A ver, a Jack le cae bien, pero creo que a veces le cuesta saber qué decir cuando está con Oscar.

Lo cierto es que no tengo ni idea de cómo reaccionar a eso, así que me limito a asentir y dar un buen trago al vino. Como no me quedan más opciones, meto la mano en mi bolso de Kate Spade y saco la agenda.

—Vale. —La abro y paso un dedo por la página de la semana que viene hasta llegar al sábado—. Me parece que Oscar se va de caza por la mañana.

Me echo a reír cuando Sarah enarca las cejas.

—No preguntes. Una de esas cajas de experiencias que alguien le regaló a su hermano, creo. ¿Podría pasarme a ver a Jack mientras Oscar se marcha a hacer eso?

El alivio le relaja los hombros.

—No sé cómo llegar hasta él; estamos en un punto en el que todo lo que digo le molesta. Tal vez piense que contigo no puede ser tan maleducado y hacer como que no ha pasado nada.

Mi móvil está encima de la mesa, y cuando empieza a vibrar entre las dos me siento casi culpable, pues la pantalla se ilumina con una foto mía y de Oscar en Tailandia.

—Es Oscar, que me pregunta por la cena —comento mientras ojeo su mensaje a toda prisa.

Me aterroriza ignorar los mensajes por si ha pasado algo; no es de extrañar,

teniendo en cuenta lo que le ocurrió a Jack.

—Muy hogareño —dice Sarah.

No puedo negarlo. No he hecho el menor avance en la búsqueda de un piso al que mudarme, en parte por lo que le pasó a Jack, pero si te soy honesta, sobre todo porque estoy disfrutando de lo de jugar a las casitas sin la onerosa responsabilidad de la hipoteca y las facturas. Es una forma de vida ridícula, lo sé, pero para Oscar las cosas siempre han sido así, y tengo que reconocer que es increíble sentirse tan segura. De vez en cuando me pregunto si no será demasiado seguro, demasiado estable, pero aquí sentada escuchando a Sarah me doy cuenta de que debería agradecer mi buena estrella.

—Bueno... —Sarah hace un gesto con la cabeza en dirección a mi teléfono, donde destella una foto de la pasta a la boloñesa que Oscar acaba de preparar —. Diría que tienes que marcharte.

Me levanto para irme, pero antes la abrazo con fuerza.

—Todo volverá a ir bien con Jack, Sar, sé que será así. Las ha pasado canutas. Dale tiempo.

—Tengo la sensación de que es lo único que hago —dice mientras se pone la chaqueta.

La temperatura ha bajado en los últimos días. De repente, las calles de Londres se han llenado de abrigos.

—Disfruta un poco del sol.

Me entran muchísimas ganas de marcharme con ella, de bailar, de reír, de que nos mostremos alegres y despreocupadas como cuando vivíamos en Delancey Street.

—Me tomaré un cóctel por ti —dice con una sonrisa.

3 de noviembre

*Jack*

—¡Tienes una visita en la sala de estar, Jack, chavalote! —grita Billy desde el pasillo.

Estoy en el cuarto de baño lavándome los dientes sin mucho esmero. Sé que no puede ser Sarah, porque se ha largado a Tenerife a tomar el sol. Y sé que tampoco es nadie del trabajo, porque, ah, claro, no tengo trabajo. Y

espero con todas mis fuerzas que no sea otra vez la plasta de mi madre, porque si es ella y Billy la ha dejado entrar cuando salía con Phil para irse al fútbol, me lo voy a cargar. Debería haber aceptado la invitación de mis compañeros de piso y haberme ido al partido. Uy, espera... Si no me han invitado. No los culpo, la verdad. Ya casi nunca me preguntan si quiero hacer planes con ellos, porque saben que la respuesta será no. A lo mejor es Mila Kunis. Está de suerte, me he duchado.

—Laurie —digo lo bastante sorprendido para quedarme parado en la puerta de la sala de estar.

Está sentada en el brazo del sillón, con el abrigo de lana rojo aún abotonado y el gorro de punto con pompón entre las manos.

—Jack.

Esboza una sonrisa vacilante que a duras penas consigue alcanzarle los ojos.

Vuelvo la cabeza por encima del hombro para mirar hacia la cocina, pues de repente caigo en la cuenta de que es posible que no haya venido sola.

—¿Dónde está el niño pijo?

—Se llama Oscar —contesta malhumorada.

Hago un gesto de indiferencia. Lo cierto es que no quiero hablar de ese imbécil, así que cambio de tema.

—¿Café?

Niega con la cabeza.

—¿Vino? ¿Una cerveza?

Vuelve a negar mientras se quita el abrigo, así que voy a la cocina y me cojo una birra para mí.

—Me alegro de verte —me dice cuando vuelvo y me desplomo en el sofá

—. ¿Cómo va todo?

—Genial. —Levanto el botellín—. A tu salud.

Se sienta en silencio mientras me trinco la mitad de la cerveza.

—¿Estás segura de que no te apetece una?

—Son las diez y media de la mañana, Jack.

Tengo la esperanza de que la cerveza sea el clavo que me saque el clavo de la resaca. Estoy empezando a arrepentirme de haberme deshecho de todos los analgésicos de una sola tacada y de haberme medicado con vodka en su lugar. Sé que esto no puede seguir así; todavía estoy medio pedo de anoche.

—¿Has venido hasta aquí solo para decirme qué hora es? Porque para eso ya tengo un reloj de pulsera.

Me miro la muñeca desnuda y me doy cuenta, demasiado tarde, de que ha pasado bastante tiempo desde la última vez que vi mi reloj. Lo más seguro es que esté en algún sitio entre los montones de mierda de mi habitación; Billy y Phil se empeñan en ser unos obsesos de la limpieza aquí fuera, así que mi habitación es el vertedero de todas mis cosas. Mi pregunta parece desconcertar a Laurie. A saber por qué. Ha empezado ella con sus observaciones moralizadoras sobre mi consumo de alcohol.

—No, he venido porque estoy preocupada por ti —responde, y se desliza desde el brazo del sillón hasta el asiento, con las rodillas dobladas hacia mí.

—Bueno, como puedes ver, no tienes por qué estarlo. —Hago un gesto ostentoso hacia mi camiseta, que, por pura casualidad, hoy está limpia—. Al contrario de lo que sin duda te habrá dicho Sarah, no estoy revolcándome en

la fosa hedionda de mi propia autocompasión. Me he duchado y he desayunado, así que puedes retirarte de tu vigilancia de prevención de suicidios o lo que se suponga que sea esto.

—Una camiseta limpia no es suficiente para convencerme de que estás bien —dice—. Cuenta conmigo en cualquier momento si necesitas hablar con alguien, ¿de acuerdo?

Me echo a reír.

—Hazte voluntaria en el Teléfono de la Esperanza, si lo que quieres es escuchar los problemas de la gente.

—Para de una vez, ¿vale? —me espeta mirándome con fijeza—. Ya basta.

—¿Ya basta? —Espero que el afiladísimo tono de burla sea suficiente para cortarla—. ¿Que ya basta?

Levanta la barbilla, no aparta los ojos redondos y recelosos de mí.

—Sí, Jack. Ya basta. No he venido a pelearme contigo. No hay ninguna razón para que seas tan borde.

La miro a los ojos.

—¿Cómo te va el trabajo?

Parece que le cuesta unos instantes adaptarse al ritmo de mi rápido cambio de dirección.

—Eeh, sí —dice—. Va bien. Me gusta.

—Me alegro por ti —asiento, y apunto hacia ella mi botellín de cerveza—.

Aunque siempre imaginé que encontrarías algo un poco más, ya sabes, adulto.

No me siento orgulloso de mí mismo en estos momentos. Sé lo mucho que significó para Laurie conseguir ese empleo, y que se le dará la leche de bien.

No se me ocurre una persona de mejor corazón y más bondadosa para responder a los problemas de los adolescentes sin menospreciar sus preocupaciones. Veo el daño que mi comentario ofensivo le ha hecho. Lo mejor para los dos sería que se marchara.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—Pero todo el mundo tiene que empezar por algún sitio.

—Sí, supongo que sí —dice—. ¿Cómo te va la búsqueda de trabajo?

Vaya, qué lista. Justo cuando empezaba a sentirme como un gilipollas, va ella y me lanza esa pulla.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. Se pelean por mí, pero no quiero cerrarme ninguna puerta.

—Deberías comprarte una maquinilla de afeitar nueva por si te llaman para alguna entrevista.

A la defensiva, me paso la mano por la barba incipiente. Vale, puede que ya no tenga una barba incipiente sino una barba en toda regla, pero creo que me queda muy bien.

—¿Has venido a buscar pelea? Porque la encontrarás.

—No, claro que no —replica exasperada—. Mira, Jack, todo el mundo está preocupado por ti: Sarah, tu madre... Sé que lo del accidente debe de haber sido durísimo, y que perder ese puesto fue una putada, pero no puedes quedarte aquí encerrado hasta pudrirte. Tú no eres así.

La observo mientras habla; cómo se mueve su boca, la hilera uniforme de sus dientes. La cerveza se me habrá subido a la cabeza.

—Has cambiado muy poco con los años —me sorprende diciendo, y la expresión de su rostro pasa de inquieta a incómoda—. Sigues recordándome

a una huerfanita de la calle o a una granujilla parisina.

Parece alarmada, como si fuera a decir algo pero se lo repensara para acabar soltando otra cosa.

—Sarah me ha contado que has tirado tus analgésicos.

—Me atontaban.

—Eso es lo que se supone que deben hacer, Jack. Atontan el dolor.

Resoplo, porque me atontaban el cerebro, no solo el dolor. Caminaba como si llevara puestas unas botas de plomo, estaba demasiado cansado hasta para sacar mis huesos de la cama, demasiado confundido para pensar en nada que no fuera la siguiente comida o cuánto tiempo me quedaba para regresar al catre. Una pequeña parte de mí reconoce que el alcohol surte en mí prácticamente el mismo efecto.

—Te echo de menos.

No reconozco esas palabras como mías; tanto es así, que estoy a punto de darme la vuelta para ver si hay alguien a mi espalda.

Laurie cambia de actitud y se arrodilla delante de mí para cubrirme las manos con las suyas.

—Mírame. Jack, escucha... Por favor, déjanos ayudarte. Déjame ayudarte.

Déjame volver a ser tu amiga.

Me mira con sinceridad, con esos enormes ojos violáceos, mientras me aprieta los dedos con los suyos.

—Entre nosotros las cosas siempre han sido así, ¿eh? —No tengo ningún tipo de control sobre las palabras que escapan de mi boca—. Cuando me miras, sé que me ves de verdad, tal como soy. No creo que nadie más me vea, Lu. No como tú.

Traga saliva y baja la mirada, con el ceño fruncido y confusa por la deriva

que ha tomado nuestra conversación. Yo también lo estoy.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunta tras volver a mirarme a los ojos, obstinadamente decidida a no apartarse de su misión—. ¿Hacemos una lista de todas las cosas que tienes en la cabeza y hablamos de ellas?

La única cosa que tengo ahora en la cabeza es Laurie.

—Siempre hueles a flores de verano. Es el mejor olor de todo el jodido mundo.

¿Qué estoy haciendo?

—Jack...

Soy incapaz de no hacerlo. Es la primera vez que me siento como un hombre desde que tengo memoria, y es una sensación que te cagas, como despertar de un coma. Noto su mano cálida y frágil en la mía, y hago lo único que soy capaz de hacer, o quizá lo único que soy incapaz de no hacer. Bajo mi boca hacia la de ella y la beso; me tiemblan los labios, o puede que sean los suyos. La pillo desprevenida y durante un segundo es perfecto: mi mano en su cara, sus labios calientes entre los míos. Pero entonces ya no es perfecto, porque Laurie se echa hacia atrás de golpe, se aleja de mí y se pone en pie tambaleándose.

—Joder, Jack, ¿qué estás haciendo?

Tiene la respiración agitada, una mano apoyada en la cadera y el torso ligeramente inclinado hacia delante, como si acabara de dejar de correr.

—¿No es esto lo que habías venido a buscar? —replico, vengativo en mi vergüenza, mientras me paso el dorso de la mano por la boca como si supiera a rancio—. Ya sabes, todo eso de que cuando el gato no está...

Contiene una exclamación y se lleva las manos a las mejillas sonrojadas, horrorizada por lo que acabo de insinuar.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo, Jack O'Mara, pero si vuelves a decirme algo así, se acabó. ¿Está claro?

—Oh, qué altiva y arrogante, Laurie —digo con desdén, y luego me pongo

de pie y empiezo a caminar de un lado a otro porque de repente la habitación me resulta claustrofóbica. Llevo meses encerrado aquí dentro, y ahora lo único que quiero es abrir la puerta y salir. Caminaría hasta el límite de nuestra isla, y luego me adentraría en el mar y no pararía hasta que todo hubiera terminado—. Pero no siempre ha sido así, ¿a que no? Todo era diferente cuando eras tú quien necesitaba consuelo, ¿no? Cuando estabas triste, agotada y regodeándote en tu propia desgracia.

Está negando con la cabeza muy despacio, y se le han llenado los ojos de lágrimas.

—Por favor, no sigas hablando, Jack. No era lo mismo y lo sabes.

—Sí —escupo—. Era diferente porque eras tú quien me necesitaba a mí en aquel momento, y yo no fui un cabrón tan altivo y arrogante como para rechazarte. —La señalo bruscamente con el dedo y lo dejo suspendido en el aire que nos separa—. Me apiadé de ti, y ahora que se han vuelto las tornas no puedes rebajarte a devolverme el puto favor.

No es cierto. Ni una sola palabra de todo ello. No reconozco al perdedor despiadado en el que me he convertido. Doy un paso hacia ella, para hacer no sé qué, pero Laurie se aleja de mí, horrorizada. Veo en sus ojos a la persona en la que me he convertido y me da asco. Pero entonces, cuando se mueve, atisbo el puñetero colgante en forma de estrella de mar y estiro una mano para agarrarlo. No sé por qué, es irracional, solo quiero hacer algo para que se detenga, pero se aparta de mí con un respingo y la cadena que le rodea el cuello se rompe. Me quedo mirando el colgante un segundo, luego lo tiro al suelo y nos mantenemos inmóviles observándonos con desprecio. Laurie tiene el pecho agitado y yo oigo la sangre que me corre por las venas como si fuera el mar al chocar contra las rocas.

Despacio, con cautela, Laurie se agacha y recupera su collar sin quitarme los ojos de encima, como si fuera un animal a punto de atacarla.

—Lárgate a tu casa, Estrella de Mar, y no vuelvas —digo escupiendo el

patético mote con el que he oído a Oscar llamarla cuando cree que nadie lo oye.

Se echa a llorar, dominada por un sollozo incontrolable, y entonces se da la vuelta y echa a correr, deja atrás la puerta, mi piso, mi vida. La veo alejarse desde la ventana, y después me tumbo en el suelo y me quedo allí.

*Laurie*

Jack me ha asustado esta mañana. No, me ha aterrado. No sé qué responderé a Sarah cuando me pregunte cómo ha ido la visita. No tenía ni idea de en qué estado se encontraba Jack, y está peligrosamente deprimido. Bien sabe Dios que no es un hombre dado a la violencia ni a las palabras crueles en circunstancias normales; me ha dado miedo verlo así.

Me hago un moño alto en el cuarto de baño y tuerzo la cabeza para mirarme la nuca. Tal como imaginaba, tengo una marca, un pequeño arañazo rojo donde el cierre del collar se me clavó antes de romperse. Me aplico un paño frío encima, y acto seguido me desplomo y me siento en el borde de la bañera. Lo del cuello me da igual; conozco a Jack lo suficiente para saber que nunca me haría daño a propósito; la cadena era bastante delicada, así que no me extraña que se rompiera con facilidad. Pero sí me importa lo que significaba. Y sus palabras: «No vuelvas».

12 de noviembre

*Jack*

—Quiero encargarme unas... flores —digo.

Llevo varios minutos merodeando por la floristería, esperando a que se quede vacía. Aquí dentro ya ha llegado la Navidad, el local está decorado con espumillón y coronas de acebo, y hay toda una pared cubierta de estantes desde el suelo hasta el techo llena de esas enormes plantas rojas que todo el mundo coloca en la repisa de la chimenea y se esfuerza por mantener con vida hasta Año Nuevo.

La florista de cuarenta y tantos años está envuelta en un plumífero y tiene los

dedos rojos y agrietados. Hace tanto frío que se me condensa el aliento.

—¿Tienes alguna idea de cuáles? —me pregunta sin dejar de garabatear en el pedido del cliente anterior.

—¿De las que dicen «siento haber sido un idiota»?

Deja de mover el lápiz, y la mirada que me lanza me indica que ya ha pasado antes por esto.

—¿Rosas rojas?

Niego con la cabeza.

—No, no. Nada que sea, ya sabes, romántico.

Entorna los ojos.

—A las mujeres más maduras suelen gustarles los crisantemos... A las madres, por ejemplo.

Joder, ¿esta tía es florista o psicóloga?

—No son para mi madre. Solo quiero algo que diga que lo siento de verdad. A una amiga.

Desaparece en la trastienda y vuelve con un cuenco de cristal repleto de peonías gordas, unas de un blanco lechoso y otras azul lavanda.

—¿Algo así?

Me quedo mirándolas. Son casi del mismo color que los ojos de Laurie.

—Solo las blancas —respondo. No quiero que las flores transmitan ningún tipo de significado imprevisto—. ¿Tiene una tarjeta para escribirle algo?

Me pasa una caja de zapatos dividida en secciones por etiquetas escritas a mano. Resulta revelador que uno de los compartimentos más grandes sea el de «lo siento»; está claro que no soy ni el primer ni el último tío que ha

entrado aquí porque se ha comportado como un imbécil. Busco el diseño más sencillo de todos, tomo una decisión impulsiva y saco dos.

—Al final me llevaré dos cuencos, por favor —digo, y señalo con la cabeza las peonías que ha dejado en el suelo detrás del mostrador.

—¿Dos?

Enarca las cejas.

Asiento, y esta vez su mirada sugiere que no estoy causándole precisamente buena impresión.

—¿No quieres que las diferencie un poco?

—No, las quiero tal como están, por favor.

Que piense lo que le apetezca, me da igual. Si encargo las mismas flores, no me equivocaré cuando Sarah las mencione.

Se encoge de hombros e intenta aparentar indiferencia.

—Yo solo entrego las flores —dice—. Sus asuntos son cosa suya.

Me pasa un bolígrafo y se aleja para ayudar a otro cliente que acaba de entrar con un cartel de «Papá Noel, entra aquí» y un ramo de muérdago que ha cogido del exterior.

Miro la minúscula tarjeta y me pregunto cómo narices se supone que voy a decir lo suficiente en un espacio tan reducido. Llevo semanas portándome como un tarado. La visita de Laurie fue la gota que colmó el vaso; cuando se marchó me tumbé en el suelo y caí en la cuenta de que corro el riesgo de que todas las personas a las que quiero tiren la toalla conmigo. Es aterrador lo sencillo que puede resultar que tu vida se suma en una espiral de descontrol; un día estaba en la cima, y al siguiente estoy tirado boca abajo en la alfombra, babeando. No he vuelto a beber desde entonces, y he ido al médico para que me recete unas pastillas más suaves para controlar el dolor. Me sugirió que fuera a terapia; aún es pronto, me parece que todavía no estoy preparado para charlas íntimas.

«Sarah —escribo—, siento haber sido tan gilipollas últimamente. Eres un ángel por aguantarme. Cambiaré. J. xx.»

La guardo dentro del sobre antes de que esta florista que parece la viva imagen de la televisiva jueza Judy la lea de reojo, y escribo el nombre y la dirección de Sarah en el anverso.

La otra tarjeta me mira con fijeza, vacía e intimidante.

«¿Querida Laurie? ¿Laurie? ¿Lu?» No sé qué tono adoptar. Titubeo, con el boli a punto, y luego lo mando todo a paseo y escribo sin dar demasiadas vueltas, con la esperanza de que me salga bien. Lo peor que puede pasar es que tenga que gastarme otros veinte peniques en una tarjeta nueva.

«Hola, Laurie —escribo—. Te pido disculpas por mi comportamiento. En realidad, no pienso ni una sola palabra de las que te dije. Ni una sola. Salvo que te echo de menos. Lamento haber jodido nuestra amistad. Jack (imbécil) X.»

No es perfecta, pero tendrá que valer, porque la florista agudiza la vista cuando aparece de nuevo detrás del mostrador para acabar de atenderme.

Meto la tarjeta en el sobre y relleno el anverso, luego deslizo ambos sobres sobre el mostrador en dirección a la mujer.

No dice ni una palabra mientras me prepara la cuenta, pero cuando me devuelve la tarjeta de crédito sonrío. Una sonrisa mordaz que dice que eres una muy muy mala persona y que, aunque acepto tu dinero, eso no significa que te dé mi aprobación.

—Tendré cuidado de no confundir las entregas —anuncia con sarcasmo.

—De acuerdo —digo.

Me he quedado sin réplicas inteligentes, porque la florista tiene razón. Soy una muy muy mala persona, y no me merezco el perdón de ninguna de las dos.

13 de noviembre

*Laurie*

—¿Hay otro hombre que te envía flores? Dime quién es y lo retaré a un duelo.

Oscar acaba de llegar del trabajo y aún está colgando el abrigo cuando ve el cuenco de peonías encima de la mesa del vestíbulo. Me planteé muy en serio tirarlas a la basura cuando me las entregaron hace un rato; estaba claro que Oscar me preguntaría de quién eran y no quería mentirle. Al final no las tiré. Son tan bonitas que merecen ser admiradas; las flores no tienen la culpa de que sea Jack O'Mara quien las ha enviado. Sonríe ante el comentario despreocupado de Oscar; no sé si es que está tan seguro de nuestra relación que no le preocupa o si es demasiado bueno para su propio bien y siempre está dispuesto a llegar a la conclusión más benévola. Aunque no me sorprendería que tuviera una pistola para duelos.

—Me las ha mandado Jack —digo jugueteando con el colgante de estrella de mar que he arreglado sin mencionar nada a Oscar.

Se queda parado tras dejar las llaves junto al cuenco y frunce el ceño durante una fracción de segundo, la más minúscula de las dudas.

—Tuvimos una pequeña discusión hace poco —digo.

Desde el día en que fui al apartamento de Jack, no he parado de darle vueltas a qué contarle a Oscar; cuánta información constituye la verdad, cuánta omisión constituye una mentira. Ahora desearía habérselo contado todo.

Me sigue hasta la cocina y se sienta en uno de los taburetes altos mientras sirvo un par de copas de vino tinto. Es la rutina que hemos establecido para las noches en que no sale a cenar con algún cliente; es un poco «ama de casa de los años cincuenta», ya lo sé, pero Oscar trabaja hasta tarde tan a menudo que por lo general para cuando llega a casa ya tengo la cena lista y una botella abierta. Es lo menos que puedo hacer teniendo en cuenta que vivo aquí sin pagar nada. Aun así... Sea como sea, da igual; mientras no me pida que le caliente las pantuflas o que le rellene la pipa, todo va bien. Llegar a

casa y ponerme a trocear hortalizas tiene algo de relajante, sobre todo después de días tan largos como el de hoy. Ser consultora sentimental para adolescentes no va solo de gestionar el estrés por el vestido de graduación y dar consejos sobre la regla. Esta tarde mi bandeja de entrada ha estado particularmente repleta; he estado investigando la bulimia para tratar de ayudar a un chico de quince años que me escribió contándome el problema que le oculta a su familia. Ojalá pudiera hacer algo más; a veces me siento muy poco cualificada para este trabajo.

—¿Sobre qué discutisteis Jack y tú?

—Jack tenía a Sarah disgustada —contesto—. Su comportamiento autodestructivo había llegado al punto de convertirse en regodeo. Sarah me preguntó si me importaría intentar hablar con él, y la cosa no salió muy bien.

Mi forma de hablar es anormalmente rápida, como si fuera una niña en el escenario del teatro del colegio con prisa por soltar las líneas ensayadas antes de que se le olviden y fastidie la obra. De pronto me doy cuenta de que, prácticamente desde que lo conocí, he mentido sobre Jack O'Mara a diversas personas por diversos motivos. Aunque solo sea por omisión.

Oscar prueba el vino mientras me ve sacar del horno el estofado que he preparado.

—Quizá le iría bien cambiar de aires —sugiere con una voz indescifrable.

Asiento.

—Puede que unas vacaciones fueran una buena idea.

Se afloja la corbata y se desabrocha el botón superior de la camisa.

—Me refería a algo un poco más a largo plazo. A empezar de cero. —Se interrumpe y me observa con atención—. Una ciudad nueva. Porque, a ver, en todas partes hay una emisora local, ¿no?

¿Cuál será el nombre colectivo de los murciélagos?, me pregunto. ¿Una horda? ¿Una plaga? Y entonces lo recuerdo. Una colonia. Tengo una colonia

de murciélagos detrás de las costillas, se aferran a mis huesos con las garras al colgarse boca abajo, y la mera mención de que Jack empiece de cero en algún lugar distinto a Londres hace que se alteren y agiten sus espeluznantes alas tan finas como el papel. Me provoca náuseas. ¿Sería mejor que Jack se marchara? ¿Adónde iría? ¿Y Sarah se iría con él? La idea de perderlos hace que, en lugar de dar el sorbo que pretendía, me beba un trago enorme de vino.

—A Sarah le resultaría demasiado difícil dejar Londres a causa de su trabajo —digo con suavidad mientras saco los cuencos del armario.

Oscar me mira y da otro sorbo al vino.

—Hay trenes. Ella podría quedarse en Londres.

Oscar nunca ha expresado una opinión abiertamente negativa sobre Jack, pero tengo la sensación de que ahora se contiene por los pelos. Sé muy bien que hay trenes y que podrían viajar para verse si vivieran en ciudades diferentes. Es solo que no quiero que lo hagan.

—Es una idea —digo con la esperanza de que sea una idea que jamás se les haya pasado por la cabeza a ninguno de ellos dos.

¿Soy egoísta? Veo ventajas en la idea de que Jack empiece una vida de cero en algún lugar sin ninguna de las connotaciones negativas que lo persiguen aquí: el accidente, su carrera profesional estancada. Ahora pienso que yo también soy uno de esos factores negativos. Nuestra amistad está

frágil, un incendio ha dañado su estructura; si la analizo en retrospectiva, no consigo discernir si alguna vez fue tan genuina como yo pensaba. Parece auténtica, pero se construyó a propósito porque los dos queremos a Sarah.

Oscar se muerde la lengua; esta noche hay un clima extraño entre nosotros, un peso en el aire, un aviso de tormenta.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunto sonriendo, al menos por fuera.

—Liado. —Suspira—. Me presionan mucho. Peter sigue de viaje, así que tengo que hacer la mayor parte de su trabajo, además del mío.

En ocasiones me pregunto si la banca es la verdadera vocación de Oscar.

El tira y afloja de ese mundillo no encaja en absoluto con su naturaleza, aunque quizá subestime su capacidad camaleónica para cambiar de personaje en cuanto se coloca los tirantes rojos sobre los hombros por las mañanas.

¿Quién es el verdadero Oscar? ¿Mi enamorado tailandés de pecho descubierto o el de la camisa almidonada de la ciudad? Si me lo hubieras preguntado hace un año, te habría contestado que el primero, sin dudarlo, pero ahora ya no estoy tan segura. A pesar de la presión, no cabe duda de que disfruta con lo que hace. Llega temprano al banco y se queda hasta tarde, y nunca lo veo más feliz que en las noches en las que ha cerrado un trato. ¿Qué diré dentro de cinco o diez años? ¿Lo habrá absorbido y masticado tanto el universo empresarial que ya no alcanzaré a ver a mi Robinson Crusoe?

Espero que no, más por él que por mí.

—¿Por qué no vas a darte una ducha? —Retiro la tapa del guiso y le añado un poco más de vino; luego vuelvo a meterlo en el horno para que se cocine unos minutos más—. A esto le queda un ratito.

Al final de la noche recorro el piso para apagar las luces antes de ir a acostarme junto a Oscar. Me detengo en el vestíbulo, con el dedo en el

interruptor de la lámpara de mesa cuya luz baña el cuenco de peonías en un resplandor cremoso. Son impresionantes, pero a una de ellas ya se le ha caído un pétalo que ha aterrizado sobre el suelo de madera. Es lo que tienen las flores, ¿no? Son exuberantes y extravagantes y exigen atención, y piensas que son exquisitas, pero entonces, en muy poco tiempo, ya no son ni siquiera bonitas. Se marchitan y ponen el agua marrón, y enseguida llega un momento en que ya no puedes seguir aferrándote a ellas.

Me dirijo hacia el dormitorio y me deslizo desnuda entre las sábanas y entre los brazos abiertos de Oscar, y presiono los labios contra su pecho.

2013

Propósitos de Año Nuevo

Durante los últimos años he comenzado mis propósitos con el deseo de conseguir mi primer trabajo en la industria editorial.

Oficialmente, este año no necesito ponerlo en la lista, aunque en secreto desearé pasar a algo un pelín más exigente que aconsejar a las adolescentes sobre chicos y sobre cómo trenzarse el cabello a lo Katniss Everdeen. No es que no lo disfrute; es más bien que nuestro número de lectores es un tanto modesto y no veo forma de ascender en la revista. Además, ni siquiera me gusta Justin Bieber.

Técnicamente, debería anotar el propósito de buscarme otro sitio donde vivir, porque ya llevo seis meses viviendo con Oscar y siempre se dio por sentado que esta sería una solución temporal. Pero yo no quiero vivir en ningún otro sitio y él no quiere que me vaya, así que no lo escribiré. Parece que nos hemos saltado varias etapas típicas de las relaciones, pero en nuestro caso las cosas han sido así desde el primer momento en que Oscar me habló en Tailandia. De todas formas, ¿quién decide lo que está bien y lo que está mal en el amor? Esto no es una novela romántica por fascículos, es la vida real. Sí, a veces su adoración me resulta abrumadora; es de esas personas que hablan de sus sentimientos a pecho descubierto, y es casi como si se hubiera tatuado mi nombre en él. Al menos una vez a la semana sigue pidiéndome que me case con él, y aunque sé que el noventa por ciento de la pregunta es en broma, creo que reservaría la iglesia si lo sorprendiera y contestara que sí.

Le encanta hacer regalos, es un amante considerado y una embarcación estable en la que navegar.

Así que la verdad es que no sé cuál es mi propósito de Año Nuevo. Tratar de no caerme por la borda, supongo.

8 de febrero

*Laurie*

—¿Estás segura de que la receta decía que había que echar toda la botella de ron? —pregunto después de escupir un poco en la taza de cristal llena de ponche que Sarah acaba de pasarme para que lo pruebe—. Me ha dejado el paladar en carne viva.

Se ríe con picardía.

—Es posible que lo haya adulterado un poquito.

—Bueno, así al menos todo el mundo estará demasiado borracho para darse cuenta si la fiesta no sale muy bien —digo mientras recorro el piso con la mirada.

Oscar lleva casi toda la semana en Bruselas por trabajo, lo cual me ha permitido dedicar las tardes a prepararle una fiesta sorpresa de cumpleaños perfecta. Mañana cumple veintinueve años. He envuelto y guardado cuidadosamente todo objeto perteneciente a su madre que pareciera caro o quebradizo, he cocinado y congelado canapés dignos de un concurso televisivo, y Sarah y yo nos hemos pasado casi toda esta tarde recolocando los muebles para maximizar el espacio. Tenemos suerte de vivir en un bajo con jardín: siempre podemos dejar que la gente se instale en él si el piso se llena demasiado. Aunque esperemos que no sea necesario, porque hace mucho frío y, según la previsión meteorológica, cabe la posibilidad de que nieve más tarde.

—Será fantástica —dice Sarah volviendo la cabeza mientras se dirige al cuarto de baño—. Al fin y al cabo, te has agenciado al mejor DJ de la ciudad.

No me queda del todo claro si es un comentario sarcástico o no.

Han pasado tres meses desde aquel horrible enfrentamiento en casa de Jack un sábado por la mañana, y gracias a Dios parece que por fin está volviendo a encarrilarse, lo cual incluye aceptar ser el DJ de la fiesta de cumpleaños de mi novio. Y lo que es aún mucho más importante: su antigua emisora ha vuelto a contratarlo, aunque en un puesto algo menos prestigioso que el que ocupaba antes, razón por la que Sarah acaba de comentarme que ya está buscando algo mejor. Solo lo he visto una o dos veces desde Navidad, y nunca a solas. La primera vez, en enero, resultó increíblemente incómoda; a pesar de las preciosas flores que me había enviado, no había sido capaz de perdonarlo del todo. Pero cuando Sarah fue al cuarto de baño, Jack me agarró de la mano y se disculpó, prácticamente me suplicó, y su mirada intensa y rota me partió el corazón. Supe que lo sentía de verdad. A mí me había hecho

daño, pero se había herido mucho más a sí mismo.

Me anima constatar que su barba por fin es historia y que sus ojos verdes y dorados están recuperando la chispa. No encuentro palabras para expresar lo aliviada que me siento; durante un tiempo no tuve nada claro si Jack sería capaz de encontrar la fuerza necesaria para alejarse del abismo.

Sarah se ha dejado el móvil en la encimera de la cocina, y cuando pita lo miro por costumbre. El mensaje es de Luke.

No estarás libre esta noche, ¿verdad? Me ha fallado el plan a última hora, soy un pringao sin amigos. ¡Sálvame, Sazzle!

Me quedo mirándolo unos instantes, con un runrún en la cabeza, pero luego me aparto y clavo la vista en el frigorífico. No quiero que Sarah piense que estaba cotilleando. Era un mensaje bastante inocente; simpático, no de coqueto. Solo vi a Luke aquella vez que me topé con ellos en un cafetería

cercana al trabajo de Sarah, y no es para nada su tipo habitual: es enorme, todo músculos y pelo alborotado de surfista. Pero ¿Sazzle? Sarah me ha contado que han charlado, por supuesto, y que es superfácil hablar con él de las cosas. ¿Hay algo más? La observo con el rabillo del ojo cuando vuelve a la cocina y coge el móvil; luego se ríe en voz baja y se lo guarda en el bolsillo trasero de los vaqueros sin hacer ningún comentario. Me sorprende, pero lo cierto es que yo tampoco le hablo de todos los mensajes que recibo.

Por no hablar de las demás cosas que nunca le he contado.

—Esto es muy distinto a nuestras fiestas en Delancey Street, ¿no? —dice, y sirve una copa de vino para cada una mientras admiramos la elegante y reluciente cocina—. Has cambiado, Lu.

Me río de su sarcasmo.

—Las dos hemos cambiado.

—¿Sabes con quién me tomé una copa la semana pasada? —Me mira con la cabeza ladeada, como si estuviera tramando algo—. Con Amanda Holden.

—¡No! —Me llevo las manos al pecho como si me hubiera apuñalado—.

Lo sabía.

Se sacude los hombros con las yemas de los dedos y me mira con las cejas arqueadas; luego se rinde y rompe a reír.

—Por lo menos estuvimos en el mismo bar.

Pongo los ojos en blanco.

—Todo llegará.

Y lo digo en serio. A principios de año la ascendieron a un puesto fijo en el telediario del mediodía; está convirtiéndose en alguien a quien la gente sabe que ha visto pero no es capaz de recordar dónde. Dale unos años, y tendrá que llevar una gorra de béisbol y gafas de sol para poder tomarse un café conmigo.

—¿Qué vas a regalar a Oscar por su cumpleaños?

Una oleada de emoción se apodera de mí. Estoy impaciente por que vea su regalo.

—Te lo enseñaré —respondo—. Ven. —La conduzco por el pasillo hacia nuestro dormitorio y abro la puerta—. Ahí lo tienes. ¿Qué te parece? —

Colgado en un lugar privilegiado sobre nuestra cama, hay un gran lienzo enmarcado—. Carly, una de las chicas del trabajo, lo ha pintado a partir de una fotografía que le di.

—Uau.

La suave exclamación de Sarah me indica que está tan alucinada como yo por la forma en que Carly ha logrado captar mucho más que los colores del amanecer y las dimensiones de nuestra pequeña cabaña en la playa de Tailandia. La pintura rezuma vida y serenidad; cuando la miro casi alcanzo a oír el suave vaivén del mar y a oler el café fuerte pero dulce de cuando nos sentábamos en el escalón delantero a ver salir el sol. Estuve a punto de

echarme a llorar la primera vez que lo vi.

—Ya lo sé —digo sin querer apartar la vista del cuadro—. No tengo ni idea de por qué trabaja en la revista. La gente haría cola a la puerta de su casa si supiera lo buena que es.

—Ojalá yo tuviera un talento así. —Sarah suspira.

—Estás de coña, ¿no? —digo. La hago salir del dormitorio y cierro la puerta a nuestra espalda—. Tengo que hacerme visera con la mano cuando sales en la tele.

—Vete a la mierda —se queja, pero le noto en la voz que mis palabras la animan.

Sarah siempre ha sido una divertida mezcla de brillantez e inseguridad; tan pronto está pavoneándose por la sala como un caballo de doma sobreexcitado como se pone a agonizar por una palabra con la que se trabó en su última transmisión.

—¿A qué hora llega Oscar a casa?

Miro el reloj y calculo cuánto tiempo me queda para tenerlo todo y a todos en su lugar.

—Su avión aterriza poco después de las seis —respondo—. Así que ¿sobre las siete y media? He pedido a todos que estén aquí a las siete para asegurar.

Esboza una mueca.

—Espero que Jack se acuerde.

No añade «esta vez». Sin embargo, creo que los pensamientos de ambas se remontan a aquella otra noche de hace unos meses, y elevo una súplica silenciosa para que esta sea memorable por las razones adecuadas.

*Jack*

Estoy bastante convencido de que Sarah da por hecho que llegaré tarde.

Tengo la sensación de que con ella ya no tengo forma de ganar, a pesar de mis disculpas casi constantes. No paraba de darme la brasa con que encontrara trabajo, y ahora que ya lo tengo está todo el día protestando porque paso demasiado tiempo en él. Tampoco es que sea fundamental si estoy presente o no en el momento de la gran sorpresa melodramática que Oscar se llevará cuando llegue a su fiesta. Además, ¿quién monta esas fiestas? Pensaba que solo eran propias de las series cómicas estadounidenses.

Sarah es perfectamente capaz de gestionar la lista de reproducción de Spotify sin mí, y estoy bastante seguro de que no aparezco en la lista de «la fiesta no empieza hasta que llegues» de Oscar. No pasa nada. Él tampoco estaría incluido en la mía.

Pero a pesar de todo eso, y no sé muy bien por qué, aquí estoy, justo a tiempo. Cuando doblo la esquina de su calle, alcanzo a ver la elegante casa adosada en la que viven. Mi aliento se condensa en el aire frío delante de mi

cara, y aun así arrastro los pies para aprovechar al máximo los escasos últimos minutos que me quedan antes de tener que entrar y fingir que me caen bien los petulantes amigos de Oscar. O los petulantes amigos de Oscar y Laurie, supongo que debería llamarlos, teniendo en cuenta que últimamente esos dos no se despegan ni con agua caliente. A veces pienso que para Laurie habría sido mucho mejor liarse con Billy. Al menos es gracioso, y no finge ser lo que no es. De vez en cuando Sarah y Laurie nos arrastran al infierno de una cita doble en la que ellas se ríen como hermanas y nosotros mantenemos charlas educadas como dos vecinos que no se tienen especial cariño. Aunque jamás podríamos ser vecinos, porque él vive en Pijolandia y yo en Stockwell.

Y con independencia de en qué mundo vivamos cada uno, no nos parecemos lo bastante para ser amigos. Lo único que tenemos en común es Laurie, y ella cada día se parece más a él y menos a Sarah y a mí.

Ya estoy delante de la casa. Me planteo pasar de largo, pero Laurie está bajo el dintel de la puerta abierta dando la bienvenida a alguien que no reconozco y levanta apenas la mano para saludarme en cuanto me ve. Me quedo merodeando por allí hasta que su invitado entra en la casa y luego me acerco e intento sonreír.

—Lu.

—Jack. Has llegado.

En un gesto heroico, Laurie resiste la tentación de mirar su reloj de pulsera, y yo intento, en vano, no mirar la estrella de mar que descansa entre sus clavículas. Levanta los dedos para ocultármela, como si temiera que de un momento a otro fuera a dejarme arrastrar por un ataque de ira y a arrancárselo del cuello de nuevo.

—Estás guapa —digo.

Baja la mirada hacia su vestido como si fuera la primera vez que lo ve en su vida. Es de un estilo poco habitual en ella; negro y de aspecto retro, con

ribetes azules y una falda con vuelo que le llega hasta las rodillas. Me trae recuerdos de la reserva natural local de Barnes Common, de beber cerveza al sol y montar en la noria.

—Gracias —dice con una sonrisa vacilante y forzada en los labios mientras me da un beso fugaz en la mejilla—. Pasa. Sarah está en la cocina.

—Me conduce por el vestíbulo enlosado hasta la puerta—. Ha hecho ponche de ron.

—¿Le ha echado demasiado ron?

La carcajada que suelta volviendo la cabeza por encima del hombro para mirarme me deja impactado; es la primera vez desde hace mucho tiempo que se ríe de verdad de algo que digo.

—Por supuesto que sí.

Avanzamos entre grupos formados por personas que en su mayoría no reconozco, aunque hay algunas a las que sí, entre ellas el rubicundo hermano de Oscar, cuyo nombre he olvidado, y su esposa, que tiene cara de chupar limones para desayunar, comer y cenar. Sarah y yo los conocimos el día de San Esteban en un pub no muy lejos de aquí. Fiel a su estilo, Oscar había alquilado una sala para hacer una pequeña celebración de Navidad, porque

¿para qué mezclarse con la chusma del bar cuando puedes cargarte el ambiente metiendo a demasiada poca gente en una sala demasiado grande?

El hermano de Oscar me da un efusivo apretón de manos cuando paso a su lado.

—Me alegro de verte, amigo —dice y, para ser justo, recuerdo que no es tan lúgubre como aparenta.

No puedo decir lo mismo de su esposa. Es como si esa sonrisa tan fina que parece pintada con lápiz le hiciera daño en la cara, y sus ojos entornados me dicen que siga adelante. Bien. En cualquier caso, tampoco tenía pensado

pararme a hablar con ella; no sé nada ni de quinua ni de cómo escalfar un huevo de codorniz a la perfección.

—Jack, estoy aquí.

Sarah. Mi salvadora. A lo mejor ahora que estamos acompañados hasta me trata con amabilidad. Pero Laurie me pone una mano en el brazo y se disculpa antes de marcharse, así que me dirijo hacia la relativa seguridad de la cocina. Sarah está tan despampanante como siempre, ataviada con un vestido que no le he visto antes; es amarillo, ajustado y contrasta con su pelo.

—¿Qué pasa con la música? —digo, y ladeo la cabeza para escuchar mientras ella me saca una cerveza de la nevera.

Está muy claro que esta no es la lista de reproducción que he preparado con tanta meticulosidad.

—Uno de los amigos de Oscar se ha apoderado de mi teléfono. —Esboza un mohín justo cuando un doble de Oscar cruza la puerta—. Este.

—Tu novio ha vuelto a escribirte —anuncia, y le tiende el móvil.

¿Su novio? Estiro la mano e intercepto el teléfono.

—Gracias, colega. Ya me encargo yo de la música a partir de ahora.

El doble de Oscar mira a Sarah y ella le coge el vaso vacío y se lo llena de ponche.

—Ahora manda él —dice sonriendo para rebajar la tensión mientras me señala con la cabeza.

Estrecho la mano blanda al tipo porque la ha dejado suspendida en el aire entre ambos, pero detrás de él la expresión de Sarah es de pánico.

—¿Novio? —le pregunto en voz baja al darle el móvil cuando nos quedamos a solas.

Un mensaje ilumina la pantalla. Es de Luke.

—Quiere que sepas que le gustaría verte esta noche.

Sarah me mira a los ojos y abre la boca para responder justo cuando Laurie se pone a dar palmadas y llama a todo el mundo. Al parecer alguien ha visto a Oscar bajando de un taxi.

—Deberíamos...

Sarah mira hacia la puerta de la cocina, con aire de disculpa.

Una mano asoma por el marco de la puerta y apaga la luz, de manera que la cocina se sume en la oscuridad. Sarah se escabulle de la habitación, y yo me quedo donde estoy, procesando lo que acaba de pasar.

*Laurie*

—¡Sorpresa!

Todos saludamos y aplaudimos cuando Oscar entra por la puerta principal y enciende la luz. Su expresión pasa de preocupada a pasmada y después a incrédula cuando pasea la mirada por la inesperada reunión de gente que ocupa su salón. Todo el mundo se aglomera en torno a él para desearle muchas felicidades, pero yo me quedo rezagada y lo observo, sonriendo, mientras empieza a abrazar a sus amigos masculinos y a besar el aire junto a

las mejillas de sus amigas femeninas. Conseguir que una fiesta sorpresa sea sorpresa es una hazaña nada desdeñable hoy en día, con tanto teléfono móvil y tanto correo electrónico dispuestos a chafarte el plan en cualquier momento.

A lo largo de las últimas semanas, habría estado en su derecho de preguntarse si estaba engañándolo; he estado muy nerviosa y, cada vez que sonaba un aviso de mensaje, me abalanzaba sobre el teléfono. Tengo que agradecer a su naturaleza confiada el hecho de que ni siquiera se le ocurriera preguntarme, y esta noche me alegro por ello, porque me ha permitido prepararle esta sorpresa. Se porta muy bien conmigo, es generoso y considerado en extremo.

No puedo compensarlo con regalos caros, pero espero que reunir a la gente a

la que quiere para contribuir a darle el pistoletazo de salida con estilo a su fin de semana de cumpleaños sirva para demostrarle lo mucho que lo aprecio.

—¿Esto es obra tuya? —me pregunta riendo cuando por fin llega al otro lado de la melé.

—Tal vez. —Sonrío y me pongo de puntillas para besarlo—. ¿Te hemos sorprendido?

Asiente mientras observa nuestra abarrotada sala de estar.

—La verdad es que sí.

—¿Ponche? —ofrece Sarah, que aparece a nuestro lado con dos tazas rebosantes.

Oscar la besa en la mejilla y la libera de uno de los vasos.

—Deduzco que lo has hecho tú —dice tras olfatearlo.

—Es un regalo especial de mi parte.

Sarah le indica con un gesto que beba, y Oscar es tan valiente que lo hace; abre los ojos desmesuradamente y asiente con la cabeza.

—Es... eh. Contundente —dice divertido.

Yo pruebo el mío y me pregunto si los invitados conseguirán salir de aquí si se toman más de dos tazas de este brebaje.

—Creo que iré a quitarme esto. Me siento demasiado envarado entre todos vosotros.

Baja la mirada hacia su traje de trabajo. Me aferro a su mano; no había pensado en la posibilidad de que quisiera cambiarse. Verá el cuadro nuevo en cuanto entre en el dormitorio.

—Iré contigo —digo mirando a Sarah y algo aturullada.

Oscar me mira asombrado.

—Picarona. —Me estrecha la cintura—. Pero creo que deberías quedarte aquí, por lo de ser una buena anfitriona y todo eso.

Sarah interviene para echarme una mano, tan rápida y oportuna como siempre.

—Si os escabullís cinco minutos, nadie se dará cuenta. Si alguien pregunta dónde estáis, lo distraeré con ponche.

No doy tiempo a que Oscar diga nada más, me limito a sacarlo de la habitación y llevármelo hacia el pasillo. Antes de abrir la puerta de nuestro dormitorio, susurro:

—Cierra los ojos. —Me sigue el juego como un verdadero héroe, probablemente porque se espera algún tipo de sorpresa sensual. Lo guio de la mano hacia el interior—. Mantelos cerrados —le advierto, y ajusto la puerta y lo rodeo para poder verle la cara cuando abra los ojos—. Vale , ya puedes abrirlos.

Parpadea y primero me mira a mí, puede que sorprendido de que siga completamente vestida. Dios, espero que no se lleve una decepción. Me paso las manos por la falda pesada. Me enamoré de este vestido a primera vista, hace que me sienta como Audrey Hepburn.

—A mí no —digo, y señalo con la cabeza hacia el cuadro mientras Oscar empieza a quitarse la corbata—. A eso.

Se vuelve, se acerca a los pies de la cama y clava la mirada en la vívida escena que ocupa el lugar más destacado de la habitación. Es como mirar hacia el otro lado del mundo a través de una ventana, y durante unos segundos nos quedamos inmóviles, juntos, cogidos de la mano, y lo observamos. Me aprieta los dedos y acto seguido se sube a la cama para contemplarlo de cerca.

—¿Quién lo ha pintado? —pregunta.

—Una amiga. —Me arrodillo a su lado—. ¿Te gusta?

No me responde enseguida, continúa mirando el cuadro y luego acaricia el relieve de las pinceladas de óleo con la yema de un dedo.

—Volvamos —susurra.

—Vale. —Sonríe con nostalgia—. Mañana a estas horas podríamos estar allí. —Introduzco una mano por debajo de su camisa desabrochada y se la coloco sobre el corazón—. Me haces muy feliz, Oscar —le digo, y él me pasa un brazo por los hombros y me besa en el pelo.

—Esa es mi intención —afirma—. Este es el segundo mejor regalo que podrías haberme hecho.

Levanto la mirada hacia él.

—¿Cuál es el primero?

A lo mejor debería haber optado por un conjunto de lencería atrevido.

Suelta todo el aire, y de repente me pongo nerviosa, porque su mirada es muy intensa y ha pasado de estar arrodillado a mi lado a mirarme de frente.

—Sé que ya te he preguntado esto cientos de veces, Laurie, pero en esta ocasión no estoy de broma, ni riéndome o jugando. —Me coge las manos y se le humedecen los ojos oscuros—. Quiero llevarte allí de nuevo. Pero esta vez quiero llevarte como mi esposa. No puedo seguir esperando. Te amo y deseo tenerte conmigo para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

—Oscar...

El mundo me da vueltas. Me besa el dorso de las manos y luego me mira con temor.

—Di que sí, Laurie. Por favor, di que sí.

Lo miro, y ahí, delante de mí, de rodillas, veo mi siguiente gran paso.

Oscar Ogilvy-Black, mi futuro esposo.

—Sí. Digo que sí.

*Jack*

—¿Por qué ha pensado que Luke era tu «novio»?

Hago el gesto estúpido de unas comillas en el aire al pronunciar la última palabra, apoyado de espaldas en el frigorífico.

Sarah resta importancia al asunto encogiéndose de hombros.

—No lo sé. No ha sido más que un malentendido, Jack. Olvídalo.

Desvío la mirada, asintiendo.

—Puede que sí. Pero afrontémoslo, Sarah, mi héroe australiano y tú os habéis hecho muy amiguitos últimamente, ¿no?

Suspira y clava la mirada en el suelo.

—Ahora no, ¿vale?

—¿Ahora no? —Me río sin ganas al repetir sus palabras en voz alta para reflexionar sobre ellas—. ¿Ahora no qué, Sarah? ¿Que no discutamos en la fiesta de Oscar o que no hablemos de que pasas un montón de tiempo con un tipo cualquiera que cogió mi teléfono por casualidad mientras estaba inconsciente?

No me enorgullezco de lo ingrato que esas palabras me han hecho parecer ni de lo rastrera que deben de haber hecho que Sarah se sienta.

—No es cierto. —Levanta la barbilla, pero sus ojos me dicen que no está siendo sincera del todo, o conmigo o consigo misma—. Bájate de tu pedestal de superioridad moral, ¿vale? —añade—. No he hecho nada con Luke ni con ninguna otra persona, y lo sabes más que de sobra. Yo no te haría eso. Pero, Jack... —De pronto, inesperadamente, los ojos se le llenan de lágrimas—.

Este no es el momento ni el lugar para esta conversación. Es demasiado importante.

—Claro —digo, pero no estoy dispuesto a dejarlo pasar, porque ese mensaje no ha sonado inocente—. ¿Preferirías que saliera de la habitación para poder responder?

Sé que debería dejarlo estar, pero ya llevamos mucho tiempo caminando de puntillas alrededor de la verdad y, sea por la razón que sea, parece que esta noche va a ser el momento en que por fin tropecemos. No se trata solo del mensaje de texto, es todo.

—¿Sabes una cosa, Jack? Le responderé. Le responderé porque, al contrario que tú, él sí se toma la molestia de enviarme mensajes.

—Yo también te mando mensajes —digo a pesar de saber que me muevo en terreno pantanoso.

—De higos a brevas, cuando quieres echar un polvo o te has olvidado algo en el trabajo —dice.

—¿Qué esperas, notas de amor?

Sé que estoy quedando como un gilipollas, pero no me cabe en la cabeza que no se dé cuenta de que en estos momentos no tengo tiempo. No es que ella esté mucho mejor, precisamente.

—¿Sabes qué? Muy bien. Quieres que sea sincera, así que lo seré. He pensado en él, en Luke, de esa forma. Me hace reír y me escucha. Me presta atención, Jack. Tú no, y desde hace ya mucho tiempo. A lo único a lo que le prestas atención es a ti mismo.

«Luke es una puta hiena —me entran ganas de decir— a la espera de rebañar los huesos de nuestra relación.»

—Sí te presto atención.

De repente me cuesta respirar, porque un comentario descuidado de un

extraño en una fiesta ha resultado ser la llama que ha prendido el último hilo que nos mantenía unidos. La conciencia negra, lenta y amenazante como un vertido de petróleo de que todo se ha acabado se me cuela por las suelas de las botas, me sube por las piernas, se infiltra en mi cuerpo y me deja paralizado en un momento en el que sé que debería estirar los brazos y estrecharla entre ellos. Esto se veía venir desde hace tiempo, acechaba en el sofá a nuestro lado cuando mirábamos una película, en una silla vacía en la

mesa de al lado cuando salíamos a cenar, de pie en la esquina de la habitación mientras dormíamos.

—Hay que estar ahí de verdad, hay que escuchar —dice Sarah—. Hace mucho que no estás ahí, Jack. No estabas antes del accidente, y mucho menos después.

Nos miramos con fijeza, cada uno en un extremo de la elegante cocina de Oscar, temerosos de lo que viene a continuación, y entonces el hermano de Oscar entra agitando su taza de ponche vacía en dirección a Sarah.

Como la profesional formada que es, ella activa su sonrisa y le dice algo gracioso mientras coge el cucharón. Presiono el botón de pausa, la observo en acción y luego salgo al jardín a tomar un poco de aire.

—No deberías estar aquí fuera sin abrigo.

Diez minutos más tarde Sarah se sienta a mi lado en el banco del jardín y me pasa una cerveza. Tiene razón. Esta noche hace un frío que pela y mañana lo notaré en el hombro, pero ahora mismo lo prefiero al calor y la cordialidad forzada del interior de la casa.

—Podríamos olvidarnos sin más de la conversación que hemos tenido ahí dentro —dice con la rodilla pegada a la mía en el banco mientras da sorbos de vino tinto.

Esa es mi chica. Puede que esté atiborrando a ponche a los demás, pero ella se limita a lo bueno. Es una de las mujeres con más estilo que he conocido en la vida, y una de las mejores.

—Pero ¿quieres hacerlo, Sar? —le pregunto. Hay algo dentro de mí que no puede evitarlo. No quiero preguntárselo, y sin embargo tengo que hacerlo—.

¿Quieres fingir?

Guarda silencio durante un rato, sin dejar de mirar su copa de vino.

Entonces cierra los ojos y repaso su perfil, tan querido para mí, tan familiar.

Las lágrimas le brillan en las pestañas.

—Sarah, no pasa nada por decirlo, está bien —afirmo, ahora con delicadeza porque esto va a hacernos daño a los dos.

Nadie se tira por un acantilado y se levanta ileso.

—Nada volverá a estar bien, ¿cómo va a estar bien? —dice ella.

Habla como si tuviera unos doce años. Dejo la cerveza en el suelo y me doy la vuelta para mirarla.

—Porque tú eres tú. —El pelo le cae sobre la cara y se lo coloco detrás de la oreja—. Eres maravillosa, hermosa.

Las lágrimas le corren por la cara.

—Y tú eres tú. Testarudo y guapísimo.

Hace ya mucho tiempo que no me siento como un buen hombre; esto podría ser lo más decente que he hecho por Sarah desde hace meses. Ojalá no doliera tanto, joder.

—Pero estuvimos bien, ¿no?

Extiende la mano, sus dedos fríos envuelven los míos.

Ahora la veo, apoyada en el botón de parada del ascensor hasta que accedí a invitarla a comer.

—Muy bien, Sar. Rayando en la perfección, durante un tiempo.

—Eso es suficiente para algunas personas —dice ella—, para mucha gente.

El mundo está lleno de parejas que rayan la perfección.

Están entrándole dudas, me escudriña el rostro. La entiendo. Yo también dudo. No me imagino cómo será mi vida sin Sarah. Quién seré.

—¿Es suficiente para ti? —le pregunto, y juro que si contesta que sí la llevaré a casa, la meteré en la cama y dejaré que también sea suficiente para mí.

No puede contestarme. No porque no sepa qué decir, sino porque sabe que una vez que pronuncie la respuesta no podrá retirarla.

Se apoya en mí y recuesta la cabeza en mi hombro.

—Siempre pensé que nos amaríamos para siempre, Jack.

—Y así será... —le digo, y noto que asiente.

—No quiero despedirme —susurra.

—No lo hagamos todavía —propongo—. Quédate aquí sentada conmigo un poco más. —La abrazo por última vez—. Siempre estaré orgulloso de ti, Sar. Te veré en las noticias, y pensaré: ahí está, esa chica deslumbrante que me cambió la vida.

No estoy demasiado orgulloso de confesar que yo también estoy llorando.

—Y yo te oiré hablar por la radio, y pensaré: ahí está otra vez, ese hombre brillante que me cambió la vida —dice.

—¿Ves? —Le enjugo las lágrimas de los ojos con el pulgar—. No podemos dejarnos, ni siquiera aunque lo intentemos. Yo siempre estaré en el trasfondo de tu vida y tú siempre estarás en el mío. Llevamos demasiado tiempo siendo amigos para dejar de serlo ahora.

Permanecemos allí sentados un rato más, acurrucados el uno junto al otro, viendo los primeros copos de nieve que caen desde el cielo de medianoche.

No hay anillos que devolver, ni posesiones por las que pelearse ni niños que entregar en aparcamientos ventosos. Solo dos personas, a punto de separar sus caminos.

Uno de nosotros tiene que ser quien lo haga —el que se levante y se vaya—, y sé que debo ser yo. Sarah lleva demasiado tiempo siendo la fuerte; tengo que dejarla aquí bajo la protección de Laurie. Durante un segundo la abrazo contra mí y siento la absoluta imposibilidad de todo esto. Hasta el último átomo de mi cuerpo quiere quedarse aquí. Luego la beso en el pelo, me levanto y me voy.

16 de febrero

*Laurie*

—He hecho unos sándwiches.

Ha pasado una semana desde la noche de la fiesta. Desde que Oscar se declaró, y Sarah y Jack rompieron.

La fiesta fue un éxito rotundo, en gran parte gracias al ponche de Sarah, por supuesto. Hasta Fliss se tomó una copa para brindar por el chico del cumpleaños, y media hora más tarde se soltó el moño tirante y preguntó si alguien tenía un cigarrillo. Gerry estuvo a punto de romperse la pierna de lo que corrió para ir a buscarle otra taza de ponche. Yo no tenía intención de contar a todo el mundo lo de nuestro compromiso hasta que se lo hubiéramos dicho a nuestros padres, pero en cuanto salimos del dormitorio alguien gritó:

«¡Sabemos lo que habéis estado haciendo!», y Oscar no pudo contenerse. «Sí.

¡Pedirle que se case conmigo!», contestó a voces, y todos aplaudieron y nos besaron.

Sarah era la primera persona a la que quería contárselo, por supuesto.

Lloró; en aquel momento pensé que eran lágrimas de alegría, una emoción inducida por el ponche. Ni siquiera el hecho de que Jack se hubiera marchado temprano de la fiesta me alarmó, probablemente porque estaba demasiado aislada en mi propia burbuja de felicidad para percatarme del devastador desastre que había tenido lugar en el jardín. Sarah tuvo el coraje de no mencionar su enorme y catastrófica noticia. De hecho, ella no me dijo nada en absoluto. Fue Jack. Me llamó ayer para saber cómo estaba Sarah porque

no le contestaba al teléfono, y cuando le pregunté por qué, tuvo que contármelo. La esperé en la puerta de su trabajo hasta que salió dando tumbos, me la traje a casa y ahora está aquí acurrucada en nuestro sofá bajo una manta.

—Especiales de Delancey Street —le digo, y le paso el plato de sándwiches mientras me cuelo bajo la manta junto a ella.

Oscar, con mucho tacto, se ha esfumado durante el fin de semana y nos ha dejado a nuestro aire para ver películas malas, beber vino tinto reconstituyente y hablar, si Sarah quiere. Cuando ayer salió del trabajo, tenía aspecto de no haber comido apenas en toda la semana; una Sarah fantasma.

—Hace mucho tiempo que no los zampamos.

—Años —digo. Tiene razón. Todos nuestros encuentros en Londres parecen haber sido reuniones apresuradas en restaurantes de lujo o coctelerías; echo de menos nuestras noches tranquilas en casa—. Pero no me he olvidado de cómo se preparan.

Abre un sándwich y mira lo que contiene.

—Te has acordado de la mayonesa —dice con un hilo de voz. Ojalá cogiera uno para comérselo—. A Jack nunca le gustaron mucho. No es muy fan del queso azul.

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza, sin saber qué debería decir porque estoy más que un poquito cabreada con Jack O'Mara. No hizo un gran trabajo al explicarme qué había pasado con Sarah, me contó algo acerca de darse cuenta de que lo bastante bueno no basta, de que ellos eran el uno el

noventa por ciento del otro. En un tono seguramente más borde del que debería haber empleado, le solté que esperar el ciento por ciento era poco realista, un experimento peligroso e infantil que con toda probabilidad resultaría en toda una vida de comidas preparadas para uno. Sarah todavía no me ha explicado qué pasó con exactitud, pero voy a esperar a que me lo cuente cuando se sienta preparada.

—Más para nosotras.

Le quito el plato, pero se lo ofrezco para que se sirva antes de hacer yo lo mismo y dejarlo en el sofá a mi lado. Me lanza una mirada de «no creas que no sé lo que estás haciendo».

—No dejaré de comer hasta quedarme en los huesos —dice, aunque no prueba bocado—. No te preocupes por mí.

—Sabes que esa es una de las cosas más tontas que has dicho en tu vida, ¿verdad?

Muerdo el sándwich y señalo el suyo con la cabeza para indicarle que debería hacer lo mismo. Revuelve los ojos como una adolescente; aun así, me da el gusto de probar un bocado minúsculo.

—Hala. ¿Ya estás contenta?

Suspiro y renuncio a los sándwiches en favor del vino. De todas formas, el alcohol es más útil que el queso en una situación como esta.

—Creo que deberías hablar con Jack. O al menos enviarle un mensaje de texto —le digo, porque a lo largo de la última hora mi teléfono no ha parado de iluminarse con un sinfín de mensajes de él preguntando si Sarah está bien

—. Le he escrito que estás conmigo. Está preocupado por ti.

—No sé qué decirle. —Recuesta la cabeza en el sofá y se mete la manta debajo de las axilas como si estuviera en la cama. Teniendo en cuenta que los sofás de Oscar son de los que se reclinan y que estamos echadas hacia atrás

casi por completo, no es que sea muy distinto a estar acostadas—. Más de tres años juntos y no tengo ni idea de qué decirle.

—No tienes que hablar con él, solo mandarle un mensaje de texto. Para que sepa que estás bien.

Aunque, ahora que lo pienso, aún no conozco toda la historia; tal vez Jack merezca hundirse en la miseria.

—Lo haré —accede Sarah—. Lo haré más tarde.

Suspira, y luego me pregunta cómo me ha parecido que estaba Jack.

—¿Preocupado? —contesto—. No me contó mucho, supongo que pensó que era cosa tuya.

—No quiero que te sientas atrapada en medio de los dos, Lu. No tienes que hacerlo desaparecer de tu vida.

No se me escapa la ironía de sus palabras. Llevo años atrapada en medio de Sarah y de Jack.

—¿Tú vas a borrarlo de la tuya?

Juguetea con una hebra de algodón que se ha desprendido de la manta.

—Creo que tengo que hacerlo. Al menos durante un tiempo. No sé cómo estar con él sin ser nosotros, ¿sabes? Tengo la sensación de que me he pasado los últimos doce meses resentida con él por una cosa u otra, y ahora que ya no tengo que hacerlo no sé cómo reaccionar.

—Doce meses es mucho tiempo de tristeza... —digo, sorprendida de que Sarah haya sido infeliz durante todo un año sin que yo me diera cuenta.

A ver, sabía que los dos estaban liados y estresados antes del accidente de Jack, y que Jack se había comportado como un imbécil en varias ocasiones, pero ¿no pasan todas las parejas por algún que otro mal momento? Me siento una amiga de mierda que va por ahí flotando en su propia burbuja de amor

ajena a todo.

—En mi cabeza le he echado la culpa de todo lo que ha ido mal, Lu. De que nos viéramos cada vez menos, de lo mucho que nos habíamos distanciado o de lo mucho que nuestras respectivas vidas nos habían distanciado, tal vez. El accidente debería haber sido una llamada de atención, pero no hizo más que empeorar las cosas. Y entonces también lo culpé por eso, por regodearse en su sufrimiento, por no recuperarse de inmediato. —La

expresión de Sarah es de absoluto desconsuelo—. Era más sencillo que culparme a mí misma, supongo. Pero tampoco es que yo haya estado muy disponible. Ojalá me hubiera esforzado más por llegar hasta él.

Caigo en la cuenta de que yo misma le he echado toda la culpa a Jack desde que me llamó; no me dijo nada que diera a entender que en cierto sentido la ruptura hubiera sido decisión de Sarah. Es decir, ya sé que estas cosas nunca son o blanco o negro, pero me dio la impresión de que él había puesto punto final porque ella no estaba a la altura de su mítico ciento por ciento. Me siento aliviada y a la vez intranquila al saber que no fue exactamente así.

—No creo que sea culpa lo que en realidad necesitas en estos momentos —digo—. Solo tienes que cuidarte, asegurarte de que estás bien.

—Ya lo echo de menos.

Asiento y trago saliva con dificultad, porque yo también lo echo de menos.

Es raro porque últimamente no lo veo mucho, pero siempre ha estado ahí, como de fondo. Sarah y Jack. Jack y Sarah. Se ha convertido en parte de mi vocabulario, forzado al principio, inevitable al final. Y a partir de este momento serán solo Sarah o Jack. La idea de que él vaya alejándose ahora que ya no están juntos me entristece más de lo que soy capaz de expresar.

—A lo mejor dentro de un tiempo ambos cambiáis de opinión. Quizá solo necesitéis un descanso... —digo, y me siento como una niña cuyos padres están divorciándose.

Fuerza un esbozo de sonrisa, como si supiera que no es más que una fantasía.

—No cambiaremos de opinión. O al menos yo no lo haré. —Hace girar el vino en la copa antes de beber un sorbo—. ¿Sabes por qué lo sé?

Niego con la cabeza.

—No.

—Porque una parte de mí se siente aliviada. —No parece aliviada. Parece más desamparada de lo que la he visto en mi vida—. No me malinterpretes, me siento como si alguien me hubiera arrancado el corazón del cuerpo. Ni siquiera sé cómo funciona la vida sin que Jack esté en ella, pero hay una parte minúscula de mí que... —Se interrumpe y se mira las manos—. Un trocito de mí se siente aliviado. Aliviado, porque estar enamorada de Jack siempre ha sido, en mayor o menor grado, una tarea dura de narices.

No sé qué decir, así que me limito a dejarla hablar.

—Uf, es encantador y, joder, es guapísimo, pero si lo pienso en retrospectiva toda nuestra relación ha consistido en un millón de pequeñas renunciadas, por su parte o por la mía, para que nuestras diferencias no fueran tan grandes como para separarnos. Ha sido un esfuerzo constante, y no sé si el amor debe hacerte sentir así, ¿sabes? No me refiero a esforzarse el uno por el otro... Me refiero a esforzarte por ser alguien ligeramente distinto de quien eres en realidad. Os veo a Oscar y a ti juntos y da la sensación de que os sale de forma muy natural a los dos, como si no tuvieseis que intentarlo porque encajáis sin más.

Es en este momento cuando sé que no hay vuelta atrás para Jack y Sarah.

No me había dado cuenta, porque conseguían que su amor pareciera muy sencillo. Y estoy destrozada por dentro; por ellos, sobre todo, pero también por mí. Me siento como si una parte de mi vida se desintegrara, como si se alejara flotando por el espacio.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunto.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—No lo sé.

Espero y dejo que se desahogue llorando sobre mi hombro mientras le acaricio el pelo.

—Sí... sí que po... podrías hacer una cosa.

—Claro, lo que sea.

Estoy desesperada por hacer cuanto esté en mi mano; odio este sentimiento de impotencia.

—¿Podrías seguir siendo su amiga, Lu? Por favor... Me da miedo que vuelva a aislarse de todo el mundo.

—Por supuesto —respondo—. Eres mi mejor amiga, pero él también me importa. Le echaré un ojo, si eso es lo que quieres.

La abrazo y ella apoya la cabeza en mi hombro. Oigo que se le ralentiza la respiración hasta que se queda dormida. Antes de cerrar yo también los ojos, recuerdo el día en que conocí a Sarah, y la primera vez que vi a Jack, y lo enredadas y complicadas que se han vuelto nuestras vidas a lo largo de los años. Somos un triángulo, pero nuestros lados han ido cambiando de longitud. Nada ha sido nunca igual. Tal vez haya llegado el momento de aprender a valerlos por nosotros mismos, en lugar de apoyarnos los unos en los otros.

20 de abril

*Laurie*

—Tienes que ponerte de mi lado en esto —digo aferrada al brazo de Sarah antes de que abramos la puerta de la boutique de trajes de novia en Pimlico

—. A mi madre le pirran los vestidos tipo tarta de merengue y yo quiero algo sencillo. Es una iglesia pequeña. No dejes que me amedrente y me convenza de comprarme un vestido que no quepa por el pasillo.

Sarah me dedica una sonrisa burlona.

—Siento debilidad por esos vestidos ampulosos y con mucho brillo. Creo que te sentarían bien.

—Lo digo en serio, Sar. No la animes, por el amor de Dios.

Entramos en la tienda, aún entre risas, y veo a mi madre ya enfrascada en una conversación con la vendedora, una glamurosa cincuentona con una cinta métrica echada alrededor del cuello bronceado.

—Ya está aquí.

Mi madre me lanza una mirada radiante cuando nos acercamos y veo que a la vendedora se le iluminan los ojos al ver a Sarah, y que luego se le oscurecen un poco cuando se da cuenta de que la novia soy yo. Estoy segura de que aquí hay un millón de vestidos que le sentarían bien a una mujer alta y con curvas como Sarah, mientras que mi cuerpo de chica más baja y del montón requiere una mayor habilidad estilística para sacarle el máximo provecho. La dependienta lleva las gafas en equilibrio encima del recogido

castaño, pero las coge y se las pone para observarme mientras cuelgo el abrigo en la percha que me ofrece.

—¡O sea, que tú eres mi novia! —dice como si fuera ella la persona con la que voy a casarme, toda exageración teatral—. Soy Gwenda, aunque por aquí también se me conoce como el Hada Madrina.

Esbozo una sonrisa cansina; si algo he aprendido sobre las bodas es que casi todos los que trabajan en este sector han perfeccionado un falso aire de emoción perpetua, como si nada los deleitara más que hacer que hasta el último detalle de tu boda soñada se haga realidad. Lo entiendo. Cuanta más efusividad, más dinero en la caja. El mero hecho de que algo esté relacionado con una boda parece triplicar su precio de manera instantánea. ¿Quieres un par de laureles para poner uno a cada lado de la puerta principal? Claro. Estas bellezas cuestan cincuenta libras el par. Espera, ¿los quieres para el banquete de tu boda? Ah, bueno, en ese caso, deja que ponga unos lazos alrededor de las macetas y te cobro el doble. Pero ya les he pillado el truco. Intento no

soltar la bomba nupcial hasta el último momento, si es que la suelto. No es que Oscar tenga interés alguno en reducir gastos; su madre y él están totalmente poseídos por la fiebre del bodorrio. Está costándome mucho controlarlos. Lo que querría, si se tomaran la molestia de escucharme, es celebrar una boda pequeña, y a diferencia de la mayor parte de la gente que lo dice, yo lo digo en serio: me gustaría algo íntimo y especial, solo para nosotros y para nuestros seres más queridos. Las únicas personas que de verdad deseo que estén presentes por mi parte son mi familia más cercana, Jack y Sarah, y el par de antiguas amigas del colegio con las que me he mantenido en contacto. En cuanto a mis compañeros de trabajo, me caen bastante bien, pero no tanto como para querer que asistan a mi boda. Aunque no es que importe mucho lo que yo opine. Parece que acabaré celebrando una boda lujosa y multitudinaria. Por ejemplo, yo no soy en absoluto religiosa,

pero por lo que se ve, lo de la ceremonia por la iglesia no es negociable, y a ser posible en la misma en la que se casaron los padres de Oscar. Una tradición familiar que mantener, a pesar de que no puede decirse que el matrimonio de Lucille sea algo a lo que aspirar.

Me alegro de haber logrado reservarme la elección de mi propio vestido de novia y del vestido de dama de honor de Sarah; créeme cuando te digo que no fue fácil. Mi futura suegra lleva semanas enviándome enlaces de vestidos, todos ellos dignos de Kate Middleton, o puede que, más en concreto, de la anterior novia de Oscar, Cressida. Oscar rara vez la menciona. Ojalá pudiera decirse lo mismo de su madre, que conserva su foto enmarcada en el salón, encima del piano, por supuesto. Digo «por supuesto» porque Cressida era —

es— concertista de piano. Tiene los dedos largos y finos. Lo tiene todo largo y fino, para serte sincera.

—En mi opinión, el escote corazón es el más favorecedor para los escotes más modestos —dice Gwenda mientras me mira el pecho con algo parecido a la lástima.

Sarah se da la vuelta hacia la pared donde están los vestidos porque le ha entrado la risa. Es la segunda vez en el mismo día que me hacen sentir como si mis tetas dejaran algo que desear; acabamos de salir de una experiencia de compras igual de deprimente en la tienda donde me han tomado medidas para

el sujetador de novia, que, por descontado, costaba el doble que la ropa interior de no-novia que había al lado. Ahora estoy embutida en un corsé con ballenas de una sola pieza que no sé si seré capaz de volver a quitarme ni de que me permita hacer pis, así que la tibia reacción de Gwenda hacia mis atributos me exaspera. Mi madre, bendita sea, interviene.

—Estoy bastante de acuerdo, Gwenda. —Sonríe—. Laurie se parece a mí en ese aspecto. —Baja la mirada hacia su propio pecho—. ¿Qué te parece si primero echamos un vistazo y luego venimos a buscarte?

Gwenda se ofende un pelín y aletea las pestañas enérgicamente detrás de sus gafas con montura de carey.

—Como deseen las señoras. Tienen cita durante toda una hora, así que tómense su tiempo. —Se coloca detrás del mostrador y vuelve a levantar la mirada—. Solo para que lo sepan, hacemos todos los arreglos aquí mismo, no se pasará noches enteras sin dormir preocupándose por si le pierden el vestido cuando lo manden a acortarlo.

Estupendo. Ahora estoy plana y soy bajita. Pues sí que está resultando ser una buena Hada Madrina.

—¿Cómo te encuentras después de todo lo que ha pasado, Sarah, cariño?

Oigo a mi madre susurrar su pregunta mientras le pasa un brazo por los hombros a Sarah, al lado del expositor de vestidos tipo tarta de merengue que estoy evitando a propósito. Mi madre y Sarah se han visto varias veces a lo largo de los años, y comparten un sentido del humor (sobre todo a mi costa) que las unió desde el principio.

—No muy mal, Helen, gracias. Solo intento seguir adelante, mantenerme ocupada.

Sarah esboza una sonrisita de agradecimiento para reforzar sus palabras.

Juntas, hemos bebido más vino del que es saludable a lo largo de las semanas que han pasado desde que sucedió, pero en general considero que está manteniendo bastante el tipo. No estoy segura de poder decir lo mismo de

Jack. Hemos quedado un par de veces para tomar café; Sarah lo sabe, por supuesto. Le prometí que se lo diría siempre que lo viera. Pero no le he contado el meollo del asunto: que la primera vez que nos vimos Jack tenía un aspecto horrible, y la segunda aún peor, como si hubiera llegado de empalmada a la cafetería. Supongo que cada uno sobrelleva las cosas a su manera, pero verlo así me dejó intranquila.

Me pregunto cómo alejar a mi madre de los vestidos de metro y medio de ancho cuando Gwenda acude al rescate de forma inesperada.

—Mamá —dice en voz alta mirando por encima de sus gafas—, en mi opinión las faldas anchas tienden a compactar a mis novias más menudas.

Ahora me toca a mí volverme hacia la pared de vestidos más cercana para esconder mi sonrisa. Que Gwenda la llame «mamá» es otro síntoma del sector de las bodas. A todo el mundo se lo designa según el papel que desempeña en el proceso. Novia, novio, madre de la novia.

Sarah inclina la cabeza y asiente despacio.

—Yo diría que Gwenda tiene razón. No queremos que Laurie sea toda falda, ¿verdad? Estaría desequilibrada, como una de esas muñecas portarrollos que a veces ponen en los aseos.

Se ríe despreocupadamente y entrelaza un brazo con el de mi madre al mismo tiempo que me guiña un ojo y la guía hacia mí. Sonrío, pero también le lanzo una mirada algo asesina. No es que no le agradezca la intervención, pero ¿un portarrollos de papel higiénico? ¿Alguien más quiere insultarme hoy? Las revistas de bodas me aseguraron que esta sería una de las salidas de compras más memorables de mi vida. Estoy segura de que hablaban de lágrimas y champán. Dado el desarrollo que está teniendo este día, no me quedan demasiadas esperanzas al respecto, aunque puede que termine habiendo lágrimas de dolor y necesite un trago de algo muy fuerte.

—¿Qué te parece uno así? —propone Sarah, que sostiene un vestido ajustado de color blanco plateado a lo *art déco*.

Es bonito, pero le sobran detalles y da la sensación de que tiene cola. A Sarah le quedaría impresionante. Estoy a punto de decirle lo fantástica que estaría con él, como una novia sirena, pero entonces recuerdo la polvera que Jack y yo encontramos para ella aquella Navidad y me muerdo la lengua.

Siendo honesta, aquella tarde es también para mí el último día en el que quiero pensar. Estoy orgullosa de que se haya negado a sumirse en la

autocompasión desde que Jack y ella rompieron; está ahí fuera dando lo mejor de sí misma, como siempre, y sé que ha salido un par de veces con Luke, aunque no habla mucho de ello. Creo que ninguno de los dos tiene prisa por poner etiqueta a lo que está sucediendo entre ellos, es demasiado pronto; pero, sea como sea, me alegro de que Luke esté en su vida.

—Tenía pensado algo más sencillo —digo mientras voy pasando los vestidos despacio sobre la barra para echarles un vistazo.

Pasamos unos buenos diez minutos sacándolos todos y apartando los que me gustan, o los que me gustan tanto que decido probármelos. Aunque no es la mejor experiencia de mi vida, no se me ocurre ninguna otra persona, aparte de mi madre y de Sarah, con quien preferiría compartirla. Anoche me deprimí un poco al imaginar cómo habría sido tener a Ginny a mi lado en esta situación, pero en cierto sentido Sarah lo soluciona todo.

Gwenda se acerca con sigilo y da unas palmadas discretas.

—Parece que vamos muy bien —dice mientras explora la mirada por los vestidos que hemos puesto en el colgador dorado especial con ruedas que ella nos acercó antes con gran ceremoniosidad—. Mamá, dama de honor, por aquí.

Las coge por los codos y las conduce hacia el otro lado de una cortina con la fuerza acerada de un funcionario de prisiones. Me quedo inmóvil durante un segundo, pero luego me puede la curiosidad y asomo la cabeza para ver qué está pasando. Ah, ya veo. Ahora es cuando llega lo del champán. Mamá y Sarah están sentadas en unos tronos de terciopelo rosa oscuro y una dependienta más joven que Gwenda está sirviéndoles sendas copas de champán frío.

—Chloe estará a su disposición si necesitan que se las rellenen, señoras —  
dice Gwenda con un guiño.

Sarah me mira a los ojos, y la diversión sin adular de su mirada hace que todos los desprecios que he soportado hasta ahora valgan la pena. No la veía así de feliz desde hace semanas. Tenía dudas de si invitarla a venir por si se disgustaba, pero al final se invitó ella sola, como suele hacer. Mirándola ahora, sentada con las piernas cruzadas y bebiendo champán, me alegro de que lo hiciera.

Gwenda hace una pequeña reverencia, como si fuéramos actrices a punto de desaparecer detrás de la cortina.

—¡Ahora voy a llevarme a la novia y crear algo de magia! Volveremos enseguida. —Mira a su ayudante—. ¡Pañuelos a punto, Chloe!

Percibo una representación bien ensayada cuando Chloe coge una caja de pañuelos de papel con estampado floral y la coloca, con gran ceremoniosidad, en la mesa de cristal que hay entre Sarah y mi madre. Les lanzo una mirada un poco asustada mientras me alejo y ambas levantan las copas para brindar sin hacer nada en absoluto para ayudarme.

Gwenda ha elegido para que me pruebe en primer lugar el vestido que mi madre ha escogido. No discuto; este es su territorio. Me ha pedido que me quite toda la ropa y que me quede solo con el corsé con ballenas, y ahora está de pie detrás de mí en el probador con el vestido sobre el brazo. Cuando digo

«probador» no me refiero a un cubículo en la parte de atrás de una tienda con una cortina mal ajustada para cerrarlo. Me refiero a una sala entera rodeada de espejos. Soy como una bailarina en una de esas cajas de música con espejos.

—Este se llama *Vivienne* —dice Gwenda pronunciando el nombre con acento francés, y mueve el vestido para que las lentejuelas proyecten estremecimientos de luz por toda la sala.

Es más llamativo de lo que me gustaría, tiene un corpiño cargado de pedrería y varias capas de tul en la falda. Sigo las instrucciones de Gwenda y

me lo pongo con mucho cuidado cuando lo desabrocha. Contemplo mi reflejo mientras me lo ajusta cerrando todo tipo de clips a lo largo de la espalda para que se me marque la cintura; a continuación despliega las capas de tul.

Cuando me miro en el espejo sucede una cosa rarísima. Poco a poco, me convierto en una novia delante de mis propios ojos. Me choca. Me he dejado arrastrar por la marea del entusiasmo de Oscar y de su madre, y en algún punto del camino me he olvidado de que es el día de mi boda el que estamos planeando, el único de mi vida.

Gwenda me observa, con los astutos ojos azules sobre mi hombro.

—Puede que tu madre tuviera razón —dice, de repente más seria.

—No es eso —replico sin apartar la mirada de mi reflejo, como si estuviera contemplándome en uno de esos espejos mágicos que deforman tu silueta. Me resulta tan ajena que casi espero que la novia del cristal me guiñe un ojo —. Soy yo... Soy...

—¿Una novia? —Sonríe con complicidad—. Muchas mujeres experimentan cierta conmoción cuando se prueban el primer vestido de novia. No cabe duda de que es un momento especial, ¿a que sí?

No estoy segura de que Gwenda lo entienda del todo, pero tampoco puedo expresarlo con palabras, así que me limito a asentir con la cabeza.

—¡Madre mía! Si a ti te causa este efecto, imagina cómo se sentirá el novio —murmura con admiración, como es probable que haya hecho con muchas otras novias que han estado justo en este mismo lugar—. Ahí estará, el hombre con el que siempre has soñado, esperándote en el altar, a punto de darse la vuelta y ver por primera vez a su ruborizada novia. —Suspira, puro teatro—. Es un momento precioso.

Me quedo inmóvil, sus palabras me dan vueltas en la cabeza con tal claridad que me extraña no poder verlas en el espejo.

Me veo como Oscar y todos nuestros invitados me verán cuando avance por el pasillo.

—No me gusta —digo, de repente sin respiración—. Por favor, Gwenda, quítamelo enseguida. Me aprieta demasiado.

Me mira muy sorprendida; está claro que pensaba que me tenía comiendo de su mano enjoyada. Y así era, hasta el momento en que dijo lo de «el hombre con el que siempre has soñado».

Ya de vuelta en casa, horas más tarde, me desnudo en el cuarto de baño y abro el grifo de la ducha de hidromasaje al máximo. Qué puñetero desastre.

En la boutique logré recomponerme lo suficiente para probarme el resto de los vestidos de novia, pero ninguno era el mítico «definitivo» sobre el que hablan todas las revistas. Gwenda trató de convencerme para que me pusiera de nuevo el primer vestido al final de la sesión, pero no habría vuelto a probármelo ni por todo el oro del mundo.

Pongo la temperatura del agua un poco más caliente de lo que resultaría cómodo y me quedo muy quieta, dejando que llueva sobre mi cabeza. Estoy tan decepcionada conmigo misma que hasta me duele. No es que no quiera a Oscar o que no quiera casarme con él. No es nada de eso. Es solo que me destroza saber que sigue ahí, como un reflejo muscular.

Que cuando alguien dice «el hombre con el que siempre has soñado», yo pienso en Jack O'Mara.

23 de abril

*Jack*

Está de pie mirando un escaparate cuando la veo. No estoy aquí por casualidad, llevo ya un rato merodeando cerca de su oficina con la esperanza de pillarla cuando saliera a comer, y ahí está, protegiéndose de la lluvia con su paraguas a rayas negras y rosas. Avanzo deprisa para no perderla de vista entre el bullicio. Gira hacia una calle menos transitada y acelero tanto el paso

que casi choco contra ella al doblar la esquina.

—Laurie.

Se da la vuelta y frunce el ceño ante mi inesperada presencia, pero al instante sonrío y se echa medio a reír.

—Jack —dice, y se pone de puntillas para besarme en la mejilla—. ¿Qué estás...?

Se interrumpe y me mira. Demasiado tarde, me doy cuenta de que estamos frente a una tienda de ropa vintage y que en el maniquí de modista que ocupa el centro del escaparate se expone un vestido de novia.

—¿Ibas a...?

Señalo el vestido con un gesto de la cabeza, consciente de que por alguna razón solo somos capaces de hablar dejando las frases a medias.

—No —contesta, aunque entonces vuelve a mirar el vestido—. Bueno, sí, más o menos. Me ha llamado la atención.

—Vas a necesitar uno de esos —digo—. ¿Habéis fijado ya una fecha?

Asiente y mira de nuevo hacia el escaparate.

—Diciembre.

—Vaya, esta Navidad —digo en voz baja—. Eso es genial, Lu. Es realmente... genial. —¿Dónde están mis palabras cuando las necesito?

¿«Genial»? ¿Cómo es posible que sea capaz de hablar durante horas en mi programa y ahora me quede mudo?—. ¿Tienes tiempo para ir a algún lado a tomar un café y librarnos de la lluvia durante un rato?

En ese momento, alguien se inclina hacia el escaparate desde el interior de la tienda y da la vuelta a la etiqueta para echar un vistazo al precio del vestido de novia. Veo que Laurie se estremece y me doy cuenta de que no estaba mirando el escaparate por entretenerse; ese vestido le gusta de verdad. No soy

experto en estas cosas, pero hasta yo reconozco que es un vestido muy Laurie. Tiene algo único; no se parece en nada a los vestidos de princesa Disney que les gustan a la mayoría de las chicas.

—A no ser que fueras a entrar. —Señalo la puerta de la tienda. Laurie también la mira mordiéndose el labio inferior, indecisa—. Puedo esperarte, si quieres.

Vuelve a apartar la mirada de mí para dirigirla hacia el vestido, con las cejas ligeramente unidas por un discreto ceño.

—En realidad es una tontería. Ya me he probado un montón y ninguno me queda bien. Es solo que por algún motivo este parece distinto.

Mientras habla, la clienta que está mirando el vestido saca el teléfono y le hace una foto.

—Creo que entraré a echar un vistazo rápido —decide Laurie—. ¿Te da tiempo a esperarme?

Como lo más urgente en mi lista de tareas de hoy es hablar con ella, contesto que sí. Deambulo un poco, sin saber muy bien qué hacer mientras Lu cierra su paraguas y empuja la puerta de la tienda para abrirla. Me mira a mí y luego hacia el cielo oscuro.

—Deberías entrar. No va a dejar de llover.

Tiene razón, desde luego. Es solo que me parece extraño que, de entre todas las personas del mundo, sea yo quien esté haciendo esto con ella. Sujeto la puerta para que salga la mujer que estaba mirando el vestido de novia, y una expresión de alivio cruza el rostro de Laurie cuando por fin entra en la tienda. La sigo con cautela. La tienda no es lo que me esperaba. Una música swing de la década de los cuarenta suena de fondo con discreción, como si alguien tuviera el transistor encendido. ¿Transistor? Cualquiera diría que yo también he retrocedido en el tiempo. Las prendas retro están colocadas en viejos y enormes armarios abiertos, y las joyas rebosan sin orden ni concierto de cofres sin tapa colocados encima de los tocadores. Es como entrar en un camerino abandonado en tiempos de guerra durante un ataque aéreo.

Laurie ya está al lado del vestido, volviendo la etiqueta con los dedos para poder leerla. Me mantengo apartado cuando la dependienta se acerca a ella y, al cabo de un instante, saca el maniquí del escaparate con mucho cuidado y lo posa en el suelo para que Laurie pueda examinarlo mejor. Lu lo rodea muy despacio, con una sonrisa minúscula y anhelante dibujada en los labios. No me cabe la menor duda: va a comprarse ese vestido. La dependienta debe de haberle preguntado si le gustaría probárselo, porque de repente parece nerviosa y se vuelve hacia mí.

—¿Vas bien de tiempo? —me pregunta cuando me acerco a ella.

Este no es el tipo de tienda en el que las cosas se hacen con prisa, pero somos los únicos clientes que tienen en esta tarde gris y lluviosa, así que asiento.

—Adelante. No puedes comprarte un vestido de novia sin ver cómo te queda, ¿verdad?

La dependienta indica a Laurie el probador situado en la parte trasera de la tienda mientras quita el vestido del maniquí con gran esmero. Me alejo para echar un vistazo alrededor. Hay un armario de caoba lleno de trajes italianos, todos de colores sombríos y con cortes elegantes, de la vieja escuela. No podrían ser más del estilo de Frank Sinatra o Dean Martin. Les doy la espalda y ojeo la colección de sombreros, y hasta me pruebo uno de fieltro para ver cómo me va de tamaño en el espejo.

—Creo que ahora deberías marcharte. —La dependienta sonrío y se detiene para enderezar un reluciente par de zapatos de charol masculinos—.

Da mala suerte que el novio vea el vestido de la novia antes del gran día.

Me recuerda a aquel cumpleaños de Laurie de hace años, cuando el encargado de la noria supuso que estábamos juntos.

—No soy el novio —digo—. Solo somos amigos.

—Ah. —Relaja el semblante, aunque continúa mirándome. Es guapa, de una manera atrevida—. Tiene suerte de tener un amigo dispuesto a ir de compras

con ella. La mayoría de los hombres saldrían pitando.

Me encojo de hombros.

—No es un vestido cualquiera, ¿verdad?

—Supongo que no. Ese es precioso, de los años veinte, creo.

—Genial.

Me da la sensación de que le gustaría charlar, pero el terreno de los vestidos de novia me pilla fuera de juego por completo.

—Deberías llevarte el sombrero. Te queda bien.

Me río y me llevo una mano al ala del sombrero fedora.

—¿Eso crees?

Ella asiente.

—Dice «soy un hombre de mundo».

—Estás vendiéndomelo estupendamente.

Sonrío con ganas.

—Lo siento. —Esboza una sonrisa—. Las vendedoras agresivas me molestan. Ya paro.

—No has sido agresiva —digo—. Creo que me quedará el sombrero.

—Buena elección. —Se mueve para doblar bien las camisas y luego me observa, indecisa—. Mira, de verdad que no suelo hacer este tipo de cosas, pero ¿querrías...? Bueno, a ver, ¿te apetecería que quedáramos para tomar una copa alguna vez?

Podría decir que sí. Desde luego es atractiva, y estoy soltero.

—Es una oferta que solo podría rechazar un loco... o alguien que se marcha mañana de la ciudad.

Sonrío con tristeza.

Ella también sonrío, y espero que no se sienta ofendida.

—Una pena —dice mientras se aleja.

—¿Te marchas?

La voz de Laurie suena como un susurro a mi espalda, y me vuelvo despacio hacia ella mientras me quito el sombrero. Está plantada ante mí con el vestido de novia, con los ojos muy abiertos y preciosa. Más bella de lo que la he visto en mi vida, a ella o a cualquier otra persona. El vestido ha cobrado vida sobre ella y la ha convertido en una especie de ninfa del bosque descalza. Pero le brillan los ojos, y no estoy seguro de si es de felicidad o de tristeza.

—No estás tan mal, Lu.

Trato de recurrir al humor, porque nadie debería llorar llevando puesto su vestido de novia.

—Acabas de decir que te marchas de la ciudad.

Así es. Me voy a Edimburgo en el tren nocturno de mañana.

Vuelvo la cabeza para asegurarme de que la dependienta no nos oye, con el sombrero fedora entre las manos, delante de mí, como si fuera de atrezo.

—Mejor hablamos después, Lu, no es para tanto, de verdad. De momento, tienes que comprarte este vestido. Pareces la maldita reina de las hadas —le digo.

Me mira con esos ojos enormes y vulnerables que tiene.

—¿Estás mintiéndome, Jack?

Niego con la cabeza.

—No. Si todas las novias se parecieran a ti, no quedaría ningún hombre soltero en el mundo.

Sé que no era eso lo que me preguntaba.

Laurie sacude la cabeza y se aparta de mí para contemplar el vestido en el espejo de cuerpo entero. Me alegro de tener la oportunidad de recomponerme, y quizá ella esté haciendo lo mismo. La observo volverse para escudriñarlo desde todos los ángulos.

—Es tu vestido, Laurie. Es como si hubiera estado esperando a que lo encontraras.

Laurie asiente, porque ella también lo sabe. Cuando vuelve a entrar en el probador, decido que no voy a fastidiarle el día. Quiero que solo tenga recuerdos felices del día en que encontró ese vestido.

*Laurie*

Estamos en una cafetería unas cuantas puertas más allá. No puedo creer que me haya topado con el vestido de mis sueños por casualidad; Jack tiene razón, es como si hubiera estado esperándome pacientemente. Cuando estaba allí de pie, mirándome en el espejo, supe que a Oscar le encantaría, y que a mí me encantaría que a él le encantara. Es el vestido más especial que he visto en mi vida, ajustado, con unas mangas diminutas y el escote redondo.

Imagino que es el tipo de vestido que Elizabeth Bennet habría usado cuando se casó con el señor Darcy.

En la caja hay una etiqueta con retazos de información sobre sus anteriores dueñas. Sé que se hizo con seda de paracaídas y encaje francés en la década de 1920, y que la primera novia que lo usó fue una chica llamada Edith, que se casó con un hombre de negocios estadounidense. En los años sesenta, una mujer llamada Carole se lo puso para su boda en la playa, y celebraron el banquete en un parque porque no podían permitirse pagar un salón. Debe de haber habido más, pero ahora es mío, al menos durante un tiempo. Ya he

decidido que lo devolveré a la tienda después de nuestra luna de miel, con nuestro nombre y la fecha de la boda en la etiqueta. Es un vestido con historia, y aunque soy su custodia más reciente, su viaje no termina aquí.

—¿Qué está pasando, Jack?

No me ando por las ramas cuando se sienta frente a mí con dos tazas de café. Caigo en la cuenta de que la planificación de la boda y comportarme como una buena amiga con Sarah han absorbido todo mi tiempo, y de que en algún momento del proceso he relegado a Jack al banco de los suplentes.

Remueve el azúcar de su taza muy despacio.

—Quería decírtelo en persona.

—Entonces ¿es verdad? ¿Te marchas?

Me pasa un sobrecito fino de azúcar, y luego otro, por si acaso.

—He conseguido un trabajo nuevo —dice.

Asiento.

—¿Dónde?

—En Edimburgo.

Escocia. Se muda, y a otro país.

—Vaya —es lo único que se me ocurre decir.

—Es un ascenso. Una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar —añade—. Mi propio programa nocturno.

Parece emocionado.

Reparo en que es la primera vez que lo oigo hablar con positividad desde hace mucho tiempo, así que me enfurezco cuando se me llenan los ojos de

lágrimas.

—Es una buena noticia, Jack, de verdad. Me alegro muchísimo por ti. —Sé que mi expresión no parece de alegría. Imagino que más bien doy la impresión de que estuvieran torturándome, como si alguien me hiciera agujeros con un taladro en las rodillas por debajo de la mesa—. No quiero que te vayas.

Las palabras se me escapan sin que me dé cuenta.

Tiende los brazos por encima de la mesa y me cubre las manos con las suyas, cálidas, reales y a punto de mudarse a kilómetros de distancia.

—Eres una de las mejores amigas que he tenido —dice—. No llores o yo también lo haré.

A nuestro alrededor, el café está abarrotado de oficinistas comprando comida para llevar y de madres que mecen a sus bebés, y nosotros permanecemos inmóviles entre ellos, dejándonos marchar el uno al otro. Me pide que se lo cuente a Sarah porque él no puede hacerlo, y me dice que necesita irse, empezar de nuevo en algún lugar donde el pasado no esté en todas partes.

—Tengo una cosa para ti —dice.

Me suelta las manos, rebusca algo en su abrigo y desliza hacia mí un paquete envuelto en papel de estraza.

Es blando. Abro los bordes pegados con cinta adhesiva y aparto el papel arrugado para ver qué contiene. Es una boina, doblada por la mitad. Una gorra con visera típica de un granujilla de los sesenta, hecha de tweed en tonos lavanda. Aliso el papel con los dedos y leo el familiar sello del bazar de antigüedades de Chester que lleva estampado, recordando el momento en que me la probé.

—La tengo desde hace años, pero nunca encontraba el momento adecuado para dártela —explica—. Era para Navidad, en realidad.

Niego con la cabeza, medio riendo. Las cosas siempre han sido así entre Jack

y yo.

—Gracias. Pensaré en ti cuando me la ponga —digo con intención de sonar decidida, aunque solo consigo parecer desolada—. Estás haciendo lo correcto —lo animo—. Sé feliz, Jack. Te lo mereces. Y no te olvides de nosotras... Estamos a solo una llamada de distancia.

Se frota los ojos con la mano.

—Jamás podría olvidarme de ti —dice—. Pero no te preocupes si desaparezco una temporada, ¿vale? Ta vez sea buena idea que dedique un tiempo a adaptarme a la nueva situación.

Intento sonreír, pero me resulta complicado. Entiendo a qué se refiere; necesita tiempo para empezar de nuevo, para construir su nueva vida sin nosotras en ella.

Coge la boina y me la pone en la cabeza.

—Tan perfecta como te recordaba.

Sonríe.

Tardo demasiado en darme cuenta de que se va; se pone de pie antes de que pueda recoger mis cosas.

—No, no salgas conmigo —me pide al mismo tiempo que me pone una mano en el hombro—. Termínate el café, y luego ve a contar a Oscar que has encontrado tu vestido de novia. —Se agacha y me besa en la mejilla, y lo agarro y lo envuelvo en un abrazo un tanto torpe porque ignoro si volveré a verlo. No me aparta, sino que suspira y me posa una mano delicada en la nuca; después me dice—: Te quiero, Lu —como si estuviera agotado.

Lo veo abrirse camino a través de la cafetería, y cuando sale me quito la gorra y me aferro a ella.

—Yo también te quiero —susurro.

Continúo sentada un rato, con la boina en las manos y el vestido de novia a

los pies.

12 de diciembre

*Laurie*

Dentro de dos días me convertiré en la señora Laurel Ogilvy-Black, cosa a la que me costará mucho acostumbrarme después de veintiséis años siendo Laurie James. Ni siquiera puedo pronunciarlo sin adoptar el acento de la reina de Inglaterra, engolado y cargado de presunción.

Oscar se ha marchado a casa de su madre esta tarde y mis padres vendrán aquí mañana. Se quedarán conmigo en el piso, y desde aquí iremos juntos a la iglesia el sábado por la mañana. En cuanto lleguen toda la maquinaria se pondrá en marcha, así que esta noche es la de la calma antes de la tormenta.

Sarah llegará en cualquier momento, y vamos a pasar una velada de manicura, pedicura, peli y cócteles de champán para celebrarlo. Mis uñas no son de las que crecen; solo las mujeres que tengan unas uñas como las mías lo entenderán. Cuando me llegan hasta el final del dedo al parecer consideran que ya han cumplido con su trabajo, así que se me descaman y se rompen.

Durante la etapa previa a la boda he probado todos los aceites, sérums y cremas conocidos por el ser humano, porque todos los foros nupciales me dicen que es fundamental que tenga las manos impecables. Bueno, pues estoy a cuarenta y ocho horas del altar y ya no van a mejorar, así que Sarah me hará la manicura francesa.

Todo lo relacionado con esta boda está planeado, controlado y listado en la hoja de cálculo de Lucille. Para ser alguien que piensa que su hijo va a casarse con alguien que no está a su altura, la verdad es que ha invertido gran

cantidad de su tiempo en dictar cómo debe tener lugar. Lo cierto es que tardé muy poco en darme cuenta de que Lucille impondría su criterio en la planificación me gustara o no, así que he optado por el método de oponer la menor resistencia posible. Y con eso quiero decir que he accedido amablemente al ochenta por ciento de sus decisiones y que me he mantenido firme en el veinte por ciento restante y me he negado a cambiar de idea al

respecto de cosas como mi vestido, mi ramo, mi dama de honor y nuestros anillos. En realidad, son las únicas cosas que me importan. Me da igual qué champán se sirva para el brindis, y aunque no soy una entusiasta de la mousse de salmón que han elegido como primer plato, será lo que comamos de todos modos. Oscar ha agradecido mi actitud no territorialista; como su madre y él están tan unidos, si yo me hubiera puesto difícil habría habido problemas.

Por suerte, Sarah ha estado a mi lado todo el tiempo y me ha permitido desahogarme.

—¡Ábreme, Lu! ¡No tengo manos para llamar!

La voz de Sarah resuena en el vestíbulo y me pongo en pie de un salto para ir a abrir. Cuando la veo ante la puerta, entiendo a qué se refiere. Va arrastrando una maleta rígida plateada, lleva dos bolsas colgando de los brazos y sobre las manos una gran caja de cartón. Me mira por encima de ella y se aparta el flequillo de los ojos de un soplido.

—Veo que viajas ligera, ¿eh?

Me echo a reír y la libro de la caja.

—Para mí esto es viajar ligera. —Me da un cachete en la mano cuando intento echar un vistazo bajo la solapa de la caja—. Es mi caja de las sorpresas. ¿Un vino primero?

—En eso no hay discusión posible.

Cierro la puerta con el pie y sigo a Sarah por el pasillo. No quería una despedida de soltera tradicional; eso no va conmigo. Esto, en cambio, es perfecto.

—¿Estamos solas? —susurra mientras busca a Oscar.

—Sí.

Hace un gesto de triunfo y luego se deja caer de espaldas en el sofá con los brazos extendidos y los pies en el aire.

—«Vas a casarte esta mañana, ¡din don, campanas sonarán...!» —canta, aunque ni de lejos como los actores de *My Fair Lady*.

—Vas con un día de antelación.

—Mejor que con un día de retraso. —Se incorpora hasta quedar sentada y mira a su alrededor—. ¿Vamos a celebrar una sesión de espiritismo?

He encendido velas perfumadas por toda la casa para crear una atmósfera tranquila, tipo zen.

—Se supone que es más bien una sesión de spa —aclaro—. Venga, huele, huele.

Sarah husmea el aire.

—Creo que la nariz me funcionaría mejor si tuviera una copa de vino en la mano.

Pillo la indirecta y me dirijo a la cocina.

—¿Vino... o champán de la madre de Oscar? —pregunto.

—Uy, el champán de Su Alteza Real, por favor.

Sarah entra en la cocina y se apoya en uno de los taburetes altos. ¿Es desleal que me haya quejado a Sarah en numerosas ocasiones sobre mi futura suegra? Todo el mundo necesita desahogarse con alguien, ¿no?, y Sarah es igual de válida que una hermana. Lo cual me recuerda... Me doy la vuelta y saco del armario un paquetito envuelto.

—Voy a darte esto antes de que nos emborrachemos demasiado y me

olvide, o antes de que nos emborrachemos demasiado y no pueda hacerlo porque esté llorando a moco tendido.

Saco el champán mientras Sarah mira la bolsa de regalo con los ojos entornados.

—¿Qué es?

—Tendrás que abrirlo para averiguarlo.

Tira de las cintas grises mientras descorcho la botella del carísimo champán de la madre de Oscar. Quería regalar a Sarah algo muy especial, y tras horas de búsqueda infructuosa en internet, caí en la cuenta de que ya tenía el regalo perfecto para ella.

—Estoy nerviosa por si no me gusta —dice para quitar hierro al asunto—.

Ya sabes que se me da fatal mentir, así que te darás cuenta enseguida.

Empujo una copa en su dirección y me apoyo en la barra de desayuno, frente a ella.

—Estoy bastante segura de que te gustará.

Sostiene la caja de terciopelo raído en la palma de la mano y, con la otra, busca a tientas el tallo de su copa y bebe un sorbo de champán para infundirse valor. Cuando va a abrirla, estiro una mano y la pongo sobre la suya.

—Antes de que la abras, quiero decir algo.

Mierda. Al final resulta que ni siquiera necesitaba beber para ponerme emotiva. Las lágrimas ya me escuecen en los ojos.

—Me cago en la puta —dice Sarah, y se bebe más de la mitad del champán para, acto seguido, volver a llenarse la copa—. No empieces ya, faltan dos días para la boda. Contrólese, señora.

Me echo a reír y recupero la compostura.

—Vale, ya controlo. —Bebo un poco más y dejo mi copa—. Es para darte las gracias —digo mirando primero la caja y luego a Sarah—. Gracias por...

No sé, Sar, por todo. Por dejar que me quedara con la habitación más grande en Delancey Street, y por estar siempre a mi lado cuando salíamos los

sábados por la noche y en las resacas de los domingos por la mañana, y por inventar nuestro sándwich marca de la casa. No sé dónde estaría sin ti.

Ahora es ella la que se emociona.

—Qué bueno está ese puñetero sándwich —dice, y luego abre la caja.

Durante unos segundos se sume en un silencio inusual en ella.

—Esto es tuyo —susurra.

—Y ahora es tuyo —replico.

He hecho que engasten mi colgante de ágata púrpura, fino como una oblea, en oro rosa y que lo modifiquen para incrustarlo en una pulsera rígida.

—No puedo aceptarlo, Lu. Es demasiado valioso.

Cierto.

—Voy a llorar cuando diga esto y después nos emborracharemos y nos reiremos, ¿de acuerdo?

Se muerde el interior del ya tembloroso labio inferior.

—Perdí a mi hermana hace mucho tiempo, Sar, y la echo de menos. La extraño todos los días. —No estaba exagerando: unas lágrimas grandes y gordas resbalan por mis mejillas. Sé que Sarah lo entiende, porque ella adora a su hermana menor—. Esa piedra me recuerda a los ojos de Ginny, y a cómo eran cuando nos miraba a los ojos a mí y a mi abuela. Es parte de mi familia, y te lo regalo porque tú también eres mi familia. Pienso en ti como mi hermana, Sarah. Por favor, acéptalo, y pónitelo y cuídalo mucho.

—¡Joder, por Dios! —exclama mientras rodea la barra del desayuno y me abraza—. ¡Cállate ya!, ¿quieres? Si eso es lo que hace falta para que cierres el pico, entonces por supuesto que me lo quedaré.

La achucho, medio riendo, medio llorando.

—Me lo pondré el sábado —dice Sarah.

—Me encantaría que lo hicieras.

Podría abrirle mi corazón: confesarle que así tendré la sensación de que está representando a Ginny en mi día especial. Pero no lo hago, porque entonces lloraríamos otra vez las dos, y además Sarah ya lo sabe. Así que le digo que le quedará perfecto con su traje de dama de honor —un vestido largo, de un sutil verde espuma de mar que hace que su pelo rojizo cobre vida

—, y Sar se muestra de acuerdo y guarda la pulsera con mucho cuidado, para después rellenar nuestras respectivas copas de champán.

Nos hemos trincado alegremente dos botellas del champán caro de Lucille, y ya estoy en condiciones, más o menos, de informar de que te achispa tanto como sus no tan caros compañeros de estantería.

—No puedo creerme que vayas a pasar por el altar antes que yo —dice Sarah.

Los créditos de *La boda de mi mejor amiga* se deslizan por la enorme pantalla plana de Oscar (sigo pensando que todo lo que hay aquí es suyo, como si yo fuera una inquilina; me pregunto si cuando estemos casados eso cambiará al fin), y tenemos separadores de espuma entre los dedos de los pies.

—Yo tampoco —digo.

Mete la mano en su caja mágica y saca una baraja de cartas. No bromeaba al decir que estaba llena de sorpresas; en lo que llevamos de noche ha sacado de ella varios regalos tontos para mí, desde un bote de canela que se supone que aumenta la virilidad hasta unas chanclas con mi nuevo nombre estampado. Ahora hemos pasado a un juego de naipes diseñado para avergonzar y aconsejar a las futuras novias antes de que lleguen al altar.

—¿Cómo se juega?

Mi amiga saca la baraja de la caja y lee las instrucciones en la parte de atrás.

—Reparte tres cartas a cada jugador, y luego, yendo en sentido contrario a las

agujas del reloj, lee la pregunta a la persona que está dos sitios a tu izquierda... y blablablá. —Se echa a reír y lanza la caja vacía por encima del respaldo del sofá—. Lo haremos por turnos. —Coloca la baraja encima del sofá, entre las dos—. Empieza tú.

Cojo la carta de encima del mazo y le leo la pregunta en voz alta.

—¿Qué porcentaje de matrimonios termina en divorcio en Reino Unido, según los datos de 2012?

—¡Me cago en la leche, voy a devolverla! —grita Sarah—. Lo último en lo que quieres pensar es en el divorcio. —Aun así, se interrumpe para pensar—.

¿Un veintinueve?

Doy la vuelta a la carta para leer la respuesta.

—El cuarenta y dos por ciento. Joder, es un poco deprimente, ¿no?

Dejo la carta y Sarah saca otra.

—Ah, esta está mejor. ¿Qué es lo primero en lo que se fijan de un hombre la mayoría de las mujeres? —Lee la respuesta que aparece en el reverso de la carta y se ríe entre dientes—. Tienes tres oportunidades.

—¿En su coche? —digo desperdiciando una de mis oportunidades.

—No, no es eso.

—No sé... ¿En si es clavadito a Richard Osman?

No es una elección al azar. Ese presentador de televisión es el famoso por el que Sarah bebe los vientos.

—Ni se te ocurra bromear con él —replica con los ojos vidriosos. Una vez se topó con él en una entrega de premios que estaba cubriendo y tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir las ganas de arrancarse la camisa y

pedirle que le estampara su autógrafo en las tetas—. Nadie se parece a

Richard Osman excepto Richard Osman. Última oportunidad.

Ahora que es mi última oportunidad, me tomo la pregunta más en serio.

—¿En los ojos?

—¡Sí! —Me choca los cinco—. En los ojos. ¿Has visto los ojos de Luke?

No había visto unos ojos más azules en mi vida.

Asiento. Lleva saliendo de vez en cuando con Luke desde el verano; él es su acompañante para la boda. Me ha pedido que no se lo diga a Jack hasta que haya tenido tiempo de contárselo ella misma, aunque no sé si lo habrá hecho ya. Jack se marchó a Edimburgo el día después de que me comprara el vestido de novia, y salvo por un mensaje en el que me confirmaba que podría asistir a la boda, no he sabido nada de él. Hace unas semanas me topé en internet con una foto suya en un evento, el lanzamiento de no sé qué disco, con una rubia diminuta colgada del brazo, así que al menos sé que está vivo.

Cojo la siguiente carta y la leo bizqueando.

—¿La flor nupcial más habitual?

Sarah pone los ojos en blanco.

—Las rosas. Demasiado fácil. Empate.

Dejo que se sume el punto sin molestarme en comprobar si ha acertado.

—Más vale que esta sea más interesante, o cambiaremos de juego —dice al dar la vuelta a la siguiente carta—. ¿Cuántas veces se enamora una persona de media en su vida?

Esbozo una mueca.

—¿Cómo puede calcularse la media? Cada persona es diferente.

—Guíate por tu propia experiencia. Ya sabes lo mucho que te enamoraste de todos aquellos tipos con los que te emparejé en la universidad. —Se echa a

reír—. ¿Cómo se llamaba el de los pantalones cortos?

No me digno a contestar su pregunta, porque mi cerebro embotado en champán no logra recordar nada que no sean sus piernas peludas.

—¿Dos veces, quizá? —es mi intento de adivinar la respuesta.

Sarah deja la tarjeta para poder alcanzar nuestras copas de champán.

—Me parece que más. Cinco.

—¿Cinco? ¿Tú crees? Es mucho.

Se encoge de hombros.

—Ya me conoces. Me gusta repartir amor.

Ambas nos reímos, y Sarah apoya la cabeza de lado en el sofá para mirarme.

—Así pues, los dos amores de tu vida han sido Oscar y ¿quién más? ¿El chico del autobús?

Hace años que no lo menciona. Estaba convencida de que se había olvidado por completo de él. Hago un gesto de negación.

—Oscar, por supuesto, y mi novio de la universidad.

—Entonces tu número mágico es el tres, Lu, porque del chico del autobús está claro que te enamoraste. Y hasta las trancas. Nos pasamos un año entero buscándolo. Estabas obsesionada.

Me siento un poco acorralada, así que hago girar mi champán en la copa y rápidamente trato de encontrar otro tema de conversación. Pero soy demasiado lenta.

—Me pregunto qué habría pasado si lo hubieras encontrado. A lo mejor ahora eras su mujer y teníais un crío. ¡Imagínatelo!

Y como he bebido demasiado champán, me lo imagino. Veo a un niño con los ojos verdes y dorados, las rodillas sucias y una sonrisa desdentada, y lo real de la imagen me deja sin aliento. ¿Es eso lo que podría haber ocurrido en otra versión de nuestra vida, en una versión en la que yo hubiera encontrado primero a Jack? ¿O en la que él se hubiera subido a aquel

puñetero autobús? Cierro los ojos y suspiro, e intento mandar al niño ficticio de vuelta al país de Nunca Jamás.

—¿Has dejado de buscarlo en algún momento?

La pregunta de Sarah, formulada con voz suave, me pilla por sorpresa.

—Sí.

Me mira con extrañeza, probablemente porque mi respuesta ha sonado más pesada y resignada de lo que debería.

La brusquedad con la que coge aire es el único aviso de peligro inminente que recibo.

—Laurie, ¿lo has encontrado y no me lo has dicho? —jadea con los ojos como platos.

Me cuesta mentir de forma convincente o lo bastante rápida.

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! Joder, a ver, tú lo sabrías si lo hubiera encontrado, y no lo sabes, así que no puedo haberlo encontrado.

Entorna los ojos y me entra el pánico, porque es como un perro con un hueso. Un sabueso con una chuleta.

—Creo que me ocultas algo. Cuéntamelo o le enseñaré las bragas a la familia de Oscar en la iglesia.

Niego con la cabeza.

—No hay nada que contar.

Trato de soltar una risotada alegre, pero calculo mal y me sale con demasiada fuerza.

—¡Ay, Dios mío! Sí que hay algo —exclama Sarah, y se sienta de inmediato en posición vertical—. Laurie James, más te vale contármelo ahora mismo o te juro que también se las enseño al puto pastor de tu boda.

Cómo desearía que ella no me conociera tan bien o que yo no hubiera bebido tanto champán.

—No.

Es lo único que consigo decir. Aún no me atrevo a mirarla a los ojos.

—¿Por qué no quieres contármelo?

Sarah empieza a parecer dolida y me siento fatal, así que le cojo una mano.

—Mejor hablemos de otra cosa.

—No lo entiendo —dice, y luego se queda callada y despacio, muy despacio, retira su mano de debajo de la mía—. Mierda, Lu.

Sigo sin poder mirarla. Quiero hacerlo, quiero partirme de risa y decir algo inteligente que impida que vayamos a donde estamos yendo, pero soy como un conejo borracho de champán ante los faros de un coche.

—Era Jack.

No lo entona como una pregunta. Pronuncia cada palabra como si estuviera igual de sobria que un juez, como si siempre lo hubiera sabido. Entonces ahoga una exclamación, una reacción retardada, y se tapa la boca con la mano. Niego con la cabeza, pero no logro obligar a mis labios temblorosos a articular la mentira.

—Jack era el chico del autobús.

—Deja de decirlo —susurro, y una lágrima caliente se desliza por mi mejilla.

Sarah apoya la cabeza entre las manos.

—Sar...

Me yergo con dificultad y dejo la copa de champán sobre la mesa. Le pongo una mano en el hombro y se zafa de mí. Me siento como si me hubiera abofeteado. Casi me entran ganas de que lo haga. Me quedo quieta y espero, agonizando, hasta que se pone de pie con brusquedad.

—Siempre supe que había algo. Creo... creo que voy a vomitar.

Se tambalea hacia el cuarto de baño.

Pienso en Delancey Street, en los tiempos en que le sujetaba el pelo después de una gran noche de fiesta. Saber que soy yo quien ha hecho que se

sienta así es la peor sensación del mundo. Me sorprende siguiéndola de forma automática, pero solo consigo quedarme callada junto a la puerta, escuchando sus arcadas. Al cabo de un momento vuelvo a sentarme. Cuando Sarah regresa unos minutos más tarde, blanca y demacrada, se sienta en el sillón de enfrente y no a mi lado en el sofá.

—¿Lo reconociste de inmediato?

—Por favor, no lo hagas —le pido.

No sé cómo enfrentarme a esto. Pensé que era historia, es en lo que lo he convertido en mi cabeza, pero ahora todo está saliendo a la luz.

—Joder, somos amigas desde hace mucho tiempo, Laurie. Dime la verdad.

Tiene razón, desde luego. Nuestra amistad merece el privilegio de la sinceridad.

—Sí —respondo con rotundidad—. Lo reconocí en cuanto nos presentaste.

Por supuesto que supe quién era.

No logro que mis palabras sean más que un simple susurro. Son como

cuchillas de afeitar en mi garganta.

—¿Por qué no me lo contaste? Podrías habérmelo dicho en aquel mismo momento, o al menos a la mañana siguiente... o cualquier otro puto día. —

Va subiendo la voz a medida que habla—. Deberías habérmelo contado.

—¿Debería habértelo contado? —replico—. ¿En serio, Sarah? ¿Cuándo?

¿Cuando lo trajiste a casa y me confesaste que era el hombre con el que ibas a casarte? ¿Qué crees que debería haberte dicho? «Uy, cariño, se ha producido una confusión sin importancia, sin saberlo te has enamorado del mismo hombre que yo...» —Me paso las manos por la cara llorosa—. ¿No te parece que era lo que quería hacer? ¿No te parece que lo pensaba todos los días?

Nos quedamos mirándonos.

—Era 2009 —dice mientras cuenta los años con los dedos temblorosos—.

Han pasado cuatro años. ¿Y durante todo este tiempo has estado enamorada

en secreto de mi novio y no se te ha ocurrido pensar que era lo bastante importante para contármelo?

No tengo defensa, y no puedo esperar que lo entienda. Dudo que yo lo entendiera si intercambiáramos los papeles.

—No estaba enamorada de él en secreto —digo, destrozada—. Era una situación imposible y la odiaba. No puedo expresar hasta qué punto la odiaba.

Pero Sarah no me escucha. No puede, todavía no ha superado la conmoción.

—Todas aquellas estúpidas noches que pasamos juntos... —Niega con la cabeza despacio mientras lanza por los aires todas las piezas de nuestra vida y vuelve a encajarlas en un patrón diferente y terrible—. ¿Esperabas tu momento para abalanzarte sobre él?

Está siendo cruel porque está dolida, pero no puedo evitarlo y me defiendo.

—Por supuesto que no —respondo con voz más alta, más clara, más áspera

—. Me conoces muy bien para decir eso. Hacía todo lo que podía todos los puñeteros días para no sentir nada por él.

—¿Y se supone que tengo que darte las gracias? —Me aplaude despacio

—. ¡Bien hecho, Laurie! Eres una gran amiga.

—Al menos podrías intentar entenderlo. Me quedé horrorizada cuando nos presentaste.

—Lo dudo mucho —me escupe—. Al fin lo habías encontrado.

—No. Tú lo habías encontrado. Ojalá no le hubiera puesto los ojos encima jamás.

Se hace el silencio, y entonces Sarah emite un sonido horriblemente parecido a un siseo.

—¿Él también lo sabía? ¿Os reíais los dos de mí a mis espaldas?

Me mata que sea capaz de imaginarse que Jack o yo podríamos hacerle algo así.

—¡Por Dios, Sarah, no!

—¿Os besuqueabais detrás de las puertas, follabais en nuestro piso cuando yo no me enteraba?

Me pongo de pie.

—Eso no es justo. Sabes muy bien que yo nunca haría algo así.

Ella también se levanta y se enfrenta a mí desde el otro lado de la mesita de café.

—¿Juras por mi vida que ni siquiera lo has besado?

Es en este momento cuando me doy cuenta de que estoy a punto de perder para siempre a mi mejor amiga.

No puedo mentirle.

—Una vez. Lo besé una vez. Fue...

Me interrumpo porque Sarah ha puesto las manos en alto delante de ella, como si mis palabras fueran balas.

—No te atrevas. No te atrevas a inventarte excusas, no quiero oírlas. —Se le descompone el rostro—. Duele justo aquí —dice mientras se golpea el pecho con los dedos, rabiosa.

Se agacha y coge la maleta y los zapatos que se había quitado, y a continuación echa a correr hacia el vestíbulo. La sigo, suplicándole que se quede, y cuando se da la vuelta junto a la puerta su cara es la viva imagen del asco.

—Buena suerte el sábado, porque yo no estaré allí. ¿Sabes por quién siento más lástima? Por Oscar. Ese pobre imbécil ni siquiera sabe que es el segundo plato. —Está diciendo cosas de las que sé que nunca nos recuperaremos—.

Quédate con tu preciosa pulsera. No la quiero. Quédate con tu pulsera, con tus secretos y con tu falsa amistad. No quiero saber más de ti.

Me quedo inmóvil, clavada en el sitio, mirando la puerta después de que Sarah la haya cerrado de golpe. Estoy paralizada; no sé qué hacer. Me ha

dejado claro que no quiere ni verme. Pero ¿cómo voy a hacer todo esto sin ella? Mi familia llega mañana. Vendrán todos nuestros invitados. Vendrá hasta el puñetero Jack, y seguro que acompañado de su nueva novia.

Lo meto todo —las cartas, su vestido, la caja de sorpresas— en el armario, y luego me acuesto y me acurruco con los brazos alrededor de la cabeza.

Nunca me he sentido tan sola en el mundo como en este momento.

14 de diciembre

*Jack*

Ya sé qué aspecto tendrá. Ya he visto su vestido, el impacto ya me ha dejado sin aliento. Así que debería sentirme preparado para hoy. Pero aquí sentado, en la iglesia repleta de gente con Verity a mi lado, me doy cuenta de que no lo estoy ni por asomo. Me estremezco. Cualquiera pensaría que en estos sitios pondrían calefacción; a lo mejor opinan que cierto grado de incomodidad forma parte de la experiencia, que es una manera de demostrar que estás comprometido con tu fe. Me muero de ganas de que acabe todo esto, de quitarme este traje, de meterme una cerveza entre pecho y espalda y luego volver a Edimburgo lo antes posible sin llegar a parecer descortés. Allí mi vida es rápida y plena; el programa comienza a granjearse cierta fama de culto y estoy esforzándome mucho para forjar buenas relaciones con todos los que trabajan en la emisora. Aún es pronto, pero creo que es posible que haya encontrado mi sitio. He hecho unos cuantos amigos, y allí incluso puedo permitirme alquilar un piso por mi cuenta. Ladrillo a ladrillo, estoy construyéndome una nueva vida, y me siento bien.

Todavía no sé si traer a Verity ha sido buena idea. Ella estaba deseosa de venir y conocer a mis viejos amigos, y la verdad es que pensé que tenerla a mi lado contribuiría un poco al espectáculo de «mira lo bien que me va», ya que es una chica que llama la atención. Si te soy sincero, encaja mejor que yo entre esta gente, porque hasta tiene un apellido con guion. Nos conocimos en un acto benéfico. Verity entregó a una compañera de la emisora un premio en su calidad de miembro de la nobleza local y, cuando terminó la noche, me llevó a su casa como premio para ella. La chica tiene un caballo. ¿Es necesario que añada algo más?

Aún no he visto a Sarah. Espero que todos podamos comportarnos con educación y madurez. Me envió un mensaje de texto por primera vez desde nuestra ruptura para decirme que estaba deseando que nos pusiéramos al día y, como por casualidad, mencionó que vendría con Luke. Me dio la sensación de que me lo decía con antelación para que no me abalanzara sobre él en la iglesia, aunque yo jamás haría algo así. Le respondí que no me importaba y que Verity me acompañaría para conocer a todos, pero después de eso ya no me contestó. Todo esto es de lo más incómodo. Joder, qué calor tengo de repente. Esta puñetera camisa se me pega a la espalda. Me pregunto si será de

mala educación que me quite ya la chaqueta. Uy, espera, que ya empieza. El organista se ha puesto a tocar, sin duda con demasiado ímpetu, y todo el mundo ha dado un respingo y ha vuelto la cara a tope de bótox hacia la puerta.

Verity está en el extremo del banco más cercano al pasillo, y solo cuando se echa hacia atrás un instante alcanzo a vislumbrar a Laurie. Está claro que me equivocaba respecto a lo de estar preparado. Cuando la miro, vuelvo a sentir en el plexo solar ese impacto que me deja sin aliento; está serenamente hermosa, lleva flores blancas y joyas entrelazadas en los rizos y todavía más flores en las manos. No es una de esas novias peinadas y emperifolladas a la perfección. Tiene un aspecto bohemio, bellamente descuidado, es ella misma en su mejor día; está radiante. Cuando llega a mi altura, la mirada de esos ojos del color de un seto en verano se cruza con la mía y se detiene. Camina despacio junto a su padre, y durante un segundo me siento como si ella fuera la única otra persona presente en esta iglesia. Si fuera yo el que está en el extremo del banco, creo que la habría cogido de la mano y le habría dicho

que parece una diosa, pero, según están las cosas, me dedica una sonrisa minúscula, apenas perceptible, y asiento con la cabeza con un feroz deseo de transmitirle mis sentimientos. Intento decirle con la mirada todas las cosas que quiero decirle: «Ve y cástate con el hombre que te espera en el altar, Laurie, y luego vive la gloriosa vida que está esperándote. Sé feliz. Te lo mereces».

Y cuando me deja atrás, con la vista clavada en Oscar, siento que algo se rompe en mi interior.

### *Laurie*

Ayer me desperté a las cinco de la mañana con un sobresalto. Apenas podía creerme lo que había sucedido. Que mi mejor amiga me odia, que tengo que casarme sin ella a mi lado. He dicho a Oscar y a todo el que me ha preguntado que a Sarah le ha surgido una emergencia familiar y que la necesitaban de vuelta en su casa de Bath, que se siente fatal por todo, pero que no podía hacer nada. No estoy convencida de que mi madre se haya tragado la mentira, pero agradezco que haya optado por no presionarme al respecto, porque me habría echado a llorar y habría soltado toda la triste

verdad.

Por fuera doy el pego, pero por dentro me siento morir. Estoy perdiendo poco a poco a la gente que quiero, como si de una hemorragia se tratara, y no sé cómo detenerla. ¿Será que la vida es así? ¿Que hay que madurar y desembarazarse de los viejos amigos como si fueras una serpiente que cambia de piel para dejar espacio a los nuevos? Durante las horas oscuras previas al alba, me quedé sentada en la cama, recostada sobre las almohadas, mirando el cuadro de Oscar, deseando chascar los dedos para regresar allí. Lo ha quitado

del lugar donde lo colgué en un principio para verlo bien cuando está tumbado en la cama. Ayer me tranquilizó mirarlo; me recordó que hay otros lugares y que habrá otros momentos. Allí postrada, supe que Sarah no cambiaría de opinión sobre asistir a la boda. No puedo esperar que lo haga.

He vivido con mi secreto durante cuatro años, ella ha tenido menos de veinticuatro horas para asimilarlo. Es demasiado pronto. No sé si alguna vez llegará un momento en que no lo sea. Ahora estoy sola, y como no tenía más opción que concentrarme en la boda, decidí bloquear todos los demás pensamientos.

Así que aquí estoy, en la entrada de la iglesia, la misma iglesia en la que se casaron los padres de la madre de Oscar. No opuse resistencia; no podía arrastrar a todo el mundo hasta los suburbios de Birmingham, ¿no? Además, este lugar es precioso, sobre todo gracias al destello del rocío escarchado en el suelo. Me ha parecido algo sacado de un cuento de hadas cuando el Rolls-Royce —una de las decisiones de Oscar— ha entrado en este pueblo de postal hace unos minutos, y durante un brevísimo instante no estaba segura de poder respirar. Mi padre se ha comportado como un valiente; me ha dado unas palmaditas en la mano y ha permitido que me tomara el tiempo que necesitara, firme como una roca.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —me ha preguntado, y le he contestado que sí con la cabeza.

Estoy todo lo segura que es posible estar.

—Gracias a Dios —prosiguió—. Porque, si te digo la verdad, la madre de

Oscar me da un miedo terrible. He tenido que tomarme un whisky por si acaso.

Los dos nos hemos echado a reír, y luego yo me he emocionado un poco, así que me ha dicho que pare de una vez y me ha ayudado a salir del coche y a cubrirme los hombros para el paseo hasta la iglesia con la estola de piel que mi abuela utilizó el día de su boda.

Y ahora estamos en posición al inicio del pasillo, brazo con brazo, yo con mi adorado vestido vintage y él espléndido con su chaqué. No le gusta mucho lo del sombrero de copa, pero ha prometido que se lo pondrá como es debido para las fotos de más tarde. Mi madre me llamó por teléfono la semana pasada para hablar de la boda, y se le escapó que papá lleva tiempo practicando su discurso todas las noches antes de la cena porque le da pánico decepcionarme. Le doy un apretón extra a su brazo e intercambiamos una última mirada de «a por ello»; siempre he sentido debilidad por mi padre, y la pérdida de Ginny nos unió aún más. Somos muy parecidos, los dos un poco reservados hasta que confiamos en alguien, a los dos nos cuesta enfadarnos y nos resulta fácil perdonar.

El interior de la iglesia es un derroche de flores blancas y fragantes que caen en cascada, todas impresionantes y un pelín menos ordenadas de lo que a Lucille le habría gustado. Ha sido obra mía, sin quererlo. He ido a ver a la chica de la floristería en varias ocasiones para hablar de mi ramo y hemos terminado haciéndonos bastante amigas. Vio con claridad el abismo que separaba mi informal elección del ramo y los estrictos ornamentos florales que Lucille había encargado para la iglesia y el salón del banquete. No le pedí de manera expresa que cambiara nada, pero fui sincera cuando me preguntó cómo me gustaría en verdad que fueran los ramos, así que ha hecho un poco de magia para darnos algo que ambas aprobamos. Respiro hondo y seguimos avanzando.

Veo caras a ambos lados del pasillo, algunas que conozco y otras que no.

Mi familia ha viajado hasta aquí: tías, tíos y primos ansiosos por echar un vistazo a Oscar y a la lujosa vida londinense sobre la que sin duda mi madre no ha parado de contarles cuentos. Mis compañeros de trabajo, los amigos de

Oscar, su ex, Cressida, ataviada con perlas y un vestido negro (¡Negro! ¿Es que está de luto?), su hermano, Gerry, con la mojegata de Fliss, que luce con muy buen gusto un vestido de organza verde azulado. Y entonces vislumbro a Jack. Estoy a medio camino del altar, y ahí está él, asombrosamente real y más elegante de lo que creo haberlo visto en mi vida. Hasta se ha cepillado el pelo. No estoy segura de qué me parece Jack con traje. Pero ya no puedo seguir planteándomelo, porque nuestras miradas se cruzan y desearía poder agarrarle la mano aunque solo fuera una milésima de segundo antes de convertirme en la esposa de Oscar. En ausencia de Sarah, tengo la sensación de que es la única persona de la iglesia que me conoce de verdad. Tal vez que esté demasiado lejos sea lo mejor. Durante un segundo me pregunto si Sarah le habrá contado algo de nuestra discusión. Pero apenas han hablado desde que rompieron, y él no tiene pinta de saber nada. Le lanzo la más minúscula de las sonrisas, y él asiente; gracias a Dios, mi padre sigue caminando, porque mi única opción es seguirlo.

No hemos escrito los votos. Cuando lo sugerí, Lucille puso la cara que habría puesto si le hubiera pedido un karaoke para cantar desnudos y, a decir verdad, la de Oscar no fue muy distinta. No insistí. De todas maneras, lo había dicho medio de broma, pero la expresión de sus respectivos rostros me dejó claro que la broma era de mal gusto. ¿Qué me pensaba que era esta boda? ¿Una especie de celebración moderna?

Tal como acordamos, Oscar sigue dándome la espalda, erguido y orgulloso. Su madre opina que es indecoroso que el novio se quede boquiabierto mirando a la novia mientras esta recorre el pasillo, y a mí no me importa seguirle la corriente porque así podré estar junto a él cuando nos veamos por primera vez. Es más tierno, más nosotros. Últimamente, ambos hemos estado tan agobiados con el trabajo y con la vorágine de la boda que tenemos la sensación de apenas haber pasado tiempo de calidad juntos; estoy

impaciente por verlo hoy, por volver a pasar todo mi tiempo a su lado. Espero que durante nuestra luna de miel seamos capaces de recuperar la magia de aquellas maravillosas semanas en Tailandia.

Por fin estoy aquí, y cuando llego a su altura, Oscar se da la vuelta y me mira. Su madre nos dijo que era en este momento cuando él debía levantarme el velo; complicado, porque no lo llevo. Tendría que habérselo advertido, pero

no quería que me obligaran a ponerme algo que no va conmigo solo porque es la costumbre. He optado por un delicado tocado de los años veinte que el peluquero me ha entretejido en el pelo junto con diminutas flores naturales, un hallazgo fortuito en la misma tienda en la que conseguí el vestido. Es precioso, un fino alambre dorado salpicado de piedras preciosas con forma de criaturas marinas: un caballito de mar, conchas y, por supuesto, una estrella de mar. Cualquiera lo considerará adecuado para una novia, sin más, pero espero que Oscar entienda que es un guiño íntimo a nuestra historia.

A pesar de que no llevo velo, Oscar mueve las manos para levantarlo; ha ensayado mentalmente todos y cada uno de los pasos de hoy, y durante un instante parece desconcertado por el hecho de que no haya nada que apartarme de la cara, hasta que sonrío y niego con la cabeza de forma sutil.

—No hay velo —digo sin voz, y él me devuelve la sonrisa.

—Estás preciosa —responde con un susurro.

—Gracias —musito sonriendo otra vez, y su mirada de ojos oscuros me inunda de amor.

Ahora mismo está a años luz de los vaqueros cortados y las camisetas, pero eso es lo que veo al mirarlo. A mi Robinson Crusoe, mi salvador, mi amor.

No creo que haya reparado en que Sarah no está detrás de mí. No creo que se diera cuenta siquiera si el reverendo se quitara la sotana y se pusiera a bailar una giga irlandesa alrededor del altar, porque solo tiene ojos para mí, y esos

ojos están llenos de asombro, alegría y amor. Por mucho que Lucille haya intentado planear nuestra boda como si fuera una operación militar, no ha contado con estos momentos, que son los que recordaré mucho después de que mi cerebro se desprenda de la mousse de salmón por ocupar demasiado espacio. Oscar está elegantísimo, un novio de pies a cabeza. Todos y cada uno de los detalles que luce son perfectos: la esmerada caída de su pelo, los zapatos de boda negros y relucientes, los ojos oscuros e intensos, como si me viera por primera vez. ¿Habrá habido un novio más de foto? Es como si todos esos novios en miniatura que se ponen en lo alto de las tartas de boda de todo el país estuvieran inspirados en él.

Me pregunto qué estará pensando Su Alteza Real Lucille de mi atuendo sin velo; seguro que tiene uno de repuesto guardado en una bolsa en la sacristía por si acaso. No me cabe duda de que intentará obligarme a ponérmelo en cuanto salgamos de aquí.

Cuando el pastor pregunta si alguien tiene conocimiento de algún impedimento legal, pienso, fugazmente, en Sarah; ¿irrumpiré por la puerta de la iglesia y revelaré a todo el mundo lo que he hecho?

Por supuesto, eso no sucede. Al cabo de lo que me parecen unos segundos, me sorprende recorriendo el pasillo en sentido inverso con la alianza de diamantes y platino de Oscar en el dedo y las campanas de la iglesia repicando. Caminamos agarrados de la mano y todos nos aplauden. Justo antes de que salgamos al tenue sol invernal, Oscar me ata con cuidado las cintas de la estola de piel y después me besa.

—Mi esposa —susurra mientras me sujeta la cara entre las manos.

—Mi marido —digo, y vuelvo el rostro y le beso los dedos.

Siento el corazón tan lleno que lo noto a punto de explotar, y la sencillez de esa verdad me suscita una alegría pura: él es mi marido y yo soy su esposa.

El fotógrafo lo ha tenido complicado para reunir a las dos familias para las fotos. La madre de Oscar está decidida a ser la directora artística; en un momento dado, mi encantadora madre incluso me llevó a un lado para decirme que era posible que estrangulara a Lucille antes de que acabara el día. Nos reímos un poco al respecto e imitamos el gesto de asfixiarla, pero luego recuperamos la compostura y volvimos a entrar para posar en las fotos.

Mi familia ha sido lo único que me ha mantenido cuerda. La ex de Oscar, Cressida, confundió a mi hermano con un camarero y se quejó de que su champán no estaba lo bastante frío. Así que él le solucionó el problema con unos cubitos de hielo que pescó en una jarra de agua cercana. Cuando Cressida lo sorprendió y amenazó con hacer que lo despidieran, Daryl se dio el gran gusto de decirle que era mi hermano, exagerando su acento de las Midlands, por supuesto. Todavía está en modo «celebración alcohólica» tras el reciente nacimiento de mi precioso primer sobrino, Thomas, que hoy tiene

un aspecto tan angelical que ha estado a punto de eclipsarme y convertirse en el centro de atención. Hace un rato Daryl quiso hablar conmigo a solas, de corazón a corazón, y me preguntó si me gustaría ser la madrina de Tom el próximo verano... ¡Y luego dicen que no hay que hacer llorar a una chica el día de su boda! Quiero muchísimo a mi familia, y aún más hoy, cuando el lado de Oscar nos sobrepasa tanto en número.

—Damas y caballeros, es la hora de los brindis.

¡Ostras! Me había olvidado por completo de que Sarah daría un discurso.

Había pedido de forma expresa que lo programaran el primero, y su ausencia va a fastidiar el estricto horario de la reina Lucille. Habría ayudado que me acordara de decírselo, pero no ha sido así, y ahora el encargado de presentar a los oradores, que tiene la cara como un tomate, acaba de pedir que todo el mundo dé un fuerte aplauso a la dama de honor. La gente está aplaudiendo, pero es uno de esos aplausos lentos, deshilvanados y confusos de cuando el

público sabe que algo va mal y no tiene muy claro qué hacer. Joder, ¿es que el personal de este sitio no se comunica? Cualquiera diría que el hecho de que la mesa presidencial haya tenido que reorganizarse a toda prisa cuando llegamos los habría alertado de la ausencia de mi dama de honor, pero no, el presentador vuelve a repetir el nombre de Sarah y nos mira expectante. Oscar, pobrecito mío, parece horrorizado, como si supiera que debería hacer algo pero no tuviera ni idea de qué, y Lucille se echa hacia delante y me lanza una mirada de «soluciona esto ahora mismo». Contemplo el mar de rostros que se extiende ante mí y hago ademán de ponerme en pie mientras me pregunto qué demonios saldrá de mi boca. Mentir a estas personas una por una acerca de la ausencia de Sarah ya ha sido bastante terrible. No estoy segura de tener el temple suficiente para mentir a todos a la vez. Pero ¿qué se supone que debo decirles si no? ¿Que Sarah ha descubierto que hace tiempo estuve enamorada de su novio y ahora no quiere ni verme? El corazón se me desboca y noto que la cara se me pone colorada. Entonces oigo que alguien echa su silla hacia atrás sobre el parquet y se aclara la garganta para hablar.

Es Jack.

Un murmullo recorre la sala, un susurro grave de expectación ante la idea de

que esto podría estar a punto de ponerse interesante.

—Como Sarah no ha podido venir, Laurie me ha pedido que diga unas palabras. —Me mira con una expresión interrogante en los ojos—. Tuve la suerte de ser el tercero en discordia entre Sarah y Laurie durante unos cuantos años, así que tengo una idea bastante clara de lo que a ella le habría gustado decir si estuviera aquí.

Dudo mucho que tenga la menor mínima idea de lo que Sarah diría si estuviera aquí ahora mismo, pero le dedico un rápido gesto de asentimiento con la cabeza y vuelvo a sentarme. No sé por qué me sorprende que el papel de Jack en mi boda acabe de cobrar más relevancia; da la impresión de que

siempre ha estado presente en todos los acontecimientos importantes de mi vida, de una manera u otra.

—Veréis, Sarah y yo fuimos pareja durante un tiempo, hasta hace poco, de hecho; lo siento, eso no necesitáis saberlo, eh...

Mira a la mujer que tiene sentada al lado y se oyen un par de risitas nerviosas que llegan desde los rincones más lejanos de la sala.

—Y cuando digo que yo era el tercero en discordia, lo digo en el sentido más amplio de la expresión, desde luego. Me refiero a que estábamos unidos, pero no tanto... —Vuelve a interrumpirse cuando la gente se echa a reír—.

Lo siento —repite, y me mira y esboza un pequeño mohín.

»Vale —continúa, y no me doy cuenta de que está nervioso hasta que se frota las palmas de las manos en los muslos—. ¿Qué podría haber querido decir Sarah sobre Laurie? Bueno, lo de que es una buena amiga es obvio, no hace falta aclararlo. Sé que Sarah siempre ha dicho que le tocó la lotería de los compañeros de piso en la universidad; las dos tenéis una de esas amistades que solo se dan una vez en la vida. Tú eres la ginebra de su tónica, Laurie. Sarah te quiere mucho.

Varias personas aplauden y mi madre se enjuga las lágrimas de los ojos.

Ay, Dios. Me mantengo entera y me pellizco la piel del dorso de la mano.

Pellizco, suelto. Pellizco, suelto. Pellizco, suelto. No me atrevo a dejar que brote ni una sola lágrima, porque si empiezo a llorar no creo que pueda evitar que se convierta en un sollozo devastador y desgarrador. Hoy he echado muchísimo de menos a Sarah. Esta boda planeada con tanta precisión tiene un agujero con su forma, y me da un miedo de muerte que el resto de mi vida también lo tenga.

Jack suspira y después coge aire. Se oiría caer un alfiler aquí dentro.

—¿Sabéis?, aunque me hubieran advertido de que tendría que hablar hoy,

creo que me habría costado saber qué decir, porque en realidad no hay palabras para explicar qué es lo que Laurie James tiene de especial.

—Ogilvy-Black —lo interrumpe alguien; Gerry, creo.

Jack se echa a reír y se pasa una mano por el pelo, y estoy segura de que oigo suspirar a todas las féminas de la boda.

—Lo siento. Laurie Ogilvy-Black.

A mi lado, Oscar me coge la mano y le dedico una sonrisita tranquilizadora, a pesar de que mi nuevo nombre suena torpe y extraño en boca de Jack.

—Hace ya varios años que Laurie y yo somos amigos, buenos amigos incluso, y delante de mis narices has dejado de ser la amiga inteligente y modesta de Sarah que una vez me obligó a ver *Crepúsculo*... —Guarda silencio y tiende las manos hacia mí a pesar de que está a tres mesas de distancia—. Te has convertido en la mujer que eres hoy, alguien con un aplomo increíble, una persona espectacularmente buena; tienes algo que hace que todos y cada uno de nosotros nos sintamos el ser más importante del mundo. —Baja la mirada y niega con la cabeza—. No es ninguna exageración decir que una vez me salvaste la vida, Laurie. Viste mi peor versión y no me diste la espalda, aunque tenías todas las razones del mundo para hacerlo. Fui repulsivo y tú fuiste encantadora. Había perdido de vista quién era, y tú me hiciste recordarlo. Creo que nunca te di las gracias, así que

voy a hacerlo ahora. Gracias. Vives la vida sin pretensiones, pero dejas unas huellas profundas que cuesta que otras personas llenen.

Se queda callado y bebe un trago de su copa, porque está hablando como si fuéramos los únicos presentes en la sala y creo que se da cuenta de que está entrando en un terreno demasiado personal.

—Así que allá va: eres maravillosa de narices, Laurie. Te echo de menos ahora que estamos en lados opuestos de la frontera, pero me alegra saber que estás a salvo en las capaces manos de Oscar. —Levanta la copa—. Por ti, Laurie, y, por supuesto, por ti también, Oscar. —Se interrumpe y luego añade —: Eres un cabrón con suerte.

Ante lo cual todo el mundo se ríe y yo me echo a llorar.

*Jack*

—Joder, Jack, podrías habértela follado encima de la mesa y habríamos acabado antes.

Me quedo mirando a Verity, que en este preciso instante parece una gatita salvaje y furiosa: una preciosidad, pero quiere sacarme los ojos a zarpazos.

Estamos en un pasillo del hotel, y deduzco que mi discurso improvisado no la ha entusiasmado.

—¿Qué cojones querías que hiciera? ¿Dejar que Laurie la cagara en su propia boda?

Me dispara balas con la mirada.

—No, pero tampoco tenías que hacer que pareciera la jodida Wonder Woman.

—Ella no lleva las bragas encima de los pantalones.

En cuanto termino de pronunciar esas palabras, sé que son un error, pero me

he tomado tres copas de champán durante el brindis y no me gusta que se pasen conmigo cuando estoy en mi territorio.

—Es evidente que tu relación con sus bragas es muy íntima —gruñe Verity con los brazos cruzados sobre el pecho.

Me contengo, porque está aquí como invitada mía y entiendo que debe de haber sido un poco molesto oír a tu nuevo novio elogiar a otra mujer de una manera tan obsequiosa.

—Lo siento, ¿vale? Pero te equivocas. De verdad que Laurie y yo solo somos amigos. Nunca ha habido nada más, te lo prometo.

Sin embargo, Verity aún no está dispuesta a ceder.

—¿Qué ha sido toda esa mierda de las huellas profundas?

—Era una metáfora.

—Has dicho que era maravillosa.

Compruebo que no hay nadie más en el pasillo y me pego a ella presionándola contra la pared.

—Tú eres más maravillosa.

Me rodea con una mano y me agarra el trasero. No se anda con rodeos, Verity.

—Que no se te olvide.

La beso, aunque solo para impedir que la conversación vaya hacia donde se dirigía. A modo de respuesta, ella me muerde el labio y empieza a sacarme la camisa de los pantalones.

*Laurie*

—Ha sido un detalle por parte de Jack cubrir a Sarah.

Sonríó a Oscar, a pesar de que sus palabras tienen un dejo afilado.

—Sí.

Nos hemos retirado a nuestra suite para refrescarnos durante la pausa establecida entre el cóctel y el banquete. Creo que se supone que

«refrescarse» es una forma eufemística de decir «acostarse», pero eso no es lo que Oscar y yo estamos haciendo. Él ha estado tenso desde los discursos, y yo estoy desesperada por encontrar el modo de aclarar las cosas, porque este día deberíamos recordarlo para siempre por las razones apropiadas.

—¿Dónde me has dicho que está Sarah?

Oscar frunce el ceño y se pellizca el puente de la nariz como si se esforzara por recordar los detalles de su ausencia. Lo más seguro es que se deba a que, en un intento fallido de minimizar la mentira, no le he facilitado muchos.

—En Bath.

Mi tono es deliberadamente neutro, y me doy la vuelta porque me arden las mejillas. No quiero discutir, así que busco algo que nos distraiga y veo una bolsa de regalo metida en el hogar de la imponente chimenea. Todo lo que contiene nuestra suite nupcial es imponente, desde el tamaño de la bañera a ras de suelo hasta la cama con dosel, que es tan de «La princesa y el guisante» que hasta tiene un escalón al lado.

—¿Qué es esto? —Leo en voz alta la tarjeta que hay en la bolsa—. «Para la feliz pareja, con cariño y gratitud de Angela y todo el equipo de la boda.

Esperamos que hayáis pasado el día de vuestros sueños.» —Me vuelvo hacia Oscar—. Vaya, qué bonito, ¿no?

Asiente, y me acomodo en uno de los sillones que hay junto a la ventana para desatar los lazos.

—¿Vienes a verlo? —pregunto al mismo tiempo que intento pedirle otras cosas con la mirada: «Por favor, no me presiones con el tema de Sarah. Por favor, no analices en exceso el discurso de Jack. Por favor, concentrémonos

en lo que importa hoy, el uno en el otro».

Me mira a los ojos durante unos segundos desde el otro lado de la habitación, y luego suaviza su expresión y viene a arrodillarse a mi lado.

—Ábrelo, venga.

Le acaricio suavemente el brillante cabello azabache y sonrío.

—Vale.

Dentro de la bolsa y del papel de seda encontramos una delicada bola de

Navidad de vidrio soplado grabada con nuestros nombres y la fecha de la boda.

—¿No te parece preciosa? —digo, y procuro tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta mientras la suelto con sumo cuidado.

—Tú te mereces cosas preciosas —dice, y me besa los dedos. Luego coge una bocanada de aire—. ¿Eres feliz, Laurie?

Me sorprende la pregunta formulada en voz baja. Nunca me había preguntado algo así.

—¿Acaso necesitas preguntarlo?

—Solo una vez.

De repente, parece muy serio.

Yo también cojo aire y lo miro a los ojos. Sé que nuestro matrimonio depende de mi respuesta a esta pregunta.

—Me siento muy feliz de ser tu esposa, Oscar. Agradezco al destino la suerte que tuve cuando entraste en mi vida.

Levanta la mirada hacia mí, silencioso y tan guapo que casi parece irreal; advierto en sus ojos que hay cosas que querría decirme, pero que no va a

hacerlo porque hoy es el día de nuestra boda.

Se levanta y tira de mí para que me ponga de pie.

—Y yo le doy las gracias al mío por ti.

Me besa de forma lenta y profunda, rodeándome la cintura con un brazo y sujetándome el mentón con la otra mano, y me permito fundirme en el beso, en él. Espero con todas mis fuerzas que siempre seamos capaces de encontrarnos así, como lo hicimos en Tailandia, como hacemos en la cama por las noches. Mi amor por él es distinto a todo lo demás que hay en mi vida: claro, sencillo y directo. Me aferro a él, a la imagen de nosotros sentados en los escalones de la cabaña de la playa. Oscar ha mantenido en secreto el destino de nuestra luna de miel, pero espero con todo mi corazón recientemente comprometido que sea Tailandia.

Nos colocamos delante del árbol de Navidad decorado con gran gusto que han puesto en nuestra suite y engancho nuestra bola en una de las ramas vacías. Oscar está justo detrás de mí y siento el calor de su boca en el cuello mientras contemplamos cómo gira y refleja la luz.

—Jack estaba en lo cierto —susurra—. Soy un cabrón con suerte.

2014

Propósitos de Año Nuevo

1) *Sarah*. El mero hecho de escribir su nombre me llena de vergüenza y desolación. Tengo que encontrar la forma de convencerla de que lo siento. De que estaba en una situación imposible, de que no me permití enamorarme de su novio sin más, sino que intenté con todas mis fuerzas que no sucediera.

Necesito que me perdone de alguna manera, porque no me imagino la vida sin ella.

2) *Oscar*. ¡Mi marido! Solo quiero que continuemos siendo tan felices como lo somos ahora y que disfrutemos de nuestro primer año de casados repelentes. No es que opine que seamos repelentes. Pero ser la señora Ogilvy-

Black me da cierta seguridad, sobre todo ahora que todos los demás pilares de mi vida parecen haber desaparecido. Mi propósito es que nunca más tenga que volver a preguntarme si soy feliz con él.

3) *Trabajo*. Necesito desesperadamente un cambio profesional. Desde la boda me siento como si lo de responder a preguntas de adolescentes acerca de las relaciones y los males del corazón se me hubiera quedado pequeño; a fin de cuentas, es oficial que ya no soy la mayor experta del mundo en el amor no correspondido. Ahora que el torbellino de la boda ha terminado, me doy cuenta de que me muero de ganas de afrontar un nuevo reto; tal vez encuentre algo más en la línea de mi vida actual. En una revista para amas de casa o para señoras de la alta sociedad, a lo mejor. ¡Ja! Cuando menos, ver mi nombre en alguna de sus revistas favoritas daría a Lucille otro motivo para tenerme manía.

4) *Lo que me lleva a...* *Su Alteza Real Lucille*. Debo esforzarme más en conseguir caerle bien.

5) *Mamá y papá*. Debo esforzarme más en verlos con mayor frecuencia.

Llevo una vida más agitada que nunca, pero eso no es excusa. La boda ha hecho que me dé cuenta de lo mucho que los echo de menos. Me alegro de que mi hermano y su familia vivan cerca de ellos; mi madre no para de publicar fotografías de todos ellos con Tom, el bebé. Me encanta ver esas fotos, pero también se me encoge un poquito el corazón porque ellos están juntos mientras que yo estoy a kilómetros de distancia.

16 de marzo

*Laurie*

—¿De qué va todo esto?

Intento despertarme y me incorporo, porque Oscar está de pie junto a la cama con una bandeja.

—Te traigo el desayuno a la cama para celebrar nuestro aniversario. —Me

pone la bandeja sobre las rodillas y entro en modo pánico silencioso por si me he olvidado de alguna fecha especial—. Llevamos casados nada más y nada menos que tres meses —dice para poner fin a mi tortura—. Bueno, tres meses y dos días, en realidad, pero es mejor esperar al domingo, ¿no?

—Supongo que sí —digo entre risas—. ¿Vienes a la cama otra vez?

Sujeto la bandeja con firmeza mientras vuelve a meterse entre las sábanas y se tumba; su tono playero todavía contrasta con el de las almohadas. Su piel tiene una predisposición natural al moreno, por lo que ha conseguido conservar rastros del bronceado de nuestra luna de miel mucho después de que el mío se haya desvanecido obligado por el cruel invierno británico. Al final no fue en Tailandia. Pasamos tres semanas llenas de amor saltando de un atolón a otro de las Maldivas, un absoluto paraíso para recorrer descalzo.

Es probable que haya sido buena idea no volver a Koh Lipe para intentar recrear la magia de nuestra primera estancia; son unos recuerdos demasiado valiosos para ponerlos en riesgo. ¿Parezco una diva si reconozco que habría preferido Tailandia a las Maldivas? Lo más seguro es que en realidad no sea verdad, es solo que me habría encantado que Oscar hubiera querido que

volviéramos allí, o quizá que hubiera adivinado que ese es el lugar que mi corazón romántico adora. Me sentí como la esposa más desagradecida del mundo cuando en Heathrow nos pusimos en la cola de embarque para las Maldivas y, secretamente, se me cayó el alma a los pies. Los lujosos complejos hoteleros que Oscar había reservado para el itinerario de nuestra luna de miel estaban muy lejos de la simplicidad de aquella cabaña en una playa tailandesa; comíamos como miembros de la realeza en bungalows sobre el agua, nos acurrucábamos en hamacas dobles en nuestra propia playa privada, y un mayordomo (¡sí, un mayordomo!) se encargaba de satisfacer hasta el último de nuestros caprichos. Ahora estamos de vuelta en la casa de Oscar —bueno, en nuestra casa— y él parece decidido a no dejar que la luna de miel acabe jamás.

—¿Café?

—Por favor.

Sirvo las tazas y añado una cucharada de azúcar en la mía. Oscar no toma azúcar. No es nada goloso, en serio, así que estoy intentando reducir mi ingesta de dulces porque comer tarta o pudín sola hace que me sienta un poco glotona; estoy segura de que Oscar no lo ve así, a pesar de todo... Antes me consentía un par de caprichos golosos al mes dándome un atracón de café y tarta con Sarah, pero no hemos vuelto a hablar desde nuestra discusión. Cada vez que pienso en ello siento un peso enorme en el pecho. Durante la luna de miel, lo relegué todo a un rincón de mi mente diciéndome que no debía fastidiar nada del increíble viaje de Oscar. Y desde que hemos vuelto, he mantenido el mismo enfoque: cada día que pasa, escondo más la cabeza en la arena. La única cosa positiva que puedo sacar de todo esto, si es que tiene algo bueno, es que ya no me siento agobiada por el peso de mi secreto. Lo peor ya ha sucedido, Sarah lo sabe, y por alguna extraña razón me siento

aliviada y más capaz de amar a Oscar sin reparos. Sin embargo, he pagado un precio muy alto por tener la conciencia tranquila.

—Sí que escalfas bien los huevos, señor O —digo mientras doy a mi huevo un pinchacito exploratorio con la punta del cuchillo—. A mí nunca me salen como es debido.

—He llamado a mi madre para que me explicara cómo se hacen.

Con un esfuerzo heroico, consigo no lanzarle una mirada en plan: «¿Que has hecho qué?». Sin embargo, me imagino muy bien la cara de Lucille cuando Oscar le haya dicho que yo estaba holgazaneando en la cama mientras él trabajaba como un esclavo en la cocina. Apenas son las ocho de la mañana de un domingo, y aun así sé que lo habrá archivado en el expediente

«Laurie es una parásita vaga y perezosa» de su cabeza. Es posible que necesite abrir un segundo expediente dentro de poco, porque imagino que el primero estará lleno hasta los topes después de la boda.

—Bueno, pues has hecho un trabajo maravilloso con su información.

Contemplo con satisfacción cómo se derrama la yema sobre el panecillo inglés.

—Podría acostumbrarme a esto.

—Me gusta mimarte.

—Estar casada contigo es estar siempre mimada.

Oscar sonríe, satisfecho con el cumplido.

—¿Nos sentiremos siempre así?

—No lo sé. Supongo que si queremos... —digo.

—La gente no para de decirme que solo dura unos años, que el brillo desaparece.

—¿Ah, sí?

A mí también me han dicho cosas parecidas, por supuesto: que nuestra relación ha sido un torbellino, que cuando volvamos a poner los pies en el suelo todo el romanticismo desaparecerá.

Asiente. No le pregunto si por «gente» se refiere a Lucille.

—Bueno, ¿y ellos qué saben?

Con mucho cuidado, dejo la bandeja ya finiquitada en el suelo y me acomodo sobre el brazo de Oscar contra las almohadas.

—No nos conocen —dice, y me baja el tirante del camisón para descubrirme un pecho.

Levanto la cara para besarlo al mismo tiempo que cierra los dedos en torno a mi pezón.

—Mi esposa —susurra como suele hacerlo a menudo.

Me encanta, pero a veces me gustaría que me llamara Estrella de Mar, como antes.

Me da la vuelta y me tumba de espaldas, me acoplo a él y hacemos el amor. Después, subo la colcha hasta que nos cubre los hombros y me adormilo con la mejilla pegada a su pecho. Ojalá solo existiéramos nosotros, ojalá la vida fuera siempre como en este instante.

Más tarde, mientras cenamos cordero asado (cocinado por mí, sin tener que consultar a mi madre), Oscar me mira y rellena las dos copas de vino.

—Tengo una noticia —dice cuando vuelve a colocar la botella en un nuevo soporte de metal que la mantiene inclinada ligeramente (no me preguntes por qué, fue un regalo de bodas de Gerry y Fliss).

Me quedo callada. Hemos pasado juntos todo el fin de semana, y por lo general las noticias no son algo que mantengas en secreto hasta el domingo por la noche, ¿a que no? Si yo tengo una noticia, no puedo evitar soltarla a la primera oportunidad que se me presente. ¿Qué noticia tendrá Oscar para

haber elegido este preciso instante para dejarla caer por casualidad en la conversación? Sonrío y trato de parecer inquisitiva de una forma agradable, pero no puedo librarme de la sensación de que alguien acaba de pasarme una uña helada por la columna vertebral.

—Me han ascendido en el banco.

Una oleada de alivio me recorre de arriba abajo.

—Es una noticia estupenda. ¿Qué harás ahora?

No sé por qué le he preguntado esto, porque la verdad es que tampoco entiendo muy bien lo que hacía hasta este momento.

—Kapur se traslada a Estados Unidos a finales de mes, así que necesitan a alguien que se haga cargo de la cuenta de Bruselas.

He visto a Kapur un par de veces; es mi imagen de un banquero arquetípico: traje de raya diplomática, camisa rosa y boca grande. No me cae muy bien.

—¿Es un buen paso adelante? —Lo enuncio como una pregunta, sonriendo para demostrar que estoy contenta a pesar de que no entienda del todo la

jerarquía.

—Bastante importante, en realidad —dice Oscar—. Vicepresidente.

Tendré cuatro empleados a mi cargo. —No sabría mostrarse presumido aunque quisiera, es una de sus muchas cualidades adorables—. Pero antes deseaba hablar contigo, porque es probable que tenga que pasar parte de la semana allí.

—¿En Bruselas?

Asiente, y veo un destello de algo indefinido en sus ojos.

—¿Parte de todas las semanas?

Intento, sin éxito, disimular el dejo de alarma de mi voz.

—Es probable. Kapur suele ir tres días a la semana.

—Oh.

Me quedo sin palabras porque no quiero ser una aguafiestas; se lo ha ganado y deseo que sepa que estoy orgullosa de él.

—Puedo dejarlo pasar si piensas que será demasiado —se ofrece, y me siento como una arpía.

—¡Qué va, no! —Me levanto y rodeo la mesa para sentarme en su regazo

—. Mi inteligente esposo. —Le paso los brazos alrededor del cuello—. Es solo que te echaré de menos, nada más. No podría estar más orgullosa. —Lo beso para demostrarle que lo digo de corazón—. Bien hecho. Estoy entusiasmada. En serio, muy contenta.

—Prometo no convertirme en un marido a tiempo parcial.

Su mirada de ojos oscuros busca los míos como si necesitara consuelo.

—Y yo no seré una esposa a tiempo parcial.

Lo digo, pero me preocupa cómo va a ser de verdad en cualquiera de los dos casos. Oscar es cada vez más ambicioso y no cabe duda de que la perspectiva del ascenso lo emociona, así que tendré que ingeniarme nuevos métodos de llenar la mitad de cada semana. No puedo evitar compararnos con mis padres, que siempre dan un montón de bombo al hecho de que nunca han pasado ni una noche separados, aparte de cuando mamá estaba en el hospital teniendo a sus hijos y cuando papá estuvo enfermo. Estar juntos de continuo es parte del acuerdo matrimonial, ¿no?

Oscar me desabrocha los botones superiores de la camisa y me echo hacia atrás para mirarlo.

—Sé lo que pretende, señor —digo—. Pero la mesa se me clava en la espalda y todavía no he terminado de cenar, así que no va a tener suerte.

Parece abatido. Sin embargo, enarca una ceja, divertido.

—El cordero está buenísimo.

Y eso es todo. Tres meses de felicidad conyugal y ya estamos a punto de vivir separados la mitad de nuestras vidas. El cordero ya no sabe tan bien cuando vuelvo a coger los cubiertos.

27 de mayo

*Laurie*

Lucille sabe de sobra que el martes es uno de los días que Oscar pasa en Bruselas, así que no tengo ni la menor idea de por qué está apretando el timbre de nuestra puerta. Durante un segundo me planteo fingir que no estoy en casa. Pero no lo hago, porque seguro que me ha visto llegar hace unos minutos, o bien, lo que me parece aún más probable, tiene una cámara espía aquí dentro para vigilar hasta el último de mis movimientos.

—Lucille —digo toda envuelta en sonrisas de bienvenida cuando abro la puerta, o al menos eso espero—, pasa.

De inmediato, me siento una maleducada por haberla invitado a entrar en su

propia casa. A fin de cuentas, es su nombre el que aparece en la escritura de la propiedad. Sin embargo, Lucille es demasiado cortés para decirlo, aunque la mirada arrogante que me dedica al pasar sugiera lo contrario.

Recojo a toda prisa la taza de café vacía que hay en la mesa, contenta por haber pasado la aspiradora antes de marcharme al trabajo esta mañana. Oscar está empeñado en convencerme de que contratemos una limpiadora, pero no soy capaz de imaginarme explicando a mi madre que pago a alguien para que limpie lo que yo ensucio. Su Alteza Real Lucille lanza una mirada crítica a su alrededor cuando se sienta. «Joder, ¿qué le digo?»

—Me temo que hoy Oscar no está en casa —anuncio, y se le agría la expresión.

—Ah. —Ondeando los dedos, acaricia las perlas gordas y mantecosas que siempre lleva puestas—. No me acordaba.

Ya. Lucille tiene apuntados en su agenda todos los compromisos de Oscar, escritos con un bolígrafo verde especial que utiliza solo para él.

—¿Una taza de té?

Asiente.

—Darjeeling, por favor, si tienes.

Por lo general, no tendría nada parecido a eso, pero alguien eligió como regalo de bodas una selección de varios té, así que me limito a sonreír y la abandono a su suerte durante un momento mientras lo compruebo. ¡Ja! Sí, podría lanzar los puños al aire, tengo Darjeeling. Sé muy bien que mi suegra solo lo ha pedido porque creía que me pillaría fuera de juego, y la sensación de victoria que experimento es indecorosa. Desearía que las cosas no fueran así entre nosotras; quizá este sea un buen momento para que intente hacer algún progreso. Mientras espero a que se haga el té, pongo el azucarero y la jarrita de leche —más regalos de la boda— en una bandeja con dos tazas del tamaño apropiado y añado un plato con galletas de mantequilla.

—Aquí está —digo en un tono vivaz cuando vuelvo con la bandeja—.

Leche, azúcar y galletas. Creo que no me he olvidado de nada.

—No, no y no, pero gracias por el esfuerzo.

Los ojos de Lucille son de un marrón diferente al de Oscar, más ambarino.

Más serpentinos.

—Me alegro de que hayas venido. —Me siento sobre las manos para no gesticular demasiado por culpa de los nervios—. ¿Necesitabas a Oscar por algo especial?

Niega con la cabeza.

—Solo pasaba por aquí.

Me sorprendo preguntándome con qué frecuencia «solo pasaba por aquí»; sé que tiene una llave. No me extrañaría que entrara cuando no hay nadie en

casa. Esa idea me desconcierta. ¿Busca cómo demostrar que soy una cazafortunas? ¿Revisa nuestro correo por si hay extractos de tarjetas de crédito en números rojos o registra mis cajones para encontrar pruebas de un pasado sombrío? Debe de echar pestes de mí porque estoy limpia.

—Imagino que te sentirás sola aquí durante la semana.

Hago un gesto de asentimiento.

—Lo echo de menos cuando no está. —Siento la retorcida necesidad de decirle que organizo fiestas salvajes para matar el tiempo—. Pero trato de mantenerme ocupada.

Como para justificar mi argumento, le sirvo el té. Sin leche, sin azúcar.

Lucille bebe un sorbo con gran elegancia y esboza una mueca, como si le hubiera servido ácido de batería.

—Un poquito menos de tiempo en la tetera la próxima vez, diría yo.

—Lo siento —murmuro mientras en mi interior pienso que la parte más alarmante de esa frase ha sido «la próxima vez».

—Administración, ¿no? ¿En una revista? Disculpa, pero tendrás que recordarme a qué te dedicas.

Su brusquedad me hace suspirar por dentro. Sabe muy bien a qué me dedico, y en qué revista. No me cabe la menor duda de que lo ha buscado todo en internet.

—No exactamente. Soy periodista en una revista para adolescentes.

Ya lo sé, ya lo sé. No es que pueda decirse que esté a la vanguardia del periodismo.

—¿Has hablado hoy con Oscar?

Niego con la cabeza y levanto la mirada hacia el reloj de pared.

—Por lo general llama después de las nueve. —Me interrumpo, y luego, con ánimo de tenderle una rama de olivo, añado—: ¿Quieres que le pida que te llame mañana?

—No te preocupes, querida. Estoy segura de que ya es bastante carga tener que llamar a casa todos los días como para añadir otra cosa a su lista.

Agrega una breve risotada al final, como si yo fuera una esposa arpía que necesita que le enseñen cuál es su sitio.

—No creo que a Oscar le suponga ninguna molestia —digo, ofendida contra mi voluntad—. A los dos nos resulta duro estar separados, pero estoy orgullosa de él.

—Sí, ya imagino que debes de estarlo. Es un trabajo con mucha presión, sobre todo ahora que dirige un equipo en el extranjero. —Sonríe—. Aunque Cressida me ha dicho que es maravilloso trabajar para él.

¿Cressida trabaja allí? Quiere que le pregunte de qué está hablando. Me trago la pregunta a pesar de que me abrasa la garganta. Para disimularlo, cojo mi taza y le doy un sorbo al dichoso té. Sabe a pis de gato. Lucille y yo nos evaluamos la una a la otra por encima de la mesita de café de cristal, y después ella suspira y echa un vistazo a su reloj de pulsera.

—Dios mío, ¿ya es esta hora? —Se pone de pie—. Debería marcharme.

Yo también me pongo de pie y la acompaño hasta la puerta. Cuando la beso en la mejilla apergaminada en el vestíbulo, busco en lo más profundo de mi ser y por fin encuentro los ovarios necesarios:

—Bueno, ha sido un placer inesperado, mamá. Deberíamos disfrutarlo más a menudo.

No creo que se hubiera quedado más horrorizada si la hubiera llamado

«puta». Estoy convencida de que va a abofetearme.

—Laurel.

Inclina la cabeza con formalidad y sale con sigilo por la puerta.

En cuanto se marcha de una vez por todas, tiro el pis-té por el fregadero y me sirvo una generosa copa de vino. Que una mujer tan amargada haya criado a un hombre tan dulce me resulta todo un misterio.

Me siento en el sofá, abrumada por la soledad. Lucille ha venido hasta aquí por una única razón: para asegurarse de que estoy al tanto de que Oscar pasa la mitad de la semana en Bruselas con su exnovia, que es mucho más digna de él que yo. Con una exnovia sobre la que a mi marido no se le ha ocurrido comentarme que ahora trabaja a sus órdenes.

La única persona a quien en este momento me apetecería llamar para hablar es Sarah. Estoy a punto de marcar su número, pero ¿qué voy a decirle si me contesta? ¿«Hola, Sarah, necesito hablar con alguien porque he descubierto que mi marido pasa demasiado tiempo con su ex»? Por alguna razón, dudo que vaya a ser un hombro sobre el que llorar. Así que busco mi portátil y abro

Facebook. No tengo a Cressida de amiga en esa red social, pero sí a Oscar, y no me cuesta ningún trabajo saltar de la página de mi marido a la de ella. Gran parte de sus publicaciones son privadas, salvo las pocas que quiere que todo el mundo vea, fotos de su sofisticado estilo de vida en Bruselas. Voy clicando en ellas hasta que encuentro una en la que aparece en la terraza de un bar junto a un grupo de personas, con Oscar sentado a su lado a la mesa, riéndose.

Oh, Oscar.

10 de junio

*Jack*

Edimburgo cuando hace sol es la leche. Llevo aquí poco más de un año, y la verdad es que empiezo a sentirme como en casa. Ya conozco las calles sin pedir indicaciones —bueno, la mayoría— y tengo músculos que nunca había tenido en las pantorrillas porque toda la ciudad parece estar construida sobre una puñetera montaña gigante. Cuando llegué los amenazantes edificios de granito me parecieron austeros, pero puede que fuera un reflejo más de mi estado de ánimo que de la arquitectura gótica. Ahora veo la ciudad tal como es: vibrante, bulliciosa, acogedora. Sin embargo, las gaitas siguen sin entusiasmarme.

—Te he pedido una, Jack.

Lorne, mi corpulento y barbudo productor, me ve y levanta una jarra de pinta hacia mí desde el otro extremo del jardín del pub. Vamos a celebrar aquí nuestra reunión de equipo, porque así es como hacemos las cosas.

—¿Hoy no viene Verity?

Haley, mi ayudante, me mira enarcando las cejas cuando me siento a la mesa.

—No —digo—. Hemos acordado una separación amistosa.

Somos seis en total, y todos los demás emiten una exclamación de

«¡oooh!» al unísono. Les dedico un gesto obsceno con el dedo corazón.

—Niños.

Haley intenta comportarse como una adulta, lo cual es irónico teniendo en cuenta que es la más joven del equipo.

—Lo siento, no quería entrometerme.

Me encojo de hombros.

—No lo has hecho.

—Mierda, tío —dice Lorne—. Siento que nos hayamos cachondeado.

Me encojo de hombros otra vez. La verdad es que no estoy demasiado disgustado. Hacía tiempo que se veía venir; Verity se había vuelto cada vez más exigente en todos los sentidos de la palabra. Quería más de todo de lo que yo podía darle: de mi tiempo, de mi energía, de mis emociones. No creo que a ninguno de los dos vaya a costarnos demasiado superar la ruptura; además, estaba constantemente obsesionada con Sarah y Laurie, siempre presionándome para que le dijera que ella es más guapa, más exitosa y más divertida que ninguna de las dos. Esa competitividad me cansaba; tenía más que ver con ser la mejor que con ser la mejor para mí. Yo tampoco era el mejor para ella. Nuestros intereses eran muy distintos; no entiendo las reglas del polo, y tampoco tengo muchas ganas de aprenderlas. Sé que eso me hace parecer un imbécil; lo cierto es que ahora mismo no tengo ánimo de mantener una relación, ni con Verity ni con cualquier otra persona.

Levanto mi pinta.

—Por la libertad.

A mi lado, Lorne se echa a reír y murmura algo sarcástico sobre *Braveheart*.

25 de junio

*Laurie*

—Laurie...

Acabo de salir de una entrevista de trabajo y estoy recompensándome con un café al sol en la terraza de un bar de Borough Market cuando alguien se detiene junto a mi mesa.

Es ella.

—Sarah. —Me pongo de pie, sorprendida de verla de una forma tan inesperada, y aún más sorprendida de que se haya parado a hablar conmigo

—. ¿Cómo estás?

Hace un gesto de asentimiento.

—Bueno, ya sabes. Sin novedad, como siempre. ¿Y tú?

Todo es tan dolorosamente forzado que me entran ganas de llorar.

—Acabo de salir de una entrevista para un trabajo nuevo.

—Ah.

Deseo que me pregunte por los detalles, pero no lo hace.

—¿Puedes quedarte a tomar un café?

Mira mi taza mientras delibera.

—No puedo, me esperan en un sitio.

La alegría que me produce hablar con ella es tan intensa, tan absoluta, que quiero aferrarme al bajo de su chaqueta para evitar que se vaya. La decepción sin duda se me refleja en la cara con absoluta claridad, porque una sonrisa sutilísima le curva los labios durante un instante.

—En otra ocasión, Lu, ¿vale?

Le digo que sí.

—¿Te llamo yo?

—O yo a ti. Da igual.

Levanta la mano para decirme adiós y luego se desvanece entre el gentío del mercado. Unos segundos después, me vibra el teléfono.

Cruzo los dedos por lo del trabajo. S x

No consigo contener las lágrimas. Me he pasado toda la mañana muerta de los nervios por esa entrevista para un puesto de redactora en una revista ilustrada para mujeres, y ahora no podría importarme menos si lo consigo o no, porque acabo de conseguir algo mucho más valioso. Creo que es posible que haya recuperado a mi mejor amiga, o al menos una pequeña parte de ella.

Me apetece tirar el café en la maceta más cercana y pedir un cóctel.

12 de octubre

*Laurie*

—... te deseamos, Thomas, ¡cumpleaños feliz!

Todos aplaudimos y el pequeño se ríe como un loco satisfecho.

—Me cuesta creer que ya tenga un año —digo mientras lo mezo apoyado en mi cadera, como he visto hacer a Anna durante la mayor parte del fin de semana.

Mi cuñada está inmersa por completo en la maternidad, no hay indicios de que nadie la haya visto sin un paño de muselina echado al hombro o sin el portabebés enganchado a la cintura, a punto para que el trasero regordete de Tom aterrice sobre él. Una cosa hay que reconocerle: es supermono, todo rizos rubios y lorzas de bebé, con un par de diminutos dientes blancos en la encía inferior y melocotones en los mofletes. Para ser tan pequeño, ha acaparado por completo el fin de semana; todo cuanto lo rodea se ha adaptado para el confort de un bebé.

—Te queda bien, Laurie.

—No digas ni una palabra más.

Lanzo a mi madre una mirada de advertencia.

Se encoge de hombros, riéndose.

—Solo pensaba...

«Lo que piensan todos los demás», digo para mis adentros. Que cuándo vamos a empezar a oír el correteo de unos pies diminutos es casi lo primero que nos pregunta la mayoría de la gente ahora que estamos casados, con la

notable excepción de Lucille, que seguro que todas las noches se arrodilla junto a su cama y reza para que yo sea estéril. «¡Estamos en 2014, no en 1420», me entran ganas de gritar cuando todavía otro colega más me pregunta si estamos pensando en tener niños. ¿Y si antes quiero forjarme una carrera profesional?

Daryl me pasa un brazo por los hombros en un gesto de solidaridad que le agradezco, y el bebé se pone a lloriquear al instante porque quiere ir con su padre.

—Posponlo el mayor tiempo posible, hermanita. Tu vida nunca volverá a ser la misma después.

Me alivia que Oscar ya se haya ido a casa, ya que así se ha ahorrado toda esta conversación. Se ha marchado temprano de la fiesta porque esta noche vuela a Bruselas para una prolongada estancia de cinco días; se encuentran en medio de unas importantísimas negociaciones de adquisición y tiene que estar allí para supervisarlos todo. No me he permitido preguntarle si Cressida estará también allí o no durante el tiempo que duren; Oscar me ha prometido que no tengo nada de qué preocuparme en lo que a ella respecta y he elegido creerlo a pies juntillas. Al fin y al cabo, mi marido tenía razón: yo ya sabía que Cressida trabajaba para la misma empresa, lo que no sabía era que trabajaban tan estrechamente. Pero Oscar me ha asegurado que no era así justo hasta la semana antes de que Lucille me visitara para alardear de ello.

Por suerte, no soy una mujer celosa, y él nunca me ha dado ningún motivo

para pensar que todavía sienta algo por ella. Tienen que trabajar juntos; esas cosas pasan. Tienen que trabajar juntos en un país diferente; siendo justos, es probable que eso suceda con menos frecuencia, pero confío en Oscar, y no hay más que decir. Así que, con él de camino a Bruselas, he decidido quedarme con mis padres hasta mañana por la tarde. Estoy haciendo todo lo posible para cumplir el propósito de Año Nuevo que me hice respecto a ellos, aunque no el que me hice respecto a Lucille.

¿Es horrible que confiese que me siento un poco más relajada desde que me he despedido de él? Nunca tiene más que elogios para mis padres, pero siempre me siento un pelín incómoda cuando estamos todos juntos, como si, en caso de que yo no estuviera, no hubiera más que tres extraños en una habitación. Me he pasado una parte de nuestro trayecto en tren fingiendo que estaba dormida cuando lo que estaba haciendo en realidad era reunir una pequeña selección de temas de conversación que sacar a relucir. Las vacaciones, el trabajo (más el mío que el de Oscar, por razones obvias), el nuevo color del que vamos a pintar el cuarto de baño, ese tipo de cosas. No había tenido en cuenta al pequeño Tom, por supuesto. La conversación no se agota cuando hay un bebé alrededor, así que en general ha sido un fin de semana familiar bastante agradable. Me he dado cuenta de que apenas tengo ganas de volver a Londres mañana, a nuestra casa solitaria y silenciosa.

—Lleva esto a tu padre, por favor, cariño. —Mi madre pone los ojos en blanco al mismo tiempo que me entrega una taza de té—. Está en el estudio mirando un partido de fútbol.

Mi padre es un entusiasta seguidor del Aston Villa; si televisan un partido suyo, él tiene que verlo, incluso durante el cumpleaños de su nieto, al parecer.

Cojo la taza y me escapo por el pasillo, contenta de tener una excusa para huir de la conversación «cuándo tendrá Laurie un bebé». La respuesta es:

«Cuando Laurie esté lista (si llega a estarlo)».

—¿Papá? —Empujo la puerta del estudio y me sobresalto cuando no se abre. No puede estar atrancada; ni siquiera tiene pestillo. La empujo de nuevo. Algo la bloquea desde dentro—. ¿Papá? —llamo de nuevo.

Se me acelera el corazón porque no responde. Aterrorizada, doy un golpetazo a la puerta con el hombro y derramo el té sobre la nueva alfombra

beige de mamá, pero esta vez se abre un par de centímetros. Entonces todo parece detenerse y oigo a alguien cuya voz se parece a la mía, aunque es imposible que lo sea, que grita pidiendo ayuda una y otra vez.

13 de octubre

*Laurie*

—Le he dado algo para que pueda dormir, está exhausta.

Trato de sonreír al médico cuando baja, pero mi cara no me obedece.

—Gracias.

El doctor Freeman vive enfrente de mis padres, y desde hace años viene por aquí por razones tanto sociales como médicas. Fiestas de Navidad, huesos rotos. Ayer acudió en cuanto Daryl aporreó la puerta de su casa gritando que necesitábamos ayuda, y ahora ha vuelto para ver cómo van las cosas.

—Lo siento mucho, Laurie. —Me da un apretón en el hombro—. Si puedo ayudaros de cualquier manera, no dudes en llamarme, sea de día o de noche.

Daryl lo acompaña a la puerta, y luego nos sentamos juntos a la mesa del comedor de nuestros padres, en una casa demasiado tranquila. Anna se ha llevado al bebé a casa, y Oscar está atrapado en Bruselas al menos hasta mañana por la tarde. Se siente fatal por ello, pero, siendo sincera, ni él ni cualquier otra persona pueden hacer o decir nada.

Mi padre murió ayer. Estaba aquí, y un minuto después se fue, sin nadie a su lado para cogerle la mano o darle un beso de despedida. Me atormenta la idea de que tal vez hubiéramos podido hacer algo por ayudarlo si hubiéramos estado con él. Si Daryl o yo hubiéramos dedicado un rato a ver el partido con él como lo hacíamos cuando éramos pequeños, aunque a ninguno de los dos nos gusta mucho el fútbol. Si mi madre le hubiera preparado el té diez minutos antes. Si, si, si. El equipo de la ambulancia que vino y confirmó su

muerte hizo todo lo posible para asegurarnos que no habría sido así, que tenía toda la pinta de haber sido un paro cardíaco súbito que se lo habría llevado de todos modos. Pero ¿y si gritó y nadie lo oyó? Daryl me ofrece los pañuelos de papel y me doy cuenta de que estoy llorando otra vez. No creo que haya parado hoy. ¿No dicen que los seres humanos somos un setenta por ciento de agua o alguna locura así? Pues debe de ser verdad, porque a mí me rebosa como si alguien se hubiera dejado un grifo abierto en una casa abandonada.

—Tenemos que hacer los preparativos para el funeral.

La voz de Daryl suena hueca.

—No sé cómo se hacen —digo.

Me aprieta la mano hasta que se le ponen blancos los nudillos.

—Yo tampoco, pero lo averiguaremos, los dos juntos. Mamá necesita que lo hagamos.

Asiento con la cabeza, aún enjugándome las lágrimas. Mi hermano tiene razón, por supuesto; mamá está destrozada, es imposible que ella pueda hacer nada. No olvidaré mientras viva la imagen de mi madre arrastrándose de rodillas para llegar hasta mi padre. Acudió corriendo, aterrorizada, en cuanto empecé a gritar, como si una especie de sexto sentido la hubiera alertado de que el amor de su vida estaba en apuros. Han estado juntos desde que tenían quince años. Todavía lo oigo: la oigo gritar su nombre al ver que no podía despertarlo, oigo su discreto gemido de dolor cuando el equipo de la ambulancia certificó la hora de la muerte y la apartó con delicadeza de su cadáver. Y desde entonces, nada. Apenas habla, se niega a comer, no ha dormido. Es como si se hubiera apagado, como si no pudiera continuar aquí ahora que él no está. El doctor Freeman nos ha dicho que no pasa nada porque haya reaccionado de esta manera, que cada persona reacciona de una forma distinta y que solo tenemos que darle tiempo. Pero la verdad es que no

sé si conseguirá superarlo en algún momento. Si alguno de nosotros lo conseguirá.

—Iremos mañana —dice Daryl—. Anna vendrá a hacer compañía a mamá.

—De acuerdo.

Volvemos a sumirnos en el silencio de esta habitación inmaculada y tranquila. Esta es la casa en la que crecimos, y esta es la sala donde siempre cenábamos juntos, siempre ocupando el mismo lugar en torno a la mesa.

Nuestra familia de cinco a duras penas sobrevivió a la transformación en una familia de cuatro después de la muerte de Ginny; siempre hubo una silla vacía. Ahora miro la silla vacía de mi padre y vuelvo a llorar. Soy incapaz de imaginar cómo saldremos adelante siendo una familia de tres. Es demasiado poco.

*Jack*

—Seas quien seas, vete a la mierda.

No se va a ningún sitio, así que saco el brazo de la cama y busco mi móvil a tientas en el suelo. Nadie ignora que trabajo por las noches, ¡hasta pueden oírme por la puñetera radio!, así que solo Dios sabe por qué hay alguien empeñado en llamarme antes de la hora de comer. Alcanzo el teléfono con los dedos justo cuando deja de sonar; qué típico. Me lo acerco a la cara y lo miro con los ojos entornados y la cabeza de nuevo apoyada en la almohada. Una llamada perdida de Laurie. «Mierda.» Miro la espalda recta y desnuda de Amanda y sopeso si es de mala educación devolver la llamada a Laurie mientras mi novia duerme a mi lado. Llego a la conclusión de que es probable que sí, así que apago el móvil. No puede ser tan urgente.

—¿Quién era?

Amanda se da la vuelta hacia mí, toda piel del color de la miel, ojos azules y pezones erectos. Todavía estamos en la etapa de «follar como conejos» de nuestra relación, y la visión de ese cuerpo sin una sola marca de bronceado surte efectos extraños en mi cerebro.

—Telemarketing.

Me inclino sobre Amanda y cierro los labios en torno a uno de sus pezones, y detrás de mí, sobre la mesilla de noche, mi móvil vibra con fuerza para

indicar que tengo un nuevo mensaje de voz. Laurie no me llama muy a menudo. La mayor parte de las veces nos enviamos correos electrónicos, y en ocasiones chateamos por Facebook, como hacen hoy en día los adultos civilizados. Si me ha dejado un mensaje, debe de querer algo en particular.

—Joder, lo siento. —Doy la espalda a Amanda y cojo el teléfono—. Será mejor que lo escuche. No te olvides de por dónde íbamos.

Ella me observa perezosamente mientras pulso el botón y me acerco el teléfono a la oreja, y cuando la voz automática me informa de que tengo un mensaje nuevo desliza una mano por debajo de las sábanas hacia el final de mi vientre. Dios, qué buena es. Cierro los ojos, ya jadeante cuando comienza el mensaje. Me he olvidado casi por completo de quién me había llamado.

—«Eh, Jack. Soy yo, Laurie.» —Quiero decir a Amanda que pare, porque escuchar la voz suave de Laurie con la mano de otra mujer alrededor de la polla hace que de pronto experimente todo tipo de malas sensaciones—.

«Quería hablar contigo. Oír tu voz.»

Madre mía, es como si estuviera alucinando. Incluso ahora sigo soñando con Laurie de vez en cuando, y a menudo los sueños son muy parecidos a esto. Ella me llama, me quiere, me necesita. Estoy duro como una piedra.

—«Siento llamar cuando imagino que estás durmiendo. Lo que pasa es que mi padre murió ayer y pensé que a lo mejor andabas por aquí.»

En algún momento, antes de terminar de oír la frase, me he dado cuenta de

que Laurie estaba llorando y he apartado a Amanda de mí. Me incorporo de golpe en la cama. El padre de Laurie ha muerto. «Me cago en la puta, espera, Lu.» Salgo de la cama a trompicones y me pongo los vaqueros a toda prisa mientras presiono con furia los botones de mi móvil y murmuro una disculpa a Amanda. Me encierro en el cuarto de baño y me siento en el váter para poder hablar con Laurie sin que Amanda me oiga. Laurie responde al tercer toque.

—Lu, acabo de recibir tu mensaje.

—Jack.

Tan solo pronuncia mi nombre antes de echarse a llorar con demasiada intensidad para seguir hablando, así que soy yo quien habla.

—Eh, eh, eh —le digo con la mayor suavidad de que soy capaz—. Ya lo sé, cielo, ya lo sé. —Desearía con todo mi corazón poder abrazarla—. Está bien, Laurie, está bien, cariño. —Cierro los ojos, porque su dolor es tan crudo que me duele oírlo—. Ojalá estuviera contigo —susurro—. Estoy abrazándote con fuerza. ¿Me sientes, Lu? —El ruido de los sollozos de Laurie es lo peor del mundo—. Estoy acariciándote el pelo, rodeándote con los brazos y diciéndote que todo irá bien —musito, palabras tiernas cuando su llanto disminuye—. Te digo que estoy contigo, que estoy a tu lado.

—Ojalá fuera verdad —dice al cabo de unos segundos, palabras entrecortadas.

—Podría serlo. Cogeré el próximo tren.

Suspira, con la voz más firme al fin.

—No, estoy bien, de verdad que sí. Daryl está aquí, y mi madre, por supuesto, y Oscar debería volver mañana por la noche.

«Oscar debería estar ahí ahora mismo», pienso, pero no lo digo.

—No sé qué se supone que debo hacer —dice Laurie—. No sé qué hacer, Jack.

—Lu, no puedes hacer nada. Créeme, lo sé.

—Sé que lo sabes —murmura.

—Hoy no tienes por qué apresurarte ni hacer nada en absoluto —le digo, porque recuerdo muy bien aquellos días oscuros y difíciles—. Todo va a ser muy confuso, haz lo que te parezca que está bien. No te castigues por llorar demasiado o por no llorar cuando creas que deberías hacerlo, ni por no saber cómo ayudar a tu madre. Límitate a estar ahí, Laurie. Es lo único que puedes hacer ahora mismo. Aguanta, ¿vale? Espera a que llegue Oscar para hacer las

cosas oficiales, deja que sea él quien contacte con la gente por ti. Créeme, se alegrará de poder ayudar de algún modo.

—De acuerdo.

Parece aliviada, como si solo necesitara a alguien que la acompañara en esto. Ojalá pudiera ser yo.

27 de octubre

*Laurie*

—Alice, la del número tres, me ha pedido que trajera esto. Me ha dicho que luego irá a la iglesia.

La tía Susan, la hermana de mi madre, me entrega un enorme bizcocho victoria. Vino hace varios días, y ha sido un gran apoyo; tenerla aquí ha ayudado a mamá a superar el emotivo encuentro con el pastor que oficiará el funeral para hablar del mismo, a pensar en qué se pondrá y a darse cuenta de que el mundo tiene que seguir girando sin mi padre en él. La tía Susan perdió a su esposo, mi tío Bob, hace cuatro años, así que es capaz de empatizar con mamá de una forma que tanto a Daryl como a mí se nos escapa. Nosotros hemos perdido a nuestro padre, pero mamá ha perdido a su alma gemela, y hoy tiene que enfrentarse a ese hecho en su funeral.

Voy de camino a la cocina, con el bizcocho en las manos, justo cuando Sarah aparece en la ventana trasera, con la mano a punto para llamar. Todo el mundo entra en casa de nuestros padres por la parte de atrás, es ese tipo de hogar. Me estremezco ante la idea de que algún día tendré que acostumbrarme a decir solamente «la casa de mi madre». No soporto la idea de que se quede aquí sola.

—Eh —dice Sarah cuando abro la puerta. Y luego, al ver la cantidad de comida que exhiben las encimeras de la cocina, añade—: Vaya.

Dudo que a los supermercados locales les queden muchos artículos en las estanterías. La tía Susan lo ha pedido todo por internet, hasta las servilletas y

una vajilla desechable.

—Podemos tirarlo todo a la basura cuando termine —me dijo en tono enérgico mientras clicaba en las pantallas de los pedidos—. Lo último que apetece hacer después de un funeral es ponerse a limpiar.

Si a eso le sumamos los seis o siete pasteles que varios vecinos y amigos han ido enviando a lo largo de la mañana, queda claro que nadie se marchará de aquí con hambre.

Me alegré mucho de que alguien que sabía lo que estaba haciendo tomara las riendas, a pesar de que Oscar, Daryl y yo nos encargamos de los preparativos básicos con los directores de la funeraria cuando Oscar volvió de Bruselas. ¿Hay algo peor en el mundo que tener que elegir un ataúd? ¿A quién le importa si es de fresno o de pino, o si las manijas son de latón o de plata? Salimos del paso como pudimos y, fuera cual fuese el ataúd que escogimos, dentro de poco estará aquí con mi querido padre dentro. Me parece irreal, demasiado cruel para ser verdad.

Sarah se vuelve hacia mí y me pasa un brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

Le respondo que sí y parpadeo para contener las lágrimas que siempre tengo detrás de las pestañas. No le he contado que cuando ocurrió llamé primero a Jack. Pero me digo que Jack es la única persona que conozco que ha perdido a un padre; necesitaba a alguien que supiera lo que se siente. A pesar de todo, cuando llegó el final del día y me encontré sentada a solas en mi habitación de la infancia, lo único que quería era llamar a mi mejor amiga.

Desde aquel encuentro en el mercado, nos enviamos mensajes y quedamos para tomar café y comer tarta más o menos cada dos semanas; a veces también quedamos para tomar un vino, y poco a poco vamos recomponiendo los pedazos rotos de nuestra amistad. Pocos segundos después de escuchar su voz familiar, cualquier posible resto de distancia que quedara en nuestra amistad desapareció. Sarah se presentó en casa la noche siguiente sin que nadie se lo pidiera. Y aunque tuvo que regresar a Londres durante unos días

para trabajar, volvió ayer a tiempo para el funeral.

—Creo que sí. —Me encojo de hombros y la miro con indefensión—. No puedo hacer nada, solo esperar.

Cuelga el abrigo en el respaldo de una de las sillas de la cocina y enciende el hervidor de agua.

—¿Cómo está tu madre?

Hago un gesto de negación y doy a Sarah un par de tazas.

—Sobrellevándolo, supongo.

Es la palabra más positiva que se me ocurre. Mi madre está sobrellevándolo. Se despierta y se duerme, y en el ínterin responde si alguien le habla, pero la mayor parte del tiempo permanece inmóvil y con la mirada perdida a un millón de kilómetros de distancia. No sé qué decirle, es como si de repente yo fuera la madre, pero no tengo ni idea de cómo serlo, de cómo consolarla.

—A lo mejor hoy es un punto de inflexión —sugiere Sarah.

No es la primera persona que me lo dice, que a veces el funeral es el momento en el que se asume que alguien se ha ido para siempre. Parece que después del funeral todo el mundo sigue con su vida y tú tienes que encontrar la manera de seguir con la tuya.

—Tal vez —digo sin tener claro en absoluto si será posible que alguno de nosotros llegue a conseguirlo—. Estás guapa.

Su coleta baja se balancea cuando agacha la cabeza para mirarse el vestido negro estilo Jackie Kennedy que lleva puesto.

—Ventajas del trabajo —comenta con una sonrisa.

Ahora se ha convertido en una cara habitual del canal de noticias

veinticuatro horas, lo que siempre estuvo destinada a ser. Nos sentamos a la mesa de la cocina, cada una con un café en la mano. Añado azúcar al mío y

observo los granos que giran en espiral dentro del líquido.

—Esto me recuerda a Delancey Street —dice Sarah.

De repente siento una punzada de nostalgia y arrepentimiento.

—Ojalá pudiéramos volver.

—Lo sé, cariño.

—Sarah, lo siento mucho...

Estoy desesperada por disculparme, por sacarlo todo a la luz. Porque pese a que ha venido hasta aquí, todavía no hemos dicho ni una sola palabra sobre nuestra discusión; sobre Jack.

—No hablemos de eso ahora. Ha llovido mucho desde entonces.

Me coge una mano y la aprieta.

Sin embargo, es algo que continúa interponiéndose entre nosotras, que no está resuelto; es como si le hubiéramos echado una sábana por encima y pintado alrededor, pero sé que algún día deberemos levantar la sábana y ver lo que queda debajo.

—Aun así, algún día tendremos que hablarlo —digo.

—Sí —conviene—. Algún día, pero no hoy.

*Jack*

—¿Cerveza?

Estoy tomándome un respiro de cinco minutos en el banco que hay junto al arroyo que discurre al fondo del jardín de la casa de los padres de Laurie cuando Oscar viene a mi encuentro y me ofrece una cerveza.

—Gracias. —Lo miro de soslayo cuando se sienta a mi lado y apoya los

codos en las rodillas—. Un día largo.

Asiente.

—¿Crees que se pondrá bien?

Es una pregunta tan inesperada que tengo que pedirle que me la aclare.

—¿Laurie?

—Sí. —Bebe de lo que sea que contiene su vaso, whisky, a juzgar por su aspecto. Con los años hemos comprobado que yo soy el bebedor de cerveza y él es un hombre de puro malta—. No sé qué se supone que debo hacer o qué debo decirle.

¿Está pidiéndome un consejo? Me armo de valor, porque, aunque nunca será una persona por la que sienta afinidad, Laurie es importante para él. Eso es lo que tenemos en común.

—Según mi experiencia, es más fuerte de lo que parece, pero no tan fuerte como para no derrumbarse de vez en cuando. —Recuerdo el día en que la vi desmoronarse, cuando la besé bajo una tormenta de nieve—. Pregúntale cómo se siente, no dejes que se lo trague.

—Pero no sé qué decirle.

—Nadie sabe qué decir, Oscar. Pero algo, cualquier cosa, es mejor que nada.

—Tú siempre pareces saber qué decir. —Suspira y mueve la cabeza, pensando—. Como en aquel discurso que diste en nuestra boda, por ejemplo.

Se queda callado, mirándome, y pienso: «No me jodas», porque no es algo de lo que él y yo deberíamos hablar.

—¿A qué te refieres?

Lo miro de hito en hito.

Se recuesta hacia atrás y extiende un brazo a lo largo del respaldo del banco.

—Te seré sincero, Jack. A veces he tenido dudas de si tus sentimientos por Laurie son completamente platónicos.

Me río, desvío la mirada y me bebo la cerveza de un trago.

—Entre todos los días del calendario, ¿eliges el día en que ha enterrado a su padre para sacar este tema?

—Es una pregunta bastante sencilla —dice, tan razonable como siempre—.

Estoy preguntándote si sientes algo por mi esposa, Jack. Y creo que ya he tenido suficiente paciencia.

«¿Una pregunta bastante sencilla? ¿Suficiente paciencia?» Creo que ni siquiera se da cuenta de lo condescendiente que resulta. Si no estuviéramos en el funeral del padre de Laurie, es probable que fuera el día en que Oscar y yo por fin dejamos de fingir que nos caemos bien. Así las cosas, doy a su pregunta bastante sencilla la respuesta bastante sencilla que merece.

—Sí.

—¿Cerveza?

Media hora después, levanto la mirada hacia Sarah.

—¿Qué estáis intentando? ¿Emborracharme? Primero Oscar, ahora tú.

Parece dolida.

—Lo siento. Si lo prefieres, te dejo tranquilo.

—No. —Suspiro y acepto la cerveza que sostiene en la mano extendida—.

Lo siento, Sar, eso ha estado fuera de lugar. Siéntate. Ven a hablar conmigo un rato.

Se acomoda a mi lado, abrigada con una piel sintética negra.

—¿Qué pasa? —me pregunta, y bebe un sorbo de vino tinto—. Aparte de lo obvio.

Tardo unos segundos en entender que por «lo obvio» se refiere al hecho de que estamos en un velatorio.

—Solo lo obvio —respondo—. Me afecta, me hace recordar cosas en las que preferiría no pensar, ya sabes.

—Sí, ya sé. Yo diría que eres el más cualificado de todos nosotros para hablar con Laurie.

Le rodeo los hombros con un brazo para robarle algo de calor.

—No creo que oírme explicarle que echo de menos a mi padre todos los puñeteros días le facilite mucho las cosas.

Sarah se apoya en mí.

—Lo siento si no te pregunté lo suficiente por él.

—No tienes nada que sentir —le contesto—. Tú fuiste estupenda y yo fui un mierda.

Se ríe en voz baja.

—Bueno, me alegro de que por fin haya quedado claro.

—Más claro que el agua.

Permanecemos sentados, sumidos en un silencio contemplativo mientras escuchamos el tintineo y el trajín de los vasos, procedentes de la casa situada a nuestras espaldas, y el murmullo suave del arroyo que tenemos delante.

—¿Vas a contarme en algún momento lo que sucedió entre Lu y tú? Dime que me equivoco, si quieres, pero estoy bastante convencido de que no fue una emergencia familiar lo que te impidió asistir a su boda.

Tuerce la boca mientras reflexiona sobre mi pregunta.

—No creo que tenga mucho sentido remover todo eso. Es cosa del pasado.

No insisto en ello.

—¿Sigues con Luke?

No puede evitar que le brillen los ojos al asentir. Intenta disimularlo, pero lo veo.

—¿Es bueno contigo?

Se ríe en voz baja.

—Desde luego no es un mierda.

—Bien.

—Creo que podría ser mi ciento por ciento.

La miro, tan resplandeciente, tan vibrante, y no siento más que amor y alegría por ella. Y eso es prueba suficiente de que hicimos lo correcto, aunque en su momento nos destrozara el corazón. Me agarra una mano.

—Me ha pedido que me vaya a Australia con él.

—¿A vivir?

Traga saliva, dice que sí con la cabeza y luego medio se encoge de hombros.

—Es una gran decisión.

—Y que lo digas. —No me la imagino dejando todo aquello por lo que ha trabajado aquí para empezar de nuevo en Australia—. ¿Merece la pena que pongas toda tu vida patas arriba por él?

—Si tengo que elegir entre él y quedarme aquí, lo elegiría a él.

«Uau.»

—Me alegro mucho por ti, Sar.

Es cierto. Vuelvo a pensar en ella en el día que nos conocimos, y otra vez en aquella horrible noche gélida en el jardín de Laurie y Oscar, y en todos los días que pasamos juntos entretanto. Fuimos cada uno el amor crisálida del otro, crecimos juntos hasta que ya no pudimos seguir creciendo juntos.

—Laurie me ha dicho que Luke pilota helicópteros de búsqueda y rescate.

Sarah sonríe, y es lo más bonito que he visto en todo el día.

—Sí.

—Un puto héroe de pies a cabeza —mascullo, pero en el fondo lo digo en serio.

Doy un golpecito a su copa de vino con mi botellín de cerveza y brindamos por ellos.

—¿Qué tal Amanda y tú?

Me impresiona que recuerde el nombre de Amanda de los pocos mensajes que hemos intercambiado; digamos que me ha costado un poco de tiempo decidirme por una sola mujer.

—Me gusta.

—«Gustar» no es gran cosa —dice.

—Es maja.

—Joder, Jack. ¿Que te gusta? ¿Que es maja? Acaba de una vez con su sufrimiento y déjala ya.

Frunzo el ceño.

—¿Solo porque no me lanzo de cabeza a ponerle una estrella dorada en el pecho y a darle la máxima puntuación?

—Sí. —Se me queda mirando, incrédula—. ¿O para qué ha servido todo esto si no?

«¿Para qué ha servido todo esto si no?» Su pregunta me deja momentáneamente sin palabras.

—Supongo que estoy tratando de averiguar si es necesario empezar al ciento por ciento o si puede empezarse, no sé, al setenta, por ejemplo, e ir subiendo a partir de ahí.

Niega con la cabeza y suspira como si a estas alturas debiera saber ya la respuesta a eso.

—Si te hago una pregunta, ¿prometes contestar con sinceridad?

Joder. Ya está claro que es el día de «pon a Jack en aprietos». Tengo la sensación de que va a hacerme una pregunta a la que preferiría no responder.

—Adelante.

Sarah abre la boca para hablar, pero luego la cierra de nuevo como si estuviera decidiendo cuál es la mejor manera de expresarse.

—Si en lugar de conocerme a mí hubieras conocido a Laurie, ¿crees que ella podría haber sido tu ciento por ciento?

—Uf. ¿A qué diablos viene eso?

—Me contaron lo de tu discurso en la boda.

Vaya, otra vez ese puñetero discurso.

—Alguien tenía que echarle una mano, Sarah. Y yo estaba allí.

Asiente, como si fuera una respuesta del todo razonable.

—Por lo que me han contado, conseguiste que todas las demás mujeres de la sala desearan que estuvieras hablando de ellas.

Me río por lo bajo.

—Ya me conoces. Puedo librarme de cualquier cosa con este piquito de oro.

—Esta vez no. —Se le quiebra la voz; no puedo mirarla—. Eres tonto, qué estúpido eres. Ojalá lo hubiera sabido. Ojalá me hubiera dado cuenta. Creo que una pequeña parte de mí era consciente de ello, pero no quise verlo. ¿Por qué no me lo dijiste?

Podría fingir que no entiendo a qué se refiere, pero ¿qué sentido tendría?

—No habría servido de nada, Sar. Y ahora está casada y es feliz. Hace años que dejó de amarme.

—¿Tú la querías?

No sé qué decirle. Nos quedamos inmóviles el uno al lado del otro, en silencio.

—No lo sé. Puede que durante un instante. No lo sé. Esto no es una película, Sar.

Suspira y se apoya en mí.

—Pero ¿y si lo fuera? Si Oscar se marchara, ¿tú qué harías?

La beso en el pelo. Hay cosas que es mejor no decir.

—Vayamos adentro. Aquí fuera hace demasiado frío.

Volvemos a la casa agarrados de la mano, y a continuación me excuso y me marcho a la estación de tren. Es obvio que mi presencia aquí solo provoca dolor; tengo que regresar a Edimburgo. Tal vez durante el largo trayecto de vuelta logre discernir si el setenta por ciento puede llegar a convertirse en el ciento por ciento en algún momento.

2015

Propósitos de Año Nuevo

Acabo de releer mis propósitos del año pasado. No puedo creer la cantidad de cosas que daba por sentadas: «pasar más tiempo con papá y mamá». Cómo me gustaría poder anotar otra vez ese mismo propósito este año. Echo de menos a mi padre con una intensidad indescriptible.

No estoy de humor para hacerme ningún propósito nuevo de cara al año entrante. En vez de eso, pienso centrarme en cuidar de lo que de verdad importa. La gente a la que quiero.

6 de mayo

*Laurie*

—Pero, Oscar, sabes que esta noche es muy importante.

No puedo ocultar el tono quejumbroso de mi voz. Oscar me prometió que esta semana volvería un día antes de Bruselas para asistir a la cena de despedida de Sarah. En rara ocasión influyo en sus planes de viaje; soy consciente de que tiene la agenda hasta arriba y de que le resulta difícil reorganizarla, pero pensé que, solo por esta vez, sería capaz de hacer lo que

yo necesitaba que hiciera.

—Sé que te lo prometí, y ojalá pudiera cumplirlo, pero tengo las manos atadas —dice—. Brantman ha aparecido aquí esta mañana de repente y, entre tú y yo, creo que podría haber otro ascenso a la vista. ¿Qué impresión causaré si me escaqueo temprano para irme a una fiesta?

Suspiro. Brantman es el jefe de Oscar, el pez gordo.

—Comprendo. No hay problema.

No es que lo comprenda especialmente, y lo de que no hay problema no es cierto, pero no conseguiré nada discutiendo con Oscar: sé que no cambiará de opinión. La enorme entrega con la que afronta su trabajo en el banco pone nuestro matrimonio en peligro de un millón de formas distintas, y la de esta noche no es una fiesta cualquiera. Es una cena de despedida; la noche en la que tengo que abrazar a mi mejor amiga para decirle adiós y desearle lo mejor en su nueva vida en las antípodas.

—Tal vez podamos planear un viaje para ir a verla a Australia el año que viene.

Trata de decir algo que me apacigüe, porque ambos sabemos que no hay la menor posibilidad de que se tome varias semanas libres para encajar una escapada así, y menos aún si consigue ese ascenso. Con la excepción de la luna de miel, nuestras vacaciones han sido más bien como fines de semana largos organizados en torno a su semana laboral en Bélgica: un par de días en París, una visita relámpago a Roma. En ambas ocasiones nos hemos separado en el aeropuerto el domingo por la noche y hemos volado a diferentes países para llegar a trabajar el lunes por la mañana. A pesar de lo mucho que nos esforzamos en el sentido opuesto, nuestro matrimonio está convirtiéndose justo en aquello que dijimos que no sería: un matrimonio a tiempo parcial.

—Entonces te veo mañana por la noche —digo abatida.

—Sí —confirma en voz baja—. Lo siento, Laurie.

Cuelga con un «te quiero» antes de que me dé tiempo a añadir nada más.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —Sarah me abraza y empezamos a dar vueltas; luego se echa a reír y mira hacia la puerta del hotel

—. ¿Dónde está Oscar?

—En Bruselas. Lo siento, Sar, se le han complicado las cosas.

Frunce el ceño, pero enseguida lo relaja.

—No te preocupes. Tú estás aquí, y eso es lo fundamental.

Nuestros tacones repiquetean contra el suelo de mármol cuando me guía hacia el bar. Sarah ha decidido celebrar una cena de despedida con sus amigos esta noche, justo antes de que Luke y ella se marchen mañana a Bath para pasar sus últimos días en Inglaterra con la familia de ella. Todavía no puedo creerme que mi mejor amiga se vaya a vivir a Australia. Siento que estoy perdiéndola otra vez. Estoy entusiasmada por ella, de eso no cabe duda,

pero no pude evitar echarme a llorar cuando me lo dijo, y tampoco volver a llorar cuando, más tarde, se lo conté a Oscar en casa. Por lo que se ve, he llorado bastante en los últimos tiempos.

—Este sitio es precioso —digo con la intención de distraerme. Nunca había estado en este hotel; tiene ese aire íntimo de boutique: todo grises cálidos y candelabros, con jarrones altos de flores por todas partes—. Muy adulto.

Sarah sonríe.

—Tenía que madurar en algún momento, Lu.

—Desde luego, según mi forma de ver las cosas, lo de mudarse a la otra punta del mundo para estar con el hombre al que amas da puntos de madurez.

Me aprieta la mano.

—Según la mía, también. Estoy cagada.

—No sé por qué —digo—. Australia no tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Si hay algo que tengo claro es que Sarah va a petarlo allí. Ya ha conseguido un trabajo en una de las principales cadenas de televisión; aclamemos a la nueva y brillante corresponsal del mundo del espectáculo en Australia.

Antes de que atravesemos las puertas de cristal del bar, me coge de la mano para que me detenga.

—Escucha, Lu, tengo que decirte una cosa. —Nos acercamos la una a la otra y me aprieta los dedos—. No puedo marcharme al otro lado del mundo sin disculparme por cómo me puse por lo de... bueno, ya sabes, por todo.

—Madre mía, Sar, no tienes por qué disculparte —respondo, ya intentando tragarme las lágrimas. No creo que nuestra discusión llegue a ser nunca algo de lo que podamos hablar sin ponernos emotivas—. O quizá deba disculparme yo también. Odio todo lo que sucedió aquel día.

Asiente, con los labios temblorosos.

—Te dije cosas horribles. No las sentía de verdad. Perderme el día de tu boda es lo peor que he hecho en mi vida.

—Te hice daño. Nunca fue mi intención, Sar.

Se pasa la mano a toda prisa por los ojos.

—Debí aceptar tu pulsera. Era el regalo más bonito que me habían hecho en la vida. Te quiero como a una hermana, Lu, eres mi mejor amiga de todo el puñetero mundo.

Llevo la pulsera puesta en este instante, así que hago justo lo que tenía planeado. Abro el cierre y me la quito; luego se la pongo alrededor de la muñeca y la abrocho. Las dos nos quedamos mirándola, y Sarah me coge la mano con muchísima fuerza.

—Toma —digo con voz temblorosa—, ahí es donde debe estar.

—Siempre la consideraré un tesoro.

Se le entrecorta la voz y sonrío a pesar de las lágrimas.

—Lo sé. Y ahora, venga. —La envuelvo en un abrazo—. Sécate los ojos.

Se supone que esta noche es una noche feliz.

Nos aferramos la una a la otra; es un abrazo de «lo siento», y un abrazo de «te quiero», y un abrazo de «qué voy a hacer sin ti».

Luke me hace una llave de cabeza en cuanto me ve entrar en el bar.

—Ahora ya podemos empezar la fiesta —dice con una sonrisa—. Sarah no paraba de vigilar la puerta.

Es adorable. Tiene la complexión de un jugador de rugby, es ruidoso y la alegría de la huerta, pero solo tiene ojos para Sarah. Cuando Jack y ella estaban juntos, creía que lo que veía era amor. Y puede que fuera amor, o algo parecido, pero no de este tipo, y desde luego no a esta escala. A Sarah y a Luke el amor les rezuma por los poros.

—Laurie.

Me vuelvo cuando alguien me toca el brazo.

—¡Jack! Sarah no sabía si podrías venir.

Una mezcla de placer y alivio me embarga ante su inesperada presencia.

Se inclina y me da un beso en la mejilla, noto su mano caliente en la espalda.

—No he tenido claro si podríamos venir hasta esta mañana —dice—. Me alegro mucho de verte.

«Podríamos.» Lo miro y, durante unos segundos, no decimos nada en absoluto. Luego desvía la mirada hacia una mujer con un vestido de color cereza que acaba de aparecer a su lado con un par de copas de champán en la

mano. Jack sonríe al aceptar una de ellas y le rodea la cintura con un brazo.

—Laurie, esta es Amanda.

—Oh —digo, y luego me contengo y, para compensar, me excedo—:

¡Hola! ¡Qu e alegría conocerte al fin! ¡He oído hablar mucho de ti!

En realidad no es cierto; Jack la ha mencionado de pasada en algún que otro correo electrónico y la he visto en su muro de Facebook, pero, por alguna razón, eso no me había preparado para verlos juntos en carne y hueso.

Es bastante guapa, la t pica belleza de pelo rubio dorado. Luce una melena ondulada al estilo de los años veinte que le llega hasta la barbilla y que parece diseñada por uno de esos estilistas superguays de los famosos, y complementa su vestido con una chaqueta de cuero negro y unos botines. Es glamurosa de una manera provocativa, y la mirada alerta de sus ojos azules no encaja del todo con la calidez de su voz.

—Laurie... —Sonríe, y besa el aire junto a mis mejillas—. Por fin nos conocemos.

Trato de no sobreanalizar sus palabras. «¿Por fin?» ¿Qu e ha querido decir con eso? Su mirada se demora en mí, como si quisiera añadir algo más.

Sarah nos salva de tener que seguir conversando de manera inmediata

cuando se pone a dar palmas para pedirnos a todos que entremos en el restaurante. Somos unos quince, una mezcla de amigos de Sarah y de Luke y de sus compañeros de trabajo más cercanos. Miro las dos mesas circulares y veo la tarjeta con el nombre de Oscar a un lado de la mía y la de Jack al otro, seguida de la de Amanda. Suspiro y me pregunto si será demasiado tarde para hacer unos ligeros cambios con las tarjetas, porque sin Oscar para equilibrarnos esto va a ser toda una prueba. No reconozco ninguno de los demás nombres de la mesa. «Estupendo.»

—Parece que me ha tocado el mejor sitio de todos —dice Jack con una sonrisa cuando se acerca a mí y observa la composición de la mesa.

Mi sonrisa es tan tensa que me extraña que no se me salten los dientes y reboten contra las paredes. Dudo que haya suficiente vino en todo el hotel para hacer que esta noche resulte soportable. Voy a perder a mi mejor amiga, mi marido no ha venido y, encima, tendré que pasar el próximo par de horas conversando educadamente con la preciosa nueva novia de Jack.

Ocupo mi asiento y llamo la atención del camarero que sirve el vino. Creo que esta noche nos veremos mucho.

*Jack*

Puto Oscar. Es la única vez que de verdad no me importaría que estuviera presente, y ni siquiera puede tomarse la molestia de estar en el mismo país.

Aunque por lo que tengo entendido, desde hace un tiempo casi podría decirse que ha emigrado. Pobre Laurie, debe de sentirse bastante sola.

—Genial —exclama Amanda con un suspiro mientras le echa un vistazo a la tarjeta del menú.

Yo también suspiro para mis adentros, porque salir a comer con ella

siempre es un poco arriesgado. Es pescetariana y no consume ningún tipo de azúcar, aunque con la del vino hace una excepción porque, según dice, el alcohol la neutraliza. Estoy bastante seguro de que se lo ha inventado y de que, además, es la primera excusa que se le pasó por la cabeza, así que suelo meterme con ella al respecto. Esta noche, sin embargo, quiero que le causemos una buena impresión a todo el mundo, cosa complicada, porque el primer plato es paté de hígado de pato y el segundo pollo, y es culpa mía que nadie sepa que mi novia no come ninguna de las dos cosas. Hace un tiempo, Sarah envió un correo electrónico preguntando si alguien era vegetariano, pero yo no contesté.

—Yo me encargo —murmuro.

Amanda me mira mientras el camarero le llena la copa de vino.

—No te preocupes, seguro que tienen alguna otra cosa. —Se da cuenta de

que Laurie la mira—. Pescetariana. —Esboza una sonrisa de disculpa—.

Odio tener que montar un numerito.

Intento llamar la atención de Laurie, pero ya ha vuelto a concentrarse en su menú.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas, Mandy?

Me molesto en nombre de Amanda; no hay forma de que lo sepa este australiano que está sentado al otro lado de la mesa, imagino que uno de los amigos de Luke, pero si hay otra cosa con la que Amanda se muestra un poco quisquillosa es con que no la llamen Mandy.

—Amanda —lo corrige, sonriendo para suavizar la situación—. Soy actriz.

—¡Qué guay! —Parece que el tipo ya lleva unas cuantas copas de más—.

¿Has hecho algo en lo que te haya visto?

El australiano parece tener una especie de sexto sentido para equivocarse con las preguntas. A Amanda le va bastante bien; ha intervenido en un par de

series escocesas y tiene un papel secundario recurrente en una telenovela, pero es muy poco probable que este tipo haya oído hablar de esas cosas.

—Amanda actúa en una telenovela en Escocia —digo.

—Es solo un papel pequeño —matiza entre risas.

El tipo pierde el interés, y me acerco a Amanda y le hablo en voz baja para que nadie más pueda oírme.

—¿Estás bien? Lo siento si es un poco incómodo.

Sonríe con el mejor de los ánimos.

—Nada que no pueda gestionar.

Se da la vuelta y entabla una conversación educada con el hombre que tiene al otro lado, lo cual nos deja a Laurie y a mí comiendo con apuro el uno al lado del otro. No estoy seguro de que traer hoy a Amanda haya sido mi mejor jugada; ella parece estar bien, pero empiezo a darme cuenta de que yo no.

—Está bueno —dice Laurie señalando el paté con su cuchillo.

Asiento.

—¿Cómo va todo?

Da vueltas en el plato a su ensalada.

—El trabajo es interesante. Cubro sobre todo artículos sobre salud femenina, así que tengo mucho que aprender.

—Seguro que sí.

—¿Cómo te va a ti con el tuyo?

—Me encanta, sí. Me acuesto tarde, pero me gusta.

Laurie suelta los cubiertos.

—Edimburgo parece una ciudad preciosa en tus fotos.

—Lo es. Deberías subir alguna vez, te haré una visita guiada. —Noto que Amanda se tensa un poco a mi lado, y que al otro Laurie parece insegura—.

Con Oscar, por supuesto —añado para arreglarlo. Y luego lo fastidio de nuevo al rematarlo diciendo—: Si es que puede tomarse unos días libres.

¿Qué estoy haciendo? Que los dos me visiten es mi versión perfecta del infierno.

Me siento aliviado cuando los camareros comienzan a retirar los platos y Laurie se excusa de la mesa. Sonrío a la camarera para que se acerque a rellenarme la copa otra vez. Solo hay una manera de lidiar con este nivel de desastre social.

*Laurie*

Qué noche. Cada vez que me quedo un par de minutos a solas con Sarah nos hacemos llorar la una a la otra, Oscar no está y la novia de Jack es irritantemente simpática, incluso a pesar de ser pescetariana. Después del primer plato fui al aseo para soltarme una buena regañina y le dije a mi reflejo en el espejo que Amanda es la pareja que Jack ha elegido, y que él es mi amigo, así que he de tratar de ser también amiga de ella. De hecho, debe de haberle echado muchos ovarios para venir hoy. Desde entonces, le he hecho más preguntas sobre su trabajo y sobre Edimburgo, y la verdad es que parece una persona interesante.

—¿Eres de Londres, Amanda? —le pregunté en un momento dado, porque su dejo cockney la delataba con la misma claridad que si hubiera ido vestida de Big Ben.

—Londinense de los pies a la cabeza —contestó sonriendo—. Aunque nadie lo diría cuando estoy grabando. Mi personaje, Daisy, es más escocesa que las gaitas y los kilts, chica.

Adoptó con facilidad un marcado acento escocés lo bastante convincente para arrancarme una carcajada muy a mi pesar.

—Vaya, lo haces muy bien —le dije.

—La práctica hace al maestro —contestó encogiéndose de hombros.

Luego me habló de algunas de las audiciones a las que se ha presentado en los últimos tiempos; nunca había caído en lo duro que es el trabajo de actriz.

Puede que al final sí que sea una buena influencia para Jack. No cabe duda de que tiene claro lo que quiere, y no le da miedo esforzarse al máximo para conseguirlo.

Hasta hoy, no la había considerado una persona que ocupara un lugar muy importante en la vida de Jack. Pero ahora que la he conocido, cada vez me resulta más difícil ignorarla. No es que quiera hacerlo; es solo que me

impresiona verlo con alguien así. Con alguien que podría ser relevante de verdad para su futuro. Es solo que... No sé. Es algo que no puedo expresar con palabras, como si nunca me hubiera imaginado que la vida de Jack en Escocia pudiera convertirse en su vida para siempre. Quiero que sea feliz, sin duda, pero me sorprende un poco. Esa es la palabra. Amanda me ha sorprendido.

Dedico una sonrisa a la camarera de mejillas sonrosadas que se acerca y me pone el plato principal delante.

—Gracias, tiene una pinta deliciosa.

Jack hace lo mismo y, mientras esperamos a que alguien aparezca con el salmón que están preparando de forma apresurada a Amanda, hace un gesto a la camarera que sirve el vino para que vuelva desde la otra punta de la sala y le rellene la copa una vez más.

*Jack*

Me siento un poco mal por haber dicho que sí al postre a pesar de lo autoexigente que es Amanda con lo de no tomar azúcar, pero es una de esas cosas con tres tipos de chocolate, y he bebido demasiado vino para encontrar la fuerza de voluntad que rechazarlo me supondría. Ella se excusa de la mesa para ir a tomar un poco el aire, lo que nos da vía libre a Laurie y a mí para ponernos morados.

—Amanda parece maja —dice ella.

—Es una buena chica —convengo.

Laurie no parece tan impresionada con su tarta como yo. Solo ha picoteado los bordes, comiscando.

—Ya lleváis juntos un tiempo, ¿no?

—Unos seis meses.

Es probable que sean unos cuantos más; todavía no me he perdonado por escuchar el angustioso mensaje de Laurie sobre la muerte de su padre con la

mano de Amanda en la polla. Nos conocimos en la fiesta de compromiso del amigo de un amigo; hay cierta tendencia a la superposición entre el mundo de la televisión y el de la radio porque los círculos son sorprendentemente pequeños, y más en Edimburgo. Amanda tenía cara de que le apeteciera estar allí tanto como a mí, así que nos pusimos a hablar y una cosa llevó a la otra.

No esperaba que pasara de ser algo informal, pero de alguna forma parece haberse convertido en parte de mi vida.

—¿Vais en serio?

Dejo de comer y miro a Laurie.

—Hablas como mi madre.

Pone cara de hastío.

—Solo era una pregunta.

—Me gusta mucho. Sabe lo que quiere, y nos divertimos juntos.

Nos quedamos en silencio, y bebo vino para terminar de tragarme la tarta.

—¿Cómo te va la vida de casada?

Laurie aparta el plato del postre a medio comer y se acerca la copa de vino.

—Bien... A veces es frustrante que Oscar pase tanto tiempo fuera, pero bueno. —Se ríe levemente y se encoge de hombros—. Lo siento. Casados repelentes.

—Ellos serán los siguientes —digo para cambiar de tema, y señalo a Sarah y a Luke, que están sentados a la mesa de al lado.

Laurie sigue la dirección de mi mirada, pensativa.

—¿Alguna vez te has arrepentido de no haber seguido con ella?

No tengo que pensármelo dos veces.

—Joder, qué va. Mírala. No puede dejar de sonreír. Nunca la vi así cuando estábamos juntos.

Laurie sigue con la mirada clavada en Sarah.

—Ojalá se quedaran aquí. La echaré mucho de menos. —Se termina el vino que le quedaba en la copa—. ¿Dónde está la camarera? Necesito otra.

Creo que he bebido demasiado. No estoy borracho de caerme al suelo, pero desde luego tampoco estoy sobrio. Hace un rato que nos hemos trasladado a la sala de eventos y hay un grupo que toca las habituales versiones de temas fiesteros a un volumen algo excesivo. Me ajusto el pequeño audífono que me pusieron cuando por fin entré en razón y fui a ver a un especialista. No hacía mucho que había llegado a Escocia; mudarme fue lo mejor para mi salud, tanto física como mental.

Amanda ha ido afuera para contestar a una llamada y Laurie está bailando con Luke a unos metros de mí. Y digo «bailar», pero en realidad es algo más parecido a hacer acrobacias; él no para de lanzarla por los aires y Laurie ríe tanto que apenas puede respirar.

—Eh, Fred Astaire —digo al acercarme cuando la banda por fin se pone a tocar algo más suave—. Ahora entiendo por qué Sarah está tan enamorada.

—Esa mujer me ha robado el corazón —afirma convencido.

Estoy seguro de que es por las varias cervezas que se ha tomado, pero los ojos se le llenan de lágrimas. Le estrecho la mano; siempre existirá un vínculo extraño entre nosotros. Fue la primera persona que llegó al escenario de mi accidente y, aunque no recuerdo los acontecimientos con claridad, conservo una imagen de él arrodillado a mi lado. Y ahora está con Sarah, y podría haber sido raro, pero no lo es, porque es evidente que están hechos el uno para el otro. A pesar de que no lo conozco muy bien, Luke da la impresión de valer su peso en oro.

—Cuida bien de Sarah por nosotros —le digo—. ¿Te importa si te la robo?

Hace girar a Laurie por última vez y después la recuesta hacia atrás sobre su

brazo.

—Toda tuya, amigo.

Laurie lo mira indignada.

—¿Qué pasa, que yo no tengo ni voz ni voto?

Luke le guiña un ojo y la besa en la mejilla.

—Lo siento, Laurie; de todas formas, debería ir a echar un vistazo a la parienta.

Me sonrío mientras se aleja.

Laurie se queda plantada delante de mí. Tiene los ojos brillantes y la cara colorada. Así se parece más a lo que era antes, una chica alegre y despreocupada.

—¿Bailas conmigo, Lu? Por los viejos tiempos...

*Laurie*

No sé qué responder, porque quiero responder que sí. O, mejor dicho, una pequeña parte de mí quiere responder que sí. La parte más extensa y sensata de mí sabe que Jack es un lugar al que no debería ir. Sobre todo cuando he perdido la cuenta de las copas de vino que me he tomado.

—Por favor...

Miro a mi alrededor.

—¿Dónde está Amanda?

Se pasa una mano por el pelo y se encoge de hombros.

—Ha salido a hacer una llamada. —Frunce el ceño—. O a contestar una llamada. No le importará.

—¿Seguro?

Laurie se echa a reír, como si fuera una pregunta estúpida.

—No es una psicópata celosa, Lu, sabe que eres una de mis amigas más antiguas.

No puedo evitar sonreír porque su risa ha estado ausente de mi vida durante demasiado tiempo. Es tarde y la iluminación es tenue, y sus ojos verdes y dorados son los mismos ojos verdes y dorados a los que miré una noche de diciembre desde el piso superior de un autobús en Camden High Street. Parece que ha pasado un siglo desde entonces. Por esa chica, no puedo decir que no.

—Vale.

Me atrae hacia él, noto una mano cálida alrededor de la cintura y otra agarrada a la mía.

—No me hago a la idea de que se vaya de verdad —digo—. Australia está demasiado lejos.

—Todo irá bien —susurra Jack junto a mi oreja—. Hoy en día ningún sitio está demasiado lejos.

—Pero no puedo llamar a Australia todos los días, y Sarah estará muy ocupada.

—Llámame a mí de vez en cuando, entonces.

Jack apoya el mentón en mi cabeza.

Esto no va según lo previsto. Yo venía decidida a mostrarme educada y cortés con Jack si aparecía por aquí esta noche, a nada más y a nada menos.

Sin embargo, no sé muy bien cómo, he acabado bailando con él, está acariciándome la espalda con la mano y el tiempo parece haber sufrido algún cambio extraño, porque no soy la Laurie que era hace un par de horas. Soy la

Laurie que era hace siete años. «Ay, Oscar, ¿por qué no has venido?»

—Me acuerdo de lo que me contaste una vez sobre el chico con el que bailaste en la discoteca del instituto —dice con una risa grave y gutural—.

No se te ocurra darme un cabezazo.

Apoyo la mejilla en su pecho.

—Hemos compartido muchas cosas a lo largo de los años, ¿eh?

—¿Demasiadas?

No puedo responderle con sinceridad, porque lo que tendría que contestar es que sí, demasiadas. «Ocupas demasiado espacio en mi corazón, Jack, y eso no es justo para mi marido.»

—¿Le has contado a Sarah que te besé? ¿Es ese el motivo por el que no fue a tu boda?

Siempre he sabido que Jack terminaría preguntándomelo un día u otro.

Hay muy pocas buenas razones por las que Sarah se perdería mi boda, y seguro que Jack dedujo que no existía ninguna emergencia familiar.

—Sí, pero no le dije que lo hicieras tú, solo que sucedió. —Damos vueltas con lentitud bajo las luces bajas y destellantes, pegados desde los hombros hasta las caderas—. Fui incapaz de mentirle a la cara cuando me lo preguntó.

—Después te perdí durante un tiempo. —Su aliento me calienta el oído—.

Fue horrible.

—Para mí también.

Baja la mirada hacia mí y pega su frente a la mía. Para mí, ya no hay nadie más en esta sala. Él es Jack O'Mara y yo soy Laurie James, y cierro los ojos y nos recuerdo.

—¿Crees que siempre hemos estado destinados a conocernos? —pregunto.

En mi mente, estoy llegando a lo alto de la noria con Jack a mi lado, ambos con la cabeza echada hacia atrás para contemplar las estrellas. Puede que sea el vino, pero cuando se ríe con suavidad junto a mi oreja se me encoge un poco el estómago.

—No sé si creo en todos esos rollos del destino, Lu, pero siempre me alegraré de tenerte en mi vida.

Me mira a los ojos, y su boca está tan cerca que hasta noto su aliento en los labios. Es una tortura.

—Yo también —susurro—. Aunque a veces estar contigo hace que me duela el corazón.

Es difícil interpretar la expresión de su rostro. ¿Arrepentimiento, tal vez?

—No lo hagas —me pide—. No digas nada más. —Me coloca el pelo detrás de la oreja, supongo que para que lo oiga mejor, pero lo que en realidad consigue es situar sus labios a tan escasa distancia de mi piel que casi se me para el corazón—. Ambos tenemos demasiado que perder.

—Lo sé —reconozco, y es cierto.

Dios sabe que lo es. Me siento sola la mayor parte del tiempo, pero las continuas ausencias de Oscar no justifican que cruce líneas que jamás deberían ser cruzadas cuando llevas un anillo de casada en la mano.

—Ya no somos unos críos —dice Jack mientras traza círculos lentos con el pulgar en la parte baja de mi espalda—. Eres la esposa de Oscar. Te vi casarte con él, Laurie.

Trato de recobrar la emoción del día de mi boda, pero lo único que mi corazón traicionero consigue evocar es el discurso de Jack.

—¿Alguna vez piensas qué habría pasado si...?

Me interrumpo, porque sus labios me rozan brevemente la piel de debajo de la oreja cuando agacha la cabeza para hacerme callar. Me avergüenza el agudo agujonazo de lujuria que me atraviesa el cuerpo desde la oreja hasta la boca del estómago. Me deja sin aliento; deseo a Jack con una intensidad que me asusta.

—Por supuesto que me lo he preguntado —dice con una voz tan profunda e íntima que sus palabras se filtran por vía directa en mis venas—. Pero sabemos qué habría pasado, Lu. Ya lo intentamos una vez, ¿te acuerdas? Nos besamos y eso lo empeoró todo para los dos.

—Por supuesto que me acuerdo —jadeo.

Lo recordaré hasta el día de mi muerte.

Modifica la posición de nuestras manos, sus dedos cálidos alrededor de los míos.

Y luego vuelve a mirarme y sus ojos me dicen todo lo que él no puede. Me sostiene la mirada mientras bailamos despacio, y le digo en silencio que siempre lo llevaré en el corazón, y él me dice en silencio que en otro lugar, en otro momento, habríamos estado muy cerca de la maldita perfección.

—Por si te sirve de algo... —Hunde una mano en mi pelo y me acaricia la línea de la mandíbula con el pulgar. Luego añade—: Y ya que por fin estamos sincerándonos el uno con el otro, te diré que eres mi persona favorita de todo el mundo y que aquel fue el mejor beso de mi vida.

Estoy perdida. Perdida en sus palabras, en sus brazos y en lo que podría haber sido.

—Podríamos... —empiezo, pero no continúo porque ambos sabemos que no podemos.

—No —dice—. Todos estamos donde deberíamos estar.

Empiezo a llorar; demasiado vino, demasiadas emociones, demasiadas cosas esfumándose de mi vida esta noche. Jack me atrae aún más hacia sí y pega

los labios a mi oreja.

—No llores —dice—. Te quiero, Laurie James.

Levanto la vista, sin saber cómo interpretar sus palabras, y él mira hacia otro lado.

—¿Jack?

Me vuelvo al oír la voz de Amanda, que se abre camino hacia nosotros entre la multitud de bailarines.

—¿Va todo bien?

Mira primero a Jack y después a mí, con expresión inquisitiva, y me seco a toda prisa las mejillas húmedas con las manos.

—Lo siento. Derrumbe emocional. —Cojo aire, temblorosa—. No me hagas caso, es el vino. Estoy disgustada porque Sarah se marcha. —Lanzo una mirada rápida a Jack, evitando sus ojos—. Lamento haberte mojado la camisa. Mándame la factura de la tintorería.

Agotada, en cuanto llego a casa me desnudo para acostarme. Para la cantidad de vino que he bebido, me siento repentinamente sobria. He repasado una y otra vez cuanto Jack y yo nos hemos dicho esta noche y me avergüenzo de la facilidad con la que se han tambaleado los cimientos de mi matrimonio en cuanto se han visto sometidos a cierta presión. La verdad es que llevo demasiados años bordeando el abismo de estar enamorada de Jack. Y eso ha hecho que me dé cuenta de algo inevitable, de algo que se veía venir desde hace tiempo: él y yo estaríamos mejor el uno sin el otro.

Necesito desenmarañar las raíces de Jack O'Mara de mi vida. Él es una parte demasiado esencial de lo que soy, y yo de él. El problema de arrancar

las cosas de raíz es que a veces las matas por completo, pero es un riesgo que tengo que correr. Por el bien de mi matrimonio; por el bien de todos.

12 de septiembre

*Laurie*

—¿Estás seguro de que no quiere vernos por ninguna razón en concreto?

—pregunto a Oscar cuando el taxi enfila la calle de Lucille.

Frunce el ceño y niega con la cabeza, sin hablar. No me sorprende, porque ya le he hecho la misma pregunta en varias ocasiones desde que hace una semana Lucille nos convocó a tomar «unos cócteles veraniegos informales»

en su casa. Lucille nunca toma cócteles veraniegos informales. Me alegro de que Oscar haya podido despejar su agenda para ver a su madre, aunque le resulte complicado hacer lo mismo por mí.

—A lo mejor quiere anunciarnos alguna sorpresa —sugiero—. ¿Y si se va a vivir a España?

Oscar pone los ojos en blanco. La verdad es que es egoísta por mi parte; yo, precisamente, debería ser capaz de apreciar el hecho de que tener a tus padres cerca es importante. Y, a decir verdad, hace ya un tiempo que Lucille no es tan controladora. Su actitud hacia mí se ha relajado mucho desde que mi padre murió. Nunca llegará a pensar que soy lo bastante buena para su precioso hijo menor, pero tampoco creo que llegue a pensarlo de ninguna otra persona.

—Bueno, ¿y a quién vamos a encontrarnos ahí dentro?

Acepto la mano que Oscar me tiende para ayudarme a bajar del coche y él paga al conductor.

—Ni idea. —Entrelaza su brazo con el mío mientras, bajo el suave sol de la tarde, avanzamos hacia la reluciente puerta negra de Lucille—. La familia.

Unos cuantos amigos. Creo que mi madre se siente bastante aislada desde la operación.

Lucille se sometió a una operación de rodilla en julio, y aunque fue rutinaria, ha estado más mandona que nunca con Oscar. Es poco caritativo por mi parte

pensar que está exagerando para mantener a su hijo preocupado, pero creo que está exagerando para mantener a su hijo preocupado. Al menos es lo que pienso.

—Tendrás que llamar tú al timbre —digo mirando el carísimo ramo de flores que llevo en una mano y la exquisita botella de vino tinto que sujeto en la otra.

Hace lo que le pido, y unos segundos después Gerry abre la puerta para dejarnos entrar. Me alegro de verlo, es lo más cercano a un aliado que tengo dentro de la familia de Oscar.

—¡Chicos! ¡Pasad! —exclama, y me da un beso en cuanto me acerco—.

Todo el mundo está en el jardín.

Lucille tiene un precioso jardín cubierto en la parte de atrás de su casa, y nos lo encontramos ya lleno de vecinos, parientes lejanos y las amigas con las que sale a comer.

—¡Queridos, habéis llegado!

Lucille atraviesa la sala con paso majestuoso cuando nos ve. Oscar la abraza y, en cuanto se vuelve hacia mí, le entrego los regalos. Es un movimiento ensayado, un gesto que he perfeccionado para superar el momento del saludo: si regalas flores a alguien, no hay necesidad de dar y recibir incómodos besos al aire. Pero Lucille se limita a mirarlas y a sonreír con educación; luego las empuja de nuevo hacia mí.

—Sé buena y hazme el favor de ir a la cocina a ponerlas en agua, ¿quieres, cielo?

«¿Querida? ¿Cielo?» Puede que siga tratándome como a una criada, pero esas palabras alentadoras son nuevas en el vocabulario que emplea para referirse a mí. A lo mejor hasta estamos llegando a buen puerto. Lucille regresa de inmediato al jardín agarrada del brazo de Oscar y me dejan atrás para que haga lo que se me ha pedido.

Estoy colocando las flores en un jarrón que he encontrado debajo del fregadero cuando Cressida entra en la cocina con paso sigiloso. «Fabuloso.

Gracias, Lucille.» No sé muy bien cómo, pero me las he ingeniado para no intercambiar nunca más de una o dos palabras con ella; incluso en nuestra boda conseguí limitarme a darle las gracias por asistir. Hasta ahora, creía que Cressida tenía tanto interés como yo en evitar el contacto.

—Hola, Laurie, me alegro de que hayas venido.

—Un placer verte de nuevo, Cressida —miento—. ¿Cómo te va por Bruselas?

Su sonrisa de cartel de dentista flaquea; supongo que lo que quería era ser ella quien sacara el tema de su presencia allí.

—¡Fenomenal! —exclama con gran efusividad—. A ver, trabajamos un montón, pero también nos resarcimos con buenas fiestas, ¿sabes?

—Fenomenal —murmuro. ¿Por qué siempre termino imitando a la gente pija?—. Me lo imagino.

—¿Has estado alguna vez en Bruselas?

Hago un gesto de negación. Cualquiera pensaría que a estas alturas ya habría ido, pero Oscar siempre dice que prefiere volver a casa. Me doy la vuelta para echar un vistazo en torno a la cocina en busca de algún lugar donde poner las flores. Cuando me muevo para colocarlas en el centro de la mesa, Cressida me lo impide.

—Ahí no. A Lucille no le gustan las flores en la mesa de la cocina.

Sonrío y trato de recuperar el jarrón, pero Cressida no lo suelta y el agua le salpica la ligera blusa de color coral. Ambas bajamos la mirada cuando la tela empapada se le pega a la silueta esbelta, y la expresión de su rostro cuando suelta el jarrón y levanta la cabeza es inconfundible. Esta mujer me detesta.

—Lo has hecho a propósito.

—¿Qué? No...

Casi me echo a reír, sorprendida por su desfachatez.

—¿Va todo bien?

Oscar aparece en el umbral de la puerta en el momento justo y nos mira primero a una y luego a la otra con cierto nerviosismo.

—A las mil maravillas —dice Cressida—. Tu esposa me ha tirado agua encima. —Hace un gesto hacia su ropa empapada—. Sin querer, estoy segura.

Me dedica una sonrisa magnánima y lo mira pestañeando con descaro, una actitud teatral que da a entender que está encubriendo mi ruindad.

—¿Qué? —Oscar observa su blusa mojada y luego el jarrón que tengo en las manos, perplejo—. ¿Por qué has hecho una cosa así, Laurie?

Que ni siquiera se plantee si Cressida podría estar mintiendo es una señal de alarma; la archivo mentalmente para reflexionar sobre ella más tarde.

—Es que no la he hecho —digo, y Cressida resopla de manera imperceptible y se cruza de brazos con ligereza.

Intento leer entre líneas para ver qué está pasando aquí en realidad. Es evidente que algo reconcome a Cressida por dentro.

—Voy al cuarto de baño a ver si consigo arreglar esto.

Gira sobre sus talones y se aleja resoplando por el pasillo, así que Oscar y yo nos quedamos mirándonos con fijeza, cada uno a un lado de la mesa.

Intento volver a poner las flores sobre ella, pero él extiende las manos y me las quita.

—A mamá no le gustan las flores en la mesa de la cocina. Iré a ponerlas en el vestíbulo.

Por fin estamos en casa. Durante todo el camino de regreso en el taxi hemos mantenido un silencio tenso, y ahora estamos tumbados en la cama, a centímetros de distancia, ambos con la vista clavada en el techo oscuro.

—Siento haber creído a Cress con tanta facilidad —susurra Oscar para romper al fin el muro de silencio—. Debería haberme puesto de tu lado.

Al amparo de la oscuridad, pongo cara de asco ante la abreviatura de su nombre.

—Me ha sorprendido —digo—. Me conoces lo bastante bien para saber que no voy por ahí tirando agua a la gente.

Se queda callado un momento.

—Estaba empapada por completo. Me pareció plausible durante un segundo, eso fue todo.

Ahora me toca a mí guardar silencio. ¿Por qué le pareció plausible que le hubiera tirado agua a Cressida? Aquí hay algo que se me escapa.

—¿Lo es?

—¿Que si es qué?

—Plausible. Has dicho que te pareció plausible que le hubiera tirado agua a Cressida. Por lo tanto, o piensas que tengo la madurez de una quinceañera y que no soporto la idea de que seas amigo de tu ex, cosa que, por cierto, es categóricamente falsa, o hay algún otro motivo por el que consideras que podría haberle tirado agua. Así que, ¿cuál de las dos cosas es?

Puede que estemos a oscuras, pero oigo su suspiro de todas formas.

—Tres días a la semana es mucho tiempo, Laurie.

Trago con dificultad. No sé qué me esperaba, pero esto no.

—¿Qué quieres decir?

Desde que Sarah se marchó a Australia, he invertido toda mi energía en ser la mejor esposa del mundo. Podría ganar premios. Y ahora está diciéndome...

¿qué? ¿Que ha estado tirándose a su ex todo este tiempo?

—Que te echo de menos cuando estoy allí —responde—. Y Cress cada vez me deja más claro que estaría encantada de que tuviéramos un *affaire*.

—¿Un *affaire*? Es tan parisino que da asco —digo casi riéndome de la ridiculez, consciente de que estoy a punto de ponerme a gritar—. ¿Y tú quieres ese *affaire*?

—No he hecho nada —responde acalorado—. Te juro que no, Laurie.

—¿Quieres hacerlo?

—No —dice—. No del todo.

—¿No del todo? ¿Qué significa eso?

He estado a punto de gritar otra vez.

Oscar no me responde, lo cual ya es revelador. Al cabo de uno o dos minutos de silencio, vuelvo a hablar. No quiero que nos durmamos enfadados, pero necesito decírselo.

—Tal vez sea hora de pedir que te trasladen de nuevo a Londres a tiempo completo. Se suponía que Bruselas iba a ser algo temporal.

Mi propuesta se interpone entre nosotros, en la oscuridad. Sé a ciencia cierta que Oscar no quiere volver, que le encanta el trabajo que hace allí. ¿Es injusto por mi parte pedírselo? ¿O es injusto que él me pida que lo tolere cuando está trabajando con alguien que intenta pescarlo con tanto descaró? Y

no se trata de cualquier persona, sino de su ex.

—Aunque a lo mejor prefieres que a partir de ahora me quede aquí tumbada cada vez que te vayas y me pregunte si será esa la noche en que Cressida te pille en un momento de debilidad.

—Eso no va a pasar nunca —dice Oscar como si estuviera siendo absurda.

—Has dicho «no del todo» —escupo—. Te he preguntado si querías, y me has contestado «no del todo». Eso no equivale a «no», Oscar.

—Y también es muy distinto a decir que alguna vez haría algo —replica rabioso.

Grita en muy pocas ocasiones, y sus palabras suenan más duras de lo que deberían en este dormitorio silencioso.

Ahora ambos estamos dolidos.

—Dijimos que no permitiríamos que nuestro matrimonio sufriera por este trabajo —digo con más suavidad.

Se tumba de costado hacia mí, conciliador.

—No quiero a Cress ni a nadie que no seas tú, Laurie.

No me muevo. Tengo la mandíbula tan apretada que casi la siento bloqueada.

—No podemos seguir así para siempre, Oscar.

—Quizá dentro de unos meses surjan oportunidades de volver a la oficina de Londres —dice—. Pondré la antena, ¿vale? Confía en mí, Laurie, nada me gustaría más que no tener que darte un beso de despedida todos los domingos por la noche de todas las semanas.

Me doy la vuelta hacia él para aceptar su rama de olivo, aunque no estoy segura de creerlo del todo. No solo por Cressida; es que hay veces que parece más apegado a su trabajo que a mí. Es como si llevara dos vidas, una aquí conmigo, siendo mi esposo, y otra ajena a mí por completo: reuniones emocionantes y bares de ciudad, vestidos elegantes, tratos clandestinos y cenas de celebración. Comparte partes de esta última conmigo, claro, fragmentos y algún que otro mensaje con foto, pero en general no consigo librarme de la sensación de que está satisfecho con este plan de «estar en misa y repicando». Dista mucho de ser mi relajado amante tailandés; el cuadro de la pared de nuestro dormitorio parece más una fantasía que un

recuerdo. A veces pienso que se casó conmigo para intentar aferrarse a la persona que fue allí, en Koh Lipe; cuanto más se enfrasca en su vida de Bruselas, más cuenta parece darse de que Tailandia nunca fue más que una huida temporal. De que su vida real siempre estuvo aquí, esperando entre bambalinas a que él volviera y desempeñara su papel. Ni siquiera estoy segura de si alguna vez llegué a formar parte del elenco de esa misma producción.

—Mira, Oscar, estamos casados, pero eso no significa que podamos pulsar un botón y, sin más, volver a encarrilar todos nuestros pensamientos y sentimientos románticos por la misma vía. A veces nos ponen a prueba. No seamos ingenuos.

Continuamos tumbados el uno frente al otro en el dormitorio oscuro.

—¿A ti te han puesto a prueba?

Cierro los ojos un segundo y después decido no responder.

—Lo importante son las decisiones que tomamos cuando nos ponen a prueba. Estar casados no es solo un contrato legalmente vinculante, es una elección. Quiere decir que te elijo a ti. Todos los días me despierto y te elijo a ti. Te elijo a ti, Oscar.

—Yo también te elijo a ti —susurra a la vez que me envuelve entre sus brazos.

Le devuelvo el gesto y me siento como si estuviéramos abrazando nuestro matrimonio, meciendo esta cosa preciosa y frágil entre nuestros cuerpos.

Pero me parece un pacto débil, y permanezco despierta mucho rato después de que él se duerma, angustiada.

21 de noviembre

*Laurie*

—Laurie.

Oscar me atrae hacia sí en la cama y me arranca de una extraña mezcla de sueños que perduran incluso cuando emergo de ellos. Los números rojos y brillantes del reloj despertador me indican que son las cinco y media de la mañana.

—Laurie. —Me besa en el hombro y me abraza bajo las sábanas—. ¿Estás despierta?

—Un poquito —susurro, todavía perdida en ese territorio borroso que separa el sueño de la vigilia—. Es muy pronto.

—Lo sé —dice, y noto su mano plana y cálida sobre mi vientre—.

Tengamos un bebé.

Abro de golpe los ojos ante lo inesperado de sus palabras.

—Oscar...

Me doy la vuelta hacia él, y gime, me besa hasta devorar cualquier frase que pudiera estar a punto de decirle y me pasa una pierna por encima del muslo. Hacemos el amor de una forma repentina y urgente, ambos aún afectados por la tumultuosa noche anterior. Volvimos a discutir; o mejor dicho, tuvimos unas palabras durante la cena, como probablemente lo expresaría Oscar. Culpa mía: le pregunté si había averiguado algo más sobre lo de volver a Londres a tiempo completo. Está convirtiéndose en un tema tabú a la velocidad de la luz.

Después, nos derrumbamos sobre las sábanas enredadas, reconectados, escogiéndonos una vez más para un nuevo día. No sé si decía en serio o no lo del bebé, pero al menos de momento sé que es en mí en quien piensa.

2016

Propósitos de Año Nuevo

1) ¡Un bebé! Sí, Oscar y yo hemos decidido que este es el año en que vamos a intentarlo. Llevamos un par de meses hablándolo de manera intermitente, y

al final hemos acordado que a partir del 1 de enero deo de tomarme la píldora. Me siento como si estuviera dando un gran salto hacia lo desconocido.

No creo que necesite hacerme más propósitos. Este ya supone un cambio vital lo bastante drástico para un solo año, ¿no? Oscar me ha prometido que volverá a hablar con su jefe sobre la posibilidad de regresar a Inglaterra.

Tenemos muchas más posibilidades de quedarnos embarazados si él pasa más días en casa, y cuando tenga el bebé, es lógico que no quiera estar ausente durante tanto tiempo.

2) Mierda, ya se me olvidaba. Me duele escribir esto, pero tengo otro propósito: dejar de empujar el codo. Por lo que se ve, aumenta las probabilidades de concebir.

26 de enero

*Laurie*

—¿Estás segura de que te has acordado de tomar el ácido fólico todas las mañanas?

Estoy sentada en el borde de la cama, con el móvil en modo altavoz encima de la mesilla de noche.

—Por supuesto que sí —contesto—. Pero dudo que todo se reduzca a si ingiero o no los nutrientes suficientes. Tiene más que ver, ya sabes, con que los óvulos y el esperma se encuentren en el momento adecuado.

Estoy convencida de que Oscar no tenía intención de hacer que su pregunta sonara a una acusación; es solo que está decepcionado.

No responde.

—Muy pocas parejas se quedan embarazadas durante el primer ciclo — digo en tono más serio.

Me paso el día escribiendo artículos sobre salud femenina, y he cubierto temas relacionados con el embarazo en un montón de ocasiones.

Si dependiera solo de mí, seguiría adelante con mi vida e intentaría no obsesionarme con si nos quedamos embarazados o no. Pero Oscar parece haberse dejado dominar por su carácter orientado a resultados, y no sé cómo decirle que se calme sin herir sus sentimientos.

En realidad, es muy tierno.

—Ya lo sé, solo es que pensaba que a lo mejor lo lográbamos a la primera, ¿sabes? —comenta con un suspiro.

—Ya. Debemos esforzarnos más la próxima vez que vengas, ¿vale?

—Tienes razón. A ver, no es que sea una obligación ni nada que se le parezca... Mejor nos reservamos una noche entera en casa, tú y yo solos.

23 de febrero

*Laurie*

—Laurie, llevas ahí dentro un buen rato.

Oscar ha retrasado su vuelo de hoy a Bruselas para saber si estoy embarazada. No lo estoy. Estoy sentada en el váter con una prueba de embarazo negativa en la mano y tratando de averiguar cómo desilusionarlo con delicadeza.

—¡Salgo en un segundo! —grito, y tiro de la cadena.

Cuando abro la puerta del cuarto de baño, está caminando de un lado al otro del pasillo, esperándome. Niego con la cabeza, y no puede ocultar la expresión de decepción de su rostro mientras me abraza.

—Todavía es pronto —digo.

Solo han pasado dos meses, y la ilusión de intentar quedarnos embarazados

ya se ha desvanecido por completo. ¿Quién iba a saber que resultaría tan estresante? A mí me gustaría que levantáramos el pie del acelerador y nos relajáramos, pero la naturaleza de Oscar no es tan de *laissez-faire*. Está acostumbrado a hacer que las cosas sucedan; es obvio que le frustra muchísimo no poder imponerse en esto con tanta facilidad.

—A la tercera va la vencida. —Me da un beso en la frente y coge su maletín—. Hasta dentro de unos días, amor.

14 de marzo

*Jack*

—¿Tienes frío?

Amanda me mira como si fuera estúpido.

—Estamos en el Ártico, Jack.

Tiene razón, claro, pero también estamos debajo de varias capas de cobijas de piel y bebiendo ron. Nos hemos escapado unos cuantos días a Noruega y tenemos la genuina sensación de haber aterrizado en un país de ensueño.

Nunca había visto tanta nieve; en este momento la contemplamos caer desde la comodidad de nuestra enorme cama, bajo la cúpula de cristal de nuestro iglú. Si Amanda se hubiera salido con la suya, habríamos huido en busca del sol, pero hicimos una apuesta y perdió, así que aquí estamos, intentando satisfacer mi curiosidad por las auroras boreales. De momento no hemos tenido suerte; esta es nuestra última noche aquí, así que me lo juego todo a una carta.

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado hasta ahora? —pregunto a Amanda, y le doy un beso en la frente.

Está desnuda y acurrucada bajo mi brazo entre las almohadas; frunce la nariz mientras piensa.

—Me parece que el paseo en trineo tirado por renos —contesta—.

Demasiado romántico para expresarlo con palabras.

—¿Más romántico que esto? —digo a la vez que le pongo una posesiva mano sobre un pecho—. No tenemos nada que envidiar a *Juego de Tronos*.

—Pensaba...

Se queda callada y deja escapar un suspiro pesado.

—¿Qué? —le pregunto, y le quito la copa antes de darme la vuelta y tumbarme sobre ella.

—Nada —responde—. Olvídalo.

—¿Qué pasa?

Mira hacia un lado y me besa en el hombro.

—Es una tontería. —Tiene las mejillas sonrosadas—. Pensaba que a lo mejor me habrías traído hasta aquí para pedirme que me casara contigo.

Espero que la sorpresa no se me refleje en la cara. Ya me parecía que esta noche estaba comportándose de una manera un poco extraña.

—¿En serio? Mierda, Amanda, lo siento. Es solo que en realidad nunca hemos hablado de..., ya sabes, de casarnos.

No sé qué decir. Nunca hemos hablado de nada tan serio; el matrimonio no es algo que me venga a la cabeza cuando pienso en nosotros; en realidad, no me viene a la cabeza piense en quien piense. Amanda me mira y yo la miro, y sé que lo que diga a continuación es importante.

—Eres preciosísima.

Esboza una sonrisa insignificante al mismo tiempo que niega con la cabeza.

—Cállate.

La beso, porque es más seguro que intentar transmitirle mis sentimientos con

palabras, y luego le separo las rodillas con las mías y la veo cerrar los ojos cuando se libera de sus pensamientos y se rinde a las sensaciones.

Después se aferra a mí, con la boca pegada a mi cuello.

—Mira hacia arriba —susurra—. Mira hacia arriba, Jack.

Me deslizo desde su cuerpo hacia la cama, me tumbo a su lado y contengo

una exclamación. Sobre nosotros, los cielos están inundados de verde, y azul y púrpura, ondulantes franjas de colores gloriosos.

—Es impresionante —musita Amanda.

Permanecemos tumbados de espaldas bajo ese esplendor, desnudos y agotados, y me pregunto a qué cojones estoy esperando.

23 de marzo

*Laurie*

A la tercera no va la vencida en nuestro caso. Mi período, puntual como un reloj, me hace esperar hasta las nueve de la noche para tomarse la molestia de aparecer, y para entonces Oscar ya me ha llamado cinco veces y he ido al cuarto de baño por lo menos cincuenta. Lo llamo y nos consolamos el uno al otro, y luego rompo mi norma de no beber y me sirvo una enorme copa de vino tinto. Durante un breve instante me planteo llamar a Sian, mi amiga de la oficina. A veces tomamos una copa después del trabajo o vamos al cine los días que Oscar está en Bruselas, pero me da la impresión de que los pormenores de mi ciclo menstrual son algo demasiado íntimo con lo que atosigarla. También hablo con mi madre la mayoría de los días, pero, por razones obvias, no le he contado que estamos intentando tener un bebé; si se lo cuento, se convertirá en otra persona a la que desilusionar. No creo que fuera ni por asomo tan decepcionante si Oscar estuviera aquí, pero estar separados confiere a todo una sensación de urgencia, de triunfo o fracaso.

Hundida en la miseria, me llevo el portátil a la cama y me siento con la espalda apoyada en las almohadas para echar un vistazo en Facebook a las

cosas fabulosas que hace todo el mundo menos yo. Como era de esperar, Australia se ha vuelto loca por completo por Sarah. Pierden la cabeza por su acento británico y su sonrisa perpetua. Estiro la mano y acaricio la pantalla mientras veo en su muro el vídeo de una entrevista sobre las relaciones de pareja entre británicos y australianos que hicieron a Luke y a ella en un

programa matutino de allí. Es mi superSarah: superquerida, superexitosa, simplemente súper. Dios, ojalá estuviera aquí. Nuestras sesiones de Skype de los lunes por la noche son uno de los momentos álgidos de mi semana, pero no es lo mismo que disponer de su hombro de verdad para llorar.

Me siento estúpida por llorar, y desde su página hago clic para pasar a la de Jack. Nuestra amistad ha terminado de manera efectiva desde la noche de la cena de despedida de Sarah. A lo más profundo que llega nuestra amistad es a que yo, de vez en cuando, le dé un «me gusta» a sus fotos de Facebook y a que él, en ocasiones, comente las mías. Por lo que veo en su muro, parece que está de vacaciones con Amanda. Por lo que se ve en el mío, debe de dar la sensación de que no tengo ningún tipo de vida social. No es más que un espacio largo, vacío y sin publicaciones. Me pregunto si no debería eliminarlo como amigo y terminar con esto de una vez por todas.

9 de junio

*Laurie*

—¡Cierra los ojos!

Estoy en la cocina haciendo la cena (ensalada nizarda con atún) cuando Oscar llega a casa después de su habitual estancia de tres noches en Bruselas.

Por una vez parece alegre, y siento que una oleada de alivio me recorre de arriba abajo. Las cosas han ido tensándose cada vez más entre nosotros; sigue sin haber indicios del regreso a tiempo completo a Londres que Oscar me prometió, y ya llevamos casi seis meses intentando en vano tener un bebé. No es que sea algo tremendamente raro, y menos teniendo en cuenta que a veces estamos en países diferentes en el momento óptimo para la concepción. Sí, ahora ya lo sé todo sobre estas cosas.

—¿Estás seguro? Tengo un cuchillo de cocina en la mano.

Me río, suelto el cuchillo y hago lo que me pide.

—Ya puedes abrirlos de nuevo.

Obedezco, y me lo encuentro ahí plantado con un ramo tan enorme que apenas alcanza a ver por encima de él.

—¿Debería preocuparme? —digo sonriendo mientras lo acepto.

Niega con la cabeza.

—Habría comprado champán si no hubiéramos dejado las drogas duras —  
contesta.

Se ha portado muy bien con lo de no beber, y él también lo ha dejado por solidaridad.

Se me forma un nudo de pánico en el estómago. Faltan cuatro días para que me venga la regla, o no. Me parece una celebración un poco prematura.

—Pregúntamelo, venga —dice, y me doy cuenta de que todo esto se debe a otra cosa.

Paro de buscar un jarrón lo bastante grande para contener una cantidad de rosas tan generosa y las dejo en la mesa.

—¿Qué pasa?

Ya estoy dando vueltas a lo que podría estar a punto de contarme. ¿Será eso? ¿Se habrán acabado los viajes a Bruselas? Por fin podremos volver a ser una pareja a tiempo completo.

—Ven a sentarte —dice para prolongar el momento, y me coge de la mano y me lleva al sofá de la sala de estar.

—Estás poniéndome nerviosa —digo medio divertida, medio preocupada.

Oscar se sienta a mi lado, con el cuerpo vuelto hacia mí.

—Brantman ha aparecido esta mañana y me ha convocado a una reunión.

¡Lo sabía!

—¿Y...? —Sonrío.

—¡Estás frente al nuevo director del banco!

Su rostro es todo sonrisa, como un niño al que le hubieran llegado todas las navidades de golpe. Cuando me acerco a él y lo abrazo, capto el tufo del alcohol; nuestra ley seca debe de haberse suspendido hoy.

—¡Vaya, eso es maravilloso! —exclamo—. Y muy merecido, además, porque te esfuerzas mucho en tu trabajo para ellos. Me alegro de que sepan reconocerlo. ¿Te han dado ya una fecha para tu regreso a Londres?

Le aprieto la mano.

—Bueno, este puesto no supone exactamente pasar menos tiempo en Bruselas. —Su sonrisa es titubeante—. Al contrario, en realidad.

Me quedo inmóvil, de repente invadida por el presentimiento de que hay algo más y no me va a gustar.

—No dejo Bruselas, Laurie —dice aferrándose a mi mano—. De hecho, el trabajo se realizará allí a tiempo completo.

Lo miro fijamente, consciente de que estoy parpadeando demasiado rápido.

—Yo no...

Busca mi otra mano y me mira con expresión implorante.

—No digas que no sin reflexionar. Sé que es inesperado, pero llevo todo el día pensando en ello y estoy seguro de que mudarnos allí es lo mejor para los dos. Tú, yo y también el bebé, pronto. Bruselas es una ciudad preciosa,

Laurie, te encantará, te lo prometo.

Lo miro de hito en hito, conmocionada.

—Pero mi trabajo...

Asiente.

—Lo sé, ya lo sé. Pero con el bebé tendrías que dejar de trabajar de todas formas, y de esta manera también puedes estar tranquila durante el embarazo.

—¿Tendría que dejarlo? ¿Y si quisiera volver a trabajar?

Todavía no lo tengo claro, pero ¿cómo se atreve a decidir por mí sin más?

Qué anacrónico por su parte dar por hecho que me quedaré en casa cuando sea madre. Y qué estúpido por la mía, me doy cuenta ahora, no haber discutido este tema con él antes.

Frunce el ceño, como si estuviera poniéndole trabas innecesarias.

—Bueno, allí también hay un montón de trabajos. Pero, con sinceridad, Laurie, ganaré tanto dinero que no necesitarás trabajar... Piénsatelo, por favor —prosigue sin darme la oportunidad de hablar—. Puedes tomar café...

bueno, menta poleo, en la plaza, y pasear por el río. Descubriremos la ciudad antes de que nazca el bebé, será igual que cuando nos conocimos. Hay un montón de expatriados, harías muchísimos amigos.

Me siento coaccionada por completo, y furiosa porque parece que no tengo

ni una sola baza. Sé muy bien que sus ingresos son más que suficiente para mantener a una familia, mientras que los míos apenas bastan para mantenerme a mí misma, pero por lo que se ve Oscar ha hecho todas sus conjeturas sin pensar ni por un segundo en mis deseos, como si mi trabajo fuera un pasatiempo y no una carrera profesional. No sé qué decir ni qué pensar. Me alegro mucho por Oscar, de verdad, por que se le reconozcan el esfuerzo y las largas jornadas laborales, pero no deseo dejar mi trabajo, ni Londres ni mi vida. No es justo que su éxito signifique que yo pierda tantas

cosas queridas para mí.

—¿De verdad esperabas que respondiera que sí como si nada? —pregunto con incredulidad.

No es un hombre dado a la irreflexión; supongo que la emoción ha podido más que su habitual sentido común.

—Esperaba que te lo plantearas, al menos —dice con resquemor—. Debes de saber lo mucho que significa para mí.

—Y yo pensaba que tú también sabías lo mucho que mi trabajo significa para mí, lo mucho que me importa estar cerca de mi madre —replico de inmediato—. ¿No pueden ofrecerte ningún puesto aquí, en Londres? ¿Por qué tiene que ser en Bruselas? Es inaceptable que te pidan algo así. Que nos pidan algo así.

—Creo que lo ven más como una recompensa que como un castigo. —Un dejo de petulancia se filtra en su voz cuando suspira y niega con la cabeza, impaciente—. ¿Es que tú no eres capaz de verlo igual?

Aparto la vista de Oscar porque está haciendo que me sienta como una persona poco razonable y sin argumentos.

—¿No crees que nuestras familias nos echarían de menos? —Cambio de rumbo—. Tu madre odiaría verte tan poco, ¿y qué pasará cuando también haya un bebé?

No puedo evitar el tono de desafío. Cuanto más lo pienso, más molesta estoy porque lo haya enfocado como una celebración con flores. Estamos casados, debemos tomar estas decisiones juntos, con independencia de quién de los dos sea el que gana más—. No quiero estar en un país distinto al de mi madre cuando tenga un bebé, Oscar. Le encanta ser abuela, quiero que se involucre.

Nos miramos el uno al otro, en un callejón sin salida. Antes nunca discutíamos; ahora parece que es lo único que hacemos.

—No es justo que me lo sueltes así y esperes que me entusiasme —digo—.

Necesito tiempo para pensarlo.

Aprieta la mandíbula, con los oscuros ojos llenos de consternación.

—No tengo más tiempo. Esto es la banca, Laurie, ya sabes lo rápido que van las cosas. Brantman quiere una respuesta el lunes por la mañana, y la única respuesta que puedo darle es que sí, porque si digo que no, ¿qué puto sentido tiene que siga trabajando allí? —Levanta las manos al cielo, un gesto de impotencia—. Mi carrera en el banco estará acabada; siendo autocomplaciente y poco ambicioso no duras mucho en un lugar así.

Sacudo la cabeza, aturdida ante la injusticia de que me hayan asignado el papel del malo.

—Voy a darme una ducha —dice, y se levanta del sofá con brusquedad.

Se queda quieto un momento, como si esperara que le ofreciera una disculpa, pero suspiro y miro hacia otro lado hasta que se va de la sala de estar. Cada vez tengo más dolorosamente claro que pensar que quizá Oscar albergara en algún momento la esperanza de permanecer fiel al hombre que conocí en una playa de Tailandia no es más que una ilusión. Tal vez ni siquiera él fuera consciente en aquel entonces, pero esta agitada vida de viajes, tratos, cenas y salas de juntas es la que mejor encaja con él. Pero hay algo más: esa vida es la que desea tener.

13 de junio

*Laurie*

Pasa justo un minuto de la medianoche, y eso significa que llevo un día de retraso con el período. Oscar se marchó ayer a Bélgica con un ánimo especialmente resentido después de pasarse todo el fin de semana tratando de coaccionarme, actitud con la que no consiguió sino que me obcecara más en mi postura.

Ahora ya es oficialmente lunes, y sin duda él ya es oficialmente director, y yo voy oficialmente con retraso. Me hago un ovillo, tumbada de costado, y cierro los ojos. Estoy oficialmente muy sola.

16 de junio

*Laurie*

—He comprado una prueba de embarazo.

—¿Te la has hecho ya?

Son las cinco de la tarde aquí y las dos de la madrugada en Perth, pero Sarah está despierta como un búho. Ya llevo cuatro inauditos días de retraso, y ella fue a quien primero se lo conté.

Dejo caer las llaves y el bolso sobre la mesa del vestíbulo sin apartarme el móvil de la oreja.

—No. Me da demasiado miedo conocer el resultado.

Lo que no le digo es que creo que lo que más miedo me daría sería que fuera positivo.

—¿Oscar no ha llegado todavía a casa?

Suspiro en el piso vacío.

—Debería llegar dentro de un par de horas.

—Espera —dice con la voz amortiguada. La oigo moverse, y después vuelve a hablar con claridad—. Lo siento, estaba levantándome de la cama.

Bien, tengo vino y no me iré a ninguna parte. Saca el test, Lu.

—¿Qué, ahora?

Me sale una voz anormalmente aguda.

—Sí, ahora. ¿O prefieres dejarlo hasta que Oscar llegue?

Tiene razón. En vista de cómo estamos últimamente, sería mucho mejor

que lo hiciera con ella y supiera con seguridad si es que sí o que no antes de que él llegue.

—Vale —susurro, y sacudo la bolsa de papel de la farmacia para sacar la prueba.

Doy la vuelta a la caja y leo en voz alta las instrucciones, que a estas alturas ya me conozco, mientras me quito los zapatos y me encierro en el cuarto de baño. No sé muy bien por qué, teniendo en cuenta que soy la única persona que hay en la casa.

—Estoy en el baño.

—Bien. Abre el test.

Como siempre, me peleo un poco con el complejo embalaje, pero al final consigo liberar el palo de plástico blanco del envoltorio de aluminio.

—Ya está. Lo tengo.

Miro el palo y luego la taza del váter, y después suspiro y me pongo a ello.

—Te oigo hacer pis —dice Sarah, cuya voz brota desde el teléfono que he dejado en el suelo.

—Alégrate de que al menos no estemos en FaceTime —murmuro mientras intento colocar el palo en el lugar correcto y me las arreglo para mearme en los dedos durante el proceso—. Joder, ¿por qué hacen estas cosas tan difíciles?

—¡No lo empapes! —grita sin resultar de ayuda.

Suspiro y extraigo el palo. Enseguida reparo en que algo está sucediendo en las ventanitas, así que le pongo la tapa a toda prisa y lo dejo en el borde de la pila.

—Pon el cronómetro —pido a Sarah mientras me lavo las manos.

—Hecho.

Me siento en el suelo y apoyo la espalda en la pared; estiro las piernas y vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja.

Cierro los ojos.

—Cuéntame algo de tu vida, Sar. Distráeme.

—De acuerdo. Bueno, estoy sentada a la mesa de la cocina. Se supone que es invierno, pero estamos en plena ola de calor y nuestro aire acondicionado es un cabrón perezoso. Tengo que ir secándome el sudor mientras hablo contigo.

Casi puedo verla; viven en una preciosa casa baja en la playa. Me envió los detalles cuando fueron a verla y tuve que ir a tumbarme en una habitación en penumbra para superar la envidia. Parece sacada de un número de los setenta de la revista de decoración *House Beautiful*, toda llena de asientos por debajo del nivel del suelo y de techos de doble altura. Se queda callada un momento, y luego dice:

—Ah, y le he pedido a Luke que se case conmigo.

—¿Qué? ¡Ay, Dios mío! ¡Sarah! —grito alucinada por completo. Es muy típico de ella lo de no quedarse esperando de brazos cruzados cuando tiene claro lo que quiere—. ¿Cuándo? ¿Qué le dijiste? ¿Y qué contestó él?

—Contestó que sí, por supuesto —responde entre risas—. Y lloró como un bebé.

Yo también me río. Me lo creo, Luke es un llorón.

—Se ha acabado el tiempo, Lu —dice, serena y seria otra vez—. Tres minutos.

Sostengo el palo en las manos, con el capuchón todavía puesto.

—Estoy asustada, Sar —susurro.

—No lo estés. Estarás bien pase lo que pase, te lo prometo.

No contesto, me limito a mirar el palo. No sé si puedo hacerlo.

—¡Por el amor de Dios, Laurie, quita la puta tapa!

Y eso hago. La quito a toda prisa y contengo la respiración mientras lo miro.

—¿Y bien?

—Una línea azul. —Exhalo una enorme bocanada de aire, temblando—.

Solo una. Eso significa que no estoy embarazada, ¿no?

—Oh, Lu, lo siento —dice, ahora con delicadeza—. Sucederá muy pronto, estoy segura de que sí.

Me paso una mano por los ojos y deajo el palo en el suelo.

—Sí, lo sé.

Cuando Oscar llega a casa justo después de las ocho estoy en pijama tomándome una copa de vino sentada a la mesa de la cocina. Mira el vino y luego enarca las cejas.

—¿Es prudente?

La frialdad de su tono sugiere que conserva el mismo estado de ánimo que cuando se marchó el domingo.

Niego con la cabeza.

—Creía que estaba embarazada, pero no lo estoy. Me he hecho una prueba.

Debe de ser solo un retraso, a veces pasa.

Su expresión se suaviza y me mira a los ojos.

—¿Estás bien?

No estoy segura de cuál es la mejor manera de responder a su pregunta con sinceridad.

—No, no creo que lo esté.

Espero a que se sirva una copa de vino y se siente a la mesa. Parece agotado; ojalá pudiera hacerle algo de cenar y ofrecerme a prepararle un baño, pero mi corazón no me permite echarme atrás en las decisiones que he tomado en el suelo del cuarto de baño después de que Sarah colgara.

—¿Has aceptado el trabajo?

Clava la mirada en su copa de vino.

—Siempre supiste que lo aceptaría.

—Sí. —Asiento despacio—. Es lo mejor para ti.

—¿Pero no para ti? —pregunta.

Ya no parece enfadado ni distante. Creo que está empezando a darse cuenta de que esta conversación tiene el poder de devastarnos a ambos.

Suspiro, y una lágrima se desliza por mi mejilla.

—No. —Trago saliva con dificultad, odio toda esta situación—. Me he pasado los últimos días pensando que podría estar embarazada e intentando averiguar qué hacer si lo estaba.

Me mira, en silencio.

—Y luego me he hecho la prueba y no estaba embarazada, y lo único que me ha venido a la cabeza en ese momento ha sido dar gracias a Dios. Gracias a Dios por que no me hayan arrebatado todas mis opciones.

Lo he dejado de piedra. Odio que las palabras me salgan a borbotones de la boca, pero la sinceridad es lo único que tengo.

—No quiero mudarme a Bélgica, Oscar.

Me escudriña el rostro como si buscara algún rastro de la mujer que ama.

Soy consciente de que, antes de esta conversación, no se había planteado seriamente rechazar el trabajo. Contaba con que yo terminara cediendo.

—Es imposible que nos amemos desde diferentes países... ¿Y qué pasa si me quedo embarazada? No quiero estar aquí sola con un bebé cinco noches de cada siete.

—Igual funcionaría. —Arrastra su silla alrededor de la mesa hasta que me roza las rodillas con las suyas—. Sé que no es lo ideal, pero podemos hacerlo, Laurie.

—Oscar, no se trata solo del trabajo, tiene que ver con muchas más cosas que la geografía —suelto con toda la delicadeza de que soy capaz. Miro su

amado rostro y no consigo convencerme de que estemos desmoronándonos así. Él ha sido mi refugio durante mucho tiempo—. Dios, eres un hombre encantador. Nunca he conocido a nadie como tú, y sé que no volveré a tener esa suerte.

—Hicimos unos votos —dice con frustración—. En lo bueno y en lo malo.

Nos lo prometimos el uno al otro.

—Tu vida y la mía van en direcciones diferentes. —Cojo una de sus manos entre las mías—. La tuya te lleva por un camino que yo no puedo seguir, Oscar. Y eso no es culpa tuya ni mía.

—Pero yo te quiero —dice como si fuera una frase mágica capaz de triunfar sobre cualquier otra.

No sé cómo expresarme sin hacerle más daño.

—Oscar, eres el mejor marido que cualquiera podría desear. Eres amable y divertido, y me has dado mucho más de lo que jamás podré devolverte.

—Nunca he esperado que lo hicieras.

—No. Pero sí esperas que me mude a Bélgica... o que viva aquí sola la mayor parte del tiempo.

Una expresión de consternación le empaña el rostro.

—Esperaba que te dieras cuenta de que es lo mejor —dice—. Pensé que cuando regresara a casa esta noche ya te habrías convencido.

Suspiro, porque sé que ni siquiera se le ha pasado por la cabeza la idea de no aceptar el nuevo puesto. Eso está hecho, y ahora todas las decisiones dependen de mí.

—No voy a convencerme —respondo—. No es cuestión de cabezonería.

No quiero mudarme a Bruselas.

—Pero sabes que para mí rechazar este trabajo no es una opción —replica, y una parte de mí se alegra.

No quiero que se ofrezca a renunciar al ascenso que se ha ganado. Aunque tampoco es que esté ofreciéndose a hacerlo, y en cierto sentido eso hace que lo siguiente que tengo que decir me resulte un poco más fácil.

—No me había dado cuenta de lo infeliz que soy ahora hasta que he visto esa línea azul —digo desconsolada—. No lo sabía.

Oscar tiene la cara oculta entre las manos, y me siento la mujer más estúpida, miserable y desagradecida del mundo.

—¿O sea, que se acabó? ¿Tú no quieres venir y yo no puedo quedarme?

—O yo no puedo ir y tú no quieres quedarte —digo para desafiar su miope punto de vista, aunque sé que jamás intentará verlo desde mi punto de vista.

Su vida va por muy buen camino, y ese camino ahora lo lleva a Bruselas, con o sin mí. Le resulta del todo incomprendible que no esté encantada de seguirlo, y eso me reafirma aún más en la idea de que hemos llegado al final del trayecto. Se acabó lo de vivir a media asta; las luces de nuestro matrimonio se han apagado. En Koh Lipe nuestro amor floreció bajo una hilera de luces diminutas que parpadeaban alrededor de la barandilla de la cabaña de la playa. Aquí, en Londres, el resplandor de las sofisticadísimas

lámparas de Lucille y la implacable monotonía semanal de las luces de la pista de Heathrow han ido oprimiéndolo poco a poco hasta asfixiarlo. Ahora soy consciente de que Oscar no ha cambiado en absoluto. Siempre ha sido este hombre, pero Tailandia y yo, tal vez durante un tiempo, le hicimos sentir que podía ser otra persona. Se probó una vida diferente para ver cómo le quedaba, pero al final volvió a sus orígenes, a su esencia, porque esta vida, la que está viviendo ahora mismo, es la que mejor se adapta a él.

—Lo siento mucho, Oscar, de verdad.

—Yo también —susurra—. Yo también lo siento, Estrella de Mar.

Aparto la mirada, disgustada porque sé que es la última vez que lo oiré llamarme así.

Un suspiro le sacude el cuerpo, como si se lo hubieran sacado a la fuerza.

—Si hubieras estado embarazada, ¿habrías venido conmigo?

Lo cierto es que no sé qué contestar. Tal vez que, en ese caso, me habría sentido atrapada y obligada a intentarlo. No lo digo; es demasiado desolador.

Me echo hacia delante y le cojo la cabeza entre las manos, lo beso en el pelo. Oscar también me abraza, y la familiaridad de su olor hace que me eche a llorar de forma incontrolable; la colonia que siempre se ha puesto, el champú que usa, el aroma de sus días y de mis noches y de nuestro amor.

2 de julio

*Jack*

Sigo a Amanda sin hacer ruido por su apartamento; y digo «sin hacer ruido»

porque acabo de quitarme las Converse: este es uno de esos sitios en los que el calzado de exterior está prohibido tajantemente. Incluso hay un cartel nada más cruzar el umbral de la puerta principal por si se te olvida. No es que me importe mucho. No, eso es mentira. Me toca un montón las narices; me parece pomposo que la gente insista en que te quites los zapatos. Pero no es una queja centrada en Amanda. Me saca de mis casillas lo haga quien lo

haga.

—¿Has cocinado?

Estamos en su elegante cocina blanca, que por lo general ve muy poca actividad en lo que a preparar comida se refiere. Amanda tiene muchas características maravillosas, pero sus habilidades culinarias no son legendarias, que digamos. Ella lo reconoce sin complejos: es una maestra del microondas, una amante del sushi a domicilio y un rostro muy conocido en los restaurantes de Edimburgo, así que, ¿por qué querría pelar cebollas con sus propias manos?

—Sí, he cocinado —responde, y abre la nevera para servirme una copa de vino blanco.

—¿Debería asustarme?

Me mira con las cejas enarcadas.

—Deberías mostrarte halagador e increíblemente agradecido, Jack. Me he quemado el dedo por ti.

La observo mientras se mueve por la cocina con un paquete de judías verdes precocinadas en la mano, sosteniéndolo a la distancia justa a fin de poder leer en el reverso las indicaciones para su preparación en el microondas.

—¿Qué vamos a comer?

No sé por qué lo pregunto, porque ya sé que la respuesta es pescado.

—Bacalao —contesta—. Lo he puesto a hornear con limón y perejil.

—¿Has quitado el polvo al horno antes de encenderlo?

Amanda me mira con cara de enfado y me echo a reír.

—Solo me preocupo por ti, hay riesgo de incendio.

—Halagador y agradecido —me recuerda, y me levanto y le quito la bolsa de judías verdes de las manos.

—Halagador, ¿eh?

Le beso el hombro desnudo. Lleva un vestido de verano sin tirantes y un delantal encima.

—Estás sexy con mandil.

—La comida, Jack —dice volviendo la cara hacia mí.

—Vale. Te agradezco que hayas cocinado para mí. —La beso con rapidez

—. Y agradezco que parezcas una princesa sueca rubia mientras lo haces. Me pones un montón, princesa Amanda de Ikea.

Se funde con mis brazos y me besa con ganas, metiéndome la lengua en la boca.

—Eso ha sido muy impropio de una dama —digo cuando termina, y empiezo a tirar de las cintas de su delantal hasta que me aparta de un manotazo.

—Haz algo útil —dice—. Ve a poner la mesa en el balcón.

La mesa tiene un aspecto digno de folleto de vacaciones en el balcón digno de folleto de vacaciones de Amanda. Es típico de ella: Grassmarket tiene las mejores vistas del castillo de la ciudad, así que se aseguró de alquilar en esta zona.

Estoy a punto de volver a entrar cuando me vibra el teléfono. Lo miro con la esperanza de que no sea Lorne para avisarme de que tengo que cubrir a alguien. Estoy de suerte; el que destella es el nombre de Sarah. Abro el mensaje y me apoyo en la barandilla del balcón para leerlo.

¿Has hablado con Laurie últimamente?

Joder, qué mensaje más críptico. Miro el reloj de pulsera. Diría que en su zona horaria están en plena noche. Seguro que está pedo en una fiesta en la

playa. Le contesto:

Hace tiempo que no. ¡Vete a la cama!

Grassmarket se extiende a mis pies, destellante y atestado de juerguistas del sábado por la noche. Mi móvil vuelve a vibrar.

Llámalas, Jack. Hace un par de semanas que se ha separado de Oscar. Se suponía que no tenía que decírtelo, pero necesita a sus amigos. ¡Yo estoy demasiado a tomar por culo para serle útil!

Me quedo mirando la pantalla, leo y releo el mensaje de Sarah y me dejo caer de golpe sobre una de las sillas de exterior de Amanda.

Laurie y Oscar se han separado. ¿Cómo es posible? La vi casarse con él.

Se plantó allí, en aquella iglesia y nos dijo a mí y al resto del mundo que él era el hombre con quien quería pasar toda su vida.

¿Qué demonios ha pasado?

Mientras envío a Sarah el mensaje, me pregunto si me dará tiempo a llamarla antes de la cena.

Cosas. Habla con ella. Es complicado.

Me invade la frustración; las palabras de Sarah no me aclaran nada. ¿Por qué está siendo tan imprecisa? ¿«Complicado»? Yo sé bien lo que es complicado: estar en el balcón de tu novia leyendo un mensaje de tu ex sobre otra mujer a la que besaste una vez.

—¿Jack? —La voz de Amanda me sobresalta—. ¿Puedes venir a por esto, por favor?

Miro mi móvil, con la cabeza llena de preguntas, y luego tomo una decisión rápida y lo apago. Esta es mi vida ahora. Aquí tengo algo; mi programa va ganando seguidores, tengo cariño a la gente con la que trabajo, y Amanda es... es todo lo que cualquier hombre podría desear.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y entro.

3 de julio

*Jack*

Vuelvo a mirar el mensaje de Sarah ahora que estoy en mi casa. Hace ya toda una noche y todo un día que sé que Laurie está pasándolo mal y no me he puesto en contacto con ella. No sé si eso me convierte en un buen novio o en un amigo de mierda.

Sigo dándole vueltas y más vueltas, tratando de decidir qué es lo mejor. Lo mejor para mí podría no ser lo mejor para Laurie, y tampoco para Amanda.

No quiero cagarla.

Miro la pantalla. Ya he escrito y borrado el mensaje dos veces. El primero,

«Eh, Lu, ¿cómo van las cosas?» era demasiado alegre y repentino, y mi segundo intento, «Puedes contar conmigo siempre que me necesites», era demasiado intenso. Muevo los dedos en el aire sobre las teclas y luego lo intento de nuevo.

Eh, Lu, Sarah me ha dado la noticia. ¿Puedo llamarte?

Presiono «enviar» antes de que pueda pensármelo dos veces y luego lanzo por ahí el teléfono y cojo una cerveza de la cocina.

Pasa media hora antes de que Laurie responda. El corazón me da el mismo vuelco de siempre cuando veo su nombre en la pantalla.

¿Te importaría no hacerlo? Aún no me siento preparada para hablar con la gente. Gracias de todos modos. Te llamaré cuando pueda. Lo siento.

X

Joder. He quedado relegado a «gente», fuera de su círculo de confianza.

Me hundo en la miseria y cierro los ojos, preguntándome si en algún

momento sentiré que todas las piezas de mi vida están encajadas en el lugar correcto.

19 de octubre

*Laurie*

Solo una solterona novata reservaría una estancia en Mallorca en época de vacaciones escolares. En lugar de pasarme el día descalza en playas desiertas, me he convertido en la niñera no remunerada de un puñado de críos mal educados cuyos padres están demasiado exhaustos o son demasiado perezosos para cuidarlos. No me atrevo a establecer contacto visual con nadie más, no sea que me pidan que vigile durante cinco minutos a la pequeña Astrid, a Toby o a Boden. No, no quiero coger a su hijo en brazos. No quiero oír hablar de las cuotas escolares ni de las alergias alimentarias. Y desde luego no quiero admitir que, sí, que estoy casada (en teoría), pero no, mi marido no ha venido de vacaciones conmigo. Cualquiera diría que me ha salido un tercer ojo o algo así. El único lugar seguro parece ser el bar del hotel.

—¿Te importa si me siento aquí?

Miro a la mujer que se ha acercado al taburete vacío que hay a mi lado en la barra. Es mayor que yo, a primera vista diría que ronda los cuarenta y cinco, y tiene un aspecto cuidado, desde el pintalabios de color coral aplicado a la perfección hasta el brazalete de diamante tipo tenis.

—Adelante —contesto, y de pronto desearía haberme ido a leer a mi habitación justo después de cenar.

Se pide una copa de vino, y luego nos mira a mí y a mi copa casi vacía.

—¿Otra?

El hotel es de «todo incluido», así que esta no es la invitación del siglo.

Sonrío.

—¿Por qué no? Póngame el cóctel más ridículo que tengan, por favor.

Mi nueva vecina comienza a verme con otros ojos.

—Olvídese del vino. Tomaré lo mismo que ella.

El camarero asiente, como si la situación le resultara habitual. Es probable que lo sea.

—Vanessa —dice la mujer, a pesar de que no le he preguntado su nombre.

Su acento la sitúa en el norte de Inglaterra. En Newcastle, diría.

—Laurie.

—¿Has venido sola?

Con aire reflexivo, hago girar mi alianza en el dedo.

—Sí.

Nos quedamos calladas mientras el camarero nos pone delante dos cócteles, servidos en vasos altos, en tonos azules y verdes chillones. Mi vecina los mira y luego niega con la cabeza con tristeza.

—Les falta algo.

Me inclino hacia un lado.

—Creo que tienes razón. Hay que tunearlos.

El camarero se aleja con un suspiro y vuelve con sombrillas de cóctel y unas pajitas adornadas con loros; se parecen a esos adornos navideños de papel que se despliegan sobre sí mismos como un acordeón para formar una campana. Solo que estos son, bueno, loros.

—Ahora ya está mejor —digo una vez que el camarero ha puesto tantos accesorios en los vasos que apenas queda sitio en el borde para beber.

—¿Cómo crees que se llama? —me pregunta mi compañera de barra.

Nos quedamos mirando los cócteles.

—¿Sex on the Beach con una plaga de loros? —sugiero.

Medita mi propuesta, pero frunce la nariz.

—No está mal. Aunque yo tal vez habría optado por algo más del estilo:

«No me pidas sexo, no he olvidado a mi ex».

Entonces reparo en que ella también lleva una alianza a la que tampoco deja de hacer girar en el dedo. Es como una señal secreta que nadie te enseña a interpretar.

—Diez años de casados. Me dejó hace nueve meses —dice con tristeza—.

Por la mujer que vive tres puertas más abajo.

—¿Y esa mujer sigue viviendo tres puertas más abajo? —pregunto, interesada a pesar de mí misma.

—Sí, con mi marido.

—Madre mía.

—Por lo que se ve, intimaron gracias al jardín comunitario.

Las dos nos echamos a reír de lo absurdo que es.

—Él me contó que sus miradas se cruzaron por encima del montón de abono y que eso bastó.

Nos reímos tanto que las lágrimas me ruedan por la cara, y ella me da unas palmaditas en la mano.

—¿Cuánto tiempo hace en tu caso?

Trago saliva.

—Cinco meses. Pero lo decidí yo. No llevábamos casados tanto tiempo como vosotros.

No abundo en lo conmocionados que estamos los dos ni en lo horrorizada que se quedó mi suegra. La única cosa peor que casarme con Oscar ha sido divorciarme de él. Mi madre también está un poco perdida; no hace más que enviarme mensajes de texto para asegurarse de que he desayunado, pero cada vez que intento hablar con ella como es debido da la impresión de no saber qué decir.

Desde hace unos meses vivo de alquiler en la habitación de invitados de una compañera de trabajo; Oscar intentó convencerme de que me quedara en casa, pero me resultó imposible aceptarlo.

—No lo dejé por ninguna otra persona —añado—. Solo porque las cosas no funcionaban.

Levantamos nuestros respectivos cócteles y les damos un buen tiento.

—Qué puto horror —dice cuando los dejamos de nuevo en la barra con un golpe seco. No sé si se refiere a la bebida o a nuestra situación. Extiende la mano izquierda sobre la barra y da unos toquitos a su anillo con el extremo de una pajita—. En realidad, ya va siendo hora de quitárselo.

La imito y pongo la mano junto a la suya.

—Para mí también.

Nos miramos los dedos y luego ella me mira a mí.

—¿Lista?

—No lo sé.

—¿Piensas volver con él?

No mucho después de que nos separáramos, una noche, bastante tarde, flaqueé y llamé a Oscar a Bruselas. Ni siquiera sé qué quería decirle, solo me sentía abrumadoramente triste sin él. Tal vez fue bueno que Cressida

contestara a su teléfono en un bar ruidoso; colgué y él no me devolvió la llamada. No necesito una bola de cristal para saber que, con el tiempo, ella será quien recoja los pedazos del corazón roto de Oscar y los recomponga. Es como debe ser; de todas formas, es posible que Cressida siempre haya conservado uno de esos pedazos. Me avergüenza la frecuencia con la que lloraba en público durante la etapa posterior a la ruptura de nuestro matrimonio. Lloraba en silencio en el autobús cuando iba a trabajar, y de nuevo durante el trayecto de vuelta a mi cama vacía. A veces ni siquiera me daba cuenta de que estaba derramando lágrimas hasta que veía mi reflejo en

las ventanillas oscuras del autobús. Ahora lo reconozco como lo que fue: un proceso de duelo, por Oscar, y por mí, y por nosotros.

Niego con la cabeza mirando a Vanessa, abatida. No, nunca volveré con Oscar.

—Entonces estás lista. Las dos lo estamos —dice ella.

No me he quitado el anillo desde que Oscar me lo puso en el dedo el día de nuestra boda. No creo que jamás llegue a estar preparada para quitármelo, pero se me ha presentado esta extraña oportunidad, y tampoco puedo llevar el anillo para siempre. Digo que sí con la cabeza y justo después empiezo a sentir náuseas.

Vanessa se lleva una mano a la alianza y clava una mirada enfática en la mía.

Doy un gran trago al repugnante cóctel.

—Acabemos con esto de una vez.

Nos observamos la una a la otra y, al mismo tiempo, damos un par de vueltas a nuestros anillos para aflojarlos. La verdad es que el mío está más suelto de lo normal, porque desde hace un tiempo he perdido el apetito. Me paso la alianza de diamantes por encima del nudillo y tiro de ella muy despacio, porque una vez que salga no podré volver a ponérmela jamás. Las lágrimas me escuecen en los ojos, y Vanessa, a mi lado, se quita su anillo de un tirón y lo deja sobre la barra.

Tomo ejemplo de su valentía y la imito, con la boca temblorosa. No logro disimular un sollozo, y me pasa un brazo solidario por los hombros mientras permanecemos sentadas codo con codo y contemplamos las dos alianzas de boda.

A lo largo del último año he derramado más lágrimas de las que jamás creí posible verter. Tal vez haya llegado la hora de secarme los ojos.

17 de diciembre

*Jack*

Amanda está a la búsqueda y captura de un anillo por Navidad. Me ha ofrecido disimuladamente todas las pistas posibles: desde dejar las revistas abiertas por las páginas pertinentes hasta poner todos los jueves el programa

«Que no se entere la novia» y mirarlo con atención, y ahora estamos paseando por la ciudad en la tarde de sábado más fría del año y se ha parado delante del escaparate de una joyería.

Se ha convertido en un tema escabroso desde que planteó la idea del matrimonio por primera vez en Noruega, y no estoy muy seguro de cómo abordarlo.

Ahora está señalando un anillo con un diamante enorme... ¡Joder!, ¿de verdad cuesta eso? Parece un arma, no una joya.

—¿Vamos a emborracharnos? —digo mirando el pub que hay al otro lado de la calle.

Amanda frunce el ceño.

—¿Tan horrible es la idea de casarte conmigo que necesitas un trago?

—No, pero ir de compras sí lo es —suelto, y me odio cuando la veo dolida.

No miro los anillos directamente porque no quiero tener esta conversación hoy.

—De acuerdo —acepta con un suspiro—. Pues a por cerveza.

—¿Otra?

Debería responder que no. Llevamos aquí tres horas y la verdad es que estamos bastante pedos.

—Venga —me anima Amanda—. Dijiste que querías emborracharte.

Puede que esté haciéndome demasiado viejo para estas cosas, pero ya he bebido suficiente.

—Mejor vámonos a casa —contesto, y me tambaleo un poco al ponerme de pie.

—No tenemos casa —replica Amanda—. Es a tu piso o al mío.

—Suenas sexy cuando lo dices así.

No se levanta. Cruza los brazos sobre su jersey metálico plateado y también sus largas piernas enfundadas en unos vaqueros. Tiene un brillo peligroso en los ojos envalentonados por el vodka.

—Pídeme que me case contigo.

Parpadeo unas cuantas veces para concentrarme.

—Amanda...

—Venga. Hazlo ya, estoy preparada.

Está claro que esos diamantes no se le han ido de la cabeza. Se ríe como si estuviera de cachondeo, pero su voz tiene un dejo acerado que me advierte de que se avecinan problemas.

—Vamos —intento engatusarla—. Salgamos de aquí.

Soy consciente de que la pareja de la mesa de al lado la ha oído y de que están intentando que no resulte obvio que nos miran. Amanda es una cara

vagamente reconocible de la televisión; lo último que necesitamos es una bronca en público.

—Eso me dijiste la primera vez que te vi —afirma—. En aquella fiesta.

«Salgamos de aquí.»

Hago un gesto de asentimiento, lo recuerdo.

—Sí, eso hice.

Vuelvo a sentarme en el taburete y apoyo los codos en las rodillas para echarme hacia delante y conseguir que nuestra conversación sea más privada.

Me cuesta oírla bien aquí dentro.

—No, quien lo hizo fui yo —se contradice Amanda—. Yo hice lo que me pediste, y llevo haciendo todo lo que me pides desde entonces. Y ahora estoy pidiéndote que esta vez seas tú quien me pida algo.

Frunce el ceño, desconcertada por su confuso discurso.

—Eso es mucho pedir para una sola mujer.

Sonrío para quitar hierro al asunto, consciente de que es posible que, más que sonreír, parezca que estoy esbozando una mueca de dolor.

—Pídemelo ahora mismo o habremos terminado.

Amanda no lo dejará pasar, y yo me siento cada vez más acorralado.

—No seas tonta.

—Joder, lo digo completamente en serio, Jack —me espeta en un tono demasiado cortante, y me quedo callado porque está claro que no voy a convencerla para que salga de este pub.

Alguien pone «Last Christmas» en la máquina de discos y a Amanda se le crispa la boca ante la ironía.

—Este no es el lugar —digo poniéndole una mano en la rodilla.

—Es probable que no lo sea —contesta, y se zafa de mi caricia—. Pero lo cierto es que no hay lugar apropiado para proponer matrimonio a una persona a la que no amas, ¿verdad?

«Me cago en la puta.»

—Por favor... —empiezo a decir sin saber siquiera cómo voy a continuar.

Esto no saldrá bien.

—¿Cómo que «por favor»? Solo piensas en ti mismo. ¿Sabes qué, Jack?

Olvídalo. —Ahora está enfadada, tiene lágrimas en las pestañas—. Olvídate de todo este maldito asunto. Estoy harta de esperar a que decidas si alguna

vez llegarás a quererme lo suficiente. —Una lágrima le resbala por la mejilla y se la seca a toda prisa. Se pone de pie y se tambalea sobre sus botas altas—.

Esta es la última vez que me rechazas.

Ojalá no hubiéramos bebido. Amanda está diciendo cosas, yo estoy diciendo cosas, y hay un motivo para no decir ese tipo de cosas. Me levanto y cojo nuestros abrigos.

—Vámonos —repito, porque lo único que quiero es salir de aquí.

—No. —Me planta una mano en el centro del pecho. No es un gesto cariñoso, es un «no te muevas de ahí»—. Yo me voy, y a ti te dejo aquí. Te dejo porque no me mereces. Porque me niego a seguir siendo tu chica de reserva. Porque no puedes amar a alguien si ya estás enamorado de otra persona.

Nos miramos el uno al otro, sabedores de que esto no tiene vuelta atrás.

Noto que me falta el aire. ¿Es esto lo que le he hecho?

—Lo siento —digo—. Yo... —Me interrumpo porque Amanda ya se ha dado

la vuelta y se abre camino a empujones entre la multitudinaria congregación de bebedores navideños.

Vuelvo a sentarme, con la cabeza apoyada entre las manos, y unos cuantos minutos más tarde el tipo de la mesa de al lado me pone un whisky delante.

Asiento y trato de darle las gracias, pero las palabras se me atascan en la garganta. Alguien pone «Lonely This Christmas» en la máquina de discos; cierro los ojos y me siento como un imbécil por un millón de razones.

2017

### Propósitos de Año Nuevo

Mi vida no tiene nada que ver con la de la persona que era hace doce meses; apenas soporto mirar los esperanzadores propósitos del año pasado. ¿Dónde estaría ahora si Oscar y yo nos hubiéramos quedado embarazados al primer o segundo intento? ¿Paseando un cochecito por Bruselas? ¿Habría sido feliz?

Todo eso está demasiado alejado de la realidad de mi vida actual para visualizarlo.

En cualquier caso, ahora toca mirar hacia delante.

1) Tengo que encontrar una solución al tema del alojamiento. Este verano cumpliré treinta años, soy demasiado mayor para vivir realquilada en una habitación de invitados.

2) Trabajo. No me disgusta mi trabajo, pero me siento estancada. Aunque me paga las facturas, eso ya no me basta. Es como si solo me mantuviera a flote. De hecho, así es como resumiría toda mi vida en este momento. Es extraño, porque cualquiera pensaría que, con todo el trastorno de la separación, agradecería la estabilidad del trabajo. No obstante, en realidad ha tenido el efecto contrario: ha hecho que me entren ganas de lanzar todas mis cartas por los aires y ver dónde aterrizan. Me mantengo a flote, pero lo que quiero es nadar.

Listo. Ese es, escueto, mi propósito para el año que viene.

3) Nadar.

1 de marzo

*Jack*

—Feliz cumpleaños.

Martique (ya lo sé, es su nombre artístico; se niega a responder a su nombre real, que es Tara; lo sé porque lo vi en su pasaporte) acaba de entrar en mi apartamento con unos tacones más altos que las rótulas de algunas personas y ahora está desabrochándose el vestido.

—No sabía qué regalarte, así que me he comprado ropa interior nueva.

El vestido se desliza hasta sus tobillos, y Martique dobla una rodilla y apoya una mano en la cadera. Está buenísima, y lo sabe. Me recuerda a Sophia Loren cuando era joven: toda curvas deliciosas y ojos ahumados.

—¿Y bien? —Hace un mohín—. ¿Te gusta, Jack?

Ningún hombre con sangre en las venas podría resistirse. Es muy tentadora; no me extrañaría que sacara una manzana de la nada y me preguntara si quiero darle un mordisco.

—Me gusta —digo mientras cruzo la habitación.

—Entonces demuéstramelo.

Su olor es puro burdel, lo cual envía un mensaje directo a mi entrepierna, y su boca sabe a carmín y a uno de los diez millones de cigarrillos que se fuma al día. Me mordisquea el labio inferior, intenta desabrocharme los vaqueros con las manos. Ya llevamos unas cuantas semanas haciendo esto de vez en cuando. Es un acuerdo que nos conviene a ambos. Martique trata de alcanzar la cima, es una de las muchas cantantes en ciernes que pasan por la emisora

de radio. Soy su hombre ideal, me dijo cuando nos conocimos. Y con eso sé que se refiere a que soy el escalón perfecto en su camino hacia el estrellato, alguien ligeramente menos guapo que ella a quien puede tirarse sin

complicaciones emocionales y sin temor a la publicidad.

Creo que ni siquiera nos gustamos mucho; mi vida personal ha tocado fondo. Aún no ha terminado de quitarse la ropa interior y ya estoy pensando en que esta será la última vez.

Nos desplomamos sobre el sofá, ella sentada a horcajadas sobre mí, y mientras follamos admiro el hecho de que, por alguna razón, hasta el pintalabios corrido la hace parecer sexy. Se echa hacia delante y dice todas las palabras correctas en el orden correcto, y cierro los ojos e intento no sentirme mal.

—Feliz cumpleaños —murmura de nuevo cuando terminamos, y me muerde el lóbulo de la oreja antes de quitarse de encima de mí y echar un vistazo a su móvil—. Tengo que irme.

La observo mientras se viste, todavía con los vaqueros alrededor de los tobillos, y me froto la oreja para ver si me ha hecho sangre. No me da pena que se vaya.

Más tarde, en la estación, me llega un mensaje de Sarah y de Luke, quien, por extraño que parezca, se ha convertido en uno de mis australianos favoritos...

aunque tampoco es que conozca a muchos. Le gusta la cerveza y quiere a Sarah de una forma clara y sin complicaciones que ni siquiera intenta ocultar.

Me han enviado una foto en la que salen sujetando un cartel de «Feliz cumpleaños, Jack», los dos partiéndose de risa. Están en una playa, y las letras se ven al revés, lo que por lo visto les hace aún más gracia. A mí también me divierte, y les contesto con un rápido:

Gracias, par de idiotas.

Laurie también me ha enviado un mensaje. Lo único que dice es: Feliz cumpleaños x

Es tan breve que no trasluce absolutamente nada. Aun así, lo releo y me pregunto si siempre pondrá un beso al final de cada mensaje que envía.

Es entonces cuando lo decido. No quiero ser el tipo de persona que se tira a personas que son del tipo de Martique. Quiero lo que Sarah y Luke tienen.

Puede que no sea digno de alguien tan bueno como Laurie, pero quiero intentar ser esa persona.

Leo su mensaje una última vez y respondo:

Gracias x

5 de junio

*Laurie*

—Vives en el paraíso.

Sarah y yo estamos sentadas en la terraza de una cafetería con vistas a la arena blanquísima de la playa de Cottesloe. Aquí es invierno, y aun así el sol brilla un millón de veces más que en los cielos grises que dejé atrás hace un par de semanas. Hemos pasado una quincena maravillosa poniéndonos al día; Skype está muy bien, pero no le llega a la suela del zapato a estar en la misma habitación o en la misma playa o riéndonos juntas mientras miramos una película. Hace unos días recreamos con gran ceremoniosidad nuestro sándwich de Delancey Street; Luke lo calificó de asqueroso, pero nosotras pusimos los pies en alto y saboreamos el momento. No creo que ninguna de las dos preparara ese sándwich sin que la otra estuviera presente; el único sentido que tiene es que es nuestro, de las dos. Estamos rellenando nuestra amistad con recuerdos nuevos, y estoy disfrutando hasta del último minuto de mi estancia en Australia.

—Vente a vivir aquí. Podemos ser vecinas.

Me río por lo bajo. Me ha repetido lo mismo cien veces desde que llegué.

—Vale. Llamaré al trabajo y les diré que no pienso volver.

—Es increíble que hayamos llegado a los treinta —suelta Sarah.

Está sentada a la sombra, bebiendo no sé qué zumo saludable debido a que

está embarazada de cuatro meses; Luke y ella han pospuesto sus planes de boda durante un tiempo para poder dar la bienvenida al bebé. Todo es muy fácil entre ellos; viven el uno para el otro en su preciosa casa de playa, con las ventanas y las puertas abiertas al mundo.

Siempre ha habido una parte de mí que le tenía envidia, pero sé que las cosas buenas no le han caído del cielo, que Sarah se ha esforzado por conseguir las. Tuvo el valor suficiente para arriesgarse, siempre lo ha tenido.

—Sé que piensas que estoy de broma, pero ¿qué te retiene allí?

Doy un sorbo al champán que Sarah ha insistido en que tome. «Es su cumpleaños —informó a la camarera en cuanto llegamos—. Tráele del bueno.»

—¿Te imaginas lo que diría mi madre si le contara que me voy de Inglaterra?

Sarah asiente, con la cara vuelta hacia el océano.

—Pero se acostumbraría. Como todo el mundo. Y tiene a tu hermano y a su familia. —Sorbe un poco más del mejunje verde por la pajita y pone cara de asco—. ¿Qué más te retiene allí?

—Bueno, mi trabajo, para empezar —contesto.

—Un trabajo que podrías realizar desde cualquier lugar —contraataca.

Hace un par de meses que dejé atrás la sección de salud; lo irónico es que he vuelto al terreno conocido de los consultorios sentimentales. Esta vez, sin embargo, los que me escriben con sus problemas son adultos, no adolescentes; no cabe duda de que estoy cualificada para dar consejos sobre las cosas que importan en esta etapa. Divorcio, dolor, amor, pérdida. He pasado por eso, y tengo un cajón lleno de camisetas que lo demuestran. Mi éxito entre los lectores ha sido tal que me han pedido que haga algo similar para una de las revistas de un periódico dominical. Estoy tan asombrada como todos los demás. También hace poco que he retomado los estudios: un grado en psicología para profundizar en mi comprensión de la condición

humana... Al menos, así es como lo vendí cuando tuve que convencer a mi

jefe para que me ayudara a financiármelo poco después de empezar en mi nuevo empleo. Estoy disfrutándolo en silencio; la diligencia del estudio, la organización e incluso los artículos de papelería. Jamás me habría imaginado que fuera a tomar este rumbo, pero está bien. La vida tiene esas cosas, ¿no?

Va desviándote a medida que avanza. Pero Sarah tiene razón: podría trabajar y estudiar desde cualquier sitio. Mientras tenga un portátil y una conexión wifi, seguro que sí.

«¿Podría vivir aquí?» Miro a Sarah, con su pámela roja de ala ancha y sus gafas de sol glamurosas, y capto las ventajas.

—Este lugar es precioso, Sar, pero es tu lugar en el mundo, no el mío.

—¿Y dónde está el tuyo? —pregunta—. Porque voy a decirte lo que pienso: el lugar no está en un sitio, está en una persona. Yo estoy aquí porque es donde está Luke. Y tú te habrías ido a Bruselas si Oscar hubiera sido tu lugar.

Asiento y Sarah se sube las gafas por el puente de la nariz.

Ahora que Oscar y yo llevamos un tiempo separados, empiezo a comprender que no teníamos lo que se necesita para pasar juntos toda la vida.

Pensé que sí, durante una época; él fue un interludio seguro y fiable en mi inestable vida, pero al final no éramos una unión para siempre. Éramos demasiado distintos. Estoy segura de que a veces eso no importa, si el amor es lo bastante fuerte; los opuestos se atraen, según dicen. Quizá tan solo se trate de que no nos amábamos lo suficiente. Sea como sea, no me gusta pensar así. Prefiero pensar que tuvimos algo maravilloso durante una temporada, y que no deberíamos arrepentirnos en absoluto del tiempo que nos dedicamos el uno al otro.

Nunca lo veo; no me lo encuentro en los bares ni lo diviso paseando por la calle y me cambio de acera, un efecto secundario positivo de vivir en

diferentes países. Tampoco es que yo pase mucho tiempo en los bares. Es

como si hubiera entrado en hibernación.

En Navidad Oscar envió nuestro cuadro a casa de mi madre. La nota adjunta decía que le resultaba demasiado difícil tenerlo cerca. No sé qué voy a hacer con él; siento que no tengo derecho a quedármelo. Me pasé mucho rato mirándolo cuando llegó. Me tumbé en la camita en la que dormía de niña y pensé en todos los momentos que me habían llevado hasta aquel. En mi infancia con mamá y papá, Daryl y Ginny. En los novios del instituto y la universidad. En Delancey Street. En Sarah. En el piso superior de un autobús atestado. En un beso bajo la nieve. En una playa en Tailandia. En una propuesta de matrimonio delante de aquella misma imagen. En nuestra preciosa boda.

Espero que Oscar esté bien. Es extraño, pero nunca dejas de preocuparte por esa persona, aunque ya no quieras estar con ella. Creo que siempre lo amaré un poco. Y es difícil no experimentar cierta sensación de fracaso al convertirte en una estadística de divorcio.

Parece inevitable que, tarde o temprano, Cressida ocupe mi lugar. Apuesto a que la puñetera madre de Oscar nunca llegó a quitar aquella foto de ambos que tenía sobre el piano.

—Creo que sabes cuál es tu lugar, Lu.

Sarah y yo intercambiamos una mirada, pero no añadimos nada más porque en ese momento Luke llega desde la playa y se deja caer en la silla libre que hay en nuestra mesa.

—Tienen buen aspecto, señoritas. —Sonríe—. ¿Qué me he perdido?

1 de agosto

*Jack*

Lorne se parece al hermano menor y no verde de Hulk, algo que le resulta muy útil cuando quiere pedir en la barra. Esta noche esto está a reventar, pero no pasan ni un par de minutos antes de que regrese abriéndose paso a empujones con un par de pintas en las manos y una bolsa de patatas fritas

entre los dientes.

—Me has invitado a cenar —digo, y se las robo en cuanto llega hasta mí.

—Esto es lo más parecido a una cita que tendrás esta noche —bromea sonriendo—. Aunque a la mujer de la mesa que tienes detrás no se le da nada bien fingir que no te mira.

Abro las patatas fritas y coloco la bolsa entre los dos sin darme la vuelta.

—Vete a la mierda.

—Lo digo en serio. Y además está bastante buena —añade, y le guiña un ojo por encima de mi hombro.

Le doy una patada en la pierna.

—¿Qué estás haciendo, tío? Kerry está en casa a punto de tener a tu hijo.

La encantadora esposa de Lorne está embarazada de ocho meses; hoy hemos salido a tomar un par de pintas por insistencia de ella, que está a punto de volverse loca con el exceso de cuidado con que la trata su marido.

—Es para ti, idiota —murmura, y se mete un puñado de patatas en la boca.

Suspiro y me reajusto el audífono, porque estamos al lado de un altavoz.

—Ya te lo he dicho. Me he bajado del tiovivo de las citas durante un tiempo.

—Sí, me lo has dicho. —Da un buen trago a la cerveza—. Lo que pasa es que no me lo creo.

Pues debería. Han pasado más de cuatro meses desde que Martique y yo decidimos cortar por lo sano, una ruptura que no significó gran cosa para ninguno de los dos. Por eso lo dejamos, básicamente; aquello no iba a ninguna parte, y ya estoy un poco harto del sexo por el sexo. Pero eso no se lo cuento a Lorne.

—Estoy pensando en meterme a monje —bromeo—. El naranja me sienta bien.

Me mira con fijeza.

—¿Estás seguro? Porque de verdad que es muy guapa. —Señala con la cabeza hacia la mujer que está detrás de nosotros—. Se parece un poco a esa presentadora rubia de la tele..., Holly Willoughby.

En otros tiempos, eso habría bastado para que me diera la vuelta de inmediato, pero ahora me limito a llevarme la pinta a los labios y terminarme las patatas fritas. Tal vez sea cierto que esa mujer se parece a Holly Willoughby, y quizá pudiera invitarla a una copa y llevar las cosas un poco más allá, pero el caso es que no quiero ni a Holly Willoughby, ni a Martique ni a ninguna otra persona.

Me agoto recorriendo las fascinantes y empinadas calles de Edimburgo, sumergiéndome en su cultura urbana; hasta me he comprado una bicicleta hace unos cuantos días. Me vine a Escocia para escapar, y ha funcionado mejor de lo que habría imaginado.

Cuando llegué me lancé al agua de cabeza y me sumergí de lleno en el trabajo y en las mujeres, pero ahora por fin he vuelto a la superficie y estoy llenándome los pulmones de aire fresco y suave. Al principio tuve la sensación de que me costaba recuperar el aliento; el pecho me ardía. Ahora, sin embargo, respiro tranquilo y duermo del tirón.

Estoy solo y, por el momento, me siento bien así.

22 de diciembre

*Laurie*

—Buenas noches. Yo también te echo de menos.

Espero a que mi madre cuelgue antes de hacerlo yo. Está en Tenerife con la tía Susan; creo que las dos siguen de duelo, pero ayudándose la una a la otra a superarlo. En este caso con sangría y sol. No las culpo; me planteé muy en

serio su oferta de acompañarlas, pero al final la tentación de pasar una Navidad londinense, lúgubre, fría y totalmente solitaria fue demasiado fuerte para dejarla escapar. Lo digo en broma. Medio en broma. Al menos, tengo la casa para mí sola durante un par de semanas; mi compañera de piso y su clan se han largado pitando a Gales hasta Año Nuevo. Mi plan, según están las cosas, es relajarme, ponerme las botas comiendo y ver a un par de amigos de aquí y de allá. Anna y Daryl han insistido en que vaya a su casa para Año Nuevo, pero, salvo por eso, soy libre como un pájaro. Voy a la cocina y enciendo el hervidor de agua haciendo un gran esfuerzo por sentirme una chica urbanita y guay en vez de una chica solitaria en Londres en Navidad.

Una hora más tarde, y estoy haciendo un pastel. Lo sé, no me pega nada, pero la botella de Baileys que mi madre me envió estaba en la cocina junto a un montón de libros de recetas y, de repente, sentí la apremiante necesidad de comer pastel. Voy por el segundo Baileys generoso, y no podría importarme menos que sean casi las diez de la noche y que me haya llevado casi una hora

machacar un racimo de plátanos que todavía estaban verdes. Incluso estoy tarareando las canciones navideñas que suenan en la radio. ¿Es triste que sintonice la emisora de Jack la mayoría de las noches? Su último programa es uno de esos a los que la gente puede llamar para hablar de cualquier cosa que le apetezca, a veces divertido, a veces triste. Aún no ha empezado, y estoy dándolo todo con Nat King Cole. Me trae recuerdos, era el cantante favorito de mi padre.

Me siento a la mesa de la cocina y cierro los ojos, y de pronto estoy de vuelta en la cocina de mi madre, con los mismos olores a masa de pastel y las mismas canciones navideñas, con viejas hileras de lucecitas intermitentes sujetas debajo de los armarios de la pared. Estamos todos. Debo de tener unos cinco o seis años, Daryl es un año mayor y Ginny tendrá alrededor de tres.

Mis padres también están, por supuesto. Nadie hace nada en particular, no hay bailes sentimentaloides ni discursos profundos. Tan solo estamos, y es tan conmovedor y perfecto que no quiero abrir los ojos y ver todas las sillas vacías que rodean la mesa. Y entonces la música se detiene y la voz de Jack me inunda, y vuelvo a estar bien porque su compañía impide que me sienta tan sola.

Sigo la receta y peso el resto de los ingredientes mientras él contesta un par de llamadas, una de un chico que quiere contarle la pelea en la que se ha metido hoy con el Papá Noel del centro de jardinería de su barrio, y otra de una mujer cuya sentencia de divorcio le ha llegado por correo esta mañana; se siente la mujer más afortunada del mundo porque su marido era la mismísima encarnación del duende Grinch. Todo es muy alegre y desenfadado; Jack es un gran experto en lo que a mantener el tono adecuado se refiere.

Vierdo la masa del pastel en el molde que he forrado y me lamo el dedo para probarla justo cuando entra la siguiente llamada.

—«Deseo decir a mi novia que la quiero, pero no puedo.»

A juzgar por su voz, no debe de hacer mucho que el chico ha superado la adolescencia.

—«¿A qué te refieres con “no puedo”? —pregunta Jack—. ¿Tú la quieres?»

El chaval no se lo piensa ni un segundo.

—«Uy, sí. Hoy he estado a punto de decírselo al salir de la facultad. Me he quedado mirándola y ella me ha preguntado por qué la miraba de esa forma tan extraña, pero luego las palabras se me han quedado atascadas en la garganta. Soy incapaz de hacerlas salir.»

Jack se ríe con suavidad, y el sonido me resulta tan familiar que hasta lo veo en mi cabeza, ese divertido resplandor que le ilumina los ojos.

—«Mira, si hay algún consejo que pueda darte es el siguiente: por el amor de Dios, tío, ¡díselo! No te morirás, te lo prometo. ¿Qué es lo peor que puede pasar?»

—«¿Que a lo mejor se echa a reír?»

—«O a lo mejor no. En mi opinión, tienes dos opciones: arriesgarte y decirle que la amas o esperar hasta que sea demasiado tarde y otra persona le diga que la ama. ¿Cómo te sentirías en ese caso?»

—«¿Como un idiota?»

Me quedo paralizada, con el molde en las manos, a punto para meterlo en el horno.

—«Durante el resto de tu vida, amigo. Confía en mí, lo sé porque me ha pasado. Es Navidad..., ¡arriésgate! Te arrepentirás el resto de tu vida si no lo haces.»

Me quedo mirando la radio, y acto seguido dejo el molde para tartas sobre la mesa y busco mi teléfono.

He ocultado mi verdadero nombre al productor del programa de radio. Me llamo Rhona, y soy la siguiente.

—«Hola, Rhona —me saluda Jack—. ¿De qué te gustaría hablar?»

He apagado la radio para que no se acople, así que solo estamos Jack y yo, hablando por teléfono, como siempre.

—«Hola, Jack —digo—. He escuchado la llamada anterior y quería comentarte que tu consejo me ha parecido muy acertado.»

—«¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?»

No alcanzo a distinguir si ya se ha dado cuenta de que soy yo. Diría que no.

—«Porque sé lo que es perder tu oportunidad y pasarte el resto de tu vida esperando a sentir algo así otra vez.»

Se queda callado un instante.

—«¿Quieres contarnos a todos tu historia, Rhona?»

—«Es bastante larga» —digo.

—«Da igual. No me iré a ninguna parte. Tómame el tiempo que quieras.»

—«De acuerdo —digo—. Bueno, todo empezó un día nevoso de diciembre hace casi una década.»

—«Muy apropiado —murmura—. Continúa.»

—«Regresaba a casa en autobús desde el trabajo. Había tenido un día horrible y estaba hecha polvo, y de repente miré por la ventanilla y, sentado en la parada del autobús, vi a un hombre (o a un chico, como pensé en él en aquel momento) guapísimo. Yo lo miré y él me miró, y en mi vida había sentido algo así, jamás. No lo había sentido antes y no he vuelto a sentirlo después —suelto de un tirón, sin respirar—. Me pasé todo un año buscándolo por los bares y las cafeterías, pero no lo encontré.»

Oigo la respiración entrecortada de Jack en mi oído.

—«¿No llegaste a encontrarlo nunca?»

—«No hasta que lo encontró mi mejor amiga y también se enamoró de él.»

—«Vaya..., Rhona —dice despacio—. Debe de haber sido duro.»

—«No puedes imaginarte cuánto.»

Estoy exhausta, y no tengo ni idea de qué añadir ahora.

—«¿Puedo decirte algo que es probable que no sepas? —pregunta Jack después de un segundo de silencio—. Apuesto a que para él fue igual de duro que para ti.»

—«Qué va, no lo creo —replico—. Una vez fui tan tonta como para preguntarle si se acordaba de mí del día del autobús, y me contestó que no.»

Le oigo tragar saliva.

—«Te mintió. Por supuesto que te vio allí sentada. Vio que llevabas espumillón en el pelo, y se sintió exactamente igual que tú, y después deseó con todas sus fuerzas haberse subido a aquel maldito autobús antes de que fuera demasiado tarde.»

—«¿De verdad lo crees?» —pregunto con los ojos cerrados, recordando.

Vuelvo a ser aquella chica.

—«Sí... —Suspira—. Pero no sabía qué hacer. Así que no hizo nada, como un idiota, y luego se quedó al margen y vio cómo te enamorabas de otra persona, y ni siquiera entonces te lo dijo. Tuvo sus oportunidades y las perdió todas.»

—«Lo que pasa es que a veces conoces a la persona correcta en el momento equivocado» —susurro.

—«Sí —conviene—. Y luego te pasas todos los días deseando ser capaz de reajustar el tiempo.»

No puedo hablar; las lágrimas me obstruyen la garganta.

—«¿Alguna vez le has contado lo que sientes?»

—«No. —Las lágrimas se me derraman por las mejillas—. Hace un tiempo él me confesó que me quería, y yo no le contesté.»

—«No —dice con una voz grave, rota—. No le contestaste.»

—«Debería haberlo hecho.»

—«¿Es demasiado tarde?»

Me tomo un segundo para recuperar el aliento y espero que sus oyentes sean pacientes conmigo.

—«No lo sé» —susurro.

—«Creo que deberías decírselo. A lo mejor sigue ahí, esperando a que se lo digas. ¿Qué puedes perder?»

Soy tendencia en Twitter. O mejor dicho, Rhona es tendencia.

*#EncontradARhona #DóndeEstáRhona #JackYRhona*

Al parecer el popular actor David Tennant ha escuchado mi conversación radiofónica nocturna con Jack, ha tuiteado #EncontradARhona y, al hacerlo, ha despertado la imaginación de todo el país. Ahora soy la mitad de una

historia de amor navideño a la que la tuiteresfera está decidida a dar un final feliz. Con los ojos como platos, echo un vistazo a los cientos de tuits que han aparecido en los pocos minutos transcurridos desde la llamada. «Menos mal que he utilizado un nombre falso», pienso mientras escucho los fragmentos de nuestra conversación que se han compartido por toda la red.

Doy un respingo cuando me suena el móvil. Sarah. Claro. Ella también escucha siempre los programas de Jack.

—¡Ay, Dios míooo! —grita. Oigo al bebé llorando de fondo—. ¡Eres Rhona!

Dejo el teléfono en la mesa delante de mí y me sujeto la cabeza entre las manos.

—Lo siento, Sar, no quería contárselo a todo el mundo así.

—¡Joder, Laurie, no estoy enfadada, estoy llorando como una puñetera

Magdalena! ¡Mueve el culo hasta allí arriba ahora mismo... o tendré que subirme a un avión para llevarte yo a rastras!

—¿Y si...?

Me interrumpe.

—Mira tu correo electrónico. Acabo de enviarte tu regalo de Navidad.

—Espera —digo.

Arrastro el portátil hacia mí y abro mi bandeja de entrada para ver el nuevo correo de Sarah.

—¡Uf! Tengo que colgar, Lu, el niño se me ha hecho pis encima y no llevaba pañal —dice—. Estaré pendiente de Twitter para enterarme de las novedades de Rhona. ¡No la cagues con esto!

Cuelga justo cuando hago clic para abrir su regalo: un billete de tren de ida a Edimburgo.

23 de diciembre

*Jack*

«Mierda.» Hay reporteros delante de la puerta de mi edificio y mi móvil no ha parado de sonar desde que llegué a casa anoche. Todo el mundo quiere saber quién es Rhona, porque nuestra conversación dejó clarísimo que nos conocemos mejor que bien. Es increíble, pero acaba de aparecer en el faldón informativo del noticiario de la tele... ¿Es que no tienen otra cosa de que hablar? Esto no sucedería en ninguna otra época del año. Escocia se ha dejado arrastrar oficialmente por el furor de una historia de amor navideña, y aunque parezca improbable, yo desempeño el papel de Hugh Grant.

Me suena el móvil de nuevo, y esta vez contesto porque es mi jefe.

—¡O'Mara! —gruñe—. Y bien, ¿de qué va todo esto?

Me cuesta responder.

—Es una completa locura, Al. Lo siento, tío.

—¡La centralita destella más que el puñetero árbol de Navidad, hijo! Todo el maldito país te sintonizará otra vez para ver si Rhona vuelve a llamar. ¡Más vale que muevas el culo hasta aquí de inmediato y te asegures de que lo haga!

Como de costumbre, prescinde de las sutilezas sociales y cuelga sin despedirse. Me quedo inmóvil en medio del salón y me paso las manos por el pelo. ¿Qué demonios se supone que debo hacer ahora? No creo que ni siquiera pueda salir de aquí sin que me acosen. Miro mi móvil y por fin reúno el valor necesario para llamar a la persona con la que de verdad necesito hablar.

«Hola, soy Laurie. No puedo atenderte en estos momentos. Por favor, deja un mensaje y te llamaré pronto.»

Lanzo el móvil a un lado y me siento donde nadie pueda verme desde el otro lado de las ventanas.

Nunca había entrado por la puerta trasera del estudio; la reservamos para los

invitados famosos que a veces asisten al programa matutino.

—Se te ha subido a la cabeza, chico —bromea Ron, nuestro vigilante de sesenta y tantos años, cuando me abre. Por lo general, a estas horas de la noche está en recepción haciendo crucigramas—. Venga, sube.

Cojo el ascensor hasta la última planta y, cuando me bajo, recibo un pequeño aplauso del escaso personal de guardia.

—Muy gracioso.

Me quito el abrigo y dedico un gesto de aprobación a Lena con el pulgar desde el otro lado del cristal del estudio. Ella está en directo justo antes de mi programa todas las noches, y me saluda agitando la mano como una loca y luego hace el símbolo del corazón con todos los dedos. Genial. No creo que ahora mismo haya ni una sola persona en toda Escocia que no sepa lo mío con Laurie. O Rhona. He intentado llamarla por teléfono una docena de veces más, y todavía no me lo ha cogido; todo este circo debe de haberla asustado.

Ayer estuve a punto de telefonar a su madre, pero el sentido común me lo impidió: estoy seguro de que lo último que necesita es recibir una llamada nocturna porque no consigo localizar a su hija. A Laurie se la ha tragado la tierra, y todo el país está esperando que yo la encuentre.

*Laurie*

Me he visto obligada a mentir al taxista. El único dato del que dispongo es el nombre de la emisora de radio de Jack, y lo primero que me ha soltado en cuanto le he dicho adónde quiero ir ha sido:

—Oye, no serás esa tal Rhona, ¿verdad?

El taxista estaba bromeando, pero se me encoge el estómago cada vez que me mira por el espejo retrovisor mientras circulamos por las concurridas calles de la ciudad, llenas de luces navideñas. Estoy aquí. Estoy aquí de verdad. Me monté en el tren a las cuatro de la tarde; suponía que el largo trayecto me proporcionaría un valioso tiempo para pensar. ¿Qué voy a decirle a Jack? ¿Qué haré cuando llegue a Edimburgo? Pero al final me limité a apoyar la

cabeza en el cristal frío y observar cómo cambiaba el paisaje a medida que avanzábamos hacia el norte.

Edimburgo es una ciudad mucho más bonita de lo que me había imaginado, con altísimos edificios grises y una grandiosa e imponente arquitectura. Puede que se deba a que hoy la escarcha reluce en las calles y a que los copos de nieve danzan en el aire, pero tiene un toque mágico. Dentro de dos días es Navidad; quienes lo celebran se desparraman por las aceras empedradas desde los bares y los pubs, y de la radio del taxi brota una música festiva.

—Ya estamos aquí, bonita. —El conductor se detiene en una parada de autobús para dejarme bajar—. Está justo ahí. —Señala un edificio con la fachada de cristal situado al otro lado de la calle—. Que tengas buena suerte con lo de entrar ahí esta noche.

Sigo su mirada y el corazón me da un vuelco al ver la aglomeración de fotógrafos de prensa que merodean junto a los escalones de piedra del exterior. Me vuelvo hacia el taxista, insegura.

—¿Cuánto es, por favor? —pregunto con un hilo de voz titubante.

El hombre mira hacia el otro lado de la calle, negando con la cabeza.

—Eres ella, ¿eh?

Hago un gesto de asentimiento, aterrorizada. No sé si puedo confiar en él, pero en este momento no tengo ninguna otra opción mejor.

—No sé qué voy a hacer.

Tamborilea con los dedos sobre el volante, pensativo.

—No te muevas de ahí.

Enciende los cuatro intermitentes, sale del taxi y echa a correr hacia el edificio de la emisora esquivando el tráfico.

*Jack*

Todas las llamadas que han entrado hasta ahora han sido de alguien que quería preguntarme por Rhona o darme algún consejo sobre cómo recuperarla, y he intentado esquivarlas lo más vagamente que he podido. Ya casi he terminado el programa de esta noche, y estoy a punto de obsequiar a los oyentes con la canción «Fairytale of New York» cuando Lorne me hace un gesto con la cabeza desde su cabina y me informa de que hay una última llamada por la línea uno. Enciendo la luz roja intermitente y aguardo.

—«Eh, Jack. Soy yo otra vez, Rhona.»

«Por fin.»

—«Eh, hola —digo, y me parece oír a todo el país suspirar de alivio—. Me alegro de hablar contigo de nuevo. No estaba seguro de si volverías a llamar.»

—«Te he echado de menos» —dice.

Su voz tiene un dejo suave y ronco que me hace desear que ojalá fuera el único que pudiera oírla.

—«Yo te he echado de menos durante los últimos nueve años.»

Se me quiebra la voz; la verdad es lo único que puedo ofrecer a Laurie ahora mismo, y me da igual quién nos escuche.

La oigo respirar, y fuera, en la oficina, Haley, mi ayudante, se pone de pie junto a su escritorio y me sonrío a través del cristal con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—«Te quiero, Jack» —dice Laurie, y me doy cuenta de que ella también está llorando.

—«No estés triste —le pido con dulzura—. Me he pasado casi una década deseando haberme subido a aquel dichoso autobús. —De repente lo sé: necesito estar dondequiera que Lu esté, y ahora mismo—. He de verte» —

murmuro, y Haley se pone a aplaudir y luego da una especie de puñetazo al aire en señal de triunfo.

—«Estoy aquí, Jack» —dice Laurie medio riéndose.

Confundido, me vuelvo hacia la cabina de Lorne y la veo. «Laurie.» Laurie está aquí, sonriéndome como la primera vez que nos vimos. Está aquí, está sonriendo y tiene espumillón en el pelo. Lorne es todo sonrisa detrás de ella y lanza las manos al aire; después, gracias a Dios, corta y pasa a la siguiente pista.

—Yo te relevo —me susurra al oído—. Ven aquí de una vez. Esta chica ha hecho un largo viaje para verte.

*Laurie*

Si necesitaba mayor confirmación de que venir a Escocia había sido lo correcto, la expresión de Jack cuando me ve me despeja cualquier duda. Mi ángel de la guarda/taxista y el vigilante de la emisora urdieron un plan conjunto para colarme por la puerta de atrás con la inestimable colaboración

de Haley, la ayudante de Jack. Ella fue quien me recibió abajo, emocionada por completo, y cuando salimos del ascensor me dio un abrazo rápido.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido —me dijo con los ojos brillantes. Durante un segundo, tuve la sensación que se echaría a llorar—.

Siempre he pensado que había alguien... Nunca me ha parecido que se hubiera estabilizado del todo —añadió.

Cuando pasábamos junto al árbol de Navidad de la oficina, se detuvo y me agarró de la mano.

—Espera —me pidió—. Deja que...

Y entonces sacó una tira de espumillón plateado de entre las ramas y me lo enrolló en el pelo.

—Así. Perfecta.

Y ahora, por fin, solo estamos Jack y yo. Entre risas, ha cerrado las persianas

frente a los vítores de sus compañeros para que tengamos un poco de intimidad en la pequeña cabina de cristal.

—¿Cómo has...?

Extiende las manos y me sujeta la cara entre ellas, mirándome como si no pudiera creer que de verdad esté aquí.

—Me han echado una mano. —Me río, aturdida—. El taxista y...

Jack me interrumpe con un beso que me hace jadear; siento sus manos en mi pelo, su boca llena de anhelo y dulzura y alivio.

Después de un minuto largo e intenso, deja de besarme y su mirada se clava en la mía.

—¿Por qué hemos esperado tanto?

—Te esperaré toda una vida —digo—. Te quiero, Jack O'Mara.

—Yo también te quiero, Laurie James —responde con un suspiro—. ¿Te quedas conmigo?

—Siempre.

Me besa de nuevo y me derrito, porque sus besos me han estado prohibidos durante demasiado tiempo. Al final me inclino hacia atrás sin apartarme de sus brazos y levanto la mirada hacia él.

—¿Alguna vez te has preguntado qué habría pasado si te hubieses subido al autobús?

Se encoge de hombros ligeramente y se echa a reír mientras me quita el espumillón del pelo.

—Chico ve a chica. Chica ve a chico. Chico sube al autobús, le mete un buen morreo a chica y viven felices para siempre.

Me río por lo bajo.

—Es una historia muy aburrida, vista así.

—Pero al final tenemos nuestro final feliz —dice, y me da un sentido beso en la frente.

Lo abrazo, y Jack me abraza, y por primera vez desde hace años no me falta nada en absoluto.

## Agradecimientos

Un agradecimiento enorme para Katy Loftus, mi inteligente, amable y sabia editora. Su instinto y perspicacia han sido mi guía infalible a lo largo de todo el proceso de este libro, desde la concepción hasta el «Fin». Sinceramente, no podría haberlo escrito sin ti, eres brillante de la cabeza a los pies.

Un agradecimiento más amplio para Karen Whitlock, Emma Brown y toda la gente de Viking: ha sido apasionante trabajar con todos vosotros, un placer.

Toda mi gratitud para Sarah Scarlett y todo el excelente e increíblemente glamuroso equipo de derechos de autor.

Muchas gracias, una vez más, a mi agente, Jemima Forrester, y a toda la gente de David Higham.

En un tono más personal, mi más sentido cariño y agradecimiento a las chicas Bob y las lagartas: ¡por lo que parece, es imposible que formule una pregunta a la que alguna de vosotras ignore la respuesta! Sois mis armas secretas.

Gracias, como siempre, a toda mi encantadora familia y a mis amigos por su apoyo y aliento incondicional.

Por último, y por encima de todo, gracias a mis queridos James, Ed y Alex.

Sois mis favoritos ahora y siempre.



**Una novela mágica y emocionante que nos recuerda las inexplicables vueltas que da la vida de camino a la felicidad.**

**«Te enamorarás de este libro.»**

**Reese Witherspoon**

**«Una historia de amor de lo más dulce. ¡Te encantará!»**

**Marian Keyes**

Laurie no cree en el amor a primera vista. Piensa que una cosa son las películas y otra, la vida real. Sin embargo, un día de diciembre, su mirada se cruza con la de un desconocido a través de la ventanilla empañada del autobús. Surge la magia y Laurie se enamora perdidamente, pero el autobús arranca y sigue su camino por las calles nevadas de Londres.

Está convencida de que es el hombre de su vida, pero no sabe dónde encontrarlo. Un año después, su mejor amiga Sarah le presenta a Jack, su nuevo novio, del que está muy enamorada. Y sí, es él: el chico del autobús.

Laurie decide olvidarle, pero ¿y si el destino tiene otros planes?

**La crítica ha dicho...**

**«El equivalente literario a Love Actually.»**

*The Bookseller*

**«El ritmo es perfecto, el tono es cálido y los personajes son entrañables.»**

Cualquiera que crea en el amor verdadero quedará encantado con este debut conmovedor.»

*Kirkus Reviews*

«La mezcla de tensión y afecto entre Jack y Laurie es a la vez encantadoramente adictiva y muy efectiva. Los lectores que aman las historias de amor un tanto extravagantes, adorarán esta novela cinematográfica.»

*Publishers Weekly*

**Los lectores comentan...**

«Este es uno de los mejores libros que he leído en mucho tiempo. Ha sido apasionante, emotivo, doloroso y precioso.»

«Me he reído, he llorado y he regañado a los personajes. Me ha encantado.»

«Esta es la clase de novela que merece leerse frente a la chimenea y con una enorme taza de chocolate caliente.»

«Devastadoramente buena.»

«Las primeras escenas me atrajeron de inmediato. Tenía muy claras las imágenes de los dos personajes principales mientras la historia se representaba en mi cabeza como una película espléndidamente dirigida. Me atrapó por completo.»

«¿Sabes esos libros o esas películas clásicas con escenas famosísimas con las que todo el mundo se identifica: *Notting Hill*, *Love Actually*, *El cuaderno de*

*Noah*, *Yo antes de ti* o *Posdata: Te quiero*? Bien, esta historia es un tapiz fabricado con maestría de esos momentos de pura magia. Pero, esto no es un torbellino ficticio de cuento de hadas romántico, ¡esto duele! Es crudo, es angustioso, es cautivador y es real.»

# Document Outline

- [2008](#)
  - [21 de diciembre](#)
- [2009](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [20 de marzo](#)
  - [24 de octubre](#)
  - [18 de diciembre](#)
  - [19 de diciembre](#)
- [2010](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [18 de enero](#)
  - [14 de febrero](#)
  - [15 de febrero](#)
  - [5 de junio](#)
  - [12 de diciembre](#)
- [2011](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [1 de enero](#)
  - [28 de enero](#)
  - [3 de mayo](#)
  - [20 de septiembre](#)
  - [12 de octubre](#)
  - [13 de octubre](#)
  - [29 de noviembre](#)
  - [12 de diciembre](#)
- [2012](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [3 de enero](#)
  - [10 de marzo](#)
  - [14 de mayo](#)
  - [9 de junio](#)
  - [4 de agosto](#)
  - [5 de agosto](#)

- [10 de agosto](#)
- [15 de septiembre](#)
- [24 de octubre](#)
- [3 de noviembre](#)
- [12 de noviembre](#)
- [13 de noviembre](#)
- [2013](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [8 de febrero](#)
  - [16 de febrero](#)
  - [20 de abril](#)
  - [23 de abril](#)
  - [12 de diciembre](#)
  - [14 de diciembre](#)
- [2014](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [16 de marzo](#)
  - [27 de mayo](#)
  - [10 de junio](#)
  - [25 de junio](#)
  - [12 de octubre](#)
  - [13 de octubre](#)
  - [27 de octubre](#)
- [2015](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [6 de mayo](#)
  - [12 de septiembre](#)
  - [21 de noviembre](#)
- [2016](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [26 de enero](#)
  - [23 de febrero](#)
  - [14 de marzo](#)
  - [23 de marzo](#)
  - [9 de junio](#)
  - [13 de junio](#)
  - [16 de junio](#)

- [2 de julio](#)
- [3 de julio](#)
- [19 de octubre](#)
- [17 de diciembre](#)
- [2017](#)
  - [Propósitos de Año Nuevo](#)
  - [1 de marzo](#)
  - [5 de junio](#)
  - [1 de agosto](#)
  - [22 de diciembre](#)
  - [23 de diciembre](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre este libro](#)